Juan García Hortelano

Gramática parda

Prólogo de J.M. Guelbenzu





Una de las novelas más célebres de Juan García Hortelano, galardonada con el premio de la Crítica de narrativa castellano en 1982. Se entiende por «gramática parda» aquella habilidad de personas sin estudios, de clases bajas o directamente rudas, que, por ella, consiguen salir airosas de una situación comprometida. Abanderándose en esta paremia peyorativa, Juan García Hortelano hilvana las ideas que se presentan en esta hilarante novela donde la sinergia entre los puntos de vista del novelista y la protagonista de su relato, Duvet, confluye con distintos géneros literarios y no tan literarios. La novela de espionaje se confunde así con la ironía de la narración, y los textos literarios de la obra se mezclan con lo que, a la postre, no deja de ser una suerte de manual de gramática, eso sí, ameno y jocoso. Eduardo Mendoza dijo: «La felicidad que me produjo lo que escribió Hortelano ya nunca más la he vuelto a tener.»



Juan García Hortelano

Gramática parda

ePub r1.0

Titivillus 16.02.2024

Título original: *Gramática parda*
Juan García Hortelano, 1982
Ilustración de portada: Elena Sanz Marín

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PRÓLOGO

José María Guelbenzu

Hubo un tiempo en el que yo llegaba a la calle Gaztambide, subía a pie al primer piso, Maria o Sofia me abrían la puerta y, en vez de pasar al salón, me pasaban al minúsculo cuarto ciego donde Juan Garcia Hortelano escribía *Gramática parda*. Lo normal era que nos encontráramos directamente en el salón, o en la puerta si era él quien abría, y charlásemos todos alrededor de unas ginebras con espumoso que Maria distribuía previamente sobre la mesa. En la época de la redacción final de *Gramática parda*, en cambio, íbamos a buscarle al cuarto de trabajo.

En el cuarto de trabajo no había más que una mesa diminuta, una especie de mueble adicional para diccionarios y una máquina de escribir Hermes. Yo tenía un respeto bárbaro por la hermes. De hecho empleé el anticipo que me dieron por mi segunda novela en comprar una, aconsejado por Juan. La hermes era precisa e indestructible porque el mecanismo que lanzaba las letras contra el papel no era de muelle, como ocurría con la competencia, sino de palanca. Cuando un escritor consagrado te hace una revelación semejante es que te considera uno de los suyos y yo la recibí poco menos que como si hubiera sido armado caballero.

Pues bien, Juan terminaba de teclear las últimas palabras mientras yo me quedaba en el quicio de la puerta, él recogía y, por fin, pasábamos a los espumosos con alcohol. Esta variante de una rutina acogedora y alegre se debió, creo que única y exclusivamente, a la felicidad que le proporcionaba la escritura de *Gramática parda*. Y digo felicidad no porque no le costara esfuerzo —era de verse como corregía y corregía, y afinaba y afinaba— sino porque el mundo de libertad estructural, alegría expresiva, humor natural y amor a la literatura que ponía en ella le tenía agarrado a su amada hermes en busca de esa imposible perfección que sólo un escritor de raza es capaz de ir a buscar. Pero es que, además, estaba

escribiendo un libro sobre literatura siguiendo las pautas de la gramática como esqueleto de trabajo, y eso sí que era ya el no-va-más.

El sustento de esta novela, en términos de protagonismo, es la pequeña Duvet, una niña parisina que aún no está en edad de aprender a leer y escribir y que quiere ser Flaubert. Si aceptamos este juego —¿y cómo no aceptarlo, si es una imagen estupenda de una idea aún más estupenda?— la dificultad mayor que se avecina es hacer suficientemente creíbles al resto de los personajes como para que nos los aceptemos en lo que tienen de común con nosotros, con los humanos lectores. Así, iremos conociendo a: Venus Carolina Paula, uno de los puntos fuertes del relato; tras la Merceditas de *El gran momento de Mary Tribune* parecía imposible superar un retrato de chacha joven y castiza tan depurado, pero esta extremeña de triple nombre no sólo no desmerece sino que amplia el servicio de casa de la literatura de Hortelano. Iremos conociendo a una banda formada por una clase entera de grado medio —la Horda— comandada por La Foudre, hermano mayor de Duvet, una especie de anarquista y libertario, banda que recorre Paris con las peores intenciones y con una excelente formación como red de inteligencia. Conoceremos igualmente a un decrépito hidalgo español convertido en anarquista y lo veremos ascender como un alpinista sobre una mujerona del porte de Mae West; reconoceremos a los padres perfectamente insustanciales y temerosos de la pequeña Duvet —su madre la castiga de continuo con prolongados encierros en la mansarda para doblegar el empeño de la niña de convertirse en Flaubert, no por odio a la literatura sino porque espera un futuro mejor para ella, aunque sea en el mundo de la publicidad—; y encontraremos a un misterioso personaje, de porte cortazariano, llamado Maurice L'Encre. En fin, el lector se dará cuenta enseguida de la enloquecida farsa que Juan García Hortelano se ocupó de montar, aunque su aire farsesco no es más que la envoltura de una gran broma —inteligente, cruel y amorosa a la vez— que se organiza en torno a amores, formas y colores literarios favoritos del autor.

Porque *Gramática parda* es un acto de amor a la literatura, al medio en que García Hortelano fue feliz. Es también un acto de amor a la vida local, en este París novelesco que deja escapar aires

del barrio de Argüelles. Hortelano, hombre muy leído y viajado, consideraba, sin embargo, que todo lo que no fuera su barrio era el extranjero y, en cuanto a sus opiniones sobre el campo, se alineaba junto al Pérez Galdós de aquella anécdota en que, habiendo llegado, distraídos por la charla, al borde de Madrid, don Benito se detuvo en seco, agarró de un brazo a don Pío y le dijo: «¡Cuidado, Baroja! ¡El campo!». ¿Por qué se me juntan Paris y Argüelles a veces en la lectura? Quizá que los dos fuéramos vecinos de Argüelles tenga mucho que ver. Y, además, la novela es un acto de amor a los personajes mismos, como si Hortelano hubiera querido rendir un homenaje no sólo a la literatura y a la gramática —le encantaban las gramáticas, incluso las estructurales— sino a la figura del personaje como elemento esencial de la narración. Sólo así entiendo yo la libertad desatada —comenzando por los nombres, lo que es todo un programa— que se concede para llevar a cabo este atado y bien atado trabajo.

Por poner un ejemplo. Me permito recordar al lector el comienzo de *La Eneida*: «*Arma virumque cano*…». Pues bien, cuando se pasa lista a los alumnos de la clase de grado medio —todo ellos con nombres tales como Armis et Litteris, Protoplastos Serpentino o Ignorantia Destra— llega un momento en que el maestro lee en su listado:

—Bonus Eventus…
—Servidor y presente —respondió Bonus Eventus.
—Arma Virumque.
—Cano —respondió Arma Virumque.

La pequeña Duvet, de la que el narrador dice que «pensar, sólo pensaba literariamente», es consciente del hecho de que su madre no acude a besarla por las noches, como la de Proust, y, por tanto, no tendrá material ni magdalena en la que apoyarse el día de mañana, lo que le importa bien poco porque ella quiere ser Flaubert. Que una niña que no tiene aún edad de leer ni escribir —es más: que se niega a aprender a leer— y que sólo piensa literariamente quiera ser precisamente el escritor de «le mot juste», es la mejor demostración del talante, el sentido y la intención profunda de esta novela escrita en una hermes de palanca, que es

como escribían los escritores cuando todavía había hombres.

¿O no era la hermes sino la eléctrica de cabezas giratorias? Pero mejor lo dejamos aquí porque si no vamos a enredarnos en otra explicación de lo que es una máquina de escribir para un escritor; y entre la teórica, el diferente tacto de las teclas según modelo y, no digamos ya, la volubilidad de las cabezas y la sensualidad de los cuerpos de las letras, podemos acabar dando directamente en la erótica de la escritura, que es un asunto que sólo nos concierne a los escritores. Así que mejor pensar en lo que debió ser la presentación del libro en Barcelona, que ésa sí que debió ser una presentación de ruptura, con la actuación en directo de la Orquesta Frenesí.

Las condiciones del sujeto

Lección 1 [1]

—*Voici mon passeport, jeune rond-de-cuir* [2] .

—Así pues, llámase usted García de García, Teobaldo…

—*Mais vous savez lire…!* [3]

—… residente en la capital, octogenario de edad, de profesión caballero y rentista, sin otros defectos físicos que los visibles y, si este documento dice la verdad, en estado de viudedad.

—*Depuis l'année mille neuf cents dix-huit* [4] .

—Tempranamente enviudó usted.

—*Oui, mon ennuyeux serviteur de l'État; il est question de savoir se prémunir. Croyez-vous vraiment que le document soit-il faux?* [5]

—Aquí el único que hace preguntas soy yo.

—*Comment s'apelle cette fleuve?* [6]

—Bidasoa. Muéstreme su documento de identidad.

—*Pourquoi, sacré employé, osez-vous me demander la carte d'identité du très connu Bidassoa?* [7]

—Según instrucciones de mis superiores y en concordancia con las normas estatutarias aplicables a los caballeros honorablemente sospechosos, debo compulsar reiteradamente vuestra condición de rentista.

—*Voici la saloperie de carte d'identité démocratique, espèce de douanier* [8] .

—Así pues, llámase usted García de García, Teobaldo, residente en la capital, octogenario de edad, de profesión caballero y rentista, sin otros defectos físicos que los visibles y, si este documento dice la verdad, en estado de viudedad.

—*C'est votre habitude de parler en vers?* [9]

—Señor, yo adoro la poesía.

—*Mon Dieu, quelle planète la nôtre! Aimez-vous aussi la*

peinture, mon cher Rousseau? [10]

—Ay, por favor, no, yo no me llamo Rousseau. Me llamo Juan Jacobo. Rousseau se llamaba un tío abuelo mío, que era también un poco aduanero.

—*Et les femmes?* [11]

—Pero qué hombre éste…, ahora intenta que hablemos de esas cosas.

—*Répondez, jouvenceau; aimez-vous les femmes?* [12]

—No.

—*Quand même, mon imbécile…* [13]

—Aquí el único que insulta soy yo. Exhiba de sopetón la autorización familiar para viajar.

—*Voici, castrat, la permission familiale pour le voyage* [14] .

—Si este documento dice la verdad, no viaja usted a París por casualidad, sino en intercambio con la señorita Pelusa Delpuente, quien viajará a la capital cuando usted esté yaciente y quede libre su dormitorio matritense. Se le autoriza a viajar sólo en tren expreso, aunque expresamente no se le insta a recobrar la quietud y el seso. O sexo, como también puede escribirse. Habitará usted en la residencia parisina de los señores Delpuente, padres de la señorita Pelusa. Dará usted la menor guerra posible a sus anfitriones, a las autoridades de la maravillosa ciudad de París, a la Convención Nacional y, en general, a los censados en la dulce Francia. Será usted sobrio, honesto, discreto y muy patriota. Aquí, en esta circunstanciada autorización, se omite reseñar dónde residen los señores sus anfitriones. Por cierto, señor García, ¿en qué calle, plaza o avenida tienen fijada su residencia hogareña los antedichos y repetidos señora y señor Delpuente?

—*À la belle étoile* [15] .

—Y ¿durante cuánto tiempo proyecta regalar con su presencia a la maravillosa ciudad luminosa?

—*Le temps que mon cul désire.* [16]

—Abra usted al instante esas dos maletas.

—*Je ne veux pas toucher ces deux valises.* [17]

—¡Le ordeno que perentoriamente abra esas dos maletas!

—*Je ne veux pas toucher des valises, étant pas de ma propriété.* [18]

—Entonces abra usted el potencial par de maletas que le

pertenezcan y presumiblemente contengan sus efectos.

—*Volontiers, ma tapette.* [19]

—¡Están vacías!

—*Mais oui.* [20]

—¿Por qué lleva vacías sus dos maletas de su propiedad?

—*Parce que l'oncle de ma belle-mère a ouvert le parapluie du cousin germain de ma niéce à la mode de Bretagne. Et en outre, parce que je serais le crétin que vous êtes, mon fils, en portant mes valises pleines, vue la facilité de au retour vous faire le contrebande des soieries, des chinoiseries, des conneries et des autres cochonneries de l'Industrie du pays.* [21] (¡Diablos!, amigo mío, también a ti el pareado te ha atacado.)

—Hablando se entiende la gente.

—*C'est que vous avez dit c'est le plus sot mensonge que j'ai écouté jamais.* [22]

—Abra usted su magnífico saco de viaje de linda piel de Rusia.

—*Volontiers, ma tante.* [23]

—Observe, querido, cómo voy a proceder a manosear sus efectos más personales, provisto, como manda la Ordenanza, de dos impolutos guantes blancos de tamaño normal, ya que la ingrata Ordenanza proscribe el uso de largos guantes de suave raso escarlata.

—*Aussi au retour, mon éphèbe de merde, le vous promets en vous régaler avec un soutien-gorge en mousseline violette, acheté rue Charlus.* [24]

—Usted me confunde, rumboso, aunque no me ofende. Pero, sobre todo, usted ha intentado sobornarme. Procederé, en consecuencia, a levantar acta, maniáticamente minuciosa y con la mayor parcialidad posible, del contenido de su dudoso bolso de viaje.

—*Mon garçon, je vous préviens que vous ignorez périlleusement avec qui vous avez la chance de parler.* [25]

—El peligro nunca acecha al registrador, sino al registrado. Procedo a minuciosear: Una media bata, camisa de dormir, gorro de dormir con borla, calorífero, su enseña patria, a la que saludo, unos pantuflos de lo mesmo, ítem más unos gregüescos, unos hectogramos de rejalgar, mechas, unos fardos de dinamita de base

activa, detonadores, temporizadores, retrato del difuntísimo, cuarto y mitad de ingenios anticonceptivos y profilácticos, un saquito de sustancias opiácas bajo la apariencia de polvos de talco, un plano de los federales ferrocarriles alemanes, una carta marítima de las vías fluviales alemanas federales y un callejero de la maravillosa ciudad francesa de París. En paquetes individualizados y adornados por cintas de diversos colores y en diferentes lazadas, a saber: Una corbata catalana, una gruesa de cruces de hierro, gamadas mitad y mitad, frasco de tres onzas de Esencias de la Penibética, cofia extremeña, caja de cartón que oculta un conocido juego subversivo, del número 8, de la acreditada marca «El Pequeño Terrorista Urbano», y, por último, un ejemplar en cuarto, impreso en Sevilla en 158…, de la fábula titulada *Polifemo y Galatea*, de la que es autor el vate culterano Luis de Góngora, incluyendo en apéndice traducción al madrileño llevada a efecto por Dámaso Alonso. Todo en orden. ¡Adelante, don Teobaldo!

Sobre la piel de Rusia blanca del saco de viaje, el aduanero Jean-Jacques ha dibujado, con tiza y de un solo trazo, una reproducción exacta de la famosa tela *La Libertad invita a los Artistas a participar en el XXII Salón de los Independientes*. Más legionario que bulevardiero, el anciano Teobaldo saluda, rebotando el dedo índice de la mano derecha en el borde de su canotier. Ha terminado de amanecer. La locomotora, que resopla impaciente por arrastrar a la serpiente de hierro, lanza ululante pitido, convocando a los viajeros rezagados, entre los que el Anciano, que se encuentra en la cantina, no se encuentra.

Sueños de la ignorancia

Lectura y ejercicio

Cuando todos los invitados de sus padres hubieron elogiado su vertiginoso florecimiento y antes de que sus padres y los invitados denotasen los primeros estímulos de los alcoholes previos a la cena, Ignorantia Destra fue retirada a su dormitorio de solterísima. Allí, como todas las noches, comprobó frente al espejo el lentísimo no-nacimiento de sus inexistentes pechos, la tersura de su pubis y la angustiosa necesidad de atributos femeninos que aquella estructura ósea exigía y que el rostro manifestaba mediante una expresión estólida. Como ningún sufrimiento o preocupación lograban permanecer más de un minuto en el alma de Ignorantia Destra, al minuto el alma se complacía ya en su espléndido cuerpo a dos años vista. Tanta belleza hipotética fue narcotizándola, de tal manera que apenas tuvo tiempo Ignorantia Destra de ponerse el camisón y alcanzar la cama para no quedarse dormida de pie ante el espejo, como con frecuencia le sucedía.

De repente, Ignorantia Destra se encontró visitando la catedral de Chartres, sin jamás haber tenido noticia ni de tal monumento, ni de la ciudad de Chartres. Pero tampoco, ella que nada sabía, se encontraba en condiciones de reconocer a Thomas Mann en aquel sujeto tendido en la hierba, rodeado de valkirias bostezantes. Al entenebrecerse la intrincada selva negra en la que se habían refugiado Thomas Mann y sus valkirias, el aliento blanquecino del dragón iluminó espectralmente el bosque. Se trataba —o iba a tratarse, porque el dragón todavía no había aparecido— de una inmunda bestia, canosa y purulenta, que navegaba ríos federales, pasando de uno a otro por neblinosos afluentes. A cada instante más parecido a un toro, el dragón lo mismo se aproximaba que desaparecía, mientras las valkirias dejaban escapar por sus bocas horrísonos alaridos y retorcidas columnas de arcilla roja. Para entonces Thomas Mann se había metamorfoseado en una epidemia

y los malignos microorganismos devoraban la hierba, mordían los hongos y ulceraban la carne rubia y casta de Santa Walpurgis.

A consecuencia de tan horrible pesadilla, Ignorantia Destra despertó sentada en la alfombra, lo que aumentó su espanto, hasta que consiguió, manoteando a la desesperada, asirse a los fláccidos bordes de su yo. Después, encendió la lámpara de noche y escuchó un silencio de lámpara sorda. Jamás en sus escasos años de existencia había soñado, lo que justificaba la desolación de su insomnio.

¿Cómo, a pesar de la evidencia de sus signos, habría podido interpretar la pesadilla Ignorantia Destra? Si ni siquiera se hallaba en condiciones de saber que había soñado, ¿habría sido justo exigirle que supiese leer la premonición contenida en el mensaje onírico, que, por ejemplo, identificase al dragón con Teobaldo García de García, como de seguro ha identificado más de un distraído estudioso de esta *Gramática*, equivocándose de medio a medio porque el dragón era sencillamente La Foudre, ya que para el subconsciente de Ignorantia Destra (y para tantos otros…) resultaba automática la identificación de La Foudre con cualquier especie de bestia, siempre que perteneciese al orden de las salvajes y terroríficas?

En virtud de las piadosas leyes naturales que más preservan de las ideas a quienes más renuentes son al pensamiento, Ignorantia Destra, sin llegar a levantarse de la alfombra, pasó bruscamente a levantarse el camisón y a complacerse en aquel espléndido cuerpo que sería el suyo a dos años vista. Luego, volvió a acostarse y se quedó dormida en el estilo vacuo y beatífico que le era habitual.

No obstante, cuando horas más tarde, atravesando un tétrico amanecer por la place de l’Etoile, Ignorantia Destra se encaminaba a la Escuela de Doma, huellas imprecisas de otros mundos, vagorosos sobresaltos, fenómenos todos más o menos semejantes a las amnesias que aguijonean a los muertos o a los impulsos suicidas que conmocionan a los fetos, picoteaban el venturoso estado de ánimo con el que nuestra pizpireta colegiala se zambullía matutinamente en el piélago de su jornada escolar.

Dialéctica de la concordancia

Lección 2

—Con el señor Dupont, por favor, Cecilia.

—Al instante, señora Dupont.

Mientras espera, Paulette se rasca los muslos, por encima de los primorosos bordados que los transparentan, con el cepillo de dientes de Georges. Es la hora del sosiego. El silencio valsea por los salones. La Foudre devasta la escuela. Venus Carolina Paula hace la compra. En la soledad-carcelaria de la mansarda, Duvet se regenera. Paulette demora la ducha y se contempla en todos los espejos —o superficies reflectivas— de la casa. Es también la hora de la belleza, porque Paulette se encuentra anormalmente guapa.

—Querida… Perdona, querida, pero acabo de entrar en este momento en el despacho y…

—Ya estoy acostumbrada a no encontrarte nunca donde debes estar. Te recuerdo que el viejo Thibaut está a punto de llegar a Gare d'Austerlitz.

—¡Dios mío!, ¿otra vez?

—Y todas las veces que sean necesarias te lo recordaré.

—No, querida, trataba de decirte que…

—No estoy dispuesta a que ese pobre viejo se encuentre abandonado en una ciudad desconocida por culpa de tu desidia crónica, Georges. Por muy molesto que me resulte tener que estar continuamente telefoneándote y viéndome obligada a hablar con esas solteronas de melenas anémicas, que, a saber por qué extravío de tu mal gusto, eliges como secretarias…

—Querida, yo…

—No me interrumpas, Georges. Me consta que eres tú personalmente, y no el director de personal como en toda empresa razonable, quien elige a las secretarias.

—No se trata de mis secretarias, querida, sino de…

—Pero ¿me supones tan tonta como para no saber que están

escuchándonos? Georges, deja de no hacer nada, sal inmediatamente para Gare d'Austerlitz, no te detengas en ningún bar, recibe con la afabilidad que se merece a nuestro huésped y dale un paseo turístico en barco-mosca hasta que Venus Carolina Paula tenga dispuesta la pularda. Y no me entretengas más, que yo sí que estoy llena de ocupaciones.

—Paulette, querida, espera… No cuelgues.

Paulette cuelga. La tenacidad atolondrada de Georges es uno de los contenidos de su falta de personalidad. Por eso, antes de que Paulette haya escalado con la yema de los dedos la suave colina de sus rodillas, el teléfono suena en la mansión Dupont.

—Señora Dupont… El señor Dupont quiere saber si…

—De acuerdo, Cecilia. Pásemelo y veremos lo que pretende ahora el señor Dupont… ¿Georges…? ¿Puedes explicarme, Georges, qué retorcida maquinación de tu abulia te impide salir hacia la estación? ¿Resistirá tu natural desagradecimiento que te recuerde aquella bella noche de España durante el viaje al que no me llevaste, en que gracias a los buenos oficios del influyente Thibaut tu vil empresa ganó unos millones que no os merecíais y tú, de paso, justificaste así la vileza de dejarme sin flamenco? ¿Te gustará que, cuando el viejo Thibaut fallezca, si Dios lo tiene dispuesto de esa manera, no haya nadie esperando en la estación Chamartín, de España, a nuestra Duvet? ¿No eres tú quien le conoce y quien concertó…?

—¡¡Quiero morirme yo…!! ¡¡Quiero que me estalle el corazón a mí…!! ¡¡¡Quiero no haber nacido!!! —y Georges cuelga.

Las explosiones de Georges provocan en los labios de Paulette una sonrisa estremecida. Paulette se abraza los hombros, quisiera abrazarse aunque fuese a la almohada, consentiría incluso que la almohada la abrazase a ella, frota su ombligo con el cepillo de dientes y, calculando la frecuencia media de las ondas histéricas de Georges, descuelga el auricular.

—Con el señor Dupont, por favor, Cecilia.

—Al instante, señora Dupont.

Una especie de chapoteo indica no una perturbación eléctrica de la línea, sino las flemas que borbotean en la exasperación reprimida de Georges.

—Querida, ¿estás en disposición de escucharme?

—Por supuesto que no, Georges, ya que de ahora en adelante escuchará mi abogado lo que tenga yo que escucharte.

—Querida, tienes que disculparme. Llevo una mañana sobrecargada. He tenido que escaparme de una reunión muy, pero que muy financiera. El tráfico estaba infernal. Me ha puesto nervioso que ese asqueroso viejo… Perdona, querida, no deseaba decir asqueroso. Ante todo, te ruego que reconsideres tu decisión. Yo te necesito, los niños me necesitan a mí…

—Los niños serán los primeros beneficiados con nuestro divorcio.

—No llames a tu abogado hasta mañana, te lo suplico. Llegaré a casa pronto, hablaremos bajo la luz de uña lámpara, cogeré tus manos, besaré tus manos, tus mejillas, besaré lo que me permitas. Paulette, querida, ¿me permitirás besarte los pies?

—Ni mis zapatillas.

—Ah, Paulette, mi amor, ¿cómo podré vivir desde hoy sin oír chancletear tus incitantes chancletas de terciopelo rojo y pompón azul…?

—Resulta ridículo que tu emotividad de modistilla te provoque una excitación fetichista, precisamente cuando estará entrando en agujas el tren de nuestro Thibaut. Si te comportas adecuadamente, te permitiré a la noche que me convenzas para que no llame a mi abogado —y Paulette cuelga.

Antes de que suene el teléfono en la mansión Dupont, Paulette corre al armario zapatero y, añadiendo desorden al desorden, revuelve los noventa y dos pares con fortuna, ya que puede acudir al segundo timbrazo llevando calzado el pie derecho con una chancleta de terciopelo azul, coronada por un pompón rojo, que le hace sentirse —muy a gusto— una medio ramera.

—Señora Dupont… El señor Dupont desea saber si se encuentra usted en disposición de hablar con él.

—Gracias, Cecilia… ¿Eres tú, Georges?

—Yo mismo, querida. Y puedo asegurarte que llegué tres minutos antes de que el tren entrase en el andén…

—¿Cómo es posible?

—Soy un conductor hábil, como sabes.

—¿Cómo es posible, Georges, que no hayas traído aún a casa a nuestro invitado? Espero, con sumo recelo, que no le habrás dejado

en alguno de esos infinitos bares que rodean tu oficina.

—Querida, nuestro Thibaut no ha llegado.

—¡Es increíble, Georges…! ¿No te habrás distraído?

—En absoluto. Para mayor seguridad le he hecho llamar por los servicios megafónicos.

—Pero el anciano señor desconoce el francés…

—Pero los servicios megafónicos hablan español…

—Pues vendrá en el tren siguiente…

—Pues hasta mañana no habrá tren siguiente…

—En fin…, tendrás que volver mañana.

—En fin…, volveré mañana. Pero… Debo confesarte que he regresado al despacho ligeramente inquieto.

—¿Por qué? A sus años es fácil ser impuntual.

—Efectivamente. Sin embargo…

—¿Piensas acaso que haya podido descender en Chartres para visitar la catedral de Chartres?

—Tiene que haber sido eso, sin duda. Llevo una mañana tan sobrecargada, querida, que te confieso ni haber intuido una suposición tan plausible. No, no; lo que me ha inquietado es que por el andén rondaba una dama muy peculiar, vestida de gitana, que…

—Te prohíbo terminantemente que me hagas partícipe de tus aventuras callejeras.

—Sí, querida. Llegaré lo antes que me sea posible. Disculpa mi intemperancia. Te amo, Paulette.

—Espero que sí, naturalmente. Ah, Georges, por cierto; has olvidado de nuevo tu cepillo de dientes en mi peinetero de caoba. Lamento tener que repetirte cuánto me perturban esas negligencias tuyas.

—Claro, querida, claro… Perdóname… Y por cierto también, ¿la has perdonado ya?

Paulette cuelga el auricular, lanza la chancleta por los aires y consiente a la almohada que le mordisquee sus labios astutos. Georges cuelga el auricular y de inmediato se asusta, porque realmente desea morir. Con el sigilo que da el oficio, Cecilia cuelga el auricular, sorprendida del turbio anhelo por la institución matrimonial que, en unos minutos de fisgoneo, puede llegar a experimentar una secretaria emancipada.

La buhardilla semiológica o La semiología en la buhardilla

Lección 3

Durante unos instantes —medida equivalente en materia de ensoñaciones a una eternidad—, había perdido Duvet Dupont la conciencia del lugar donde se encontraba y he aquí que ese lugar no era otro que su calabozo. Ensombrecido por la luz cenital, que vence pírricamente a la suciedad acumulada en el vidrio de la ventana basculante, el espacio está delimitado por tres paredes y un techo en pendiente. Hay una puerta permanentemente cerrada, heteróclitos objetos y restos de objetos, una tubería heraclitiana y la caja de los tesoros de Duvet. Cuando llueve, es muchísimo peor.

Duvet se restregó las legañas de la ensoñación y maldijo a su propia madre. En contraste con la mamá de Proust, la suya no acudía una sola noche al lecho de Duvet a besarle la frente y a remeterle las mantas. Duvet reconocía que, en principio, pues, Paulette resultaba una madre mucho más cómoda que madame Proust. Pero, a cambio, si Paulette tomaba parte en el desayuno familiar, era segura la pregunta fatídica y, tras la respuesta afirmativa de Duvet, Duvet se podía dar por prisionera. Desde la perspectiva de la infancia de un escritor, ¿qué sería más fructífero: una madre que neurotizaba por las noches o una madre que neurotizaba por las mañanas?

Duvet suspiró, comprendiendo que sólo el futuro desvelaría tal dilema. Ahora, en tanto le llegase la edad de saber leer y escribir, más le valdría no embarullarse en prospecciones psicoanalíticas de aquella su infancia excesivamente próxima. Decidió que resultaría ineludible describir en sus futuras *Memorias* la repugnante mazmorra en forma de mansarda y que, siendo la más cargante de las labores literarias la de la descripción, era su deber ponerse a describir sin más excusas. Entornados los ojos, Duvet levantó la estilográfica desmochada y la mantuvo en el aire, como si de un

momento a otro fuese a posarla, solemne y enfebrecida, sobre el invisible papel.

> La buhardilla en la que mi madre solía encerrarme casi todas las mañanas recibía una luz lóbrega a través de una ventana basculante, que se abría en el techo en pendiente. Muebles desvencijados, baúles, sombrereras, colecciones incompletas de antiguas revistas, un biciclo sin ruedas y un arpa sin cuerdas, llenaban casi por completo un espacio, que a mí entonces me parecía enorme y que años después, cuando lo he vuelto a visitar, ya muerta mi madre, resultaba angosto. La puerta tenía cerradura y cerrojos exteriores y por una gruesa tubería herrumbrosa, que se perdía en el suelo, manaba constantemente un líquido, que yo imaginaba rocío, nieve, sangre, pis o lava, según mis alternativos estados de ánimo. Allí transcurrían horas infinitas; allí, escuchando el silencio a través del tabique que me separaba de la mansarda de Venus Carolina Paula, inventaba los libros que luego he escrito. Recuerdo que en ocasiones difíciles, pero únicamente en esas ocasiones en que me asfixiaba, recurría a la caja de cartón, que guardaba las estampas, una desplumada estilográfica de mi buen padre y un ejemplar de *Madame Bovary*, en el que mucho después leería por vez primera esa inmortal novela. Las estampas eran, en realidad, fotografías recortadas de los periódicos sobre asuntos varios, que en aquel entonces me atraían vivamente: retratos de escritores (vivos, muertos, moribundos, momificados), reproducciones de cuadros, de sucesos callejeros o catastróficos, de sesiones académicas, en fin, todo lo que compendia el espíritu de la humanidad. Años más tarde, cuando, tras la espeluznante agonía de mi madre, visité de nuevo el odioso cuchitril, el polvo y la humedad habían reducido a una pasta grasienta aquellos fundamentos de mi cultura. Por muchos objetos que apilase, nunca conseguía alcanzar la ventana que se abría, cerrada, en el techo. Aunque a veces, impulsada por la desesperación, paseaba de pared a pared o golpeaba la puerta, por lo general permanecía acurrucada horas y horas en un rincón, lo que, según los médicos, fue el origen de esta artrosis que comenzó a anquilosarme a partir de los setenta y cinco años.

De repente, el tiempo, con su característica brutalidad, se hizo presente de indicativo y Duvet dejó caer la estilográfica sobre el pavimento de baldosas inestables. Antes de que la arena y las

espinas de la inquietud la impulsasen hacia la puerta, Duvet buscó la caja de los tesoros y trató de defenderse de la invasora realidad contemplando *La Libertad invita a los Artistas a participar en el XXII Salón de los Independientes*. Normalmente la contemplación de esa ocurrencia de Henri Rousseau calmaba su claustrofobia, la invitaba con éxito a identificarse con la Libertad, la chica aquella de la túnica que ascendía por el cielo del cuadro, y normalmente Duvet acababa con una sonrisa de oxígeno puro. Pero aquella mañana le era imposible (por mucho que le asquease abandonarse a esos placeres efímeros que anonadan) resistirse al odio.

Va a sonar la hora del odio. El silencio gotea en la buhardilla. La Foudre devasta la escuela. Venus Carolina Paula hace la compra y todavía quedan horas para que saque a Duvet al parque. Papá, desde la isla de su despacho, le envía palomas y botellas mensajeras, que nunca llegan. Paulette demora la ducha y se contempla en todos los espejos y superficies reflectivas de la casa. Todos son libres. Incluso, el caballero español que desde hace días viaja hacia París.

Saber (y Duvet no lo sabe) que el baúl mundo sobre el que se sienta encierra alguno de los nefandos secretos de Paulette, no habría detenido la aguja del aborrecimiento ni la aguja de la impotencia que, al coincidir, señalan la hora de la desesperación. La Pequeña se lanza contra la puerta y, golpeándola con sus puñitos, comienza a vociferar. Luego, a gemir.

La suerte del héroe radica en que, durante esa hora de inevitable derrumbamiento que transforma al héroe en víctima, el verdugo esté lejos y no oiga. Es más, la suerte de nuestra heroína consistía en que no podía abrir la puerta de la buhardilla. Porque, en aquella hora mañanera y carcelaria, la vida no le ofrecía a Duvet otra alternativa a la aflicción que haber volado escaleras abajo, que correr al boudoir donde Paulette telefonea y narcisea, arrojarse a sus pies, admitir su error, suplicar perdón y jurar terminantemente que nunca, mamá, queridísima mamá, mamita de mi corazón, de ahora en adelante no me encierres más y nunca, te lo prometo, nunca jamás querré ser de mayor Gustave Flaubert.

El Incógnito tartamudea

Ejercicio epistolar

Un desconocido (aunque no de la destinataria, y al que en adelante, mientras su nombre sea —o no— revelado, se le denominará como «El Incógnito» o «El Incógnito Incognoscible») le dirigía a Paulette, con caprichosa intermitencia, bien cartas de amor, bien obscenas esquelas, que Paulette archivaba en uno de los baúles de la buhardilla. Transcurrían semanas y aun meses hasta que las últimas misivas eran separadas de la quincallería que rebosaba de todos y cada uno de los bolsos de Paulette. Los días en que Paulette procedía a limpieza de bolsos eran días especiales; es decir, mañanas de ésas en las que Paulette amanecía determinada a emprender una nueva vida.

Antes de comenzar un futuro perfecto rompiendo las cartas de El Incógnito, Paulette se despedía de su imperfecto pasado releyendo aquellas cartas que se habían ido acumulando en sus bolsos. Acababa siempre por unirlas, sin romperlas, a las que contenía el baúl mundo y siempre en esas ocasiones se hacía la misma pregunta:

—¿Cómo es posible que este hombre me conozca tan perfectamente?

En un pretérito menos remoto que indefinido, al ser poseída por las ansias de renovación, Paulette se precipitaba a un confesionario. Asombrosamente dotada para la confidencia, se la disputaban como penitente los confesores de la parroquia. A ella, que lo mismo le daba monologar con uno que con otro, lo que le importaba era salir de la garita limpia de recónditas adherencias, en la mejor disposición para continuar con su vida de siempre.

—La verdad es que me conoce como nadie.

Conforme fue recibiendo cartas, Paulette experimentó una creciente reluctancia al confesionario. Su fe, contradictoriamente, se había ido fortaleciendo en tanto abandonaba la práctica de sus

creencias, algo en el estilo de esos marxistas que, cada vez más marxólogos, acaban por no pisar la célula y, encima, al llegar las elecciones votan a los candidatos del gobierno.

—No hay confesor en todo el orbe cristiano que me pueda llegar a conocer como me conoce a mí este zorro.

En consecuencia, al presente sucedía que, cuando Paulette releía las cartas de El Incógnito con la triple finalidad de romperlas, romper con su antigua vida y emprender una vida nueva, las cartas obraban como sustitutivo de sus confesiones. Y las cosas volvían al cauce que nunca habían abandonado.

—Es que, viendo las verdades que me escribe, me parece estar viendo a mi propia alma en una pantalla de rayos x. ¡Qué tipo penetrante…!

Debe hacerse una doble advertencia, a fin de no exagerar las potencias cognoscitivas de El Incógnito Incognoscible:

a. Paulette padecía una pertinaz proclividad a identificarse con cualquier carácter que llegase a su conocimiento, bien por medio de la palabra oral, escrita o filmada, siempre que ese carácter no coincidiese con el que, en aquel momento, ella creyese tener, y así se tratase del carácter de Juana de Arco.
b. Paulette no siempre —o casi nunca— leía las cartas de El Incógnito al recibirlas, por lo que, cuando las leía con intención de romperlas, muchas de aquellas líneas ejercían sobre ella el sospechoso influjo de lo inédito.

—Sea lo que sea, que lo cierto es que yo no sé de qué puede conocerme como me conoce, el hecho es que me hace sentirme conocidísima.

Una onda de ternura lúbrica anegaba a Paulette y las cartas destinadas al basurero eran arrojadas al baúl mundo.

El baúl había perdido el uso de su cerradura en el año 1870, cuando Paulette bisabuela hubo de mudarse a Chartres por culpa de la versión anticipada de La Gran Berta, que apuntaba a su domicilio de la rue du Sacré-Coeur. Cualquiera que hubiese abierto el baúl habría obtenido el mismo conocimiento de Paulette que detentaba El Incógnito. Pero esa posibilidad no se le había ocurrido a Paulette. De igual manera que tampoco se le ocurrió imaginar que alguien, con arteras maniobras, había violado el secreto de sus confesiones.

—Pero ¿cómo será posible, si apenas le dejo que me vea?

Y así como la violación de confesionario era una de las escasísimas que Paulette no había imaginado, así tampoco pensó en llamar al cerrajero. Resultando, por una de esas paradojas que atemperan la monotonía cotidiana, que Paulette vivía con su espíritu en cueros potenciales, al alcance del primer curioso, ella que ocupaba por entero su cotidianeidad en el arte de cubrir su cuerpo y en la política de desvelarlo sólo en ocasiones convenientes (para ella, nunca para la inconveniente salacidad del género masculino).

Analícese, en consecuencia, el siguiente fragmento elegido al azar en una de las epístolas de ese Incognoscible:

Querida,

……… tu negativa una vez más

………

diluviaba

………

esa enorme soledad que te aplastaría

………

en seres a quienes el clima os influye como

………

esclava de la lluvia

………

arrepentida de tu negativa a encontrarnos… tus lágrimas y la lluvia

………

abatida

………

y yo gozaba prostibulariamente

………

no obstante

………

dime, mi junco, dime pronto que la lluvia y tus lágrimas no han ajado… disuelto las pecas de

………

debes aprender a convivir con la dicha

………

tu temperamento reducidamente pasional y exageradamente

meteorológico
....
no te detallaré mis ocupaciones
....
dime sólo que las pecas de tus
....

Si se sabe que aposiópesis significa interrupción del discurso (y en casa de los Dupont sólo lo sabe Duvet), las reiteradas aposiópesis del fragmento reproducido denotarán, al igual que si no se sabe lo que aposiópesis significa, que quizá El Incógnito conociese, bien y por propia mano, los justamente renombrados pechos pecosos de Paulette. Pues no.

La importancia de los circunstanciales de modo y manera

Lección 4

Incluso Ignorantia Destra habría considerado excesivo el estruendo y la agitación que conmovían el aula de Medio Grado aquella mañana, si no se hubiese zambullido de inmediato en el estruendo y la agitación. En los momentos de libertinaje previos a la primera clase de la jornada, sólo por casualidad ocuparía un alumno su pupitre y únicamente por distracción un alumno interrumpiría su actividad destructora, que el griterío hacía más terrorífica. Se trataba —y aquella mañana con mayor virulencia— de algo más que el himno ritual a las potencias instintivas de la especie, que entonan los titanes cuando están a punto de ser encadenados a la roca de la ciencia. Éste había sido el diagnóstico que emitió la comisión de expertos en guerra subversiva, a quien la dirección de la Escuela de Doma había recurrido a la desesperada.

Habiendo observado que la vesania de primera hora se reducía en épocas de epidemia gripal, la comisión propuso a la Dirección regar al alba los locales escolares con una solución de bacilos, virus y piojos. Se autorizó una siembra semanal de piojos, aunque la medida se abandonó, vistos los efectos doblemente aniquiladores que la picazón vandálica provocaba en los alumnos. El minucioso dictamen de los expertos tampoco acertó con su recomendación de infectar las aulas con meningococos, remedio que, si bien traía algún sosiego, dejaba a los supervivientes en lamentables condiciones pedagógicas. El problema, por tanto, había alcanzado, como siempre que se encarga a una comisión, ese estado indefinido de ahora que tenemos nuevos datos sigamos con las antiguas soluciones.

Inmersa Ignorantia Destra en el caos, que estremecía el aula antes (y después) de la llegada del maestro (digno de lástima), saltó de pupitre en pupitre hasta unirse al grupo de los que escribían en la pizarra la diaria requisitoria reivindicativa. Estaba añadiendo con

tiza bermejuela la exigencia de guarderías para los padres durante los fines de semana, cuando algunos cuerpos la derribaron. Aplastada contra la tarima, Ignorantia Destra descubrió simultáneamente el bajo de los pantalones del maestro y la comisura izquierda de la boca de Fabulae Centum, cuya comisura de lugarteniente masculló:

—Hay novedades de suma importancia.

Cuando la tarima quedó limpia del magma de cuerpos, que habían aplastado a Ignorantia Destra, el maestro, aprovechando un simulacro de orden que auguraba lo peor, pidió autorización para pasar lista.

—Que cada alumno ocupe un pupitre, si no es mucho exigir.

La temeraria petición del cuitado determinó que todos y cada uno de sus alumnos cambiasen de lugar, movidos por la más complaciente disposición a consumir la hora lectiva en la lectura y comentarios del listado. Un cuarto de hora después, amontonados todos los asistentes en las dos últimas filas de pupitres, el desventurado maestro comenzó:

—Virtus Deserta…

—Servidora y presente —respondió Bonus Eventus.

—Fabulae Centum…

—Servidor y presente, te lo advierto por segunda vez —respondió Bonus Eventus.

—Boni Mali…

—Presente y servidor —respondió Miseria Honorata.

—Miseria Honorata…

—Mierda —respondió Miseria Honorata.

—Concordia et Salus…

—Siempre a su servicio —respondió Ornnia Quibus.

—Laetitia Rubicunda…

—Aquí estoy, carcamal —respondió Rubicunda Laetitia.

—Rubicunda Laetitia…

—A tu disposición, crápula —respondió Laetitia Rubicunda.

—Omnia Quibus…

—No está —respondió Omnia Quibus.

—No está —repitió el maestro.

—Era una broma, bobito —descubrió Virtus Deserta.

—Armis et Litteris…

—Aquí me tienes —respondió Armis et Litteris.

—Ignorantia Destra…

—Ha muerto —respondió Ignorantia Destra.

—¿Cuándo ha muerto? —preguntó, como aliviado, el maestro.

—Anoche —precisó Ignorantia Destra.

—No lo sabía… Guardemos, pues, el reglamentario minuto de silencio.

—¿Quién eres tú para organizar funerales?

La voz que formulaba tal pregunta surgió a la espalda del desdichado maestro, quien al volver la cabeza palideció. Allí, con mayor retraso que el habitual, con la calculada parsimonia de todas las mañanas, severo y despiadado, estaba La Foudre.

—Llevamos ya dos minutos de silencio por mi óbito —avisó Ignorantia Destra.

—Los asuntos no están para niñerías —participó La Foudre—. Contestad al señor profesor.

—Servidora y presente —respondió Ignorantia Destra.

—Utrumque Tempus… —llamó el maestro.

—Fabulae Centum… —llamó La Foudre.

—Voy —respondió Fabulae Centum.

—Servidor y presente —respondió Utrumque Tempus.

La Foudre tomó del brazo a Fabulae Centum, quien estiró el cuello para escuchar mejor, y ambos comenzaron a pasear a lo ancho del aula, frente a la tarima, con mesurados pasos y graves semblantes.

—Dotes Corporis…

—Servidor y presente —respondió Dotes Corporis.

—Dotes Animi…

—Servidor y presente —respondió Dotes Animi.

—Sine Vivere…

—Servidor y presente —respondió Sine Vivere.

—Protoplastos Serpentino…

La Foudre y Fabulae Centum se habían detenido junto al ventanal del aula, en cuyos vidrios rajados silbaba permanentemente el viento. También el maestro se distrajo y, al igual que sus alumnos, rindió la mirada sobre aquella pareja susurrante, cuyos murmullos, al mezclarse con el silbido del viento, creaban una espantosa atmósfera, como selvática. El maestro aspiró,

alzó la mano que sostenía la lista y, con trémula voz, dijo:

—Sine Vivere…

—Ha saltado usted hacia atrás, como las ranas homosexuales —le advirtió Omnia Quibus.

—¿Es usted acaso Sine Vivere? —preguntó el maestro listero, arrepentido de su osadía antes de pronunciar las dos últimas sílabas.

—¿Por qué no viene usted, guarro, a ponerme la mano en la entrepierna y así aprenderá a distinguir una niña de un niño? —expuso Omnia Quibus, ofendida en su condición femenina.

—Perdón… Aquí dice Sine Vivere.

—No es Sine Vivere, renacuajo aturullado —replicó Omnia Quibus—. Y prepárese, que a la próxima denunciaré a la dirección de la escuela su cochino procedimiento para distinguir el sexo de esta clase.

Los ojos del tembloroso maestro se llenaron de piedad por sí mismo. Frente a él, La Foudre y Fabulae Centum seguían paseando, con ese movimiento de lanzadera que tienen las guillotinas chinas en los salones de tortura orientales.

—Protoplastos Serpentino…

—Servidor y presente —respondió Sine Vivere, ya que Protoplastos Serpentino estaba descerrajando en aquellos momentos la mesa del director.

—Orbem Terrarum…

—Servidor y presente —respondió Orbem Terrarum.

—Spe Tantum Relicta…

—Servidora y presente —respondió Spe Tantum Relicta.

—Bonus Eventus…

—Servidor y presente —respondió Bonus Eventus.

—Arma Virumque…

—Cano —respondió Arma Virumque.

—Monsieur La Foudre…

Todos se pusieron de pie en los dos últimos bancos, al tiempo que el maestro caía sentado en su cátedra, al fallarle las piernas. La Foudre, que acababa de subir a la tarima, escupió entre los zapatos del maestro y, con un gesto que invitaba a la relajación, se dispuso a arengar a aquellos que, pareciendo sus condiscípulos, eran sus correligionarios.

Modelo de solicitud a las instancias superiores

Ejercicio de redacción

Puntual, a media mañana y mediante el interchismorreador, Cecilia comunica a Georges que, una vez más, ha sonado la hora de ir a recibir en la Gare d'Austerlitz al caballero español. Georges, que acababa de leer en ese preciso instante la última carta que le ha enviado Maurice L'Encre, se encuentra todavía pasmado, como es de suponer. No obstante, reacciona y con su proverbial versatilidad agradece a Cecilia que le haya recordado la inminente llegada del señor Thibaut.

—Que tampoco llegará hoy. Seguro —se permite profetizar Cecilia, en uno de sus frecuentes accesos de espontaneidad.

Aunque de muy distinta edad, de vocaciones dispares y de gustos diametralmente opuestos, Georges Dupont y Maurice L'Encre mantienen una amistad entrañaba. Tan fuertes son estos lazos amistosos que Paulette tiene prohibido a Georges que lleve a Maurice a casa, porque literalmente no lo soporta. Georges telefonea a Maurice una vez por semana y después de recibir alguna carta especialmente alarmante. Maurice escribe a Georges con una frecuencia arbitraria y nunca le telefonea. Cuando el 14 de julio ambos amigos sé reúnen para tomar el aperitivo nacional, no saben de qué hablar.

Maurice pasa sus días en un cubículo inframunicipal, donde desarrolla las repetitivas tareas del humilde escalafón al que eligió pertenecer. Georges, quien por imposición familiar fue destinado al oficio de amontonar dinero, asciende vertiginosamente en ese oficio. Quizá Maurice supone que Georges, cuando se detenga a comparar sus capacidades con sus triunfos, sentirá vértigo y sonrojo. Georges, que jamás se detiene a comparar, está convencido de que Maurice es un resentido. Piensa que le convendría casarse, tener ambición y simultanear amantes, que resulta imposible llevar una vida misteriosa si se vive en la pobreza. No obstante, Georges

envidia la soltería de Maurice, le reconfortan su existencia mediocre y su transparencia de costumbres, admira por ineficaz su inteligencia y, enternecido, se congratula de su propia generosidad para mantener lazos entrañables con un tipo pobre, ramplón y tristísimo.

A punto de cambiar la oficina por Gare d'Austerlitz, Georges se pregunta consecutivamente si encontrará de nuevo en la estación a la inquietante gitana y qué clase de veladas pasará un individuo, capaz de despachar por correo la siguiente idea:

Una Idea Burocrática:

Te confieso que, probablemente a causa del clima desolador que padecimos el último invierno, solicité de las Instancias Superiores no vivir los lunes. Me resultaba ya sumamente penoso ese tiempo de lunes, aunque vacío, mortífero. A cambio propuse a las Instancias Superiores que todos los lunes no vividos se me acumulen, como días feriados, en concepto de suplemento de vida y a partir de la fecha que las mencionadas Instancias tengan fijada para mi muerte. Me fue autorizada esta permuta. Desde entonces son más atroces los lunes, ya que olvidé señalar en la solicitud un lugar donde pasar mis muertes semanales y, ahora, al despuntar el primer día de la semana, soy enviado al infierno, en el cual permanezco hasta el amanecer del martes.

Tuyo,

MAURICE L'ENCRE

Georges trata de consolarse, recordando que siempre es bueno tener amigos, incluso en el infierno, porque nunca se sabe. Sin embargo, regresa al despacho y guarda en la caja de caudales la carta, que había metido en un bolsillo del pantalón. Al pasar junto a la mesa de Cecilia, suspira, no por efecto del descomunal escote —como imagina la descotada—, sino aliviado de su peso epistolar, como quien ha logrado alejar una amenaza y sospecha que el peligro (y son los peores) le llegaba disfrazado de afabilidad filosofante.

Poética venusina

Lección 5

Hasta que la luz fue un residuo más en la suciedad del vidrio, Duvet mantuvo la esperanza de que la puerta se abriría. Luego, atardecía ya irremisiblemente, Duvet se sentía Molloy y, por fin, la abandonó la tristeza, al empezar a fantasear. Como siempre, primero fue apareciendo una imagen vacilante; a partir del momento en que Duvet pensó en aprovechar la imagen como recurso literario, la avenida cobró una forma nítida, brotaron dos hileras interminables de árboles y unos olores denotaron que llovería pronto sobre aquella extensión aparentemente desierta, crepuscular, en la que nadie, ni siquiera la autora, podía aún determinar la figura de hombre que correría, vestido de soldado, de árbol en árbol. Pero Duvet, que pensar sólo pensaba literariamente, sabía ya que, en un momento determinado, sonaría un cañonazo en el puerto y, de inmediato, la tarde, la avenida, los tilos esperando la lluvia, recobrarían la quietud que únicamente había roto el instintivo cuerpo a tierra del soldado.

La escena, si escena podía denominarse aquel esbozo, adquiría un vigor incitante a cada repetición, y Duvet, ensayando técnicas de *nouveau roman*, se quedó adormilada. Por lo que oyó el cañonazo en el puerto cuando los nudillos de Venus Carolina Paula repicaron en el tabique. Duvet recobró sin sobresalto, como quien aparta los ojos del papel para coger un cigarrillo, la realidad de la buhardilla al borde de las tinieblas. A gatas alcanzó el tabique donde las llamadas de Venus Carolina Paula denotaban una creciente inquietud.

—Que no me he ahorcado, no te preocupes.

—Ay, mi niña…, por Dios, qué espantos se te ocurren…

—¿A mí? Eres tú quien estaba imaginando espantos, reconócelo. Te ha negado la llave, ¿verdad, Venus Carolina Paula?

—Sí, mi niña. Tu madre me ha prohibido que te lleve al parque.

Yo…, yo no he sabido domarla. No sólo no se le ha pasado el berrinche, sino que está peor. Se me ocurrió que se le podía haber pasado, pero quiá, hasta me ha prohibido que te suba la merienda. ¿Tienes hambre, mi pequeña? Hay que reconocer que le has dado el desayuno, que te has comportado de una manera heroica pero insufrible. ¿Me oyes bien, Duvet?

—Te oigo, Venus Carolina Paula.

—¿No te parece que te has comportado de una manera heroica pero insufrible?

—Simplemente digna.

—Yo, tú lo sabes, estoy de tu parte. A mí me parece que, teniendo medios para tener vocación, la vocación de una persona es lo más principal. Pero también hay que comprender que a tu madre le asuste que te hayas empeñado en ser Flaubert y sólo Flaubert. No se puede derrochar tanta cerrilidad, amor mío, sobre todo cuando lo que una pretende es una insensatez. Eres muy extremista, pequeña, las cosas como son.

—Extremista, ella, que es una terrorista del orden.

—Ella, acuérdate, al final del desayuno quería contemporizar.

—¡¿Contemporizar?! ¿Llamas tú contemporizar a que me proponga ser la Sagan en vez de ser Flaubert? A eso yo lo llamo una trampa.

—No caigas y aprovéchate de que ella te cree en el hoyo. Hace unos meses no admitía siquiera que fueses escritora. Esta mañana, por lo menos, admitía que seas la Sagan. Pues haz que consientes en ser la Françoise Sagan y ponte a ser el Gustave Flaubert. Yo, la verdad, no veo tanta diferencia. Quizá es porque una sabe poco acerca de ese oficio, pero a una lo que le parece esencial de necesidad es que tu horrorosa madre te permita emprender la carrera de la gloria literaria.

—No seas pánfila, Venus Carolina Paula. Lo que espera esa víbora es que yo termine por ser efectivamente la Sagan y, conociéndome como me conoce, que le coja una aversión total a la literatura. Antes muerta que ser la Sagan. Antes, te lo juro, preferiría ser masajista íntima, o bordadora, o Elsa Triolet.

—O ¿quién…? No te he oído.

—¿Qué estás haciendo, Venus Carolina Paula?

—Yo considero que es un oficio penosísimo, pero maleable.

Estoy mirándome al espejo. Para darte mi opinión sincera, a mí me parece un mal oficio, lleno de desventajas, de sufrimientos, de frustraciones, de negruras, que lo único que va a proporcionarte el día de mañana es fama y dinero. En fin, ni siquiera un oficio. A mí me parece una desgracia. Pero eso sí, una desgracia maleable.

—No es maleable, créeme.

—No lo será, si tú lo dices, que eres la que quieres dedicar tu vida a eso. Sin embargo, si me pongo a pensar en lo que te espera, cariño mío…, no sé, no sé… Naturalmente no es que le dé la razón a la zorra de tu madre, porque tu madre es de esas personas a las que resulta inmoral darles la razón cuando la tienen, por supuesto que no… ¡Eres tan pequeña todavía…!

—Ése es un atributo circunstancial, Venus Carolina Paula. La gente, incluso las personas cultas pero un poco pavesianas, como tú, idealizáis el oficio de escribir, le metéis mucha metafísica al oficio por el culo.

—No hables mal, mi amor, que es muy feo que una niña flaubertiana diga malas palabras. Además, yo no soy culta. ¿Cómo voy a ser culta, si me he tenido que venir a servir a París desde Extremadura? Ni siquiera es que sea intuitiva o sensible, Dios me guarde. Lo que pasa es que te quiero mucho y, aunque por motivos distintos a los de tu madre, cada vez que me encuentro a un escritor de cuatro años no puedo por menos que temblar ante su tenebroso futuro. Afortunadamente se me está desarrugando el ombligo.

—¿Es que te has desnudado para mirarte al espejo?

—Sí, niña mía. Me veo más claramente cuando estoy desnuda.

—Y ¿se te está desarrugando de verdad? Cuánto me alegro… Recuerdo lo arrugadísimo que lo tenías cuando entraste en esta casa. No te complazcas demasiado en la contemplación de tu cuerpo, ¿eh, Venus Carolina Paula?, que careces tú de grandes defensas contra la voluptuosidad.

—Carezco, pero no hay peligro, cielito, sabiendo que estás ahí sola, en las tinieblas, hambrienta, afantasmada…

—Ni tampoco te compares demasiado el cuerpo con el cuerpo de mi madre.

—Me gustaría que esta misma noche, después de la cena, le entrase un cáncer a tu madre, un cáncer miserere.

—Y a mí, naturalmente.

—¿Tienes paralizadas las piernas?

—Entumecidas. No te angusties en exceso. Ahora, ya ves, estoy aquí tan a gusto, charlando contigo de literatura. Y cuando tú te tengas que bajar a la cocina, seguiré con una novela que se me ha ocurrido esta tarde.

—¿Es bonita?

—Mucho.

—¿Con sexo y violencia?

—Con un poco de violencia sólo. Cuestión de que se oiga un cañonazo a lo lejos. Tengo una experiencia muy limitada para escribir de pasiones.

—Pobre criatura mía… En medio del torbellino de la vida es donde tendrías que estar y no encarcelada, consumiéndote de soledad. Madame te va a provocar un solipsismo incurable.

—Bueno, tampoco en el parque hay mucho torbellino de la vida…

—¿Lo ves?, ya estás aborreciendo la realidad. Santo cielo, y que no haya un tribunal que mande a ciertas madres al garrote vil… Me desespera que, entre la maldad de esa bruja y tu firme vocación, nunca dejarás de padecer.

—Te aseguro, Venus Carolina Paula, que escribir da también satisfacciones.

—Falsas, mi pequeña, satisfacciones falsas, alucinatorias, masturbatorias, envenenadas… Renuncia al dinero y a la fama y ahórrate una vida gansa dedicada a inventar mentiras. Y, encima, una vida salpicada de obstáculos y de inútiles esfuerzos sobrehumanos, palabrera, rodeada de todas esas gentes sospechosas que zumban alrededor del oficio.

—La miserable de mi madre te está influyendo. Ah, Venus Carolina Paula, si te largases del comedor nada más servir el desayuno…

—¿Qué dices, insensata? ¿Cómo puede cegarte tanto la ingratitud? ¿Estás ya tan intoxicada por la literatura que no sabes distinguir entre el bien y el mal?

—Venus Carolina Paula, no me regañes, no te enfades, no creas que ignoro todo lo que haces por mí.

—Te mataría esa burguesa infanticida, si yo no estuviese delante echando el café con leche en los tazones, sería capaz de matar al

mismo padre de Flaubert, que era tan borde como ella.

—No te irrites, que te agradezco infinito la ayuda. Anda, sigue contemplándote en el espejo, Venus Carolina Paula querida.

—Malditas las ganas que tengo de mirarme los pezones… Escucha, mi niña, hazte escritora, si es que no puedes remediarlo. Pero haz por lo menos algún esfuerzo para relacionarte con quien no comparte tu extravagancia.

—Eres injusta. Precisamente el oficio consiste en amar y comprender a los prójimos humanos.

—Ay, pequeña romántica… Veo que es inútil prevenirte contra tanta equivocación como propicias. ¿Qué sabrás tú, por mucho Gustave Flaubert que llegues a ser, que no dudo que lo serás, y que te comprarás una finca y que serás recibida en la Academia, que sabrás tú, mi tierna niña, en lo que consiste escribir? Pero ¿es que te crees que es igual que redactar? Muchas veces tendrás deseos de escribir y no sabrás, otras veces sabrás y estúpidamente elegirás vivir. Cuando escribas, te sentirás satisfecha hasta que al día siguiente releas lo que escribiste ayer o leas lo que otro ha escrito. Alguien elogiará lo que has conseguido y tú sabrás cuánto lo has fallado. Del que te manifieste su desacuerdo sólo oirás los ecos de la envidia. Sabiéndote incapaz y creyéndote envidiada, rehuirás el trato de tus semejantes y aborrecerás el de la Naturaleza. Toda experiencia la resecarás para inventarla después, todo sentimiento dejará de ser tuyo para ser de tus personajes, o sea, de lo que no existe. No tendrás libertad, ni espontaneidad, ni un gusto tuyo. Y un día, cuando ya estés muerta para la vida, serás ya escritora y descubrirás con espanto que del infierno no se sale, porque existe un tormento mayor que el de escribir y es el de vivir sin escribir. ¿Para qué todo eso, quieres decírmelo?

—Porque el mundo está mal hecho, Venus Carolina Paula.

—Mentira, Duvet. El mundo está muy bien hecho, lo que pasa es que no nos gusta.

—Es lo mismo.

—No, no lo es salvo que quieras que te guste. Y ¿cómo?; renunciando a todo, excepto al dinero y a la fama, por inventar un puñado de historietas, que, encima, se parecen cochinamente al mundo.

—Mi madre no se parece a Emma Bovary.

—Son idénticas, con la diferencia de que a la vernácula de tu madre se le ofrecen hoy en día muchas más posibilidades de demostrar lo necia que es.

—Sí, sí, si tienes toda la razón, Venus Carolina Paula, pero ¿qué puedo hacer? No me abandones tú, no me dejes aquí sola, que ya no sé ni quién soy después de ocho horas de buhardilla y, sobre todo, a la caída de la tarde, que es la hora más funesta del día para los que tenemos una vocación difícil y un poco desjuiciada. Si yo te contase mis desfallecimientos, si yo te confesase que lo que tú me dices es lo que yo no quiero decirme, si tú supieses las ganas que tengo de correr por el parque, de subirme a una bicicleta, de saltar a la pata coja o a la comba… Pero, Venus Carolina Paula, si lo que necesito yo es que nadie me diga la verdad…, si a mí me aprietas un poco y cambio la fama por un aro, que es una agitación igual pero menos tediosa… Compréndeme, hazte a la idea de que lo que a mí me ocurre es lo que te ocurre a ti cada vez que se te acerca un hombre…

—Mi niña, mi niña…, mi infortunada pequeña Duvet, no sigas, por favor, no sigas… Claro que te comprendo y te apoyo y que nunca, nunca jamás, te abandonaré. Ni siquiera cuando seas Gustave Flaubert y no encuentres a nadie que te aguante, te aguantaré yo, Venus Carolina Paula, yo cuidaré de tu escritorio, te serviré el té, corregiré galeradas, dejaré al hombre que ame y que me ame para ofrecerte mi devoción a cambio de lo que no entiendo…

—¡Qué excelente escritora podrías haber sido tú, Venus Carolina Paula, si hubieses podido quedarte en Extremadura! Algo George Sand, pero con una sutileza y una afición por el corazón humano que ya quisiera yo tener.

—Es que aún eres muy chica, mi lucerito. Poco a poco, en cuanto crezcas y aprendas a leer y a escribir correctamente, ya verás cómo tú también te sabrás lo del corazón humano. No creas que es tan difícil. Triste, mucho, pero facilito. ¿Tienes hambre?

—No, tengo claustrofobia.

—Ya queda menos para la cena, y a la hora de la cena esa asesina de tu mamá me dará la llave para que te saque. Y ¿frío?, ¿tienes frío?

—De vez en cuando tengo escalofríos. Pero no es el clima, es la

desesperación.

—Tengo yo la culpa por ponerme a detallarte el horror de vida que te espera. Perdóname, mi niña, perdona a tu Venus Carolina Paula. ¿Sabes que La Foudre había escondido una pistola en el frigorífico y casi la echo al puchero? ¿Por qué no serás tú tan dinamitera como tu hermano, para que tu madre te lo consienta todo?

—Como es varón y a ella le tira el complejo de Edipo…

—No me extrañaría que la guarra de tu madre quisiera ser Yocasta, porque es que ni se le ocurre ser nada bueno. Ponte contenta, que le he pedido permiso para hacer mañana tortilla de patatas a la española sin cebolla y ha dicho que bueno.

—¿Ha llegado ya el anciano señor compatriota tuyo?

—No, tampoco ha llegado hoy. Se ha quedado en Chartres para ver la catedral de Chartres.

—El ocurrente de Sartre decía que entre una vida humana y la catedral de Chartres él elegiría la vida humana, porque un hombre puede reconstruir una catedral y una catedral no puede resucitar al hombre que ha muerto por ella.

—Eso lo decía porque es la de Chartres, que, si fuese la de Burgos no le dejarían ni elegir y puede que hasta le fusilasen.

—¿Cómo será el anciano señor compatriota tuyo?

—Espero que tu madre esté equivocada y no sea un caballero español, porque lo único que le faltaba a esta casa es un caballero español.

—¿Te acuerdas mucho de tu España, Venus Carolina Paula?

—Qué remedio…

—¿Cómo es España?

—Un polverío, mi niña.

—Enséñame un poquito más de castellano, anda…

—En un próximo futuro, que *maintenant* tengo que preparar el *souper*. ¿Estás más resignada? ¿Me prometes ponerte a escribir una novela y no tener miedo a la oscuridad? ¿Le perdonas a tu Venus Carolina Paula que haya sido tan inconsideradamente sincera y le mandas un beso a través del tabique?

Duvet besó el tabique, que le supo a yeso y a lágrimas. Luego, tras oír cerrarse la puerta de la mansarda de Venus Carolina Paula, oyó el silencio de las esferas. La avenida desierta se iluminó, al

encenderse las farolas de hierro labrado (¿se dice hierro labrado?) que en dos líneas convergentes se perdían en la lejanía entre los tilos. Acababa de sonar un cañonazo en el puerto. Comenzó a llover. Y Duvet estaba convencida de que, de haberla parido Venus Carolina Paula, ella esa noche sería ya por lo menos Honoré de Balzac.

Una arenga y una emboscada

Lección 6

La Foudre levantó, paralelos, los brazos y, con parsimoniosa solemnidad, rugió:

—¡Horda del Grado Medio! ¡¡En pie!! ¡¡¡Volvemos a la acción!!!

Un clamor de júbilo estalló en el aula. Volaron por los aires cuadernos, se estrellaron diccionarios contra las paredes, poderosas dentaduras partieron bolígrafos derramando ríos de tinta, se quebraron escuadras y cartabones, los compases y tiralíneas quedaron clavados en la madera de los pupitres. Una nube de polvo fue ascendiendo hasta desfigurar los sudorosos rostros de crispadas facciones. El incesante galope arrancaba estridentes quejidos del entarimado. El último vidrio cayó astillado con una tintineante algarabía, que pareció anunciar una lluvia llameante.

—¡Huestes, silencio! —ordenó Fabulae Centum, quien, durante el frenesí de las masas, había impedido al maestro que abandonase la cátedra—. ¡Silencio, que habla La Foudre!

Desde todos los rincones del aula devastada, acudieron a congregarse al pie de la tarima los alumnos, cuyo repentino mutismo dejó una estela de jadeante expectación. La Foudre abatió los brazos y concedió una sonrisa de perfecta ferocidad a la concurrencia.

—Volvemos a la acción —reanunció La Foudre, ahora con la sorda entonación que es de suponer—. Durante meses hemos permanecido en inactividad, sometidos aparentemente a los odiosos poderes del hogar y la escuela.

—¡Mueran la escuela y el hogar! —gritó Laetitia Rubicunda.

—¡¡Mueran!! —respondió el aula.

—¡Mueran el hogar y la escuela! —gritó Rubicunda Laetitia.

—Un momento —se adelantó Fabulae Centum a la prevista vociferación—. Antes de que La Foudre nos comunique las últimas noticias, es preciso resolver una cuestión previa: ¿Qué hacemos con

este despojo de alimaña?

Mientras todos y cada uno proponían un tipo de tortura diferente, coincidentes sólo en su refinada crueldad, el maestro, transformando en agilidad su terror, logró zafarse de las garras de Fabulae Centum y alcanzar la salida.

—Cuestión resuelta —dictaminó Concordia et Salus, antes de preguntar—: ¿Qué especie de últimas noticias son ésas?

—Hemos pactado ayuda internacional. No se me oculta que ha habido murmuraciones y desánimos durante estos últimos meses de fingida inactividad. Vergüenza para los que dudaron. Mientras algunos sospechaban temerariamente que nos habíamos acostumbrado a la tiranía, otros luchábamos en la sombra.

—Otra cuestión previa, La Foudre —interrumpió Armis et Litteris.

—¿Qué chorrada se te ha ocurrido? —preguntó con paciente liberalidad La Foudre.

—Si yo no estoy equivocado, seguimos siendo una sociedad secreta.

—Una sociedad secreta y aniquiladora, sí. Y ¿qué?

—Pues que aquí, entre nosotros, hay gente que no ha prestado juramento y, por tanto, no debe escuchar tus palabras, como es de uso en una sociedad que, por muy aniquiladora que sea, es ante todo una sociedad secreta.

La Foudre, girando la cabeza sobre su hombro izquierdo, celebró consulta a alto nivel con Fabulae Centum. Después consultó su reloj y suspiró con mal contenida premura.

—Vamos a ver —preguntó Fabulae Centum—, ¿quién de los presentes no pertenece a la Horda? Que levante la mano.

Spe Tantum Relicta levantó la mano.

—¡¿Que tú no perteneces, cretina?! —exclamó La Foudre—. Pero si la fundamos en el jardín de tu casa…

—Yo he levantado la mano para pedir la palabra…

—Nosotros no pedimos nada, lo cogemos. Y, además, ahora de lo que se trata es de saber quién carajo no ha prestado juramento.

—Para eso he levantado la mano —prosiguió tercamente Spe Tantum Relicta, con una mueca sardónica que hizo brillar los metales de su ortodoncia—. Porque la única que no pertenece es Ignorantia Destra y a ella le da apuro confesarlo.

—Ay, hija, tampoco es que me dé apuro… Lo que pasa es que una tiene su orgullo y no tiene por qué ir por ahí suplicando lo que nadie le ha ofrecido a una, que, entre paréntesis, ha hecho por la Horda lo que no han hecho otras y sin obligación, por pura solidaridad, que resulta muy fácil llamarla a una hordera de viaje y luego, cuando llega el momento de…

—¡Basta! Ni tengo tiempo de oírte, ni estoy dispuesto a aguantarte, Ignorantia Destra. Tómale juramento y acabemos.

—¿Cómo te llamas? —ofició Fabulae Centum.

—Ignorantia Destra.

—¿Edad?

—Doce.

—Falso —no se oyó murmurar a Omnia Quibus.

—¿Eres virgen?

—Sí, pero por exceso de infancia.

—¿Has abortado clandestina o legalmente?

—¿Cómo quieres que haya abortado, Centum, si soy virgen?

—La chica será tonta, pero en eso tiene razón —apostilló Miseria Honorata.

—Pues no tiene razón, porque la fórmula es la fórmula —rearguyó Virtus Deserta.

—Que no, que no he abortado.

—Está bien —aceptó Fabulae Centum—. ¿Odias tanto a tus padres como a tus maestros?

—De tanto como odio a mis padres y de tanto como odio a mis maestros, ya no sé a quién odio más. Depende de los días.

—Vale. ¿Juras, Ignorantia Destra, destruir, incendiar, socavar, conculcar, mentir, calumniar, corromper y pervertir, sin retroceder ante ningún medio criminoso y colaborando en cualquier empresa infame, hasta el triunfo final?

—Lo juro —afirmó, sin pestañear, Ignorantia Destra.

—Bueno, pues que se baje las bragas y que la marquen.

—Un momento, La Foudre, un momento…

—Es que no llego a la cita. Por cierto, prepárate, Spe Tantum Relicta, que tienes que acompañarme a una misión de especial peligrosidad, que exige maquillaje.

—Yo, encantada —canturreó Spe Tantum Relicta.

—Pues quedas admitida y quedas enterada de que no puedes

comerciar con los secretos de la Horda, bajo pena de castración o muerte, según sea el secreto.

—Caray, Fabulae Centum, tendrías que avisarlo antes de jurar, por si una quería pensárselo.

—¿Pensar tú? Anda, vete a un rincón y que Protoplastos Serpentino te tatúe en la nalga izquierda el diablo y seña de la sociedad. En la izquierda, ¿eh, Protoplastos Serpentino? No quiero equivocaciones irreparables. Pregúntale a ésa antes en qué lado tiene la nalga izquierda.

—Sí, hombre, sí. Que ya pensaba yo preguntarle —rezongó Protoplastos Serpentino, recién incorporado a la clase después de haber descerrajado la mesa del director.

—Continúa, La Foudre.

—¿Por dónde iba yo?

—Nos estabas comunicando —recordó Dotes Animi— que hemos conectado con organizaciones internacionales, dispuestas a prestarnos ayuda tecnológica, a vendernos explosivos a buen precio y a facilitarnos información.

—Exactamente —confirmó La Foudre—. Las noticias vuelan. Y venga, Spe Tantum Relicta, que no llegamos. Fabulae Centum os dará las instrucciones complementarias.

Piernilarga y granujienta, con ese ánimo saltarín que produce abandonar la escuela a media mañana, Spe Tantum Relicta siguió a La Foudre y, por culpa de su retozonería, quedó abierta la puerta del aula de Medio Grado. Parte de la Horda se sentó en el suelo. Del rincón donde Ignorantia Destra se había desbragado y ofrecía ya sus nalgas a la pericia incisiva de Protoplastos Serpentino, llegó una nerviosa risita.

—No penséis mal —advirtió Protoplastos Serpentino—. Es que dice que el estilete le hace cosquillas.

—Vete a vigilar a ésos, Omnia Quibus —decretó Fabulae Centum—. ¿Hay algún extremo que no haya quedado claro?

—Yo quiero saber, y sin tapujos, quién —preguntó Miseria Honorata— nos vende las armas. Es decir, ¿se sabe si son de fiar esos tipos internacionales?

—No, no son de fiar. Profesan —explicó Fabulae Centum— una ideología diametralmente opuesta a la nuestra, pero con una finalidad absolutamente idéntica a la de la Horda.

—Parece, por lo tanto, previsible —auguró Dotes Animi— que nos hemos unido a ellos para traicionarlos.

—Efectivamente, menino. Para traicionarlos y liquidarlos, una vez que ya no nos sirvan.

—¿Estamos prevenidos para que ellos no nos liquiden? —apuntó, con su usual sagacidad, Orbem Terrarum.

—Somos infinitamente más jóvenes y más vigorosos. Además, nosotros somos los que pagamos.

—¿Con qué numerario?

—Con nuestros ahorros.

—¿En qué país internacional radica esa organización internacional?

—*Urbis et orbis* —precisó Fabulae Centum—, aunque la sección operativa encargada de contactar con la Horda proviene del luminoso sur y viene instruida por el tenebroso norte.

—Bueno, pues ya que todo está aclarado —propuso, encendiendo un cigarrillo, Boni Mali—, podíamos largarnos por ahí a ser un poco felices. Al fin y al cabo, si hemos vuelto a la acción, supongo que estamos automáticamente dispensados de toda tarea escolar.

—Supones bien, Boni Mali —ratificó, entre aplausos, Fabulae Centum—. Sin embargo, las nuevas patrullas, cuyos componentes…

—¡¡La bestia represora!!! —anunció con un alarido wagneriano Bonus Eventus.

Todos permanecieron rígidos, los desorbitados ojos fijos en la puerta del aula, por la que, cubiertos los rostros con celadas y pertrechados de elásticas palmetas de bambú, iban penetrando el buen maestro y sus cuatro ayudantes de cátedra. Durante un eterno minuto, antes de que brotasen, unánimes y desgarradores, los gemidos de dolor, se oyó en el rincón pertinente el conocido lloriqueo de Ignorantia Destra.

Estando Protoplastos Serpentino finalizando su labor tatuadora, había sonado el alerta de Bonus Eventus, trompetera resonancia que produjo, en doble e instantáneo efecto, una repentina bajada de faldas de Ignorantia Destra y un temblor incontrolado del estilete. Y así, un minuto antes de que comenzase la carnicera represión, un hilo de sangre —premonitorio— caía muslo abajo y en la nalga izquierda de Ignorantia Destra quedaba grabada *ab aeterno* una

rúbrica superflua, al final de las terribles letras del espantable lema: *Si duo faciunt idem non est idem*.

La inutilidad del indicativo

Lección 7

Mientras recorría el andén, que acababa de vaciarse, Georges pensó que en un lejano futuro echaría de menos aquellas escapadas mañaneras a la Gare d'Austerlitz. Georges se conocía bien y conocía ese sucio afecto que se acaba por coger a los actos más estúpidos, siempre que sean actos repetitivos.

Siempre un poco antes de media mañana, Cecilia le intercomunicaba el retraso, siempre el mismo, que traía el tren supuesto de traer al anciano caballero español. A media mañana en punto, Cecilia recordaba a Georges la hora, Georges abandonaba su despacho, experimentaba la sensación dentro de su vehículo de ser transportado inertemente por la masa de vehículos que se dirigían hacia Gare d'Austerlitz, aparcaba en lugar prohibido, entraba en la estación, entraba el tren, descendían los viajeros, Georges esperaba a que el andén se vaciase, recorría el andén —como esta mañana, en la que va pensando que sentirá nostalgia de este presente—, salía al vestíbulo, dejaba en la oficina adecuada una nota dirigida al Anciano, pagaba una multa por aparcamiento indebido, regresaba a la oficina, telefoneaba a Paulette y continuaba con sus manejos financieros. Y esta odisea estéril se desarrollaba con desesperante exactitud, así abrasase el sol, granizase, nevase o floreciese la primavera en los muelles del Sena.

En ese futuro lejano llegaría la nueva de que el caballero había fallecido, al ponerse en viaje, o en la desolación de una pequeña estación del trayecto. Quizá, de no haber fallecido, la nueva participase que el hidalgo se había escapado a Nueva Zelanda con una zagala de la serranía. Y hasta cabría dentro de las hipótesis verosímiles que, en el momento más imprevisible, se descubriese que entre Paulette y el caballero hubiesen trastrocado el año de la fecha de llegada y que el caballero, ni muerto, ni rijoso, se presentase el día anunciado, pero doce meses después.

Sin embargo, al atravesar de regreso el vestíbulo, Georges se detuvo de repente y, al instante, en vez de dirigirse a la oficina adecuada a depositar la nota diaria, salió disparado en persecución de una monja. La gigantesca religiosa, cuya cofia sobresalía sobre la multitud del vestíbulo con una apariencia de vela latina henchida por el viento, había cambiado su reposado caminar por una precipitada huida, justo en el momento en que la mirada de Georges se cruzó con su mirada. Valiéndose de su corpulencia y del respeto instintivo que sus hábitos provocaban, la obesísima religiosa se lanzó a sortear personas, carretillas de equipajes y torniquetes automáticos, con tal destreza y celeridad que Georges pensó que la perdería de vista.

Georges había reconocido, y precisamente por sus hábitos monjiles, a la gitana del día anterior, quien (mientras la perseguía, Georges tuvo la revelación) no era otra sino la alsaciana vendedora de bollos del día anteanterior. Y la dama de negros velos que, en una mañana pretérita, le había dirigido un insinuante fruncimiento de labios, que Georges ni lo quiso creer. Y la princesa hindú de sari dorado. Y la ilusionada madre que esperaba a su hijo, guarnicionero en una guarnición transoceánica. Y la azafata (más bien, directora de azafatas). Y la maestra. Y la actriz famosa (pero irreconocible). Incluso, la monja de hoy ya había sido una mañana de la semana última el voluminoso cardenal de luengas barbas, que como él —Georges— había esperado al borde del andén la entrada en agujas del convoy, que no traía a quien él —el cardenal— esperaba, como tampoco al caballero que esperaba Georges. Georges, que acababa de saltar los dos últimos escalones de una monumental escalinata, se iba quedando sin aliento y sin dudas, a medida que la proteica Hermana se le distanciaba.

Estaba dispuesto a apresarla, sin pensar qué le diría una vez que la tuviese entre las manos, sin prever siquiera las imprecisas pero enfadosas consecuencias que suelen derivarse de la captura de una monja en una estación de ferrocarril. Y como estaba dispuesto y, sobre todo, corría impulsado por la imparable energía del irracionalismo, Georges, al aterrizar al pie de la monumental escalinata, divisó al final de un largo corredor solitario la zarabanda de hábitos en fuga. Se deslizó por la pendiente del corredor, giró, saltó por encima de una máquina barredora, subió una escalera de

caracol, atravesó un túnel, y le pareció atravesar un nudo de carriles, arrolló a un revisor libre de servicio, recorrió una pasarela mecánica, se dejó caer desde una plataforma, cruzó charcos de agua, de grasa y de gases a punto de licuarse, entró y salió de un galpón en el que la autoridad había amontonado a los sólitos mendigos que rondan las estaciones, chocó contra un retén de bomberos, rompió dos puertas cristaleras y, cubierto de sudor, resonante de asfixia, sin haber perdido de vista a la monja, volvió a desembocar en el vestíbulo principal. Un obstáculo se le interpuso suave y tajantemente.

—Güerdón —logró articular Georges, por mero reflejo de cortesía.

El obstáculo, compuesto por un atildado personaje de elevada apostura y por una muchacha de negrísima melena, brutalmente apetecible, le oteaba con reprobadora firmeza. Georges trató de sonreír, con la única consecuencia de que la mandíbula inferior se le volvió a encajar. Imperturbables —y bellísimos—, la pareja permanecía clavada al suelo, como dos estatuas de mármol, dotadas de ojos verdes —estatua masculina— y de ojos violeta —ella.

—Pergüón —repitió Georges.

—Buen hombre, ¿es usted consciente de la inconveniente andadura de mula rabiosa, mediante la que se mueve?

Georges, al que no le faltaban respuestas congruentes pero había perdido el uso de su aparato fonador, tragó parte de los litros de reseca saliva que acumulaba en el paladar y levantó un puño en dirección a la tersa epidermis del rostro del atildado.

—Señor embajador —murmuró, interponiéndose, la muchacha brutalmente apetecible—, no merece la pena…

—De acuerdo, mi querida agregada comercial.

—… ocuparse de un patán que ha perdido sus maletas.

Al moverse la melena de antracita, Georges descubrió a menos de tres metros de distancia a la monja. La monja sudaba también copiosamente, renqueaba y las alas de su cofia se habían plegado. A consecuencia de su lastimoso aspecto, se hacía difícil creer que la monja protegiese a la niña que se abrazaba a sus varias faldas, como hubiese supuesto un viajero precipitado, en vez de, como suponía la escrutadora mirada de Georges, que la niña protegía a aquella enorme masa de monja. George avanzó unos pasos. La niña,

excesivamente piernilarga y granujienta incluso para su edad, abrió la boca, como dispuesta a vociferar. Durante los dos pasos siguientes que dio Georges, el residuo de cerebro que todavía le funcionaba transmitió una confusa mezcla de sentimiento de pifia y vehementes deseos de reparación. Pero un dolor atroz impidió a Georges presentar sus disculpas al grupo escultórico formado por la monja y la niña cogida a la monja.

El niño, vestido de marinerito, brotó como surgido de la nada y, con una ferocidad digna de La Foudre, descargó un pisotón en la zona del pie derecho de Georges más afligida por crueles callosidades, justo en el callo exacto que La Foudre habría elegido para aniquilar a su padre. La vista se le nubló a Georges y, cuando a través de una densa niebla recuperó la visión y un vago deseo de seguir viviendo, se halló en el centro de uno de esos grupos de desocupados, que pueblan las estaciones de ferrocarril, dispuestos e incluso contentos de presenciar el espectáculo de un tipo abrazado a su pie derecho.

Georges, siempre a la pata coja, logró alcanzar una de las salidas. El incesante ajetreo de automóviles y de peatones que hervía en el patio de la estación le permitió recuperar, muy poco a poco, la dimensión real. Deseó en esos instantes, alternativamente, haber abierto en canal a la monja o descuartizado al niño vestido de marinerito.

Que allí estaba, a punto de entrar en una imponente limusina de bruñida y acerada carrocería. Un chófer uniformado sostenía una de las puertas traseras. Tras el niño vestido de marinerito (de una edad —calculó Georges— semejante a la de La Foudre, aunque de una apariencia e higiene que La Foudre nunca tendría), penetró en las profundidades de la limusina la niña piernilarga y, a continuación, la monja gigantesca. El chófer cerró la portezuela, abrió la delantera correspondiente, por la que entraron el Embajador y la maravillosa agregada, rodeó el esplendente artefacto, se puso al volante y Georges, mientras los contemplaba perderse en el tráfago callejero, decidió que, quizá por una de esas casualidades de la vida (mucho más diversa de lo que el escepticismo contemporáneo admite), la monja no era la princesa hindú, la princesa no era la dama fruncidora de labios, la dama no era la actriz, la actriz no era la madre del guarnicionero, la madre no era la alsaciana vendedora de

bollos. La alsaciana no era la gitana inquietante y la gitana no era el cardenal de luengas barbas, si bien todas eran sorprendentemente gordas.

Y Georges se sintió tranquilo.

¿Es justo reprochárselo? ¿A quién puede extrañarle que Georges no reconociese, bajo la elemental caracterización de niño vestido de marinerito, a La Foudre? ¿Es vituperable acaso asirse, como una niña alarmada se prende de los faldones de una sor, a la coartada de que la realidad es transparente? ¿Poseemos todos, y en todo momento, el ánimo necesario para, asidos al cráter, examinar en el interior del volcán la horrenda tempestad de fuegos y vapores, de lava borboteante y tenebrosas simas? ¿Quién no ha tenido la experiencia, incluso varias veces al día, de, estando tranquilamente en la Gare d'Austerlitz, encontrarse al borde de desvelar el misterio, de sentir brevemente entre las yemas de los dedos la túnica inconsútil, que se nos escapa, que una brisa invisible nos arrebata, y quedarnos en el patio de la estación, a la cruda luz ciudadana, un poco desconcertados, un poco avergonzados, con un crujir de tela desgarrada que nos rechina en los dientes? Seamos comprensivos, por tanto, y reprimamos nuestros vituperios.

Duvet asiste a un entierro

Lección 8

Al descorrer Venus Carolina Paula las cortinas del balcón, Duvet despierta con el recuerdo de un sueño que soñará la noche siguiente. Venus Carolina Paula sale del dormitorio y Duvet oye a Paulette decir que es jueves el día que amanece. A continuación, oye el estruendo del aguacero que cae sobre París.

Duvet ha saltado ya a la alfombrilla, sacándose el camisón con manos temblonas, vistiéndose como una heroína de Mandiargues, un impermeable rojo brillante encima de unas braguitas blancas de algodón. Asoma al pasillo y cruza de puntillas al cuarto de la plancha, habitación de por sí fantasmal y más en la penumbra lluviosa de esta mañana. La conocida música familiar de estas horas suena hoy a *Obertura 1812*, unos compases antes de empezar el cañoneo y el campaneo. Sucesiva o simultáneamente, Duvet teme que Venus Carolina Paula regrese al dormitorio para vestirla, que Georges la llame para besarla, que Paulette la convoque al desayuno para enviarla a la buhardilla, inmediatamente después de que haya respondido que ella, Flaubert y sólo Flaubert. Por fin, la falleba gira, la ventana se abre y el cuarto de la plancha se llena del estruendo del aguacero que cae sobre París, mientras Duvet pasa del alféizar a la cornisa y por la cornisa a la tubería.

Un descenso relampagueante y Duvet ya en el patio lo rodea a la carrera, escapa por una puerta excusada a las cocheras convertidas en garaje, a la calle, a los charcos, que salta, acelerando, adelantando a la tortuga y a Aquiles, a sus propias piernas, y llega, jadeante, en el momento en que las ruedas de la negra carroza cumplen su primera vuelta.

Duvet acomoda su paso al ceremonioso arrastrar de pies sobre los puntiagudos guijos de la calleja y, como retarda lo más posible mirar el ataúd, observa a hurtadillas los graves rostros de los acompañantes. A su entierro —ensueña Duvet— asistirá una

multitud. Y coraceros. Y los suecos de la Academia. Y los niños de la primaria. Hasta Georges, con un poco de suerte. Y Venus Carolina Paula, cubierta de gasas fúnebres. Y sonarán trompetas y un redoble de tambor. Y el ataúd irá sobre un armón de artillería, porque sí, porque siempre es reconfortante pensar que a una la llevarán sobre un armón de artillería, aunque en vida una no haya sido artillera.

Pero Duvet deja de ensoñar, al percibir que los componentes del parvo cortejo la observan. Se ruboriza, está por esconder la cara en el ramo de flores de chinchona, que sostiene con ambos brazos, y, no sabiendo adónde mirar, mira hacia el ataúd. Los jamelgos van abriendo un pasadizo en el muro de llovizna y niebla. Duvet siente que monsieur César no puede ir cómodo con ese bamboleo de la carroza. Le parece inconcebible que el difunto acepte con tanta mansedumbre tan decorosa ramplonería, tanta inclemencia. Por fortuna, han cesado ya los murmullos de asombro y de reprobación que suscita siempre la presencia de una niña con impermeable rojo en un sepelio, y más si lleva un ramo de chinchonas. Duvet trata de distraerse, tratando de reconocer a los escasos acompañantes.

En cabeza y en representación delegada del Partido, camina Aragón. Dentro del grupo, en el que ha terminado por ser admitida, Duvet apenas si reconoce a Vargas, el paisano del difunto, a Barral, a Larrea, a Valverde, a un bibliotecario islandés, cuyo apellido no consigue arrancarse de la punta de la lengua [26], a Nora y al más joven, Sarrión. Le extraña la ausencia de Otero, de Darío, de Eluard, de Celso Emilio, y de tantos otros, que quizá —piensa Duvet— hayan ido por delante.

Y de improviso —como viene sucediendo todo en esta porquería de mañana, como suelen producirse los sucios asuntos de la Hedionda—, Duvet ve clarísima la incongruencia de que monsieur César, que ya nunca más tendrá la oportunidad de padecer, hubiese podido tener un entierro con párvulos, armones, coraceros, trompetas, timbales, coronas de laurel, suecos, pompas y fastos. La congoja la estremece, como si pudiese ser aún más fría la lluvia y más turbia la luz de este puerco jueves, y de tanta congoja se encoleriza, lo cual la pone más triste. Deja caer el ramo de chinchonas. Quisiera ultrajar a la muerte, matarla, pero, sobre todo, quisiera que algo la librase, incluso después de muerta, de esa lóbrega carroza, de esos caballos, de esa calleja, de tanta

acumulación de verdad.

La cólera de Duvet no estalla en gritos, porque alguien la ha cogido de la mano. Y así continúan Duvet y el moderno Sarrión tras un cuerpo que se empecina en morir, camino ambos de sus cementerios particulares, ella, gracias al contacto de la mano amiga, permitiéndose el lujo de la rabia, el moderno Sarrión, ya que la lluvia le inunda las gafas, llorando sin parar y sin pudor.

—Perdona, querida —ha replicado Georges a Paulette—, pero creo que estás equivocada. Hoy es miércoles.

—Te digo que es jueves.

—Yo, disculpa, sigo creyendo que es miércoles. Precisamente mañana hará siete días que, esperando a Thibaut en Gare d'Austerlitz, me llamó la atención una alsaciana fornida…

—¿Siete días ya? Endemoniado viejo verde… Pero ¿qué podrá estar haciendo en Chartres? Entonces ¿dices que no es jueves? Y yo sin prepararle sus habitaciones…

Sin embargo, aunque miércoles, llueve, desconsideradamente, atrozmente, desastradamente, mientras —como siempre a estas horas— Paulette corretea por la casa a preparar las habitaciones que ya ha preparado Venus Carolina Paula, La Foudre duerme, Venus Carolina Paula entona bravíos aires extremeños en el doble trayecto comedor-cocina/cocina-comedor y un grito de Paulette, lanzado desde el umbral del dormitorio de Duvet, quiebra la rutina del hogar.

—Estaba en su cama, señora, se lo juro. Por lo menos estaba cuando una servidora ha entrado a abrirle los visillos. Y dormidita como un ángel, mi pobrecita.

—¡Estaba, estaba, estaba…! Pero ¿dónde está ahora esa condenada criatura? ¿Quieres decirme tú, Georges, tú que la consientes y la malcrías, adónde ha escapado a estas horas y con el aguacero que está cayendo? Decididamente habrá que ponerla en un internado.

Una ráfaga de pavor contrae el corazón de Georges. Duvet, que regresa empapada, reza:

—Padre, aparte de mí este cáliz de madre.

Función del azar en las condicionales irreales

Ejercicio de lectura

En una mañana de inusitado esplendor atmosférico caminaba Georges por la bonita rue Saint Honoré, a cada paso más satisfecho de sí mismo. Por lo general, Georges, nada más abandonar el portal de su casa, es invadido por una alegría irreprimible, de la que interiormente se avergüenza.

Aunque Georges es consciente de que la libertad no es reprochable (y, por otra parte, es tan corto como para caer en la falacia de identificar libertad con soledad), el inconsciente de Georges le recrimina tanta alegría. Ahora bien, con sólo pisar Georges la calle, hasta su inconsciente se encabrita y corcovea. Y antes de la primera esquina, Georges empieza a quererse muchísimo.

Añádase a la mañana radiante que Paulette no había encerrado en la buhardilla a Duvet, que Duvet había desayunado en las rodillas paternas, que La Foudre no había asistido al desayuno y que había aparecido un hueco milagroso (y sospechoso, como todo milagro) donde aparcar el automóvil. Este conglomerado de venturas le permitía, incluso al inconsciente, avanzar a mesuradas zancadas por la rue Saint Honoré en completo acuerdo con el mundo. Y así avanzaba Georges, camino de los ocios de la oficina, por una ciudad amable, cruzando conciudadanos apacibles, incitantes mujeres, ante escaparates lujuriantes y con la perspectiva de un día promisorio, que sólo acababa de comenzar. De repente, Georges percibió que los últimos cincuenta metros los había recorrido cojeando.

Siempre que Georges se siente desbordantemente satisfecho de sí mismo, termina por sentirse muy inteligente. Entonces —una manera de hacerse perdonar— Georges trata de compensar su enorme inteligencia con una cojera fingida.

Pero aquella mañana era tan suma la propia estima, tan

lastimosamente pronunciada su cojera por tanto, que a Georges le asustó ese temor de valer demasiado. O ¿de aparentar que se vale demasiado? Por lo pronto, Georges persistió en la degradación voluntaria y siguió renqueando como un auténtico cojo de nacimiento. Quizá (pensó sin querer) la cojera no fuese tanto una máscara caritativa para no humillar a los que valen menos, como una argucia de segundo grado para impedirle descubrir al otro que no valemos tanto. Acaso lo acertado sería averiguar si la rusticidad del prójimo merecía la exquisita generosidad de fingir una infancia poliomielítica. De inmediato, Georges recordó una serie inacabable de ocasiones en que el prójimo, de ambos sexos, había ignorado ostensiblemente su inteligencia, su sensibilidad y su cojera, adivinando con una grosera sagacidad lo que Georges, ni más ni menos, valía. ¿A qué cojear, por consiguiente? Que cojeen ellos. A punto de ensombrecerle el ánimo las nubes de la depresión, Georges suspiró.

—Me gustaría saber… —exclamó, él que no solía desnudarse en voz alta.

—A mí también, señor —contestó una repentina melena rubia, que esperaba junto a Georges en el bordillo de la acera de la rue J-J. Rousseau a que el semáforo verdease—. Cada día son más desconsiderados con los peatones.

La crisis de identidad, que amagaba a Georges, desapareció ante la aparición bajo la rubia melena de una muchacha brutalmente apetecible, de ojos violeta, en el conocido estilo don celestial, que accedió a una taza de café en el bar de la esquina. Antes de que los terrones se hubiesen disuelto en las tazas, Georges descubrió que la muchacha alternaba la locuacidad con silencios preñados de miradas profundas, parpadeos, contoneos y volubilidades varias. La rubia dijo llamarse Paulette y prometió acudir puntualmente al almuerzo, que Georges fijó para cuatro horas más tarde.

Palmeando las mejillas de los botones, de las secretarias y de los ejecutivos que se afanaban por los pasillos, Georges llegó a su despacho. Sobre la mesa, inaugurando el correo del día, un sobre de orla negra le obligó a presagiar una idea burocrática. Rasgado el sobre, el pliego que contenía estaba redactado en los siguientes términos:

Una Idea Burocrática:

Anoche, en el recogimiento de mi angosto estudio, cuando recordaba, mi querido amigo, tu curiosa costumbre de cojear, me vino a la memoria una frase de Rousseau, que, vertida al mejor español que mi escaso conocimiento de esa lengua permite, es ésta: «¿Qué diría yo de quienes parecen tener miedo de valer demasiado y se degradan hasta representar personajes a los que se sentirían muy disgustados de asemejarse?».

Tuyo,

MAURICE L'ENCRE

Esta misiva sustituyó el pasmo que la aparición de Paulette II había causado a Georges por el pasmo de que Maurice hubiese vertido una gracejería del filósofo ginebrino al castellano, para ser leída precisamente cuando de un momento a otro la voz interfonal de Cecilia le había de comunicar que era llegada la hora de trasladarse a recibir a un caballero de Castilla en Gare d'Austerlitz. Georges hundió el rostro en las manos y, sencillamente, no supo si aquél era un día de los que es mejor que amanezcan o de la especie de los que es mejor que no amanezcan.

Llegada del sujeto a Gare du Nord

Lección 9

—¡Monsieur García de García, monsieur García de García! —gritó el altavoz.

—¡¡¿Qué pretende usted?!! —gritó el señor Teobaldo García de García al empleado que gritaba por el altavoz.

—Muerto soy —comentó el empleado, una vez que su aorta se dispuso a deglutir el trombo, causado por la irrupción del viajero en la cabina megafónica.

—Raza deleznable…

—No es necesario vociferar, señor, ya que se encuentra usted en un país ajeno.

—Veremos… —sospechó el hidalgo, husmeando—. ¿Dónde está la notoria plaza Pigalle? Y ¿la Torre de Plata, los cafetines canallas, la tumba imperial, el río Sena y todo el resto?

—Por allí —le indicó el empleado.

—Danke.

—Bitte. He aquí, señor García de García, cómo gracias a una confidencia recibida en el Servicio de Repérage de Viajeros, puedo entregarle ahora este manojo de neumáticos, que paciencian desde el lejano día en que anunció vuesa merced su arribada a Gare d'Orléans-Austerlitz.

—¡Neumáticos…! Ah… —se extasió Teobaldo—, como en la gran novela *Cosmópolis*, de Paul Bourget… Un momento, desdicha ferrocarrilera, usted me engaña. Éstos no son neumáticos, éstos parecen *bleus*.

—Y dese usted por satisfecho, corriendo los tiempos que corren.

—Si yo le contase, proletario, si yo le contase… Pero no, que ustedes lo transmiten todo al sindicato.

—Mi patria es mi sindicato, señor.

—Le felicito, mi querido integrado. No ha mucho que mi sindicato era mi patria.

—Perdone, señor García, pero usted es cheroqués, ¿no?

—No.

—¿Portugués?

—Frío frío.

—Danés probablemente.

—Ni por el culo.

—¿Indochino?

—No me provoque.

—¿Concupiscente?

—A temporadas.

—Senegalés, no.

—No, senegalés, con seguridad no. Tampoco australiano.

—Quizá argentino.

—Argentino no se es por probabilidad.

—Ya sé. Belga.

—Ésa no soy yo.

—¡Buena sangre!, pero ¿qué mierda de nacionalidad tiene usted, señor García de García?

—Yo —respondió el Anciano, cuadrando los hombros con marcial ademán— soy muy español.

—Renombre de Dios, ¿qué me dice usted? ¡¡La España!! —altavoceó el empleado, sin percatarse de que el mecanismo estaba en posición on, por lo que de inmediato en el andén número 3 comenzaron a batir palmas unos gendarmes—. ¿Es verdad que todas las hembras españolas son morenas?

—Muy cierto.

—¿Es verdad que todos los andaluces son tartésicos?

—Eso se dice, no haga usted mucho caso.

—¿Es verdad que han recaído ustedes en la libertad?

—Habrán recaído ellos.

—He oído que en la España todos los hombres son toreadores.

—No le han engañado, mi apreciado gili —informó gentilmente el Anciano—, parce que *tous les espagnols se font les dents sur des epées de toreador*.

—¡Qué fantástico país! —gorjeó el empleado—. Durante los cuatro últimos veranos he ido con toda la familia a Benidorm, ¿sabe dónde está?

—Si de una vez me entrega los dudosos neumáticos de mi

propiedad, podré leer qué gentilezas me envía madame Dupont, abandonar esta basura de cabina y poner fin a nuestra podrida charla.

—Con placer —el empleado besó por sorpresa a Teobaldo, aprovechando la inmovilidad que le produjo el asco de adivinar que iba a ser besado.

—Si uno careciese de principios, ustedes los franceses le afeminarían a uno la ancestral virilidad antes de encontrar taxi.

—Permítame…

—No vuelva a besarme, ¡voto a tal!

—Es sólo un consejo —y el empleado susurró en la pilosa oreja —: Preserve esa bendita virilidad, don Teobaldo, que la ciudad de París se las trae, en plan ciénaga.

—Confidencia por confidencia, mi estimado *grand veau,* le confío que, nada más desembarcar, tengo ya una cita en la rue Dunkerke.

—Picarón…

—Cita política.

—Politicón… Sea usted el bienvenido a la ciudad de París.

—Sea usted el bienhallado.

Habiéndose unido a los jaleantes gendarmes del andén número 3 unos almerienses clandestinos, y la sólita sueca, se bailaba ya por bulerías, cuando Teobaldo García abandonaba la Gare du Nord y se dirigía, creyendo dirigirse a una cita importante, a un encuentro decisivo, que variará el itinerario de su vida, tan secretamente feliz de haber dejado atrás, por fin, las nieblas germanas, que va como ciego hacia la rue Dunkerke, incapaz de sospechar que es una mujer quien le espera, pero ni siquiera capaz de presagiar que esta mujer —gigantesca— se llamará madame Marceline Messaline Touraine de la Voilissière. ¿Disculpa en algo su cerrazón obtusa frente al Destino el hecho de que es la primera vez en su octogenaria existencia que está siendo fascinado por la más hermosa de las capitales europeas?

Reglas de apertura de una carta ajena

Ejercicio epistolar

A la caída de la tarde (y hay tardes que caen como una losa negra), Venus Carolina Paula, a quien ciertos cielos de París le recuerdan cielos extremeños, decidió bajar a la portería por si tenía carta de Extremadura. Había terminado de desempolvar los aposentos destinados a su compatriota monsieur Thibaut, cuya llegada estaba empezando a ponerse mesiánica, y Venus Carolina Paula decidió que la improbable posibilidad de una misiva era preferible (y nada más deprimente que las cartas de que era destinataria) a aquel rectangulito de cielo ennegrecido que iba rezumando patio abajo con la resbaladiza parsimonia de la sordidez. Y es que en materia de atardeceres sórdidos escurriendo sobre tristísimos patios de vecindad, contemplados de codos en ventanas de cocinas solitarias, Venus Carolina Paula era especialista. Precisamente por su sobrada experiencia en la correlación de fuerzas entre algunos atardeceres y su ánimo, Venus Carolina Paula huyó en busca de lo que temía.

Al pasar frente a la puerta del dormitorio de Duvet, Venus Carolina Paula escuchó (pero se trataba de una alucinación, justificada por la repetición de muchas tardes clásicas) una estremecida queja, que identificó incluso con la conocida lamentación de Phèdre en la escena VI del acto IV:

Ah! douleur non encore éprouvé!
A quel nouveau tourment je me suis réservée!
Tout ce que j'ai souffert, mes craintes, mes transports,
La fureur de mes feux, l'horreur de mes remords,
Et d'un refus cruel l'insupportable injure
N'était qu'un faible essai du tourment que j'endure.

—Execrable desvío de la Naturaleza: una Madre que resta de su

sangre nobleza —suspiró Venus Carolina Paula, torciendo por el pasillo.

Después de dejar entornada la puerta de servicio, descendió por la escalera de servicio temiendo servilmente que algún mandadero la viese con cofia y en bata y zapatillas, no encontró por fortuna ninguna carta patria, recogió un sobre dirigido a Madame y, mientras el montacargas de servicio ascendía con una servicial lentitud, Venus Carolina Paula rasgó el sobre, con la brutal rasgadura que Paulette infligía a los sobres cerrados. Un perfume varonil escapó del pliego, que ofrecía la siguiente intriga:

> Amada,
>
> el placer de servirte fue equilibrándose con el placer de degradarte, conforme conseguía, de acuerdo con tus detalladas instrucciones, comparar a la degradada prostituta contigo. Tal y como me indicaste, llevé a la zorra a una de esas infectas habitaciones venales de tu predilección teórica. La depravación de la hembra, puedes estar tranquila, sólo se explica por la bajeza del prostíbulo donde me la proporcionaron. Cuando la lascivia la embrutecía más allá del límite de su embrutecimiento normal, curiosamente era igual que tú cuando imagino que te dejas embellecer por la lascivia. A pesar de ser muy lerda, ha comprendido. Rebajarme a cohabitar, para instruirlo de tus instrucciones, con desecho de tal pelaje…

Venus Carolina Paula cerró la puerta de servicio, sintió aletear sobre su cabeza una oscura ave que huía hacia la noche y, de codos en la ventana de la cocina, apurando la sucia tiniebla que goteaba por las paredes costrosas del patio, siguió leyendo:

> … ¿merecerá, ingrata, la recompensa de una cita? Tu honestidad ya no tiene excusa. Ni mi pasión, barreras.
>
> I.I.
>
> P. D. Durante la fingida pasión y subsiguiente aventura, será alocadamente rubia, conservará sus ojos violeta y se llamará Paulette, todo de acuerdo con tus deseos, aunque se llama Fleminga, al menos desde que en mayo del 68 sanó de una sífilis mauritana.

Sin encender la luz (porque en tardes semejantes tamaña

temeridad no se le ocurriría a Venus Carolina Paula, que estaba sobradamente al tanto del aumento en el índice de sordidez que en una cocina crepuscular produce una bombilla encendida), Venus Carolina Paula meditó. Después, atravesó la casa, pasó al boudoir de Madame y, en uno cualquiera de los bolsos de Madame, unió a otras cartas del Incógnito Incognoscible la que acababa de llegar.

Cruzaba la penumbra del vestíbulo de regreso a la zona del servicio, cuando una figura inmóvil, del tamaño de Duvet, blanquísimo el rostro, y jadeante, le erizó a Venus Carolina Paula la cofia. Corriendo hacia ella, cayó de rodillas y la abrazó.

—Niña, niña mía, ¡mi pequeña…! Ya estoy yo contigo… No temas nada, corazón. Deja de temblar, que no queda ningún cuervo en esta casa… Ay, cielos, seguro que te has puesto a enredar con ese pelafustán de Edgar Allan Poe. Seré yo boba y descuidada, que te creía tan tranquilita jugando con monsieur Racine a declamar la *Fedra*…

Los modificadores del sujeto

Lección 10

Nada más salir de la estación, el Anciano había decidido simplificar las órdenes de llegada. Dichas órdenes de llegada ordenaban tomar el metro allí mismo, en la Gare du Nord, hasta la Porte d'Auteuil, pasear al albur durante hora y media por el Bois de Boulogne, subir imprevistamente a un taxi y ordenar al taxista el Hospice des Enfants Assistés, cambiar de parecer en llegando y descender en el Hospice des Jeunes Filles Aveugles, caminar con los ojos bien abiertos por el bulevar Raspad, descender al metro en Sèvres-Babylone y, tras un recorrido de treinta y dos estaciones que implicaba catorce transbordos, salir a la superficie en Gare du Nord y entrar en el primer bistró a la derecha en rue Dunkerke. La simplificación del Anciano consistió en recorrer la rue Dunkerke y acomodarse en el primer café a la izquierda de rue La Fayette, una calle tan larga y tan ancha que producía admiración.

Ahora, por tanto, se encontraba el viajero Teobaldo muellemente acomodado en una de las terrazas encristaladas, que caracterizan ciertas aceras de la ciudad de París, gustando, al tiempo que un anisado, el sosiego del que había carecido en los últimos tiempos. Para quien los últimos ochenta y tantos años habían transcurrido en callejuelas mesetarias, es de imaginar qué caos habría producido el reciente periplo centroeuropeo. Atrás quedaban, por fin, cuevas estridentes, silenciosos fumaderos, posadas patibularias, dársenas, bosques, cabañas (en estilo Bauhaus), una avenida de tilos desierta, las ruinas de una abadía, un castillo finisecular, estatuas, mayordomos, cuerpos de cuero negro, imágenes inagotables, que, en la soleada mañana, Teobaldo luchaba por aglutinar en una sola: la figura —al óleo— de la Baronesa del Rhin.

He aquí por qué, necesitando creerse la realidad presente,

Teobaldo se pellizcaba las mejillas, estiraba las piernas, se rascaba las ingles (la mano, por decoro, en el correspondiente bolsillo del pantalón), pedía otro anisado. Ningún viajero, pues, más dichoso que este nuestro Teobaldo; ninguno, en consecuencia, que hubiese podido acoger con mayor beneplácito a la gorda minifaldera, cuando la tal, con entonación fingidamente persuasiva, preguntó, sentándose:

—¿Permite, caballero, que me siente a su mesa?

—¿Con qué finalidad, señora?

—Con una más compasiva que interesada, abuelo —respondió, como quien lo lee, mientras que, ayudándose con las manos, montaba una de sus piernas sobre uno de sus muslos megalíticos, cubiertos piernas y muslos por medias de malla moradas.

—Puesto que parece maravillosamente irremediable…

—Puedes llamarme Motmot, que es como me llaman mis amigos y mis clientes.

—Y ¿es ésa su gracia legal?

—Ni pensarlo. —Le tendió, para ser besada, una mano rolliza, abrumada de sortijas—. Mi nombre verdadero es madame Marceline Messaline Touraine de la Voilissière. Estoy que muerdo por un pastis, guapito.

—*Garçon!* —bramó el bienaventurado Teobaldo—. *Un pastis pour cette jolie femme et un autre pour moi*. Muy señora mía, ahora agradezco a la azarosa Fortuna que me haya conducido aquí y no a donde me habían ordenado.

—Pues yo, desde muy temprano, estoy dando vueltas por este detestable distrito. Creí que nunca te encontraría, simpático, y eso que has llegado con anticipación. Deja de asomarte a mi escote.

—Le aseguro, señora, que jamás imaginé que pudiesen existir de ese tamaño.

—Es la blusa, que me las agranda. Las blusas verdes descoladas me las agrandan hasta tal volumen que comprendo que os animalicéis. Y, encima, el tormento de minifalda amarilla, que me pone a reventar las caderas. A mi edad se resiente esta manera de disfrazarse. No sé, cuando cumpla los cincuenta, cómo voy a vestirme de chabacana.

—*Un pastis pour madame et pour vous, monsieur, un quatrième pastis*.

—Le quatrième, mon petit escroc?

—Oui, cochon ibérique.

—Je croyait être seulement à mon troisième pastis.

—C'est une question absolument diverse cette de vôtres croyances que cette de votre ivresse.

—Vous parlez une drôle de langue française, mon cher fils de putain.

—Parce que je suis garçon de café-tabac et en outre, saragossain.

—La prochaine fois alors je serai à mon cinquième pastis.

—Avec plaisir je constate votre connaissance des adjectifs numéraux ordinaux. [27]

—Savoir vivre, mon cher serviteur. Allez, allez à vôtres ocupations. [28]

—Otro pastís para mí, por favor, Pilar.

—De inmediato, madame Touraine de la Voilissière —dijo Pilar, inclinándose.

—Observo que empapa usted velozmente, mi apetecible.

—Desde ahora mismo quedas advertido de que detesto las confianzas con el servicio. Además, vetusto, no te permito que mantengas distraídamente la consabida mano hispánica sobre mis rodillas. Ni que gargarices cada vez que asomo el liguero. O te comportas, asqueroso, o grito.

—Le suplico, Motmot, que se tranquilice.

—Me tranquilizo siempre que no me confundas. Porque tú me estás confundiendo.

—Nada más invitarla a mi mesa —respondió astutamente Teobaldo—, sabía que era usted tan desconocida como inconfundible.

—Adulador, reconoce que me has tomado por lo que no soy.

—Ah, pero ¿es que no es usted ramera? —retrucó Teobaldo, con esa cortesía que sólo poseen los muy hidalgos.

—Lo fui —suspiró Motmot— durante los años de la ocupación y, desde el día del armisticio, sigo siéndolo cada vez que una amenaza se cierne sobre Europa. Gracias, Pilar, por el pastis. Es duro, ay, pero cada cual tenemos el deber de hacer lo que sabemos.

—Me parece, más que duro, curioso que ejerciendo sólo

intermitentemente la carrera de la prostitución se le haya quedado a usted, mi querida señora, la indeleble pinta de prostituta arrastrada que, al menos esta mañana de nuestro conocimiento, luce usted.

—Todo oficio deja su huella.

—Bueno, pero no tanta… Que me aspen, ¡voto a bríos!, si usted y yo no terminamos en una casa de citas dándonos la gran fiesta lúbrica.

—Que te aspen, mamarracho.

—No se me ponga esquiva, señora, que traigo las faltriqueras repletas de billetes.

—Casto y viudo tenías que ser. ¡Condenado encargo éste de encandilar a un transpirenaico! Juro por mis carnes que no me las dejaré utilizar.

—Por favor, no me la recuerde a la difunta. Me abandonó por el cielo al término de la Gran Guerra y aún se me aparece en las pesadillas de mis insomnios.

—¿Tanto la amaste, pichón?

—¿Amarla? Era mi esposa, señora… De haberse llamado Nieves, su nombre habría resultado ardiente en comparación con su temperamento. Ni una sola noche de nuestro inacabable matrimonio dejó de yacer a mi vera con un camisón de estameña y capuz. Al cabo de los lustros sigo preguntándome no tanto de quién serían los hijos que no tuvimos, sino cómo. Un venero incesante, una veta insospechada, un acuífero de sentimientos, eso hallará usted, mujer, bajo la costra de mi desconsuelo.

—Bajo la costra de tus seculares represiones lo único que podrás ofrecer al capricho de una dama francesa será la grosería de los instintos. Que también gusta.

—Insisto. Yo, que en mi tierra natal conocí a aquellos adalides gamados, me atrevo a asegurarle que recibirá de mí, cuando menos, una cantidad de placer equivalente a la que de ellos recibió.

—No me seas pretencioso, machito. Durante los años de la ocupación recibía a diario doble ración de placer.

—Es decir, ¡maldición!, que trabajaba también para la Resistencia.

—Como es de ley. ¿Acaso tú no te precavías pasando informes a la zona republicana de tu tierra natal?

—La gente de mi clase nunca nos precavemos de perder una guerra fratricida. Las ganamos todas.

—Pues yo, ¿qué quieres?, salía de la Kommandantur embriagada de orgía a la Walhalla y me metía en uno de aquellos sótanos, donde un muchacho con gabardina, que indefectiblemente habría de morir a la madrugada, me hacía mujer y patriota, una mezcla que siempre me ha ido, porque desde jovencita yo, querido Thibaut, he sido muy doble y muy mía. ¡Ah!, ¡ah!, embriagantes noches de goce y riesgo, de penumbras y banquetes, de sangre y de opio, *sans liens et sans anniversaires, sans roses ni piscines*, como solía decir un diplomático, antillano de la Guadalupe, que, conmigo, no hacía versos.

—En mi caso —reconoció Teobaldo, admirado a su pesar— no resultaba tan excitante. Para ser sincero, no resultaba nada excitante. Me eligieron en razón de mis acreditados antecedentes. Ya con Sagasta, don Práxedes Mateo, ¿se acuerda usted?, fui un poco soplón y, cuando llegó don Miguel Primo, llevaba una imparable carrera de chivato. Así es que no hubo problemas. Pero en aquella oficina salmantina, donde los viejos más malvados del país inventábamos maldades en jornadas de ocho horas, nadie hablaba con nadie. A poco que te descuidases te plagiaban la maldad y, luego, te enterabas por la radio de que tu maldad había sido puesta en práctica. No es por presumir, heroica Touraine, pero a un servidor fue al primero que se le ocurrió el bombardeo de Guernica.

—Pilar, por favor, otro pastis para mí y dos pastillas desmitificantes para el señor.

—Marchando, madame Marceline Messaline.

—Escuche, grulla, me crea o no me crea, yo…

—Basta, García. Ahora mismo te tomarás tus pastillas desmitificantes, anunciarás a los Dupont tu llegada, te entrevistarás con los delegados de la Horda y te irás a descansar de ajetreos y fanfarronadas.

—Desde hace unos segundos, tengo la sospecha, señora Marcelina, de que usted pretende hacerme creer que no es casual nuestro encuentro.

—Gracias, Pilar. Y mañana por la mañana, cuando hayas reposado los huesos, informarás a la plana mayor de los cruzados de

tus entrevistas en Mayerling, Dusseldorf, Garmisch-Partenkirchen y demás.

—Le juro, hermosa, que en ninguna de esas localidades encontré una hembra como usted, preciosa, ninguna cuya capacidad de provocación se sustentase en la cantidad. Desista de su papel de doble agente y deje desbordar la gentileza que en sus tersas carnes se empantana.

—Thibaut García, ¿es que sigues desconfiando?

—Sí, suave. Por mi honor, que la prefiero a usted trotona y accesible.

—Sígueme, cretino.

Aunque la siguió mesuradamente al fondo del establecimiento, Teobaldo alcanzó la cabina telefónica considerablemente más asmático que al levantarse de la mesa. Motmot entró en la cabina y la llenó. No obstante y en absoluta contradicción con la ley física que predica la impenetrabilidad de los sólidos, Teobaldo consiguió entrar también. Como jamás en su dilatada existencia había dispuesto de tanta mujer en tan reducido espacio, Teobaldo, gimiendo, creyó llegado el instante de rendir el alma. Madame Touraine de la Voilissière, en lucha rabiosa con su blusa verde, pugnaba por nacer brotar su seno derecho. La cabina fue sumergiéndose en un vaho, procedente de la evaporación del sudor. Teobaldo presagió que de aquel hirviente reducto retirarían, en forma de restos mortales, sus pantalones arrugados sobre dos tibias cruzadas y una calavera madrileña con rictus lúbrico. De repente, Motmot lo consiguió. En aquella desmesura, que difícilmente sujetaban ambos a cuatro manos, podía leerse, inciso en cursivas, el conocido lema «A pocos mucho, a muchos nada».

—Comprueba, desconfiado —consiguió articular Motmot, casi vencida por la fuerza de la gravedad de su pecho diestro.

—Y ¿en el otro? —preguntó Teobaldo, entrecortadamente glotón.

Con una energía de rumbera, la obesa bamboleó sus caderas y, como un géiser, brotó de la blusa el pecho parejo, que se derramó torrencialmente sobre el rostro de Teobaldo. Entonces fue cuando se le detuvo el corazón a Teobaldo, a causa de uno más de los infartos que le sacudían desde su salida del suelo patrio, por lo que resbaló, se derrumbó entre las hercúleas piernas de la despechada y,

penetrando en el más allá con el recuerdo de la espigada figura —al óleo— de la Baronesa del Rhin, no tuvo tiempo para leer, tatuada en la soberbia teta izquierda de madame Touraine de la Voilissière, esta espantable leyenda: *Si duo faciunt idem non est idem*.

La posición de los agentes o astucias de la pasiva

Lección 11

Pocos días antes de que Duvet se durmiese abrazada a un ejemplar (en cuarto, impreso en Sevilla en 158…) de la fábula titulada *Polifemo y Galatea*, en un atardecer durante el que amoratadas nubes se cernían sobre las confiadas calles de la ciudad, Bonus Eventus, Fabulae Centum y Spe Tantum Relicta tascaban su impaciencia en un lóbrego sótano, apenas iluminado por los temblorosos pábilos de cuatro cirios. Mientras Bonus Eventus, patentemente aquejado de hipocondría, se hundía en un destripado adminículo de los denominados en la jerga mobiliaria como confidentes, Fabulae Centum entretenía la espera huroneando los desechos que allí habían acumulado tres generaciones de Dupont y Spe Tantum Relicta, que cada tanto canturreaba para espantar el miedo, hacía girar en su cintura, mediante una casi imperceptible rotación de sus escuálidas caderas, el armazón de una corona, de la que pendían no ya flores sino alguna negra cinta con letras doradas del género funerario tus deudos no te olvidan. Acababa de rescatar Fabulae Centum de las tinieblas un ros apolillado, cuando Spe Tantum Relicta interrumpió su melopea para enunciar:

—Tarda.

—Puede que la gorda —aventuró Fabulae Centum, que desprendía telarañas de la militar prenda de cabeza antes de encasquetársela— le haya llevado a la Ópera.

—Puede —salmodió Spe Tantum Relicta—, pero yo tengo que estar en mi casa dentro de un rato. Con esta repentina actividad de la Horda, sólo aparezco a las horas de las comidas. Seguro que Motmot se lo ha llevado de inspección a los subterráneos de la Ópera. Esa mujer no descansa.

—Aquí mismo la dejaría yo satisfechamente pasiva —masculló Bonus Eventus desde las destripadas entrañas del confidente, con una sardónica carcajada, que retumbó bajo las bóvedas.

—Nada de desviacionismos —predicó Fabulae Centum— y mucho menos, de desviacionismo carnal.

—Tendríais que haberla visto correr la otra mañana y, encima, con tocas. Es una tía divina —Spe Tantum Relicta saltó fuera de la corona y se sentó a los pies de Bonus Eventus—. A más de uno os pone incandescente la voluminosa.

—No, desde luego, a mí —se defendió, ladeándose el ros, Fabulae Centum.

—Pues Protoplastos Serpentino con sólo oír su nombre vuela a entregarse a prácticas solitarias —cotorreó Spe Tantum Relicta.

—No se lo reprocho.

—Entrégate tú también, hijo.

—Vuestra compañía me impide la necesaria concentración mental. Además —la voz de Bonus Eventus surgió cálida de la oscuridad—, creo que me he enamorado.

—Enhorabuena —escupió Spe Tantum Relicta.

—Silencio —ordenó Fabulae Centum—. ¿Qué ha sido eso? —Bonus Eventus se puso en pie y los tres escucharon—. He oído como un batir de alas, que casi me tira el ros.

—No se trata de un murciélago —precisó Bonus Eventus, volviéndose a hundir en el confidente—. Son las filtraciones de agua que escurren por los pétreos muros. Y no es un ros, sino un chacó, lo que te has puesto en la cabeza.

—Nadie ha dicho que fuese un murciélago. Más bien parecía una lechuza.

—¿De quién te has enamorado, Bonus Eventus?

—De esa mujer imposible, Spe Tantum Relicta, que tú has adivinado.

—Pero ¡¿qué me dices…?!

—Silencio, silencio… —volvió a pedir Fabulae Centum—. ¿Podéis distinguir si se me ha posado una lechuza aparentemente disecada en el chacó?

—Estás neura, Fabulae Centum. Y no me extraña, porque yo también me estoy poniendo nerviosísima. —Spe Tantum Relicta cruzó las piernas a la morisca y cubrió sus rodillas con la falda—. La Foudre nos deja colgados por irse a la ópera a socavar, el heraldo que no llega, la obesa más disfrazada cada día… Algo no encaja. ¿No estaremos siendo víctimas de una maquinación?, me pregunto.

¿Existe realmente ese heraldo? ¿Sólo el odio le impulsa a colaborar con nosotros? ¿Se conformará con el millón que hemos ahorrado para compra de explosivos? ¿No estarán conchabados El Incógnito y La Foudre, o Motmot con la Fleminga, o la Fleminga, La Foudre y Virtus Deserta con las fuerzas del orden? ¿De qué medios dispone esta conspiración? ¿Ha sido autorizada por ese supremo secretísimo, que nos dirige, del que nadie habla y en el que nadie cree? O ¿conspiran con una autorización del supremo falsificada? ¿Quién, en medio del caos, se aprovecha de la nada?

—¡Calla, calla, maldita chismosa! —cortó Fabulae Centum—. Pero ¿adónde vamos a parar? ¿En este abismo de conjeturas ha caído la Horda? ¿Qué se ha hecho de aquel rencor puro, de aquella maligna inocencia, que nos movía a todos en aquellas tardes fundacionales en tu jardín, Spe Tantum Relicta? ¿A estas bajezas puede conducirnos el odio?

—Bueno, Fabulae Centum, bueno…, sin abusar de la nostalgia, que aquí la chica tampoco está tan desprovista de prudencia política. Al que más y al que menos, lo confiese o no, le mosquea ya el retraso del ibero. Sí, sí, ya sé que con más de ochenta no se viaja rápido. Pero ¿quién te asegura que la Baronesa no se ha vuelto atrás del pacto? Esas aristócratas menopáusicas son secularmente volubles.

—Silencio —susurró imperativamente Spe Tantum Relicta.

Aguzando los cinco sentidos, se inmovilizaron. Más que un aleteo, se oyeron unos pasos cautelosos.

—Nos espían —murmuró Fabulae Centum.

—¡¡Maldición, nos han sorprendido!! —rugió Bonus Eventus, saltando como un muelle desde las entrañas del confidente y asiendo uno de los cirios, que se le apagó en las manos al tiempo que dos de los otros tres, por mor de la ventolera y el susto.

A la luz del único cirio, curiosamente, quedó visible una vastedad insospechada de sótano, por la que una disforme sombra de enana cruzó a la carrera, tan despavorida que ni se preocupaba ya del estruendo que sus zapatitos de charol hacían repercutir en las bóvedas.

—¡Que no se nos escape! —aulló Fabulae Centum—. ¿Dónde está la salida, por vida de…?

Cuando encontraron la escalera de piedra, era demasiado tarde.

Arriba se cerraba la puerta del sótano, justo un segundo después de que por ella escapase volando el negrísimo cuervo, que hasta entonces había anidado sobre el ros de Fabulae Centum. Un triple escalofrío los estremeció y se abrazaron los tres. Poco a poco, en tanto el sótano recuperaba sus húmedas dimensiones familiares, se separaron, algo avergonzados de aquel anudamiento, Bonus Eventus encendió los cirios, Fabulae Centum pateó el ros y Spe Tantum Relicta, que había vuelto a sentarse en el suelo, aspiró de un pomo que guardaba entre sus inexistentes pechos.

—Lo que yo decía, que nos espían —sentenció Fabulae Centum.

—A mí me ha parecido espía femenina —opinó Spe Tantum Relicta.

—Probablemente se trataba de alguna parienta de La Foudre. No creo que sea para inquietarse.

—Los dos —acusó, implacable, Spe Tantum Relicta— habéis mencionado la cifra exacta del presupuesto para explosivos. Y lo peligroso es el cuervo, que lo mismo llevaba colgada una grabadora al cuello.

—Está demostrado técnicamente que no hay cuervo que se deje colgar una grabadora —explicó Bonus Eventus, al tiempo que él y Fabulae Centum se sentaban, formando corrillo con Spe Tantum Relicta—. A pesar de haberme enamorado, no he olvidado la ornitología que nos enseñaron.

—Pero ¿de quién coño —preguntó pacientemente Fabulae Centum— estás tú enamorado?

—De Ignorantia Destra —contestó Spe Tantum Relicta.

—Imposible —se asombró Fabulae Centum—. Ignorantia Destra está en agraz.

—En agraz a punto de estallar —precisó Bonus Eventus—. Cualquier día entra en clase convertida en la hembra más codiciable de la Escuela de Doma.

—Reconoce —pidió Spe Tantum Relicta— que es ya la niña más oligofrénica de toda la escuela.

—Lo reconozco —reconoció Bonus Eventus—. Y precisamente ha sido mi elegida, porque, siendo tan tonta Ignorantia Destra, nuestro amor sólo consumirá mis potencias físicas y podré reservar las intelectivas para la Horda.

—Mi pobre amigo —Fabulae Centum posó una mano en la

espalda de Bonus Eventus—, ¿tan conmocionante es la pasión que te domina?

—Y más —informó Spe Tantum Relicta—. Se le nota, con tal de que dispongas de un mínimo de sagacidad femenina.

—Arrastro una vida de tormento —confesó Bonus Eventus, golpeándose el bajo vientre—. El sexo me atormenta infernalmente. Disimulo por no asustaros, pero me estoy transformando en una fiera. Parece que es normal en edad de crecimiento. Aunque experimento tanta lubricidad que me va a durar muchos años después de que haya acabado de crecer.

—Yo te aconsejo duchas frías y mente sana —aconsejó Fabulae Centum.

—Yo, por el contrario —disintió Spe Tantum Relicta—, te recomiendo que, ahora que estás a las puertas de la adolescencia, te comprometas con el mayor número posible de cuerpos, para asegurarte una madurez tranquila. Asusta imaginar que podamos llegar a la edad madura con los apetitos tan insaciados como los de nuestros ancestros.

—No sólo aprecio tus previsores consejos, Spe Tantum Relicta, sino que me consumo atesorando experiencias. Si no fuese por los hierros de tu ortodoncia, por ejemplo, habría caído ya en tus ávidos brazos.

—Mi ortodólogo opina que en cuestión de meses me veré libre de hierros.

—Ojalá me viese yo libre de esta obsesión, que agota al más hombre… El mundo, amigos míos, se me aparece simbólicamente como una vagina y hasta en una vagina veo un símbolo vaginal.

—Yo de ti pediría a mis padres que me llevasen al sexólogo.

—No seas bobo, Fabulae Centum. Lo que le pasa a éste es que tiene salud de sobra y anemia metafísica. Anda, Bonus, cuenta eso de la Torre que le has contado a Laetitia Rubicunda, según me ha contado Omnia Quibus.

—Pero si carece de ejemplaridad…

—Pues por lo mismo —le instó Fabulae Centum, que empezaba a sentirse seducido por aquel ambiente de intimidad espesa a la luz de los cirios.

—Sobre todo, que no se entere La Foudre. Decidiría, y con razón, que las tareas conspirativas no son compatibles con una

ideología de garañón. Para La Foudre, que entre el poder y unas rodillas siempre desdeñaría las rodillas, el sexo es como sonarse las narices, una de esas prácticas de antes de dormirse y ya con la lámpara apagada.

—Y ¿lo de la Torre? —recordó sibilinamente Fabulae Centum.

—Pues nada, que la otra tarde nos llevaron mis tíos de visita instructiva a la Torre Eiffel y, a la mitad del Campo de Marte, sufrí un deliquio. Luego, en el segundo piso de la Torre, alegando dificultades para hacer correr la cremallera del pantalón, conseguí que mi tía Françoise me acompañase a los lavabos y allí mismo, en una atmósfera de desinfectante, la sodomicé.

—¡Tuvo que ser ranciamente maravilloso! —se extasió Spe Tantum Relicta.

—Así fue. Ella, que devora películas neorrománticas, se hizo algunos reproches, derramó algunas lágrimas. Pero, a pesar de que todo transcurrió como debe ser y en el tiempo preciso, ahora me encuentro extraño con mis primos, los trato como a hijos y, encima, mi prima Françoise me atrae poderosamente. Es demasiado incesto, creedme, para un niño de mi edad. No sé en una isla polinésica, pero en esta erotizante civilización represora la carne es una maldición. Ni siquiera con vosotros tardaré en ser desgraciado. Todavía me esfuerzo en hacer mi trabajo, todavía procuro que el político suprima al hombre, aún intento no mirar a Motmot durante los encuentros clandestinos, aún siento cierta repugnancia, nada molesta por otra parte, cuando recuerdo las huesudas nalgas de la tía Françoise, que, al fin y al cabo, es sólo parienta por su matrimonio con el tío Pierre Eventus. Pero ¿qué será de mí el día pavorosamente próximo, en que no respete los lazos de la sangre, ni la artificiosa división de los sexos, ni las barreras de las especies, ni los convenientes convencionalismos de la amistad? ¿Queréis decirme vosotros en qué clase de bestia me transformaré?

—En una bestia licenciosa —accedió a contestar Fabulae Centum.

—Quién sabe… —respondió, precavida, Spe Tantum Relicta—. Gentes con tus mismos principios y que se las prometían tan felices como tú…

Una sombra, que se desgajó de las tinieblas, interrumpió el castrador augurio de Spe Tantum Relicta. Los tres se levantaron

precipitadamente e instintivamente los tres se guarecieron los rostros con los brazos, aun después de haber reconocido a La Foudre. La Foudre, de puntillas, encendió un porro en la temblona llama de un cirio, aspiró, le pasó el canuto, sin mirarla, a Spe Tantum Relicta y, clavando sus ojos en Bonus Eventus, le participó, con severa solemnidad, que había sido designado para hipotéticas misiones de específicos riesgos, en consideración a sus aptitudes para la vida regalada.

—Y esperemos que las circunstancias nos permitan prescindir de ti —concluyó, con dudosa esperanza.

—De lo que deduzco —dedujo Fabulae Centum— que el disoluto Teobaldo está a punto de llegar.

La Foudre asintió con un grave movimiento de cabeza.

Para entonces, el cuervo (de la rapaz familia americana de las catártidas y de la especie buitre guajalote), después de haber traumatizado a Duvet, sobrevolaba ya, llevando bajo sus alas un electrónico ingenio grabador, los inmensos bosques nevados, apenas como un lago moteado desde las alturas, que protegían el castillo de la Baronesa del Rhin. Ahora bien, lo que también ignoraban los conspiradores del sótano y, por supuesto, Teobaldo García de García, que a aquella misma hora atravesaba a la inversa y en coche cama los mismos bosques que el guajalote sobrevolaba, es que el ingenio electrónico, en parte por inepcia de los técnicos instaladores, en parte por afición a las ceremonias castrenses del propio cuervo mensajero, había registrado un discurso del ministro de Finanzas a la última promoción de Saint-Cyr, que ocuparía inútilmente durante semanas a una caterva de habilísimos descifradores.

Aborrecibles ensayos de diacronía

Ejercicio epistolar

Mientras Georges telefonea a Paulette desde Caderas de Ébano, Paulette desde Labios de Fuego telefonea a Georges. Georges corre a la oficina, adonde ya ha vuelto a telefonear Paulette, que ha corrido a casa. Al instante, Georges desde su despacho telefonea a Paulette, quien, como ya está en su boudoir, recibe la llamada y ambos, que tienen respectivamente algo que ocultar, fingen mutuamente creer que, por premonición, los dos han sabido de la llegada a París del anciano español, su invitado.

El asunto es sencillo: Georges debe recurrir al expediente de la premonición, porque a esa hora no son horas de Gare d'Austerlitz y, además, para saber —honradamente— que el Anciano ha llegado tendría que haber acudido a Gare du Nord. Paulette ha de recurrir a la coartada premonitoria, porque a esa hora de la mañana ella tendría que haber estado mirándose en los espejos, que no son vías de conocimiento para enterarse —honradamente— de la llegada del Anciano por Gare du Nord.

Ya que la convivencia matrimonial genera a la larga un parecido entre ambos cónyuges, según está científicamente difundido, no es de asombrar que tanto Paulette, desde Labios de Fuego, como Georges, desde Caderas de Ébano, hayan padecido idéntico impulso de retornar a la carrera a sus lugares de estancia legal a esa hora de la mañana, nada más ser informados de que el citado Thibaut ha llegado a París por la repetida Gare du Nord.

Puesto que corretear por París a esta hora de la media mañana no es cómodo, ni fácil, ambos cónyuges, una vez que se han comunicado sus recíprocas premoniciones, que es la misma, se quedan, tanto en hogar como en oficina, jadeantes, exhaustos y alborotados. Por poco… (piensan ambos).

Recuperado el resuello indispensable, una y otro, a quienes no en balde un sostenido matrimonio ha hecho gemelos, corren desde

hogar y oficina a Labios de Fuego y a Caderas de Ébano, todo una vez más respectivamente.

Mientras los señores corretean desenfrenados entre el tráfago urbano, Venus Carolina Paula los telefonea sucesivamente a la oficina y a la peluquería, lugares en los que ni uno ni otra se encuentran, a fin de comunicarles que el Anciano ha anunciado que se presentará a la hora del almuerzo desde un teléfono de la oficina de ayuntamientos legales del Ayuntamiento, en la que se encontraba instando la tramitación de su permiso de estancia en la ciudad de París. Venus Carolina Paula, que lo que tenía que ocultar ya lo ha ocultado, no se ha creído que los documentos consulares se despachen en oficinas municipales.

A causa de que El Incógnito Incognoscible ha abandonado ya Labios de Fuego, cuando por segunda vez en la mañana Paulette entra en tan discreto local, y de que, cuando también repetitivamente esa mañana Georges entra en Caderas de Ébano, Paulette II ya no se encuentra en ninguno de los reservados del establecimiento, ni Georges ni Paulette tienen nada que hacer en ambos bares, de fama notoria por sus condiciones para encuentros madrugadores.

En consecuencia, Georges retorna destempladamente a la oficina, mientras Paulette se despeña hacia el hogar, donde Venus Carolina Paula, que ha logrado hacerse con la llave de la mansarda y tiene a Duvet escondida en la cocina, le anuncia que, señora, el Viejo viene a comer en cuanto termine con no sé qué lío.

En ese entretanto, Paulette II, profesionalmente insaciable, ha telefoneado a Georges al despacho proponiéndole un almuerzo de enamorados, de modo que, cuando de seguido Georges recibe la llamada de Paulette, se inventa un almuerzo de negocios, invención que de nada le habría servido de no ser porque, en ese preciso instante, Paulette recibe en el boudoir de manos de Venus Carolina Paula un mensaje, mediante el que se le propone un té incógnito para esa tarde, por lo que Paulette negocia con Georges que ella almorzará con el huésped a cambio de que él cargue con el huésped a la hora del té de las cinco, puesto que ella a esa hora taurina tiene cita con la manicura, invención y pacto que, de no mediar un almuerzo con Paulette II, a Paulette de nada le habría servido, ya que Georges…, etcétera, etcétera.

Ambos esposos carecen de sosiego para preguntarse por qué El Incógnito y Paulette II han identificado, separada, coincidente y respectivamente, a un anciano de apariencia española que salía esa mañana de Gare du Nord con el Anciano que, respectiva, paciente y solidariamente, esperan día a día Paulette y Georges, lo que resulta algo extraño aun admitiendo que estadísticamente no sean muchos los ancianos de apariencia española que desembarcan todas las mañanas en Gare du Nord cuando se les espera por Gare d'Orléans-Austerlitz.

Y es que todos los dos esposos se ven privados del sosiego imprescindible para meditar sobre esa curiosa coincidencia senil, ya que Paulette decide ponerse a elegir el vestido de cóctel que llevará al té y Cecilia deja sobre la mesa de Georges un sobre, con la indicación de U-R-G-E-N-T-Í-S-I-M-O, que acaba de traer un ordinario municipal.

Lo que me faltaba (son los términos de la lamentación interior de Georges, que presiente por la negra orla del sobre la consabida Idea Burocrática), ni un momento de tranquilidad para recrearme en el recuerdo de sus uñas color violeta (añade, siempre *in pectore*, mientras rasga el sobre y se encuentra con lo esperado):

> **Una Idea Burocrática:**
>
> Quizá, Georges estimadísimo, a pesar del ajetreo en que consumes tu vida, recuerdes aún la estricta división del tiempo que caracterizaba nuestra infancia. ¿Recuerdas cómo se compartimentaban los días en tiempo de juego, tiempo de estudio, tiempo de aseo, tiempo de cine, tiempo de alegría, tiempo de melancolía? Tan escrupulosa distribución del tiempo lo anulaba, transformaba nuestra existencia en una existencia sincrónica y, paradójicamente, la liberaba de las cadenas de la costumbre. Cuando alcanzamos la edad adulta, una ilusoria independencia nos empuja a romper las normas, que no nos esclavizaban, a trastocar los tiempos de nuestras jornadas. Te invito a que te preguntes ¿por qué vamos al cine por las noches (el tiempo de dormir entonces), trabajamos por las tardes (el antiguo tiempo de la melancolía) o paseamos a la hora de la primera sesión (antaño, el tiempo del cine)? Y te contestarás que, sin duda, para eludir las inmensas tristezas de la infancia, aquella devastadora melancolía de media tarde al salir de la primera sesión. Pero no rehúyas admitir que, a

cambio (¡desmesurado precio!) de nuestra sed de independencia, el tiempo fluye y fluye por el cauce de la rutina.

Tuyo,

MAURICE L'ENCRE

Georges, después de leer las precedentes líneas y como es tan influenciable a todo lo que le recuerde las películas del Oeste, quisiera volver a ser niño y reposar, sincrónicamente, sobre los pechos de Paulette II, que, por pura premonición, adivina levantiscos y, por supuesto, violetas.

Los otros modificadores del sujeto

Lección 12

Como se recordará, dejamos a nuestro Teobaldo penetrando en el más allá sin darle tiempo a leer la espantable leyenda tatuada en el seno izquierdo de madame Touraine de la Voilissière. Por uno de esos indescifrables enigmas del corazón humano, a los que no suele ser ajeno un desbocado apetito carnal, Teobaldo venció la crisis cardíaca y abrió los ojos. La acostumbrada neblina de las resurrecciones y el alevoso perfume de Motmot fueron los primeros signos que de este mundo de más acá tuvo el desfallecido, el yacente Teobaldo. Luego, reconoció la cabina telefónica en que se encontraba y, conforme la niebla aclaraba, pudo leer la enemiga leyenda, que reza: *Si duo faciunt idem non est idem*.

Pero, por muy infartado que acabase recién de estar, el hidalgo supo distinguir que aquellas letras no estaban tatuadas en la sedosa superficie mamaria de madame Marceline Messaline, sino en un pergamino de baja calidad. Muy próximo a sus ojos, el pergamino tenía una ligerísima vibración y parecía estar tensado sobre un bastidor de cañas (tan escuetamente desarrollada se hallaba por entonces la nalga izquierda de Spe Tantum Relicta), que exhalaba un tufo poco encorajinador. Por segunda vez en la mañana, Teobaldo García supuso llegada su última hora, al observar en el pergamino una especie de sarpullido más granujiento que granuloso, adolescente en todo caso.

Se comprenderá mejor la posición del sujeto, si nos colocamos en la perspectiva del ama de casa Mariana Madelon, de alguna edad, divorciada, en trance de echar la mañana a compras, cuando determinó telefonear a su amiga Marie Claire, también ama y divorciada, y, nada más determinarlo, se dirigió a la cabina telefónica del fondo, después de preguntarle a Pilar si al fondo estaba la cabina telefónica. De conformidad con la posterior declaración del ama de casa Mariana Madelon, encontrándose la

puerta pugnazmente cerrada, espió por el correspondiente vidrio, siendo tal su sorpresa viendo lo que vio que tardó en reaccionar gritando. En la misma prosa gerundial, quedó más tarde fijado que el ama de casa Mariana Madelon observó nítidamente al viejo pervertido en posición supina y a la ninfa corrompida en posición de colocar las nalgas sobre el demudado rostro valetudinario. Se negó el ama de casa a proporcionar más detalles.

La perspectiva exterior a la cabina —o sea, la del ama de casa Mariana Madelon— quizá permita comprender cómo, un par de minutos después de los alaridos, mientras la Madelon sujetaba por las trenzas a Spe Tantum Relicta, dos gendarmes asían por sobacos y pies al hidalgo, quien chillaba como gorrino, oyendo atestiguar a Pilar que ya antes una digna señora había sufrido un asalto a la hispana. Si a la clientela del café se une —como se unió al instante — una porción de peatones atraídos por la zarabanda, la posición del sujeto Teobaldo y de su agente circunstancial Spe Tantum Relicta empezará a concordar con lo que siempre se ha considerado como una situación desesperada.

La muchedumbre más cercana a la pareja opinó unánimemente, de acuerdo con las tesis de la Mariana Madelon, que se trataba, aunque indigna, de una pareja consensuada. Hacia la mitad del mostrador, corría la voz moratiniana de que una niña había intentado violar a un viejo renuente a las niñas. Y entre la multitud agolpada en la puerta del café se aseguraba que todo se reducía a un simple atraco a mano armada. Esta hipótesis cobró fundamento, al escucharse las sirenas de los coches de la policía judicial, de los coches celulares y de los automóviles de esos avispados que siempre hay y que instalan sirenas en sus automóviles para abrirse paso entre el caos que se origina cada vez que suenan las sirenas policiales. Cercados, asordados por el estruendo de las sirenas y por la algarabía de las injurias, Teobaldo se dispuso a bien morir linchado y Spe Tantum Relicta temió que aquélla le iba a ser difícil explicarla en casa.

Las fuerzas del orden, después de frenar a topetazos, se lanzaron a abrir canal en el mar de curiosos, mediante el persuasivo uso de sus porras, lo que simplificó la canalización y causó algunas fracturas óseas. Diligentemente las fuerzas del orden esposaron al ama de casa Mariana Madelon y al mozo Pilar. En ese oportuno

momento el local se llenó de humo y de gritos que anunciaban un incendio, de malolientes bolas, de petardos del calibre buscapiés, de bengalas y de la explosión de una carga de pólvora en salvas, sustraída del museo del Ejército y que Protoplastos Serpentino guardaba para una emergencia como la que acababa de emerger. Así que, después de que las ambulancias hubiesen partido con los descalabrados, el comisario Simenon, que siempre llegaba tarde por precaución, se encontró con el enmarañado caso del ama de casa y el camarero aragonés.

Teobaldo García, muellemente apretujado en el asiento posterior por las humanidades de Orbem Terrarum, Protoplastos Serpentino, Dotes Corporis y Boni Mali, cerró los ojos para combatir la náusea que le proporcionaba la serpenteante marcha del automóvil, conducido a cuatro manos y a cuatro pies por La Foudre y Spe Tantum Relicta, que iba indecorosamente instalada entre las rodillas de Bonus Eventus. Luego, oyó cantar. Y es que, habiendo escapado, el comando celebraba la operación rescate con la sana alegría y el robusto optimismo de sus pocos años. Nada más cruzar el Sena por el puente de las Artes, La Foudre, con sólo proferir un par de contundentes obscenidades, silenció al coro.

—¿Se encuentra usted bien, don Teobaldo? —se interesó.

—Ligeramente molido y bastante perplejo, hijo. Muchas gracias.

—No pudimos intervenir antes de que llegasen los polis, ¿comprende?, porque el factor esencial en estos supuestos de guerrilla urbana es la confrontación.

—Hace un rato me encontraba en la posición más privilegiada para poder ahora opinar que han intervenido ustedes en el momento justo. Les felicito, muchachos. Ya que podemos darnos por presentados, sin necesidad de que cada integrante del comando me enseñe el culo, presumo que el jefe es usted —presumió Teobaldo, tendiendo la mano a Bonus Eventus—, puesto que tiene el privilegio de llevar entre sus piernas a la damita de la banda.

—Se equivoca, señor García. La Foudre soy yo y, por consiguiente, el comandante de esta Horda. Lo que pasa es que me toca hacer de todo, incluido de chófer.

—Qué me va a contar a mí, comandante, que no haya tenido yo que hacer en este escalafón de la subversión, a pesar de mi jerarquía y de mis capacidades… Sin remontarme al pasado

lejano…

—Oiga, señor —interrumpió Spe Tantum Relicta—, le pronostico, antes de que se inicien las negociaciones, alguna patada a los testículos, si vuelve a llamarme dama.

—Vamos, vamos, querida —contemporizó La Foudre—, que el señor es extranjero y de otra edad.

—Y caballero —rezongó Teobaldo—, por muy mucho que desconozca usted esa cualidad, chavala.

—Caballero Teobaldo, de acuerdo con el plan establecido por ambas organizaciones, va siendo hora de que le depositemos a usted en casa de los señores Dupont, su residencia parisina y, lo que son las cosas, mi propia residencia familiar —matizó La Foudre—. Naturalmente, nuestras relaciones en casa de los Dupont no podrán tener la afabilidad de nuestras relaciones políticas.

—Naturalmente, comandante.

—Según el plan, mañana nos informará usted del resultado de su viaje, en presencia del Embajador en París de la Baronesa y de la intermediaria Motmot, que le ha sido destinada como enlace y guía. —Teobaldo suspiró—. Nosotros ya sabemos a qué atenernos, nos propongan ustedes lo que nos propongan.

—Mi admirado La Foudre, una observación incidental: ¿este coche, evidentemente robado y arriesgadamente conducido, me conduce a casa de sus señores padres?

—Sí.

—Pues no. —La enérgica negativa de Teobaldo obligó a La Foudre, en contra de sus más sólidas convicciones, a frenar ante un semáforo rojo—. Quiero ir a la alcaldía. Inmediatamente y así radique a cien kilómetros la alcaldía de esta capital.

—Lo lamento, pero nosotros sólo acudimos a edificios oficiales para dinamitarlos. Tendrá usted que coger un taxi.

—Encantado, monsieur. Entonces, mañana a la hora convenida.

—A la hora convenida —confirmó La Foudre, mientras el comando abandonaba el automóvil y ayudaba a abandonarlo al Anciano.

Dotes Corporis y Orbem Terrarum, que tenían que estar en casa a la hora de comer, corrieron a las escaleras del metro. La Foudre, Spe Tantum Relicta, Bonus Eventus y Boni Mali se alejaron con la despreocupación que proporciona una tarde libre y una ciudad por

delante. Mientras Teobaldo al borde de la acera buscaba un taxi, Protoplastos Serpentino hacía el clásico puente al motor de un utilitario, que había abierto con su juego de ganzúas. Y así, Teobaldo García de García, ignorando que era seguido, ensanchó su ánimo y estiró sus piernas en el taxi que le llevaba a informarse de los requisitos precisos para lograr la estricta formalidad que madame Marceline Messaline merecía y toda ceremonia nupcial exige.

Tiempo tres minutos, modo cortesano

Lección 13

De chambelana Venus Carolina Paula, que escoltaba a la señora por el vestíbulo cuando ha sonado el timbre, se encuentran frente a frente por vez primera madame Dupont y monsieur García. Ambos, tan ejercitados en la perspicacia a causa de una congénita insolidaridad, ocultan, bajo un derroche gesticulatorio, el recíproco asombro que se han provocado.

—Mi anheladísima Paulette…

—Oh, oh… Mi oteadísimo Thibaut…

Reverencia, besamanos, dengues, nueva reverencia, parpadeos, un paso atrás y dos adelante, Paulette y Thibaut, que se desconocen y se habían imaginado mal, danzan la gavota, embelesados por sus voces. Así debe de ser la voz de la Baronesa del Rhin, piensa Teobaldo. A Paulette esa voz le sugiere la de alguien a quien espera desde la adolescencia, y que no es ni El Incógnito, ni Godot. Durante unos segundos eligen el silencio y unas sonrisas desmandibuladas como expresión del deliquio. Luego, van aprendiendo a entenderse, mediante el sistema de aislar las palabras de los gorjeos. Venus Carolina Paula mantiene aún abiertas la boca y la puerta.

—Salía, queridísimo señor…

—Llegaba, apreciadísima anfitriona…

—Y nunca acababa de llegar usted…

—Perniciosos retrasos del ferrocarril… Insufribles navegaciones… Detestable vida de castillo…

—Nosotros le dábamos en algún balneario…

—Recibí, a pie de vagón, la resma de neumáticos que su amante y esposo…

—Desde tiempos son dispuestas sus habitaciones… Ala independiente… Almuerzos en intimidad los días que no soporte a la familia… Discreción asegurada… Ansío por conversarle…

—Fastidiosas diligencias… Impaciencia, impaciencia… Inmoderadas responsabilidades… Y, con todo, esta mañana que brota una inesperada luminaria, una cascada de armonía, un surtidor de aromas… ¡Ah!, ¡cuánto anhelo ser admitido a su tocador…! Y allí, ¡oh, que torrente de confidencias, de consejos, de consejos interesados, innecesarios, de confidencias incontenibles, pegajosas y turbias…! Por cierto, ¡qué belleza la suya de usted, señora!

—Pues no desdeñemos su apostura, amigo mío… Una manicura irrenunciable… La casa es suya…

—Me abruma de hospitalidad… Abusaré de ella más de lo previsto…

—Ansío ser abusada…

—Gimo por servirla…

—Me veo precisada…

—Detesto retenerla…

—¡Quién supiera quedarse…!

—Detesto perderla…

—Usted a mí no me pierde…

—¿Cuándo la recuperaré, mi veneradísima…?

—A toda la hora, Thibaut, a toda la hora…

Paulette, estremecida de buenas maneras todavía y espoleada ya por los malos pensamientos incógnitos, se precipita hacia el ascensor. Sobresaltada, siente como el silbido de la piedra que rasga el aire; es decir, el viento de La Fronda. Pero no. Ha sido Venus Carolina Paula, que, antes de cerrar la puerta, ha mascullado:

—Y a usted este tío tartufo, ¿por qué la hace hablar así? Nos espera buena…

A Flaubert le leen la cartilla

Lección 14

—Ah, no. ¡Terminantemente, no! —sentenció Duvet—. No es sólo que me niegue, es que no podría. Es superior a mi estómago, para que lo entiendas.

—Te comprendo, Duvet. Pero debes superarlo. Si una pretende hacerse con la Cultura —sermoneó Venus Carolina Paula, pacientísima—, es necesario aprender a superar las arcadas.

—Pues no. Y no, no y no. Prefiero no aprender a leer, prefiero ser un escritor analfabeto.

—Ay…, me temo, mi niña, que no estés dotada de tanto genio como para permitirte ese lujo. Los escritores normales, te guste o no te guste, tenéis que saber leer. No en balde, como decía aquel conde, un autor es un tipo que toma de los libros todo lo que le pasa por la cabeza. Vamos a ver: mi pequeña, que es muy valiente muy valiente, se va a hacer un nudito con sus tripitas y va a ir repitiendo con su Venus Carolina Paula, despacito, letrita a letrita… A ver: Mi-ma-má…

—Mi-ma-má… —deletreó Duvet, lívida.

—… me-a-ma. A ver cómo lo lee mi pequeña, ella solita de carrerilla.

—¡Jamás, condenación! —gritó Duvet, apartando el silabario y la mano derecha, con el índice extendido, de Venus Carolina Paula —. Pasemos al tema siguiente.

—No me seas terca, leñe. ¿Cómo vamos a pasar a mi-o-so-se-a-sa, sin aprender mi-ma-má-me-a-ma? Pero ¿es que crees que te puedes tomar impunemente a cachondeo la especificidad del monema único? Te digo que, cuando te pones cerril, de buena gana cogía el portante y me largaba al parque.

—Por favor, Venus Carolina Paula… ¿Cómo aprendería yo a leer, si no fuese por tus sacrificios y tus desvelos? Con un padre tan amoroso como descaradamente funcionalista, cuyo empeño

principal es impedirme crecer… Con un hermano que odia las letras por amor a las armas… Con una madre empírica y vulgar, que hasta me impulsa gnoseológicamente a cuestionar la posibilidad de conocer a mi propia madre… Por cierto, he encontrado en Jane Austen el retrato perfecto de esa madre mía. Pero no puedo leer lo que dice.

—No puedes, porque no sabes. Dice que las personas vulgares se caracterizan por estrechez mental, insuficiencia de conocimiento, autoestimación afirmativa y pretensiones de devaluar al prójimo.

—Ni que retratase a un ministro, cuando retrata a mi madre.

—Calcada, pero calcada… Lo que siempre he pensado yo. Que cuando una mujer sale escritora, que se quiten todos los hombres escritores. Vaya olfato el de esa plumífera de la Jane…, ni que la hubiese conocido como la conocemos tú y yo. ¿Descansamos un poquito?

—Gracias, Venus Carolina Paula.

Venus Carolina Paula cerró el silabario, se levantó de la silla, buscó en los bolsillos de la bata las cerillas y se quedó de codos en el alféizar de la ventana, fumando, absorta en el atardecer que iba oscureciendo el patio. A aquella hora, las tardes en que las obligaciones de Venus Carolina Paula le permitían la labor docente, el cuarto de la plancha le recordaba a Duvet el gabinete de trabajo de Goethe. Por supuesto —reconocía Duvet—, se trataba de una cuestión de atmósfera, de la suplantación de una serenidad germánica, no, por supuesto, de una semejanza de mobiliario e instrumentos científicos, ya que el cuarto de la plancha era también, desde tiempo inmemorial, cuarto de costura, tendedero ocasional y, poco a poco, se había ido convirtiendo principalmente en el salón de Venus Carolina Paula, que aborrecía encerrarse en su mansarda los ratos libres de la media tarde. Y aquel parecido con el gabinete de trabajo del rijoso Titán, aquella atmósfera de *Sturm und Drang* o de segundo Fausto, según la calidad del crepúsculo, alcanzaba su cénit, cuando Venus Carolina Paula, que no resistía ratos muy largos de magisterio, se acodaba en la ventana, fumaba lentamente, absorta e inmóvil, y su perfil se purificaba a contraluz, mientras un juego de sombras incipientes inventaba sobre su cabeza una peluca de rizos. En aquellas pausas lectivas, Duvet se abandonaba a la perversa complacencia de alternar el gozo del recogimiento con la

satisfacción de saber que amanecería el día sobre la Tierra en que ella —Duvet— estaría tan muerta como Bettina von Brentano. En consecuencia, sentía que iba aprendiendo a entrar en esos mundos estáticos donde la realidad se falsifica en beneficio de lo inefable, donde existir consiste en perpetuar la fascinación de la irrealidad, mundos por los que ya, siempre tanteando, se movería hasta que brutalmente la muerte la despertase.

Venus Carolina Paula, de espaldas a la ventana y con las manos cruzadas sobre el vientre, la estaba contemplando.

—Te veo triste, corazón…

—No, qué va… —reaccionó Duvet, estremecida.

—Mañana, ocurra lo que ocurra, le impido a tu madre que te encierre en la buhardilla. Tu madre, como es tan exageradamente trapisondista, ya no distingue entre trapisonda y crimen. Y es criminal lo que está haciendo contigo.

—No pensaba en mi madre. Además, las dos sabemos lo que ocurrirá mañana.

—Y tanto… Me obligará a ponerme el delantal y la cofia para el desayuno, porque está don Teobaldo. La muy mística le explicará a don Teobaldo que le haces llorar lágrimas de sangre. Y don Teobaldo le dirá que antes muerta que Flaubert, que el único que salió bueno fue don José María de Pereda. Tu padre intentará poner paz, si se da cuenta, que en los últimos tiempos no suele darse mucha cuenta, no sé qué le pasa a tu padre. Y ella, gritando como loca «¡No soporto el gramatismo de esta niña!», te encerrará hasta que anochezca. Pero yo… Yo no podré hacer nada. ¿En qué pensabas, mi pequeña, que estabas tan triste?

—Estaba mirando lo guapa que te pones a estas horas, Venus Carolina Paula.

—Aduladora… Ay, santo inmortal, te comería a besos… No, en serio, ¿tienes alguna preocupación que no me hayas contado?

—La de siempre. Lo cierto es que esto de la literatura es uno de esos asuntos que, aun en el supuesto de que te salgan bien, te demuestran la imposibilidad de acertar.

—Pues si sólo va a servir para ponerte mustia, ¿sabes lo que te digo?, que no escribas.

—Y yo te contesto lo que, paseando por los jardines de Montpellier le decía Gide a Valéry, que si a él le impidiesen escribir

se mataría.

—Y ¿qué le contestaba el señor Valéry, eh, que le contestaba a ese trepa de Gide, que era un trepa del Parnaso? Pues le contestaba que precisamente él se mataría si le obligasen a escribir. Lo sabes tan bien como yo, porque eres tú la que me lo ha contado lo de los jardines de Montpellier. Voy a hablar yo seriamente con tu padre, aunque últimamente con tu padre no sea fácil hablar.

—Tiene aprensiones de negocios. Se lo decía la otra noche a mi madre. Y mi madre callaba, lo que indica que no le creía. Todos estáis algo orates esta temporada. Yo, si te paras a pensarlo, parezco la más normal.

—No te fíes, bonita, que eso siempre parece, cuando se mezclan majaras de especies variadas. Yo sí que estoy normal.

—No, Venus Carolina Paula, no. Se te nota algo raro y desquiciado. Y, luego, con esa manía de ir al parque… ¿Por qué te empeñas en ir siempre al parque, y siempre al mismo, que incluso te vas tú sola los días de salida?

—Emplea las dotes de observación con los demás y a mí déjame en paz, carajo. Ni que una sirviese para personaje…, habráse visto. Te llevo al parque, porque ya me dirás tú dónde se te puede llevar a tus años. Y yo me voy al parque, porque ya me dirás tú dónde puedo ir que sea más barato.

—Si te encuentras en apuros para mandar el giro a Extremadura, ya sabes que mi hucha está a tu disposición.

—¡Ay, cielo de mi alma y gloria de mi vida, si es que hay que quererte a la fuerza…! No, no tengo apuros, puesto que hasta el mes que viene tampoco tengo dinero. Y ni falta que me hace. Además, don Teobaldo ha convencido a tu madre de que le debo coger lo que me da, por las molestias.

—Cuando le escucho, me pregunto si son así los recios hombres hispánicos.

—Los hay peores.

—No te creo.

—Sí, porque los hay más jóvenes, con la reciedumbre menos gastada. Al fin y al cabo, ya ves, el señor Teobaldo algunas noches vuelve para el arrastre y se queda como lelo, que no da ninguna guerra. Yo, en eso, creo que tiene razón tu madre.

—¿En qué?

—En que está enamorado.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Don Teobaldo.

—¿Enamorado monsieur Thibaut?

—A mí no me extrañaría, porque, como ha observado tu madre, desde hace ya días compagina la locuacidad histérica con el mutismo tenebroso, lo que indica que está enamorado y enamorado sin éxito.

—Pero, Venus Carolina Paula, ¿cómo es posible atribuir un misterio de la entidad del amor a un ser de probada chabacanería? Encima, si mi madre lo supone, será falso. Lo que a mí no me extrañaría es que el viejo hubiese pasado la andropausia hace seis lustros.

—A algunos hombres se les retrasa. Pero bueno, ¿esto que es? Siempre terminas haciéndome hablar de procacidades. Se acabó el recreo.

—Un poquito más, Venus Carolina Paula —suplicó Duvet.

—He dicho que se acabó la cháchara y se acabó. ¿No quieres aprender a escribir libros? Pues lo primero es aprender a leerlos, no vaya a ser que pongas en los tuyos igualito que lo que ya está puesto en los otros. No querrás ser una plagiaria, ¿verdad? Venga, a darle duro. Y sin remilgos de hija oprimida. ¿Qué pone aquí? —señaló con su índice devastado por la lejía Venus Carolina Paula.

—Mi-ma-má-me-a-sa —leyó lenta y transgresoramente Duvet.

La intransigencia de las subordinadas

Ejercicio de lectura

Aquella tarde, que no era otra que la de la apertura del bar estival del club, Georges paladeaba el acíbar que le había dejado un cuerpo esquivo y violeta. Encaramado a un taburete de caña de bambú, aguardaba con creciente desesperación una llamada telefónica de Paulette II, por culpa de quien una aventura de incitantes inicios estaba degenerando en pasión verbal. Conforme las demoras de la brutalmente apetecible muchacha se sucedían, se multiplicaba la obsesión de Georges, como sucede siempre que se enfrenta una necesidad atolondrada a una pureza fingida. En consecuencia, Georges se había enjaretado en el ojal izquierdo de la chaqueta la camelia que a la entrada le entregó el portero y, cuando no bebía nerviosos tragos, acariciaba rudamente los pétalos de la inocente flor, inodora e insípida.

Pero no era Georges el único que se había adornado floralmente como para boda de barrio. En un cercano taburete y también acodado a la barra de caña, un atildado socio, de elevada apostura y de reciente ingreso, apretaba entre sus dedos, cuando no bebía nerviosos tragos, una de las camelias con las que la junta directiva conmemoraba anualmente la apertura del bar estival del club. Por tales indicios habría resultado posible colegir que este socio degustaba el acerbo despecho que le causaba el inabordable cuerpo de Paulette.

No sólo sus solapas cameliadas los asemejaban. Tanto Georges como el atildado socio (que no hay por qué ocultar que se trataba de El Incógnito) se sentían aquella tarde derrotados por un enemigo (Paulette y Paulette II) al que, por principio, ni siquiera habían considerado nunca rival. Ambos, a pesar de ser hombres de mundo y curtidos exploradores de las selvas de la vida galante, ante las fintas del respectivo cuerpo idolatrado se reconocían grotescos, como cucarachas persiguiendo a una pantera, burlados, como

sembradores de agua, y, como nadadores en ciénaga, puro barro.

Aquí terminaban las analogías del mal común, que afligía a los dos lastimeros socios. Todo lo demás eran diferencias. Georges lanzaba ojeadas a El Incógnito, preguntándose dónde había visto él aquella cara. El Incógnito, que a ciegas habría podido reproducir los rasgos faciales de Georges, fingía una indiferencia dictada por sus frenéticos rencores. A El Incógnito (como enseguida se sabrá) los asuntos conspirativos le iban mal, no obstante su laboriosa dedicación. A Georges, que sólo hacía visitas de cumplido a la oficina, le abrumaban los éxitos financieros. Uno buscaba consuelo duplicando sus asaltos al poder y el otro se entregaba a ese lujo de la tristeza altanera, que sólo con dinero se compra.

Pero, además, Georges, que era uno de los socios fundadores del club, no dudaba que Paulette II, a quien conocía desde hacía poco, le enamoraría en cuanto la consiguiese. Al reciente socio que era El Incógnito una promesa incumplida durante años y renovada mes a mes le había conducido a la resignada clarividencia de preferir la insatisfacción a comprobar sobre una sábana que había dejado de desear el ansiado cuerpo de Paulette. Y así, en tanto uno estrenaba una desesperación pautada de probabilidades, el otro había alcanzado ya la región platónica del deseo sin objeto. Por lo que resultó congruente que El Incógnito viese caer un sobre de la chaqueta de Georges y que Georges no percibiese que, buscándose el mechero, se le caía un sobre del que no tenía noticia.

—¿Es suyo, señor? —preguntó un camarero a El Incógnito.

—Es mío —exclamó Georges, al descubrir la orla negra y antes de que El Incógnito se apropiase de la misiva—. Gracias, señor. Ha sido usted muy amable —agradeció, no al camarero, que se había agachado, sino al consocio en tentativa de hurto, por el debido respeto a las diferencias de clase.

Una mínima inclinación de cabeza fue la respuesta del atildado, quien se permitió modificar su perfil de gavilán y observar la meditabunda expresión de Georges, con el sobre en una mano y la camelia estrujada en la otra. Era evidente que Georges se preguntaba cómo habría llegado aquella carta a sus bolsillos, para explicárselo de inmediato por la estolidez en que le tenía sumido Paulette II. Mientras Georges rasgaba el sobre, El Incógnito, liberado durante unos segundos de la estolidez en que le tenía

sumido Paulette, sufrió la premonición de que aquel memo suertudo del taburete parejo acabaría por arrebatarle, después de disfrutar de Paulette II (Fleminga, pensó El Incógnito), los restos de la única mujer —Paulette—, a la que todavía le era posible amar. La ira fluyó de sus glándulas suprarrenales. Pero para entonces ya la expresión de Georges se había transformado en la beatífica perplejidad de quien lee

Una Idea Burocrática:

> Te preguntarás, afortunadísimo amigo, en estos días de resonantes éxitos financieros, si es lícito idealizar con la memoria lo que no pudo ser, mientras con nuestras acciones banalizamos lo que aún podría ser amado. Y es lógico que te lo preguntes, incluso disculpable, porque éxitos unidos a desarreglos emocionales nos impulsan a las preguntas necias. Observando desde la atalaya de mi vivienda la calleja en que se encuentra, voló la otra noche mi imaginación por la vastedad de la Tierra, por la eternidad de la Historia. Vi ciudades, muchedumbres, batallas y monumentos; consideré aciertos, errores, artificios y enigmas; y no encontré razón válida para renunciar, ni hallé bestia más viscosa que la resignación, madre del Ideal. Que nadie se dé por muerto hasta que esté muerto. Pero, ¡ah!, mi ofuscadísimo, que nadie se crea vivo porque su carne ruge.
>
> Tuyo,
>
> MAURICE L'ENCRE

Georges se tomó el pulso. La camelia olía a crisantemos. Georges, sólo después de empañar el vaso con su aliento, oyó rugir de nuevo su impaciencia.

A esa acústica temperamental quizá contribuyeron los chirridos que emitía, avanzando sobre la grava del sendero, un carrito de inválida. La inválida ancló el vehículo lejos de la barra. ¿Dónde había visto Georges aquella figura voluminosa, envuelta ahora en visones, aquel rostro ferozmente maquillado y coronado por un sombrero de plumas escarlatas? La inválida gesticulaba. Georges señaló su propio pecho con uno de sus propios dedos. La inválida denegó con irritación. Georges volvió el rostro. El atildado socio mantenía el rostro hundido entre las manos, pringosas por el sudor de los celos. Georges propinó un golpecito en el hombro del

atildado.

—Perdón, señor. Sospecho que le está llamando desde esos arbustos su agarrotada esposa.

Georges, que percibió un gruñido indescifrable, ya no pudo escuchar el diálogo de aquel chocante matrimonio. Y que fue del tenor siguiente:

—Se ha retrasado usted más de una hora, madame Touraine de la Voilissière.

—Aguántese, Embajador. Lleva su tiempo vestirse de lady paralítica.

—Haber venido de trapillo.

—Y no me habrían dejado entrar en este club, que apesta a camelias regadas con ginebra. No pretenda enseñarme el oficio, Embajador. Más le valdrá que se las arregle para sacarnos del atolladero.

—O sea, ¿que se niega usted?

—Me niego. Me niego rotundamente a casarme con ese estafermo.

—Engorro de mujeres… —barbotó El Incógnito, quien, pensando con las suprarrenales, añadió—: Madame, queda usted despedida.

Pero si Georges se vio privado de esta tensa conversación, tenía los ojos bien abiertos, cuando la inválida saltó del cochecito, lo pateó reiteradamente y se alejó por el sendero con un majestuoso bamboleo de caderas y de pieles, algo así como una osa con plumas. Georges quemó en un cenicero la carta de Maurice y la camelia, para quebrantar el maleficio y que Paulette II telefonease de una vez.

Empleo del carácter en las condicionales suspensivas

Lección 15

Envuelta en visones y encrestada de plumas escarlatas, Motmot irrumpió en el salón. Fabulae Centum se felicitó de la ausencia de Bonus Eventus, quien, de haber presenciado aquel jocundo contoneo de madame Marceline Messaline, habría perdido la poca templanza que le iba quedando. La Foudre cerró la navaja, que hasta ese momento había estado clavando mediante hábiles lanzamientos en las consolas y en les damascos. Spe Tantum Relicta descruzó las piernas y levantó los ojos de la revista osada con la que había entretenido la espera. Después de husmear un aire delictuosamente humoso, la señora de la casa se dejó caer en un diván y, por efecto de las ondas sonoras de su resoplido, tintinearon las lámparas y las vitrinas.

—Mis hermosos muchachos, nada me extrañaría que el Embajador de esa Baronesa de pacotilla esté maquinando estafaros vuestro millón, tan heroicamente ahorrado. —Madame Marceline Messaline, que permanecía arrebujada en su abrigo de pieles, dotó a su voz de una de aquellas inflexiones enternecidas, que a tantos varones habían hechizado—: ¿Os han preparado la merienda?

La Foudre, sonriendo de lado, apoyó un hombro en la chimenea de mármol y dedujo:

—Deduzco, mi estimada Touraine de la Voilissière, a la vista de la imprudente información que nos proporciona, que de agente doble ha quedado usted en agente único.

—Y mi favorito Bonus Eventus ¿dónde está? —preguntó Motmot, con aquella mimosa volubilidad que había conducido a la ruina a más de un acaudalado industrial—. ¿Habéis empezado ya a socavar los fundamentos del Louvre? ¿O acaso Bonus Eventus se encuentra en las catacumbas custodiando el tesoro?

—Yo creo que debe de estar…

—¡Silencio! —ordenó La Foudre a Spe Tantum Relicta—.

Sospecho la causa por la que le han dado a usted la boleta nuestros encarnizados enemigos y aliados circunstanciales.

—Sospecho, deduzco, enemigos, circunstanciales… Pero, La Foudre, ¿qué lenguaje es ése para alegrar una velada? Querida niña, encárgate de servirnos unos pocillos de chocolate. El mío, por favor, con un chorrito de vodka.

—¡Quieta, Spe Tantum Relicta! —La orden de La Foudre derribó, después de tambalearla, a Spe Tantum Relicta sobre las pieles de Motmot—. No soy hombre de muchas palabras. O sea, que resumamos. Ellos quieren nuestro millón, nosotros queremos los explosivos y el viejo es el único que sabe dónde están los explosivos. Por lo tanto, hay que tener contento al viejo.

—¡Que le contente tu madre! —chilló Touraine de la Voilissière, con la espontaneidad verdulera que había encandilado a más de un acaudalado político.

—¡Usted! —replicó La Foudre—. Usted ha de satisfacer su tonto capricho.

—No tan tonto —murmuró Fabulae Centum, pensando en lo que se ocultaba bajo los visones de Motmot.

—Escúchame, La Foudre. Sabes que nunca os he traicionado más de lo que me exigía el sueldo que me pagaba la Baronesa. Sabes que ella paga más y yo, sin embargo, por fidelidad a mi ideología…

Spe Tantum Relicta, que había quedado sumergida en los visones, tembló al colocar La Foudre las manos en los hombros —oceánicos— de Motmot, quien gorjeó histéricamente.

—No la marques —solicitó Fabulae Centum, al tiempo que le entregaba abierta su propia navaja a La Foudre.

—Muchachos, un poco de serenidad —articuló la señora Touraine de la Voilissière, calculando ya despojarse de Spe Tantum Relicta y de las pieles como último recurso defensivo—. ¿Quién nos asegura que esos explosivos están en condiciones de explosionar? Por lo que le he sonsacado al valetudinario, el cargamento se encuentra en algún lugar de los Pirineos. Temo que se trate de un material de desecho. ¿Estáis dispuestos a pagar un precio exorbitante por una basura de trilita, que no le sirve a Teobaldo ni para matar en España, donde todo sirve?

—¡¡Capciosidades!! —bramó La Foudre, blandiendo la navaja sobre el estratificado maquillaje de Motmot—. Hágase a la idea de

que usted se casa.

—Antes apuñalada, guapito. Estaría bueno… Yo con Teobaldo García no me caso y, si no hay negocio, ni hay Pirineos, ni hay explosivos, al menos habrá sentido común.

—Tráele —ordenó La Foudre.

—Pero ¿dónde está?

—Herborizando —respondió Fabulae Centum, que imitaba con algún acierto la sonrisa ladeada de La Foudre.

—Esta noche, señora, padecerá usted su noche de bodas con monsieur Thibaut. Mañana temprano les proporcionaremos un oficiante, del credo que ustedes elijan, y un funcionario de la alcaldía. Le advierto que en la Horda no despedimos. —La punta de la navaja se posó en la carótida de Motmot—. Suprimimos.

—Buenas tardes —saludó Bonus Eventus, con un exagerado desenfado que encubriese el retraso—. Hombre, ya veo que andamos de cuchilladas.

—El cielo te envía, mi dilecto Eventus —exclamó Motmot.

—¿De dónde sales? —preguntó La Foudre, sin por ello modificar su gesto descuartizador.

—Ignorantia Destra pretende comprender, antes de aprendérselas de memoria, las ordenanzas de la Horda.

—Cerdo —se escuchó a Spe Tantum Relicta, desde los brazos de Motmot.

—¿Traigo al novio, para que se vaya precalentando?

—¿Qué oigo? —dijo Bonus Eventus, al tiempo que se precipitaba a besar las manos de Motmot—. Así que hay esponsales… Albricias… Albricias…

—Cumple la orden que se te ha dado —reiteró La Foudre.

—Necesito mi navaja —objetó Fabulae Centum.

—Amadísimos, os juro que no me dejaré casar ni en artículo de muerte. Anda, La Foudre, hunde tu acero en mi pecho.

—¿En cuál? —preguntó, impasible, La Foudre.

—Yo opino —intervino Spe Tantum Relicta, que conocía bien a su sanguinario comandante— que no es para tanto. Si os retiráis a otra estancia de este palacete y permitís una charla entre nosotras, estoy segura de hallar una solución incruenta.

Mientras Bonus Eventus aún continuaba besando las enjoyadas manos de Motmot, ésta besó a Spe Tantum Relicta. La Foudre y

Fabulae Centum permanecían patibulariamente indecisos. Al fin, los varones se decidieron a abandonar el salón. Y Spe Tantum Relicta cayó sobre la alfombra, al ponerse en pie Motmot.

—Hija, qué sofoco… Creí que me moría del susto que me estaba produciendo mi propia actitud valerosa. Casarme, no me caso. Tomemos una copita de tónico escocés.

Madame Touraine de la Voilissière, en tanto Spe Tantum Relicta escanciaba, se despojó de sus visones, pero no de su plumaje escarlata, de modo que quedó en sombrero, medias blancas, liguero naranja, escuetas bragas (en cuya fabricación se habían consumido algunas yardas) de seda fucsia fulgente y sujetador de talla extra que apenas cubría los vértices de unos pechos contradictoriamente tatuados, por los que no pocos acaudalados estrategas habían llevado a la derrota a sus ejércitos —antes de llevarse una pistola a la boca—. Acomodadas muellemente, bebieron unos sorbos, evaluaron con sus respectivos dedos la calidad de sus atuendos y la emprendieron a hablar de mujer a mujer.

—Pero, bueno, querida, tú te niegas sólo por el asco, ¿no?

—Ay, querida —suspiró Motmot—, cuánta dicha azarosa te espera todavía hasta saber que la repugnancia inicial puede ser también un aliciente.

—¿Entonces, recelosa amiga? ¿Temes acaso que el señor García de García sea un cazadotes? ¿Te horroriza unir tus ilustres apellidos a los de un bárbaro? ¿No te apetece criar hijos? ¿Estás ya secretamente casada?

—Sí, pero ¿qué importa? Verás, mi inocente amiguita —Motmot caldeó maternalmente su entonación (entonación que a muchos hijos acaudalados había llevado a repudiar a sus padres)—, a ti no quiero ocultarte nada. Esta mansión, incluido el jardín, cruje bajo las hipotecas. Yo vivo de mi sueldo de doble agente, o al menos vivía hasta esta tarde, y de conducir a la ruina a pardillos acaudalados, cuando el sueldo no me llega. Tampoco me importaría llamarme Touraine de García, porque adoro el arrojo de esos sureños. ¿Hijos? Pero si me paso los días con vosotros, ¿qué podrían molestarme algunos más? Mi negativa está fundamentada en una magnética inclinación a la soltería. Y te aseguro que no estoy dispuesta a desimantarme en lo mejor de mi espléndida madurez por una porquería de longevo, caquéctico y preparkinsoniano, como

el granuja de monsieur Thibaut.

—Te adoro, Marceline Messaline, porque eres insobornable. Ya tengo la solución. —Spe Tantum Relicta abrazó a su amiga y, levantándose, ejecutó unos giros danzarines (en el estilo Natacha Rostova, según habría juzgado Duvet)—. Encámate con el vetusto, hechízalo, sonsácale, desécalo y, luego, psicoanalízate para recuperar el gusto vital.

—Ya que hoy he perdido un empleo, poco me importa perder el gusto. No obstante, me temo que se trata de verdadero amor lo que experimenta el tipo por mí.

—Ése es su problema. Si pretende casarse, denota poca confianza en sus instintos. Y un enamorado inseguro siempre resulta manejable. ¿Aceptas?

—Ah…, dos años antes nos habría liberado el general Leclerc, si las jovencitas de entonces hubiésemos sabido tanto como vosotras.

—Olvida el tiempo de las cerezas, mona, y el giroflé girofla. ¿Aceptas?

—Acepto, aguilucha. Acepto todas las noches nupciales necesarias, pero… que quede bien claro, ¡sin nupcias!

Spe Tantum Relicta abandonó el salón a la carrera y encontró a los muchachos en la cocina saqueando el frigorífico. Sólo Bonus Eventus calificó como chabacana la solución acordada, pero su objeción patentizaba, más que una crítica de la razón especulativa, pensamientos sucios. La Foudre dictó las órdenes pertinentes, por lo que Fabulae Centum, navaja en ristre, y Spe Tantum Relicta, de acompañante innecesaria, salieron al jardín trasero, donde el crepúsculo disponía una mágica victoria de las sombras sobre las luces, aguadas ya.

Insensibilizados por su dinamismo para apreciar las bellezas naturales, saltaron parterres, chapotearon estanques y pisotearon cuanta ornamentación vegetal se les puso por delante, hasta llegar cerca de la última tapia a la estatua, en piedra falsa, de Afrodita, a la que, naturalmente, permanecía atado Teobaldo. Mientras Fabulae Centum cortaba amarras, Spe Tantum Relicta, a la indecisa luz crepuscular, estuvo examinando en las lívidas facciones del Anciano una expresión de desmayo y deliquio, incluidas babas resecas en las comisuras de la boca, y durante la operación de separación (que no fue fácil, ni breve, a causa de la resistencia de Teobaldo a

desenroscar sus acalambrados miembros del cuerpo de la diosa) la muchacha se enardeció por anticipado de los beneficios que le traería indefectiblemente a aquel tenaz varón un cuerpo, como el de Marceline Messaline, tan divino y, además, de carne.

Como al liberado se le doblaban las piernas, el regreso fue lento y suficiente para que quedase enterado de que madame Touraine de la Voilissière, concordando sus ideas con el apergaminamiento del novio, exigía una noche de amor previa al acto legalizados. El novio, una vez que cayó sentado en una silla de la cocina y se bebió un cuartillo de leche, pareció que tenía algo que decir.

—No le atosiguéis —recomendó Fabulae Centum, que enrollaba la soga con esmero—. Se había quedado traspuesto besando a la estatua, que, de tanto beso, sudaba.

—¿Qué no hará usted con su prometida, señor García, si hace usted sudar a las estatuas? —pronosticó Bonus Eventus.

—Yo la amo —suspiró Teobaldo.

—Y ella le amará a usted —le animó Spe Tantum Relicta, limpiando en aquel curtido rostro las huellas de yeso que habían dejado los besos afrodisíacos—. Van a ser ustedes felicísimos, no hay duda. No sabe usted lo que se lleva. Y, sobre todo, cuánto se lleva.

—Lo sé, mademoiselle, porque la amo intensa y extensivamente. Mis propósitos son honestos. Mis únicas miras, lazos matrimoniales que nos unan durante luengos años. Ahora bien, si las costumbres de este relajado país propician la impaciencia, nadie más impaciente que yo. A fin de cuentas, yo soy el hombre.

—Muy bien urdido, monsieur Thibaut. Usted no pierde su honor y ella, que se consume de deseos, le hace un anticipo de su honra. Mañana por la mañana, ya tranquilos, se dan ustedes una vuelta por el ayuntamiento y, después de devolverle la honra a su novia, le entregamos a usted el millón y usted nos revela dónde carajo de Pirineos esconde esos condenados explosivos.

El caballero, que había mirado con alarmante fijeza de imbécil a La Foudre mientras éste hablaba, giró los ojos, repentinamente vivaces, y saltó de la silla un instante antes de que Motmot apareciese en la cocina.

—Señora —balbució, tratando de conseguir una reverencia—,

estos bondadosos niñitos me han participado la buena nueva. Antes de nada y en gracia a la infinitud de mi amor, júreme, señora, que se casará usted conmigo en cuanto me haya probado.

Por toda respuesta madame Touraine de la Voilissière comenzó a despojarse de su abrigo de visones, con la pericia que sólo en la pista del cabaret se aprende y con la incitante parsimonia que a más de un acaudalado capo mafioso había llevado a traicionar la omertà. Cuando las pieles, como una corona de suave espuma, quedaron sobre el suelo y la voluminosa quedó en liguero, ya Spe Tantum Relicta se abrazaba con frenética caridad a Bonus Eventus, para sujetarle los espasmos.

—Cierra los ojos, Bonus, cierra los ojos e imagina padecimientos cancerosos —le sugería, ascética y asustada.

—Muchachos —solemne, dispuso la destinada al holocausto—, lavádmelo y perfumádmelo, mientras yo sahúmo el dormitorio y visto las galas tenues de la desposada. Y tú, mi hombre, a portarse como un bravo…

—Señora Mesalina —gimió Teobaldo, manoteando a brazos desplegados—, ¡yo es que la idolatro!

Motmot sonrió, púdica y oferente. Se oyó un aullido, como de hiena apache, proveniente de la garganta de Bonus Eventus. Y Teobaldo García de García prorrumpió a entonar estentóreamente bélicas canciones e himnos tabernarios de la tierra suya. El alborozo estalló en jolgorio, en risas, parabienes, pellizcos subrepticios, manotazos, zapatetas y cabriolas, ostentaciones, de tal manera que, de haber entrado alguien en la cocina, habría creído que se trataba de una boda.

Objeto directo y objetivo infecto

Lección 16

Una acerada limusina apenas hacía gemir la noche, al rasgarla, mientras ascendía a la cumbre de uno de los renombrados montes, cuyo capricho orográfico orna la ciudad de París. Ni siquiera la luz de los faros, que la codiciosa niebla empapaba casi por completo, aliviaba la gaseosa lobreguez. Tampoco el siseo del vehículo era bastante para romper el silencio más de lo que lo habrían roto los suspiros de un agonizante en la cuneta. Todo ello, unido a una velocidad de competición, sugería que el conductor de la potente máquina buscaba, sin escrúpulos, alejar de las rutas frecuentadas sus propósitos o, quizá, acudir a una cita reprobable. Por fortuna, los padres de familia se mantenían alejados de aquellos parajes y, a la salida de cada curva, no se producían huérfanos. Denotando, pues, tanto sus designios como conocer de memoria la carretera, el invisible conductor, de haberse hallado algún padre de familia aireando la pítima, podría haber sido confundido con un símbolo del Mal enfrentado al ciego Destino.

En la cima del citado monte, que se confundía con los basamentos de la formación nubiforme que la cubría, un destello cobrizo rompía cada tanto la niebla, como si una melena pelirroja brillase, electrizada por la humedad. Y, precisamente, eso era, ya que Fleminga se había puesto, conocedora del estímulo que los cambios de cabeza ejercen en los instintos masculinos, una peluca de un pelirrojo imposible en la naturaleza. Envuelta en una capa de raso azul, la muchacha paseaba, trastabillando sobre altísimos tacones, por una explanada de losas. Al alejarse de su descapotable (con el que noche tras noche, en no muy lejanos tiempos, subía y bajaba los Campos Elíseos haciendo la calzada), se había extraviado en aquellas ruinas de una fortaleza medieval. O romana. Había permanecido sentada en el fuste de una decapitada columna, pero a los dos cigarrillos, que enseguida la niebla ponía infumables,

Fleminga se había lanzado al deambuleo de la impaciencia amorosa. De semejantes angustias la consolaba pensar que, si el asunto cuajaba, como las condiciones del lugar auguraban, sería Georges quien, de esmoquin y efervescente, la esperaría a ella, agarrotado a la barra de Caderas de Ébano, durante horas. Permitiendo a sus facciones ese relajamiento de la fealdad que las mujeres muy bellas se conceden en noches de espesa niebla, Fleminga sonrió con una mueca de parapléjico, en la que resultaba fácil leer el deseo.

De pronto, sintió Fleminga una presencia y, volviéndose, se encontró bañada por la amarillenta luz de los faros de la limusina. Con la emoción, la capa de raso resbaló de sus hombros y Fleminga apareció en un traje de noche de congruente parecido a un camisón, estruendosamente pelirroja, mientras corría con los brazos abiertos hacia una sombra, que continuó inmóvil, cuando la impulsiva la abrazó. Por unos momentos, la llama luchó contra el hielo.

—Pero ¿qué te sucede? ¿Desde cuándo estás aquí, si falta aún un minuto para la hora de la cita? ¿Cómo se te ha ocurrido disfrazarte de trotona pigallera? Tengo poco tiempo, Fleminga, y la noche no está para familiaridades. ¿Has observado si te seguía alguien?

—¿No te has cerciorado tú de que no existe otro lugar más seguro para que no te vean conmigo? —replicó Fleminga, con esa espontaneidad que el despecho concede a las muy acostumbradas a gustar.

La sombra rechazó a Fleminga, pareció emprender el vuelo y, durante un instante, bajo la negra capa forrada de raso carmesí, la figura de El Incógnito se mostró atildadamente enfundada en un frac, constelado de falsas condecoraciones. A Fleminga se le ablandaron las rodillas, elevó una mirada pastosa, asomó entre los dientes su pulposa lengua y, bajo el sombrero de copa, unos labios, afinados por la crueldad, la escupieron. Por lo que, firmemente decidida al lesbianismo, Fleminga dio la espalda a El Incógnito y se dirigió a recoger su capa de raso azul.

—Entra en la limusina —ordenó una voz desfigurada por la saña, algo así como la voz de las nocturnidades.

—No me da la gana —argumentó Fleminga.

En descargo de la violencia que arrebató a El Incógnito (si la violencia contra una mujer voluptuosa merece alguna justificación),

habría que recordar que en los últimos días no era aquélla la primera agente que se le rebelaba, lo que resultaba penoso de soportar a poco espía que el Embajador fuese. Tomada por la espalda, Fleminga no se desengañó hasta la tercera bofetada y, antes de recibir la cuarta, cuando ya ambos contendientes habían sembrado las medievales (o romanas) losas de sombrero de copa, peluca y capas de raso, Fleminga recuperó de las profundidades de su adolescencia de suburbio unas maneras que pusieron en fuga a El Incógnito. Un conglomerado de maldiciones, amenazas e irreproducibles injurias, enrojeció las tinieblas. El Embajador, restañándose la sangre, recuperando condecoraciones y con el ánimo en jirones del chulo sorpresivamente vapuleado, retrocedió en busca de su limusina, pero tropezó y cayó sentado sobre un derribado capitel con volutas, desde donde, como por las fauces de una fiera, fue absorbido por Fleminga.

Babeado, acariciado, mordisqueado, lamido y estrujado, El Incógnito, a pesar de su monogamia crónica, soportó la avalancha, reprimió la desgana, imaginó que era víctima de Paulette y, resignado a la morbosa atracción que todo monógamo ejerce (salvo en quien quisiera), esperó paciente, en aras de su misión, a que se desfogase la desvergonzada. Esta mansedumbre estuvo a punto de transformarse en ira, debido a la ilimitada impudicia de la oficiante. Hasta tuvo momentos El Incógnito, cuando ya no tenía pantalones, durante los que creyó licuarse y únicamente la alta estima que de sí mismo poseía le impidió embelesarse con el culto de que era objeto.

—¿Podemos tratar ya el asunto que a esta cumbre nos ha traído? —propuso el Embajador, al disminuir los jadeos del pingajo que a sus pies yacía.

—Esta noche, al menos —suplicó la mal saciada—, no me obligues a cenar con ese hombre.

—Amiga mía —destiló El Incógnito, recuperando su proverbial astucia y mientras creía recuperar su más íntima prenda—, sé cuán arduo resulta amar a quien no nos ama. Pero, en contra de tu viciosa visión del mundo, aquí no se trata de sentimientos —para subrayar su aforístico parlamento, un pie de El Incógnito selló la boca de Fleminga—, sino de hacer tu trabajo, si es que quieres alguna vez volver a disfrutarme y, desde luego, si es que no deseas volver al trabajo del arroyo y de la pústula. ¿Sigue enloqueciéndose

por tu corrompida carne ese canalla de Dupont?

—Sigue —gimió Fleminga.

—¿Hasta cuándo calculas que puedes mantenerlo en la raya de la continencia, sin peligro de que se espabile?

—Hasta que yo quiera, amor mío.

—Llámame Embajador, putoncete. Y procura que Dupont esté en cualquier momento dispuesto a abandonar a su esposa por ti.

—¡No! —clamó Fleminga.

—Obedece, arrastrada. —De un rodillazo apartó los pechos que se le venían encima, se puso en pie y, alzando un puño crispado a los cielos, El Incógnito, harto, apostrofó del siguiente tenor—: Destrozaré su hogar, envileceré a su esposa, la dejaré sin criada, aniquilaré a la Horda que comanda su hijo y a su hijo, corromperé a la única inteligente de la Horda, transformaré en jabón las grasas de la Touraine, ensalzaré al agusanado anciano, ¡triunfaré!, ¡les doblegaré!, ¡por los dioses, que les obligaré a conocerse!

—Cariño —ronroneó Fleminga, aún de rodillas y sin parar de besar los negros calcetines de seda de El Incógnito, quien continuaba apostrofando, aunque ahora en silencio—, ¿por qué no te dejas ir con tu Fleminga y verás qué dichositos que somos?

—He de pensarlo —prometió, bruscamente sagaz, el Embajador —, he de pensarlo, sátira.

A la luz de los faros se restituyeron el uno a la otra la capa de raso azul por la capa forrada de raso carmesí y la peluca por el sombrero de copa, que en la confusión de la lucha y de la carnalidad se habían intercambiado. El Incógnito palmeó una mejilla de Fleminga, le abonó la mensualidad y arrancó la limusina, monte abajo, sin percatarse de que llevaba puestas las bragas de su agente.

Y en tanto el bruñido vehículo se despeñaba por las curvas de la noche, Fleminga se recomponía el maquillaje, se ponía los calzoncillos del Embajador y, con la insatisfacción del placer incumplido, se disponía a cumplir con un deber, que le resultaba, como es lo normal con los deberes, asqueante.

A esa misma hora, Georges admiraba ante el espejo su imagen —de esmoquin—, sin advertir el dardo que, en forma de mirada de Paulette, penetraba por el ojo de la cerradura del vestidor.

Y cerrándose el círculo en que una mente enferma (la de El

Incógnito, por supuesto) trataba de aprisionar a sus colegas de Horda, Ignorantia Destra era retirada a su dormitorio de solterísima, una vez que los primeros invitados hubieron elogiado su vertiginoso florecimiento y antes de que sus padres y los invitados se diesen a los alcoholes previos a la cena —de gala—, que en aquella espesa noche de fatídica niebla se celebraría en la mansión de los señores de Destra.

Flaubert merienda

Lección 17

La pequeña Duvet (que al paso mental que llevaba se exponía menos a ser Flaubert que Juan de Mairena) meditaba reconcentradamente sobre algunos de esos misterios que, con obsesa frecuencia, ofrece la Vida a quien pretende escribirla. Como es inevitable cuando el pensamiento funciona, a la Pequeña se le había fijado una expresión lúgubre y obtusa.

—¡Duvet, la merienda…! —resonó, con la debida brutalidad naturalista, la llamada de Venus Carolina Paula.

Duvet, secretamente aliviada por aquella suspensión meditativa, recogió su despuntada estilográfica, una goma de borrar mordisqueada, unos cromos de la serie «Autores que iluminaron a la humanidad», su *Littré abrégé* y el croquis de una avenida de tilos. Después de guardar en la más segura balda de su armario tal impedimenta cultural, se encaminó, aún confusa, a las simplicidades de la leche con cacao y el pan tostado con mermelada.

Por el camino percibió el silencio de la media tarde, señal de la ausencia de parientes. A esas horas, aunque transcurriesen con Venus Carolina Paula en el cuarto de la plancha, la casa se dilataba, sin cambiar su apariencia cotidiana parecía distinta y a Duvet la dominaba un hormigueo de inconcretas posibilidades, esa sensación de impunidad que transmite una casa vacía. Sobre el mármol de la mesa de la cocina humeaba el tazón.

Duvet se ató al cuello uno de los viejos baberos de su primera infancia, esperó a que Venus Carolina Paula saliese de la despensa y, cuando no salió, salió ella de la cocina. Al cruzar un pasillo divisorio, tuvo el impulso de novela negra de registrar las habitaciones del temible Thibaut, pero rechazó el impulso por subliterario y llegó al cuarto de la plancha, donde tampoco se encontraba Venus Carolina Paula. De vuelta a la cocina, el tazón ya

no humeaba, pero a cambio Venus Carolina Paula fabricaba una tortilla de jamón, entonando sin piedad lo que Duvet no se atrevió a catalogar como aria operística. Mientras ponía a flote una galleta, fue sonreída por la soprano, a quien los fuegos del hogar aquella tarde exaltaban.

—¿Será posible que un fenómeno tan simple como esta merienda —preguntó Duvet, bajo los efectos de una resaca mental — me dé a mí el día de mañana para unas páginas inolvidables? ¿Tan desprovista de acontecimientos estará mi vida? ¿A qué estado de nadería ha llegado la humanidad?

Venus Carolina Paula dejó de interrogarse dónde estarían sus mozos, que a la cita no acudían.

—Si lo que te apetece es guerra, bájate al sótano, que me parece que tu hermano está reunido allí con la pandilla.

—No quiero guerra y mucho menos la escribiría, porque detesto las novelas bélicas por su uniformidad. Me pregunto, exclusivamente, si no será una necedad esperar al siglo XXI para escribir cómo merendaba yo en el siglo XX.

—Hermosa mía —dictaminó Venus Carolina Paula, colocando la tortilla en una fiambrera de aluminio—, no pretenderás escribir *La Araucana* a estas alturas de la Conquista. Y agradece al cielo que todavía duren las naderías, porque, si no, te veo escribiendo sobre vacuidades, que es mucho más difícil. ¿Te unto otra rebanada?

—¿Vacuidades u oquedades? —quiso precisar Duvet, pero al levantar los ojos encontró sucesivamente los huecos de la fiambrera, de Venus Carolina Paula y de los mozos que no querían venir.

Sin advertencia anticipada por parte de sus uréteres, Duvet tuvo que correr al pis y, encaramada en el trono de loza, trató de adivinar qué pensamientos asaltarían a Venus Carolina Paula sobre aquel artilugio sanitario, qué pensamientos, en general, tendría el hombre contemporáneo mientras vaciaba un poco de podredumbre. Luego, comprobó que el papel era más áspero y menos absorbente que el de los otros retretes de la casa y regresó, sin lavarse las manos y con el alma flagelada por la injusticia social. Venus Carolina Paula, que fregaba la fiambrera de aluminio, informaba al distrito entero de que, siempre que uno se encontrase a la sombra de una sombrilla, los madrigales eran ideales. Duvet se sentó frente al tazón.

—Ojalá te cases con un hombre riquísimo.

Venus Carolina Paula, a causa de la sorpresa, produjo el conocido chirrido del disco rayado. Sin secarse las manos, corrió a humedecer las mejillas de la Pequeña con besos insólitamente enternecidos.

—Ojalá —ratificó, complacida, Duvet—. Me gustaría que alcanzases las más altas cimas de las riquezas y honores. Yo escribiría una novela en plan virtud recompensada.

—¿Qué virtud, mi niña? Si esperas escribir una novela sobre mi virtud, ya puedes considerarla prohibida. Afortunadamente —añadió Venus Carolina Paula, pasando sin transición de la emotividad a la impudicia.

—Sería magnífico que te decidieses y que tu elegido ganase más de lo que ganaría Cervantes, de no haberse muerto.

—Se dice pronto lo de elegir, cuando aún no se han cumplido los cinco años y aún no se han encendido en una las hogueras de los sentidos, se dice pronto. Anda, acábate de una vez el cacao y vete a jugar con tus escritores.

Duvet tragó aquel fluido amarronado hasta que aparecieron los Siete Enanos en el culo del tazón. De nuevo, Venus Carolina Paula había desaparecido, pero ahora su hueco estaba colmado por el volumen sonoro, en forma de dodecafónico tintineo de vidrio removido, que escapaba de la despensa.

—Eres una mujer excelente, Venus Carolina Paula, de lo mejor que ha nacido en las provincias extremeñas. Y me atrevo a afirmarlo, aunque no conozco esas regiones. Da rabia que puedas arruinar tu vida por no saber decir no. Nada me gustaría más que ayudarte a asumir las conquistas de la sensibilidad moderna.

—Una servidora, en ciertas materias, es poco evolucionista —se oyó decir en la despensa y en el tono de quien rehuye discusiones—. Bastantes problemas tengo con ser joven, caliente y exiliada. Compréndelo, lo mismo que yo comprendo que tú quieras ser Emilio de…

—Gustavo…

—… Flaubert sin haber tenido un solo novio.

—Ni falta que me hará, porque mi imaginación suplirá las lagunas de mi experiencia. Bien considerado, para el arte la experiencia confunde mucho más de lo que ilustra.

—Lo que me joroba de vosotros, los escritores, es que no dais una, pero eso sí, con suficiencia. —Venus Carolina Paula salió de la despensa leyendo la etiqueta de un Alsace Grand Cru, especificado Gewürztraminer, cosecha 1973—. Y, encima, esa puñetera proclividad a moralizar… No me extraña que la cultura naciese en los monasterios.

—De eso hace mucho —precisó Duvet, mientras introducía en el servilletero la servilleta, se levantaba de la silla saltando al suelo y comprobaba la ausencia de Venus Carolina Paula.

Acabó, después de algunos deambuleos, por refugiarse en las cortinas de uno de los balcones del salón principal. En aquel refugio se dejó llevar por las tristezas del atardecer, intentó recuperar la tensión creativa y se resignó a esa esterilidad que deviene de una tarde de intenso trabajo, interrumpido, a lo bobo, por una boba merienda y un excéntrico comportamiento de Venus Carolina Paula. ¿Cómo escapar a las insidias cotidianas, que se sucederían sin tregua a partir de la primera bombilla encendida? Venus Carolina Paula seguiría cantando incluso mientras pusiese la mesa, sonaría el timbre, sonarían los llavines en la cerradura, le ordenarían que se lavase las manos, cenaría en el cuarto de la plancha recibiendo la visita de papá, escuchando la voz detestablemente segura de La Foudre, la voz untuosa del Anciano —por teléfono y para que no se contara con él hasta el desayuno—, la voz imperialista de Paulette, y llegaría alevosamente cierta la hora de desnudarse, de entrar entre las sábanas, de la oscuridad y el sueño imposible, de la llamada, no de Thibaut, sino de la policía, justo cuando ya sus padres en el vestíbulo se disponían a salir, para anunciar que La Foudre y sus amigos habían incendiado el Jeu de Paume, y Duvet durmiéndose, en medio del sobresalto, sin tiempo de preguntar si las llamas habían perdonado *La Libertad invita a los Artistas a participar en el XXII Salón de los Independientes*, sin cabeza ya, la pobre, para recordar que *La Libertad* está en la Kunsthalle de… ¿Cómo escapar de tanta insidia, de tanta rapacidad, de tanta una noche más? O bien, se contestó Duvet, bajando al sótano a espiar a La Foudre, a sus compinches y sus cuervos pavorosos, o bien, si se prestaba, entablando un diálogo con Venus Carolina Paula, de tal modo que las palabras le restituyesen el pensamiento.

Atravesó habitaciones, pasillos, la cocina casi en tinieblas (sobre

la mesa de mármol seguía el tazón), salió por la puerta de servicio, no alcanzó una vez más el picaporte de la puerta del montacargas, subió, algún tramo a pata coja, se detuvo ante la puerta de la que sería su prisión al día siguiente y, de pronto, no tanto por la franja de luz que escapaba de la mansarda de Venus Carolina Paula, sino por el barullo del brindis, Duvet retrocedió, se pegó a la pared, utilizó el sigilo de la serpiente y la astucia de la inocencia y, cuando pudo atisbar, comprendió que, hasta para un escritor, la realidad llena unas lagunas que la imaginación ni sueña. Unos quince segundos después, descubrió Duvet que una mitad del monstruo era Venus Carolina Paula y, debido quizá a la falta de uniforme, Duvet no supo reconocer en la otra mitad al jardinero del parque.

La suficiencia del entorno

Lección 18

Aunque había desayunado dos horas antes, Teobaldo aún no había concluido sus abluciones, bien porque se las interrumpía el hallazgo de una de las diversas añagazas que, con diversos fines, La Foudre sembraba por sus aposentos, bien porque las interrumpía para rascarse manos y rodillas. Nada le urgía a salir, ciertamente, salvo la desesperación, pero aun así tan prolongado lavatorio sumaba, a la claustrofobia de quien no acaba de darse por vestido, la comezón. Ésta no era, como el docto habrá diagnosticado, el prurito senil que suele acompañar a una nefritis intersticial, ni siquiera el prurito anal de que gozan los artríticos, picazones ambas también conocidas por el Anciano, sino un prurito rarísimo con causa onírica y, como se verá, de imposible terapia.

Siempre satisfecho de sí mismo y poco dado, por tanto, a jiras y exploraciones por la conciencia, Teobaldo poseía un extenso surtido de pesadillas recurrentes. Alguna venía atormentándolo desde la niñez y lo cierto es que le atormentaba ya una higa que, en plena succión, el pezón del ama se le transformase en un pirulí de La Habana. Otros horrores eran de los para no contar y, entre los repetidos espantos, los había encanecedores, como el que había retornado la última noche.

La cosa empieza en frondosos naranjales, que, por las buenas, se convierten en haces de naranjeros empuñados por una columna de chíbiris, quienes apuntan a un coro de moros y cristianos. El horror consiste en que al espectador —el dormido Teobaldo— los chíbiris, convertidos en ángeles del infierno de ceñidas calzas y sebosas melenas, le urgen a precisar una fecha del mes de noviembre, al tiempo que le impiden oír la retumbante advertencia —¡Que viene Durruti!—, entonada por el coro y que él ha olvidado junto a un bidón de gasolina, que explosiona.

Pese a su pueril simbolismo, a su estructura simplona y a sus

connotaciones cupleteras (características, como no podía ser menor, acordes con el subconsciente teobaldesco), la pesadilla, cuando terminaba, que no era pronto, dejaba las manos y rodillas de Teobaldo cubiertas por un sarpullido implacable, que era lo único que tenía explicación menos fácil. En todo caso, si por la mañana Teobaldo se rascaba a lo Job, había que entender (y entiéndase así, de ahora en adelante) que la noche anterior había sido visitado por el escalofrío del bidón.

Con las rodillas como un par de filetes tártaros y nada más encontrar en el cajón de los calcetines (después de llevar ya encontrada una banderilla con alamares bajo la almohada y en un zapato, el casco de una granada de mano) una fotografía de irreproducible obscenidad y de patente finalidad excitadora, Teobaldo tomó varias decisiones, siendo la primera dejar inconclusa la higiene personal, que fue suplida por un chorretón de agua de colonia.

Ya con la perla clavada en la corbata, con la llave y el lacrado pergamino bajo un brazo, Teobaldo esperó a que se le invitase a abrir la puerta que golpeaba y que, cuando se decidió a entornarla, vio que correspondía al desierto vestidor de Georges. Retrocedió, trató de orientarse por aquella zona de la casa y se encontró en una sala ovuliforme, que por sus aromas y tapizado indicaba ya los territorios íntimos de Paulette. Dudaba a cuál de las dos puertas llamar, cuando por la que él había entrado apareció Paulette enturbantada y vestida de felpa anaranjada, con volante, que a Teobaldo le pareció una recién nereida surgiendo de la piscina.

—¿Acaso me estaba buscando, querido Thibaut?

—Mi querida Paulette, su sagacidad una vez más ha dado en la diana. —Besó la mano, que se le ofrecía—. ¿Puedo pedirle una entrevista reservada?

—Le pasaría a mi gabinete privado y quizá a mi boudoir, según fuese menor o mayor la reserva de su propósito…

—Máxima.

—… pero a estas horas ambos reductos están inhabitables. Siéntese, pues, aquí —la mirada de Paulette se empecinaba en aquellas sarmentosas manos, que sostenían un pergamino lacrado y una llave de tercera vuelta— y cuénteme qué nuevas ocurrencias ha expresado La Foudre en esas amenísimas conversaciones, que tiene

usted la bondad de concederle antes de que parta para la Escuela de Doma.

—Esta mañana y por culpa de una noche atroz he llegado tarde a mi diario palique con el prodigioso niño.

—¿Verdad que es auténticamente prodigioso ese hijo mío? Dígaselo usted al padre, se lo ruego, Thibaut, dígale que no se trata de un espejismo del afecto superedípico que nos profesamos, mi La Foudre y yo. Anoche, fíjese, le encontré acurrucado bajo mi falda, adonde no cabe duda que le había conducido la añoranza del claustro materno. O sea, de mi claustro. ¿Qué le parece, Thibaut?

—Eso, eso…, ocurrente…, muy ocurrente el muchachito. Je, je, je… Y muy claustrador.

—Pues, no había quien le sacara y hube de consentir que… —pero Paulette se interrumpió.

Teobaldo no la escuchaba. Se alelaba. Paulette, que no creía haberle visto en dos o tres días, se asustó de aquel Thibaut, que miraba algo invisible para ella. Carraspeó y decidió que su albornoz se abriese al cruzar, monumentalmente descuidadas, las piernas. El estado de trance de Thibaut persistía. Paulette rozó con las yemas de los dedos el dorso de la mano anciana. Aquellos ojos vidriados se fijaron en los ojos de Paulette. Paulette sintió, simultáneamente, unas yemas ancianas sobre su muslo cabalgante y la olvidada —y un tanto aberrante— noción de su femineidad.

—Pero, Thibaut —murmuró roncamente—, ¿qué audacias son éstas?

—¿Cuáles? —y, al instante, la mirada del ido recuperó la visibilidad de lo real y descubrió abandonados sus sarmentosos dedos sobre aquella carne cremosa—. Señora, tiene usted el más bello muslo de todas las Galias.

—¿A qué son debidos estos escarceos? —Paulette recubrió con felpa el más bello muslo y el otro.

—Estoy urgido, madame. —Como ansiosos de suavidad, los dedos de Teobaldo buscaron la perla de la corbata.

—¿Qué me dice?

—Lo que le digo.

—Me turba.

—No se me turbe.

—¿Cómo no turbarme, oyéndole confesar que, en sus urgencias,

me ha tomado usted por referente? No todos los días se entera una de que la imagen de una sirve para esos entretenimientos de varón solitario.

—Y ¿qué sería de mí sin el faro de su bondad, su armonía y su juvenil matronalismo?

—Ah…, ¿con que de esas caballerosidades se trata? —exclamó Paulette, con la suficiente decepción para volver a la carga, descubriendo de nuevo hasta el flanco—. Sin embargo, Thibaut, sólo la inocencia de su párvula ancianidad le impide penetrar más allá de esta apariencia de esposa feliz. ¡Oh…, si yo le contase…! Precisamente en estos días, sospechas, unas crueles sospechas…

—Señora, primero le cuento yo. El tiempo apremia y en mis circunstancias sólo dispongo del tiempo que mi cobardía me concede.

—No le entiendo, pero me alarma.

—No se alarme hasta que me entienda. Lacerantes evidencias me fuerzan a impetrar su generosidad.

Al entregar con la izquierda el pergamino y la llave, la mano derecha se le escapó a Teobaldo a la tersa piel de madame, desde donde fue rechazada. El muslo empezó a parecer un piano aporreado por un inepto, porque, ora la siniestra, ora la diestra, alternativa y simultáneamente tendían llave y pergamino, y luchaban contra los manotazos de Paulette. Teobaldo decidió que lo mejor sería dejar quietas las manos durante un rato, hasta que sus ingobernables instintos se sometiesen a su brumosa razón.

—¿Tan necesario es que le favorezca, Thibaut? —suspiró Paulette, con un extremo del enrollado pergamino clavado en el ombligo, una llave de tercera vuelta incrustada entre los muslos, los ojos entornados y un desmayo.

—A su discreción confío este codicilo y esta llave. Sólo la noticia de mi muerte le permitirá a usted romper el lacre. Ni siquiera entonces revelará usted nuestro secreto ni a su amado esposo siquiera.

—¿En qué caballerescos líos está usted metido, mi querido galán, que le impiden que conversemos?

—Mire, doña Paulette, el asunto es complejo.

—Por lo tanto, quizá requiera una solución simple.

—Sí, mi ángel tutelar, pero la noción de culpa que arrastro,

gracias a mi herencia judeomorisca, me ofrece ya una alternativa simple: ser esposo o suicida.

—¿Quién piensa en suicidios con lo agradablemente que estamos pasando la mañana? —preguntó Paulette.

—Yo —esperó escuchar Paulette.

Pero como tardaba en sonar el pronombre, Paulette abrió los ojos y, en aquella valva en forma de saloncito, se halló en la conocida situación de la abandonada (por el caballero y por la femineidad), agravada la situación por esa sensación de ridículo que siempre producen una llave entre los muslos y un codicilo contra el ombligo.

—Que usted lo pase bien, don Teo —le deseaba, ya para entonces, Venus Carolina Paula, cuando se lo cruzó por las cercanías del vestíbulo.

—Con Dios, hermosa —correspondió el Anciano, quien se detuvo a contemplar cómo la paisana se perdía pasillo adelante, llevando en un hatillo el piscolabis de media mañana a la prisionera de la buhardilla y en la mente a un jardinero.

En el tiempo que tardaron en desaparecer las caderas, Teobaldo olvidó sus pesares. Pero, bajando en el ascensor, le acometió de nuevo la pesadumbre y con tal ímpetu que Fabulae Centum, que se puso a seguirlo nada más pisar la acera, sospechó que monsieur Thibaut no se encaminaba a su perdición, como de costumbre, sino a su extinción voluntaria.

Por lo pronto, emprendió una marcha errática, en direcciones confusas y con caprichosas detenciones ante escaparates ortopédicos, semáforos en verde, gendarmes protervos y capillas del rito copto. Por unos instantes pareció que se decidía a entrar en un cinema gorrino y Fabulae Centum se dispuso a colocarse un bigote postizo que le permitiese ser admitido a aquel espectáculo no autorizado a la gente de su edad. Sin embargo, no tuvo que embigotarse, porque Teobaldo se arrancó de aquel peligro, si bien, a los pocos minutos, se lanzó a atravesar la place de l'Étoile sin mirar, sin desviarse y sordo a los chirridos de los frenos y de las injurias. Fabulae Centum, de espaldas, apoyó la frente en el tronco de un plátano, a la espera de un clamor y de la sirena de una ambulancia. A causa de esta flaqueza humanitaria, Fabulae Centum perdió su presa y, únicamente por concesión del azar, la vislumbró

de nuevo en el instante en que la presa subía a un taxi. Mientras trotaba a paso gimnástico Campos Elíseos abajo, Fabulae Centum albergaba ya fundados temores de que el Anciano había determinado aquella mañana utilizar alguna de las múltiples oportunidades de morir que toda gran ciudad ofrece a los ancianos. Temores que se acrecentaron, cuando vio a su perseguido abonar la carrera sin dejar propina al taxista, y que se convirtieron en certidumbre, al detenerse Teobaldo ante las puertas de salida de unos grandes almacenes, donde no pereció pisoteado sólo por alguna misteriosa y samaritana casualidad. Fabulae Centum, aprovechando la inmovilidad del perseguido en medio del alud de compradoras, telefoneó desde una cabina pública para pedir las consabidas instrucciones de emergencia. La Foudre le ordenó que esperara al antepenúltimo momento para arrojarse sobre el moribundo y arrebatarle el plano del escondrijo de los explosivos que pudiese llevar encima.

Una única consideración, aunque totalmente, ocupaba el cerebro de Teobaldo. ¿Cómo hacerle comprender a aquella amada agnóstica que ochenta años de convicciones, ritos, leyendas y tradiciones no son un folklore baladí, del que uno se desprende con la facilidad con la que ella se revestía la lencería íntima? Teobaldo sintió necesidad de consejo y se arrepintió de haber abandonado, nada más nombrarla albacea, a la intachable dama Dupont.

En aquellos precisos momentos, en los que Teobaldo se dirigía, a su manera, hacia ella, Paulette arrojaba el pergamino lacrado y la llave a un cesto de mimbres, que almacenaba frascos de perfumes excesivos, muestras textiles desgarradas por las impaciencias de sus adoradores, joyas de gafe comprobado, facturas, reclamos y pasquines, cosméticos avinagrados y, en resumen, toda esa quincallería de desecho que, como detritos de sus encantos, en todo boudoir de una mujer bella se va acumulando al ritmo de sus pasiones. Paulette, que acababa de negar la libertad de Duvet suplicada por Venus Carolina Paula, no se explicaba —lo cual multiplicaba su enfado— la atracción por su huésped, que había sufrido en el saloncito ovuliforme. Encontrándose extravagante, un poco asqueada y un poco estremecida, Paulette decidió telefonear a El Incógnito, incluso dejarse purificar por la apostura incuestionable de El Incógnito, y, sobre todo, decidió vigilarse a sí misma, para no

verse enmarañada, por sorpresa, en las argucias de lo desconocido.

Igualmente sobrecargado de buenos propósitos, Teobaldo comprobó bruscamente que se hallaba ante el palacete de madame Touraine de la Voilissière cuando creía hallarse en las proximidades de madame Dupont. Uno de aquellos inopinados muchachos le estaba abriendo la cancela del jardín. Teobaldo García se rascó las manos, pareció despedirse con un gemido de la protectora luz solar y se encaminó hacia la escalinata.

Bonus Eventus surgió de un butacón en el mismo vestíbulo. Del piso superior bajaba la voz de Motmot a dúo con la ducha, que sonaba como un clave. Bonus Eventus y Teobaldo se miraron. Luego, emprendieron la ascensión.

Fabulae Centum, antes de dirigirse a telefonear el parte a La Foudre, se permitió reflexionar cómo el altanero Destino, que reservaba a aquellos dos seres que subían la escalera suertes opuestas, afligía a ambos con igual gravedad facial, quebrantando la popular ley de causa y efecto. Sin ningún síntoma previo, Fabulae Centum se sintió golpeado por esa jaqueca que castiga a la gente de acción, cuando, sin que nadie se lo ordene, se dedica a escudriñar las vísceras del Destino.

Motmot continuaba cantando. Y ellos, subiendo.

El fonador fonea y la mónada monea

Lección 19

Presintió su llegada.

No muchas noches habían transcurrido desde aquella espesa de fatídica niebla, durante la que apareció sin que Ignorantia Destra lo esperase. Enfracado impecablemente, perfumado hasta la asfixia, llevando su apostura con la soltura que un arcángel las alas, el Embajador (de la Baronesa del Rhin) había despertado a Ignorantia Destra con un leve beso en la frente. La despierta, que había pasado de la posición descoyuntadamente supina a la de hinojos, apenas había podido entender, por muy bien hecho que estuviera el mundo, que semejante invitado de sus padres hubiese confundido el excusado con su alcoba.

Y seguía sin entenderlo —lo cual le era absolutamente indiferente—, a pesar de la frecuencia con la que, desde aquella noche, el Embajador solía aparecer envuelto en su capa. Bien es cierto que, a diferencia de la primera, ninguna de las posteriores apariciones cogió ya desprevenida a Ignorantia Destra (quien, por entonces, se había acostumbrado a dormir en la estrepitosa aula escolar). Un mecanismo de presentimientos, presagios y premoniciones encendía la alarma con tiempo suficiente para no recibir al aparecido en camisón de percal.

Ignorantia Destra, sumida en la modorra (como, por otra parte, solía encontrarse en su existencia diurna), oía, sin más, separarse los océanos, amanecer sobre los jardines de Babilonia, pavanear en Versalles al Delfín, y no precisaba de otras señales para tirarse de la cama y proceder a un meticuloso acicalamiento. Disponiendo madame Destra del vestuario y accesorios congruentes con la alta posición de la familia, no le fue difícil a su hija efectuar una rapiña suficiente. Así, nada más tirarse de la cama, Ignorantia Destra procedía sobre su persona a unas maquinaciones que, de entrada, provocaban en el Embajador ese titubeo de quien entra en

dormitorio equivocado.

Algunas de las vestimentas sustraídas del acervo materno, al cabo de algunas entrevistas dejaron de ser superfluas y se hicieron necesarias. Después de cada aparición del Embajador, las caderas, por ejemplo, de Ignorantia Destra se colmaban, se torneaban sus muslos y se espigaban sus tobillos. Estos enriquecimientos anatómicos en nada afectaban al rostro, ya que a la edad de Ignorantia Destra la cara aún no es el espejo del alma. Quizá no haya que subrayar que la transformación más apreciada por Ignorantia Destra fue la experimentada por sus inexistentes pechos, cuyo aumento volumétrico la interesada no se cansaba de medir, pesar y evaluar. El cambio a dos años vista, que había ocupado la vida contemplativa de Ignorantia Destra cuando estaba en agraz, se había cumplido. De seguir a aquel ritmo de metamorfosis, a juicio de Spe Tantum Relicta, a cuya perspicacia nada trivial escapaba, Ignorantia Destra podría competir, con muchas probabilidades de ganar la diadema, en la próxima elección de Miss Seine-et-Oise.

Eligió un ocre maquillaje de fondo, un sanguinolento carmín de labios, un magenta plateado para los párpados y, en el colmo de la ansiedad, una peluca de ensortijados cabellos amoratados. El camisón fue sustituido por la más recargada y retrógrada ropa interior, sobre la que un traje sastre, amén de un sombrero campana y de unos zapatos descomunales, dejaron hecha un adefesio a Ignorantia Destra. Las negras medias brocadas resultaron ser el más discreto componente de su atavío. Y se sentó a esperar, porque, dado que sólo asiéndose a los muebles podía caminar con aquellos tacones, le recibía sentada y sentada permanecía hasta que el diplomático se iba por donde había venido.

El Embajador llegaba, siempre incógnitamente, por la puerta y sin capa, si los padres de Ignorantia Destra recibían, o por el balcón y envuelto en su capa de forro carmesí, si los padres de Ignorantia Destra dormían. Ignorantia Destra prefería verle saltar a la alfombra desde la balaustrada del balcón, por evidentes razones de escenario. El Embajador, por razones evidentes, prefería la puerta a tener que escalar, bordear cornisas, alzarse a pulso y tragarse el vértigo y, encima, con el engorro de la capa. Asustado y halagado por el veloz florecimiento de Ignorantia Destra, el Embajador suponía equivocadamente —como de costumbre— que su hechizo radicaba

en sus palabras, por lo que durante las intrusiones no dejaba de hablar. Ignorantia Destra no habría podido revelar ni a Spe Tantum Relicta una sola frase de las mil que malgastaba el Embajador, porque jamás lo escuchaba.

Sentada, Ignorantia Destra reprimía la ilusión de que sería expeditamente violada. A pesar de su inexperiencia, ya había percibido que su visitante distaba mucho de ser expedito. Confiaba, eso sí, en que su corruptor acabaría por percatarse de que sólo bajo influjos verbales ella nunca le descubriría el lugar donde la Horda guardaba el millón. ¿Cuánto tarda, normalmente, un bellísimo tontaina en abalanzarse sobre una desvalida criatura? Durante aquellas esperas, que, por no abocarse al desasosiego, ocupaba en educarse sentimentalmente, Ignorantia Destra empezó a temer que todas las fatigas y hurtos, a que se veía obligada para enmujerarse, tenían su única recompensa en la satisfacción de saberse bien vestida.

Como golpeados por un huracán, se abrieron los batientes del balcón y la habitación se llenó con el ondulante vuelo de las cortinas de tul. Sobre la balaustrada se erguía, esbeltísima, la esperadísima figura incognoscible. Sin pensarlo, Ignorantia Destra se puso en pie, se tambaleó y, una vez más, cayó de rodillas, conmocionada por la apostura de la aparición, por la gracilidad del salto hasta media alcoba y por la refulgente mirada verde, enardecidísima, que aquella noche refulgía en los ojos del Embajador.

—Mi adorada púber… —le oyó recitar, vertiginosamente desfallecida.

Sin embargo, desde el cubículo de tinieblas, a pie de fachada, donde cumplía su guardia, Fabulae Centum no escuchó nada que indicara que su hermana de Horda estuviese siendo diplomáticamente forzada. Para matar el tedio y no por higiene, Fabulae Centum procedió a cortarse las uñas. Apenas había terminado su chapucera manicura, cuando vio ya a El Incógnito agarrado a una ménsula y sudando mares antes de lanzarse a la terraza inferior. El ancestral odio de Fabulae Centum se transformó en un impulso de sus brazos. De inmediato, retrajo el piadoso gesto, consideró que allá aquel tipo con sus funambulismos y aguardó, con su proverbial mansedumbre, a que el Embajador, de mal en peor,

llegase magullado a la acera. Luego, se puso a seguirlo, sin advertir (por culpa del sueño que a aquellas horas obnubilaba el poco despierto entendimiento de Fabulae Centum) que el Embajador avanzaba a trompicones desganados, arrastrado por esa desesperada fatiga del que regresa a casa una noche más sin haberla conseguido.

El pudor del subjuntivo

Lección 20

—Sólo siendo español se sabe lo que sofrena la impotencia —sentenció, en el silencio suspirante que suele seguir a la salacidad saciada, Teobaldo.

—Sosegaos —siseó, sosegadísima, Motmot.

Y, sin embargo, la sesión no pudo haber tenido augurios más prometedores. Un par de minutos antes de la hora convenida, Fabulae Centum, que, siempre sobre sus piernas, había venido siguiendo al Anciano en sus diferentes medios de transporte, se le adelantó a la carrera para abrir la cancela del jardín. Teobaldo García de García había atravesado el jardín con paso decidido, canturreando entre dientes y volteando el bastón.

—Sé que no me vas a creer —se previno Fabulae Centum en el transcurso de su informe telefónico a La Foudre—, pero parecía una majorette. Luego, ya te digo, al entrar en el palacete me dio once francos. En toda mi vida de sabueso nunca el tipo al que seguía me había dado propina. Ha debido de recibir buenas noticias.

—Sospecho que del Embajador y por intermedio de mi madre, porque el viejo salía a primeras horas eufórico del gabinete privado.

—Pero tu madre ¿trabaja también para la Baronesa?

—Limítate a reportarme las incidencias —cortó, reservado, La Foudre— y no te olvides de ingresar en la tesorería de la Horda esos once francos.

—Me los ha dado a mí por seguirlo… Bueno, pues nada… Que ha entrado, que Bonus Eventus se había quedado dormido en un sillón y que los dos se han ido para el piso de arriba. Yo creo que Bonus Eventus también se ha dado cuenta de que el viejo estaba hoy rejuvenecido. Me ha guiñado un ojo. Me apuesto a que hoy el señor García lo consigue.

—Mejor para él —masculló amenazadoramente La Foudre—, porque se le está agotando el plazo.

—Y yo ¿qué hago ahora?

—¿Qué vas a hacer, majadero? En colgando, arreas para arriba a poner la oreja detrás de la puerta. Pero ¿eres tan lila como para fiarte de la gorda y de Bonus Eventus, que ha sido capaz de enamorarse de Ignorantia Destra?

Mientras Motmot les rogaba que fuese siendo preparado su novio en tanto terminaba ella de enjaezarse, Teobaldo había accedido a ser desnudado por Bonus Eventus sin oponer los acostumbrados remilgos. Únicamente insistió en conservar un slip azul cárdeno, que sustituía a sus tradicionales calzones de rayadillo. Descorrió cortinajes y visillos, abrió y, saliendo a la galería, ejecutó una serie de movimientos gimnásticos, que no le faltaron más que unas paralelas asimétricas.

—Vamos, vamos…, don Teobaldo. A ver si se rompe usted algún hueso…

—Has de saber, muchacho, que en este momento podría saltar trincheras, escalar parapetos, cargar al frente de un escuadrón o lanzarme en picado con un Stuka.

—No lo dudo.

—Se me nota, ¿eh? Sí, supongo que hoy se percibe en cada uno de mis músculos la energía que los lubrifica. —Al terminar impecablemente un conato de volatín, el Anciano estornudó.

—Jesús.

—Gracias, hijo.

—Ale, para adentro, que lo mismo se me resfría usted antes de empezar. —Bonus Eventus volvió a cerrar la puerta de la galería y a correr los visillos y cortinajes.

—Permite que la luz del sol inunde esta alcoba.

—Déjese de luminosidades. Recuerde que ya probamos con luz solar y cómo se asustaron el uno a la otra, usted y la señora Marcelina Mesalina.

—Sí, recuerdo. Sin embargo…

—Nada, nada… En la oscuridad, con música adecuada y perfumando la habitación hasta que dé náuseas. Verá usted como así, y con toda esa virilidad de toro que trae usted, el acontecimiento se consuma.

—Que los hados me sean propicios… ¿Qué escucharemos como incitación musical?

—El himno *Aurea Luce*, que es un primer modo, y el introito *Ne Timeas,* que es un séptimo modo.

—Y digo yo que ¿cuándo nos vas a poner las suites *El sitio de Zaragoza* y *Leyenda del beso*, de los maestros Oudrid, Soutullo y Vert, que siempre te las estoy pidiendo?

—No hay traducción francesa.

—Pues más distraídos son el sitio y la leyenda que no esas solemnidades.

—Precisamente —rearguyó Bonus Eventus, que vaporizaba fragancias con sañuda diligencia—, de lo que se trata es de que no se le distraiga usted a la señora, oyendo el concierto.

—Entonces, ¿a qué tantos refinamientos audio-olfativos?

—Escuche, don Teobaldo. Lo que usted llama refinamientos no son elementos esenciales, sino cláusulas de estilo. ¿Me comprende?

—No. Pero digo yo, mi docto Eventus, por qué diablos no se puede dejar un poco más de luz, lo que permitiría curiosas observaciones en esos espejos, con los que la señora Touraine de la Voilissière ha cubierto muros y techo de este su dormitorio de amantes.

—Usted pretende, mi respetado amigo, empezar la casa por el tejado, que es una escuela arquitectónica a la que son muy aficionados los que prefieren vivir en hotel. Y hay que subirse al andamio, monsieur García… Más adelante, cuando lleve usted a feliz término la coyunda…

—Menos coyunda y más connubio —rezongó el Anciano.

—… ya se podrán permitir ustedes esas disipaciones de los espejos. Que para lo único que sirven, créame, es para perder la mismidad viéndose uno de espaldas. ¡Madame —gritó Bonus Eventus—, ultime sus afeites de una vez!

—¡Ay, qué prisas…! —se oyó gorjear a la señora de la Voilissière, al otro lado de los estucos.

—Tú sabrás lo que haces, pero insisto en que un poco de galopante música ibérica y un poco de espejos quizá ayudasen a resucitar en mí aquella gloria de burdeles franceses que había en mi ciudad por la década de los cuarenta.

—Y ¿sería usted capaz de convertir en un burdel francés la cámara nupcial de su prometida?

—¡Por cierto que no!, tienes razón. Mientras llega, querría

hacerte una consulta, siempre que queden mis palabras entre caballeros.

—Quedan. Consulte.

—Pregunta: A fin de lograr la consumación, que permita el matrimonio y, consiguientemente, la recuperación de mi memoria, el hallazgo de esos explosivos y, por último, cerrar el trato, ¿puedo utilizar, como excitante auxiliar, la imagen de otra mujer?

—En principio, puede. ¿De quién se trata, ya que estamos entre caballeros?

—De una dignísima matrona.

—Detrás de la que va usted, despilfarrándose.

—Jamás, porque estoy esponsaliciamente ligado con la señora Motmot, a la que espero. Quizá seas muy salido, zagal, para distinguir el amor terreno de la visión idealizada.

—Oiga, don Teobaldo, no nos enfrasquemos en místicas ascéticas. Hágame el favor de olvidarse de Oudrid, de Soutullo, de Vert, de los prostíbulos de la calle Naciones, de las matronas intocables y de la energía solar. Yo comprendo que, mientras no se case, no pueda usted recordar dónde ha escondido los explosivos, pero comprenda usted que ahora estamos a lo que estamos y que a lo que estamos sólo se consigue teniendo deseo de felicidad.

—¿A qué llamas tú deseo de felicidad, Bonus?

—A la conciencia de que mi vida es irreversible.

—Pero se trata de mi vida, mozuelo, no de la tuya —argumentó Teobaldo, con aquella finura escolástica que, en ocasiones, sumía en el más desesperado mutismo a su oponente.

—¡A meterse ahora mismo bajo el baldaquino, don Teobaldo! Que ahora mismo le traigo yo, aunque sea a rastras, a su monumento.

Pero no fue necesario, porque en ese crítico instante, en el que Bonus Eventus temía que el lujo especulativo ajase la posibilidad germinativa, brotó de las sombras, como en cascada, Motmot. Teobaldo, que asiéndose a los edredones acababa de trepar al tálamo, gritó el nombre amado. Instantáneamente la señora Touraine de la Voilissière corrió hacia él, abandonando por el camino encajes, gasas, enfajadores y demás arreos (que tanto había tardado en vestir, si es que no se había dedicado a escuchar detrás de la puerta), de tal manera que, en cuestión de segundos, ambos se

embarullaron en una confrontación de tal desorden que Bonus Eventus determinó que aquellos revolcones sólo conducirían a nada. Tras hacerse oír, Bonus Eventus consiguió que los intempestivos ánimos de la pareja fueran calmándose, mediante instrucciones precisas y sensatas. En primer lugar, ordenó a la señora que se tendiese sobre las plumas del lecho.

—Y basta de jolgorios. Que no están ustedes aquí para divertirse, sino para gozar. Por favor, esas piernas, madame, en un ángulo menos violento. Y usted, don Teobaldo, ocupe su posición, sin acalambrarse.

En obediencia a las indicaciones de Bonus Eventus, Motmot dejó de apoyarse en los codos y abandonó sus caderas a la conocida ley de la gravedad. De inmediato, como quien paseando por el campo pisa el epicentro de un seísmo, Teobaldo, en su desplazamiento por los aires, perdió la orientación. Luego, percibió que las manos del muchacho le arrancaban profesionalmente el slip y, al resplandor de la fosforescencia estrellada de puntitos brillantes, descubrió que se hallaba en las estribaciones del cuerpo de su prometida, cuyos contornos se dibujaban en lo alto, interrumpidos por las cimas.

—Valor… —susurró la voz de Bonus Eventus.

Teobaldo se asió a un tobillo de la dama y, aunando su fuerza con su voluntad, comenzó la escalada. Antes de que llegase siquiera a vislumbrar el abismo que se abría a partir de las rodillas, un ahogo le dejó exánime y asido a la pantorrilla por la que subía. No obstante, con un esfuerzo olímpico, pudo llegar a la meseta de la rodilla, sobre la que se derrumbó boca abajo.

—Mi querido Bonus, ¿no le resultaría más accesible al señor, si probásemos una postura menos misionera?

—Es la única que conoce y que admite —oyó Teobaldo al muchacho responder por él.

Aquella ronca y cálida voz que había sonado en la lejanía, prestó ánimos a Teobaldo para, lanzando las manos muslo abajo, considerar la posibilidad de lanzarse él mismo por aquella lisa, suave, resbaladiza y mortal pendiente. En efecto, alzó el estómago de la mesetaria rótula de su amada y se dejó ir hacia la sima.

—Yo creo, don Teobaldo —aprisionado bajo una nalga, Bonus Eventus lo extraía, como si de una raíz cuadrada se tratase—, que se pone usted nervioso. Que la pasión le ofusca.

—No es fácil montar a tamaña cantidad de señora, hijo.

—No, no lo es. Permítame que le reponga en el punto cero. Bonus Eventus saltó sobre la cama, tomó en sus brazos al caballero y lo depositó, sin excesivas contemplaciones, sobre el vientre de la novia. Teobaldo se prendió a la espesura pubiana, hasta que Motmot le buscó acomodo en una ingle, y desde allí pidió tiempo para dejar de sudar y recuperar la lujuria.

—Pero ¿ha vuelto usted a perderla?

—Amorcito, amorcito… —jadeó madame de la Voilissière.

—Y, además, no me acuerdo de la otra imagen, que me iba a servir como excitante suplementario.

—Por casualidad, ¿recuerda usted ahora dónde están aproximadamente enterrados los explosivos?

—Ay, ay… —gimió Teobaldo, logrando poner pie en el ombligo de Motmot.

—Condenada memoria la suya, señor García…

—¿Serías tan amable —sugirió Motmot— de ponérmelo al pecho, mientras termináis de hablar de política? Temo que mi amor no esté cómodo.

—Gracias, Marcelina.

—Ponga interés, a ver si se fija usted en cómo se hace disfrutar a una dama. Que tampoco es tan difícil, ¡peste de hidalgo!

Confortablemente acurrucado entre los pechos de Motmot, Teobaldo vislumbró la zambullida, con fines instructivos, de Bonus Eventus. Las infinitas carnes temblaron, el ya destetado comenzó a perder el equilibrio y, como un simún, una exhalación de gozo lo derribó desde aquella amena hondonada a la alfombrilla, sin que ninguna mano le sujetase, sin que aquella máquina repentinamente puesta en movimiento registrase la más mínima perturbación al perder su tercera pieza. Teobaldo, oyendo el bullicio que más aborrecía escuchar, buscó inútilmente su slip y, a gatas y a ciegas, fue alejándose hacia el rincón de los cortinajes.

Luego, hacía ya tiempo que estaba en pie, sin terreno para retroceder y, en el silencio suspirante, Motmot acababa de sisear:

—Sosegaos, caballero.

—Nada sofrena más a un español, señora. Aunque se trate de una impotencia pasajera, que es la única, por supuesto, que a un español puede afectar, ni aunque esté provocada por un exceso de

sentimiento y de virtud. Es decir, la impotencia no culpable. O impotencia loable.

—Hombre, señor Teobaldo, no se desfonde, que acabará usted sollozando —dijo la voz de Bonus Eventus, a la que en aquel momento correspondía la brasa del cigarrillo.

—Tiene mucha razón este chico, querido mío. Me parece absolutamente perjudicial que te abandones a esos resquemores. Además de impotente inocente, vas a terminar neurasténico, vida mía. Y yo te quiero muy sano de mente. —La brasa del cigarrillo se encendió tras las palabras de Motmot.

—Quizá sí, quizá exagero la importancia de una simple impotencia pasajera no culpable. Comprended, sin embargo, que son ya muchas las demostraciones prácticas a las que asisto desde este rincón y en las tinieblas.

—Probablemente no sufriría usted menos, si lo viese, y no estoy seguro de que aprendiera más. Tengamos paciencia y, mientras yo me pego un baño de sales, venga a cortejar a su novia, en vez de engolfarse en nacionalismos plañideros.

Tras una corta, pero violenta, duda, Teobaldo se despegó de las tinieblas y las atravesó. Como la antorcha del relevo, Motmot pasó el cigarrillo a Bonus Eventus, quien saltó, en estilo fleje, de la cama, cuyo borde ocupó el Anciano, inmerso de lleno en aquella fosforescencia, fenómeno que no era otro que la densa nube de perfumes y carnalidades que evaporaba madame Marceline Messaline, siempre que dejaba al descubierto la mole corporal y, con mayor luminosidad, después de haber sido saciada. En todo caso, inmerso en el fenómeno descrito y nada más ser abrazado por Motmot, Teobaldo veía aún menos que desde el rincón, desde donde la estancia solía cobrar el aspecto de la mar océana en noche procelosa, con ballena blanca en lontananza.

—Os odio, amada.

—Compadéceme, cruel —y Motmot, a quien el rancio aroma consustancial a todo hidalgo alteraba la beatitud animal, besó a Teobaldo.

—Pues qué, ¿a ti debo compasión, ahíta como estás de mocedades?

—Sí, a mí, desatento esposo. Compasión, consuelo y alguna que otra caricia gerontológica, que soy yo muy gerontofílica y ya está

bien de efebo.

—¡Cielos!, ¿no me engañas?

—Pero, Teo, ¿cómo me crees capaz de engañarte, si vamos a casarnos en cuanto demuestres que, además de marido, puedes ser hombre?

—Casémonos, gorriona mía, y te demostraré hasta dónde llega un hombre espoleado por el vínculo.

—¡Qué pugnaz eres, Teobaldo! Y, encima, celoso. Si atendieses con más interés a las pericias del muchachito, si no te encastillases en tus vanidades de macho, quizá adelantásemos algo. Así, yo acabo baldada y tú, con la misma flojera que si hubieses. Y hasta tristoncete. A las mujeres no nos apetece la tristeza. Bastante tiene una con llegar al final de la tarde colmada por el infatigable ardor, por el vigor inagotable, por las infinitas y constantemente variadas caricias, por la potencia descomunal de ese hijo de Eros.

—Bella, perdóname la depresión. Soy excesivamente sensible. Lo que aguanto peor es que, cada tanto, gimes, entonas y ruges.

—Querido, soy débil, como mujer que soy y, mientras Eventus me zarandea, pienso en ti y rujo. ¿Por qué no nos vamos a cenar? Vayamos a un lujoso restaurante y celebremos en la más estricta intimidad nuestras dichosas relaciones.

—¡Magnífico! Celebraremos el banquete de antebodas. No, no enciendas ninguna lámpara, mi alondra, que no he encontrado mis ropas.

—Eres tan púdico, querido —confesó madame Marceline Messaline, asfixiando entre sus brazos a Teobaldo—, que me aniñas.

Tanteando, tropezando, chicoleando, agotando las mil y una naderías que aplazan la desnudez de los amantes como secuelas de un amor que los devuelve a la infancia, Teobaldo y Motmot terminaron por estar dispuestos para salir. Pero antes, en el salón principal, monsieur García coronó a su prometida con una diadema, que sorpresivamente se sacó del bolsillo (y cuyo costo aún ignoraba en qué concepto de sus gastos de viaje podría cargar).

Mientras ambos enamorados irrumpían en la incipiente noche de París, repleta de promesas, Bonus Eventus, sumergido hasta la nariz en las espumas del baño, había alcanzado esa excitación tontorrona con la que la Naturaleza flagela a las fisiologías insaciables.

Vanidosamente avergonzado, Bonus Eventus se entregaba a la vergonzante ensoñación de lavar la espalda de Ignorantia Destra, cuando Fabulae Centum le interrumpió con una de esas apariciones que no tienen perdón.

Apenas se dejó injuriar. La urgencia de la misión no admitía parangón con las urgencias individualistas de Bonus Eventus. Al instante, según órdenes de La Foudre, debían disponerse a estar dispuestos.

—¿Para qué? —preguntó Bonus Eventus, con la aspereza que es fácil imaginar a pocos baños de espuma que a uno le hayan interrumpido.

Fabulae Centum palideció. Envuelto en la toalla, Bonus Eventus supo leer en las lívidas facciones de su compañero que se trataba de la clásica misión de liquidar a un traidor.

—Para comprar —mascculló Fabulae Centum, siempre fiel a las indescifrables ocurrencias del mando— un ramo de flores azules.

Bonus Eventus recordó que las flores azules de la vincapervinca (llamada también hierba doncella) eran las flores predilectas de Ignorantia Destra. Y a Bonus Eventus le llegó el turno de palidecer.

Cuestiones de metodología

Comentario de textos

¿Cómo le ha de ser posible a Paulette descifrar las incógnitas proposiciones de la carta que acaba de recibir?

Comenzando por la recepción de la misiva, ya no ha sido una recepción normal. Mientras en su boudoir Paulette procedía a una depilación, Venus Carolina Paula ha entrado sin llamar, ha arrojado sobre los rasos el sobre y ha salido con manifiestos malos modos. Y eso que Venus Carolina Paula ignora que el hombre que, mediante esa carta, abandona a Madame es el mismo hombre que acaba de abandonarla a ella. ¡Cuán beneficiosa ignorancia la que protege a los espíritus…! Ejemplo de esta misericordiosa estructura de la ignorancia lo tenemos en la propia Paulette, que aún no ha rasgado con las pinzas depilatorias el sobre y no puede ni sospechar todavía que, tras leer la carta, se sentirá mucho más confusa de lo que viene confundiéndose últimamente.

En los últimos años, Paulette ha engañado a El Incógnito en lo esencial y El Incógnito a Paulette, en todo lo accidental y, por lo general, a lo tonto. Nada más quedar embrujado por Paulette una lejanísima noche de sarao, El Incógnito emprendió la convencional maniobra que cabía esperar de un pretendiente llamado a destinos superiores a la capacidad de su caletre. Pero, inutilizadas por la indiferencia las llamadas, las flores, las persecuciones callejeras, las poesías plagiadas y las apariciones fortuitas, propias de todo adulterio en cierne, El Incógnito urdió una argucia desesperada para comunicar con la inasequible. No ha de olvidarse que, en aquellos pretéritos tiempos, El Incógnito no era aún Embajador (de la Baronesa del Rhin), sino un aprendiz de espía y en los grados iniciáticos del oficio, como son los de matón, amarillo, quebrantarrojos y chivato. Indudablemente más le habría valido renunciar a un cuerpo que, desde el primer encuentro, le esquivó, pero el incipiente Incógnito padecía ya ese embarullamiento

emocional de quien se cree apto para cambiar a una mujer, por lo que, en consecuencia, se vistió de cura. Recurriendo ora al cloroformo, ora a la simonía, después de haber conseguido un confesionario de capilla penumbrosa y de media tarde, consiguió que Paulette le eligiera como pastor exclusivo. Durante algunas sesiones penitenciales, el falso ministro creyó haber llegado al fondo de un alma privilegiada, hasta que descubrió que Paulette mentía a su confesor casi tanto como se mentía a sí misma.

A veces, al usurpador no le daba tiempo a salir del confesionario sin que otra penitente ocupase el lugar de Paulette y, conciencia contrita tras conciencia contrita, El Incógnito no lograba despojarse de la sotana y de la sobrepelliz hasta que cerraban las puertas del templo. Por la parroquia había corrido la noticia de las excelentes dotes directivas del nuevo penitenciario, de cuya clientela, que le tenía atrapado e inmóvil como si de un lumbago se tratase, el exitoso falsario no se libraba ni imponiendo unas penitencias feroces. Encajonado y escuchando al otro lado de la celosía el rumor interminable de la miseria universal, El Incógnito aprendió que es posible conocer al género humano, pero que es imposible llegar a conocer a una persona determinada. En cuanto Paulette, desobedeciendo los consejos de su confesor —que jugaba a la contra —, consintió en escuchar a su cortejador —que seguía yendo por derechas—, El Incógnito abandonó sus oficios de basurero de almas, cuando ya su fama le había proporcionado las confidencias de la alta sociedad del barrio y de algún que otro obispo. La parroquia, en consecuencia, perdió la mejor parte de su rebaño, Paulette fue perdiendo la costumbre de susurrar de rodillas imaginarias porquerías y El Incógnito, liberado de las cargas de la suplantación, se encontró con una información inapreciable para su carrera de espía y concibió la loca ilusión de haber conquistado a Paulette.

Con las pinzas como abrecartas, Paulette rasga el sobre que tan rudamente le ha entregado Venus Carolina Paula, pero, antes de desdoblar el pliego, sin husmear siquiera su contenido manuscrito, se deja poseer por la inefable sensación de que El Incógnito lleva años luchando inútilmente por poseerla. Una cálida turbación la conmueve, desfallece de gozo, corre al espejo y se besa, abraza las caderas de su imagen y, nada más sacar las manos del otro lado del espejo, se permite a sí misma reconocer que El Incógnito, quizá por

su innegable apostura, no le atrae nada. Menos que Georges. Infinitamente menos que… Asustada de sus pensamientos, Paulette, que desde hace días rechaza la incomprensible atracción que la conmociona, se precipita a arrancarse pelo tras pelo con aturdimiento de penitente, con delectación de afeminado, con olvido de la carta que, abierta, espera ser leída.

Años tardará El Incógnito en aceptar la negativa de Paulette a la consumación. De hecho aún no la ha aceptado, debido a que el deseo incumplido transciende a su duración de deseo. Durante esos años El Incógnito, en virtud de las leyes de la transferencia, se había dedicado a conseguir, mediante esforzada y alevosa bajeza, inmerecidos ascensos en su incógnita carrera. Escindido entre la devoción a Paulette y la dedicación al mal cotidiano, el Embajador había terminado por identificar a Paulette con el mal y el bien, con la actividad. En esta embrollada situación (que la letrada hija de Paulette habría analizado como la función sintáctica de un participante participio participado), El Incógnito había perdido el apetito (por las mujeres), había adquirido el vicio de los disfraces, estaba a punto de averiguar dónde guardaba la Horda el millón, llevaba noches sin dormir pasando del dormitorio de Ignorantia Destra a la mansarda de Venus Carolina Paula y, mitad galán de frac, mitad jardinero público, había escrito esa carta, que reposa sobre rasos en el boudoir de Paulette sin ser leída y que, mientras Paulette acaba de rasurarse el pubis, el impaciente lector puede ir leyendo, para ganar tiempo.

> Querida,
>
> adiós. Me voy. Como despedida, te adjunto copia de la carta que la inmunda ramera, que me obligaste a contratar, ha enviado con esta fecha a tu marido.
>
> Tuyo, a tu pesar,
>
> I.I.
>
> P. D. Por si piensas que se trata de una de mis tretas de amante, te aseguro desde ahora mismo que volveré. Sin embargo, cuando vuelva (¡espántate!), no seré el mismo.

Mientras Paulette lee, un poco espantada ciertamente, las líneas anteriores, se ofrece a continuación y para comodidad del lector la copia autentificada de la carta que El Incógnito adjunta a la propia.

Gatito,

adiós para siempre. Me voy. Y pensarás que me voy, porque eres muy tozudo, sobón y un poquitín cochinazo. De todos los obsesos que me han pretendido en esta vida, te juro, lindo, que a ninguno le he permitido decirme que me fuese a hacer las cosas que tú me dices que me vas a hacer. Como eres rico y cielo, te confieso que quizá me largo por poco tiempo. Pero, desde luego, Georges, cuando vuelva (¡vete preparando!), no seré la misma. Te lo tienes merecido, ya que tomas a las mujeres por lo que somos. Me alegro de que mi ausencia te haga sufrir. Yo, en parte me lo pienso pasar muy fenomenal y en parte, no sé. Ya te contaré, marranito…, si puedo contártelo. A falta de mí, confórmate con esa esposa tuya, que te me mantendrá hecho un témpano. Así es la vida, ¿qué quieres?

Con el amor de tu eternamente tuya,

FLEMINGA

Paulette se queda confundida, presa de encontradas irritaciones, absorta en la contemplación de su desfoliado monte venusino. En tal preciso momento y gracias a que durante las últimas semanas los servicios postales están funcionando como deben, Georges recibe de manos de Cecilia dos sobres, uno de los cuales contiene el original de la amenaza recién transcrita y el otro, orlado de negro, lo que faltaba para sumir al destinatario en un furor venático.

Una Idea Burocrática:

En mi avezada soledad, mi dilecto Georges, me estremece (como madre que al otro lado del vidrio irrompible contemplara a su hijo abrasándose entre silenciosas llamas) la vida que llevas, regida por la ínfima temporalidad del sexo. Parece como si vivieras en un sábado perpetuo. El tiempo del sábado se dilata hasta la intemporalidad, porque al sabatino el domingo le parece que será eterno. Desde la mañana de la fiesta el tiempo comienza a menguar aceleradamente. Al mediodía coincide, minuto más, minuto menos, con el tiempo de los relojes. Se precipita durante toda la tarde y, al llegar —como un relámpago oscuro— la noche del domingo, el tiempo ha menguado tanto que se encuentra en la posición exactamente opuesta a la de la noche del sábado, de tal manera que el noctívago dominguero que regresa bajo la luz de los faroles percibe en su expresión más diáfana la fugacidad temporal. ¿Cómo consigues, ¡por Saturno!, vivir continuamente en un tiempo de víspera? ¿Hasta cuándo, Georges, vas a seguir creyéndote que tienes

toda la vida por delante? ¿Qué desmesurada esperanza, qué aberrante desequilibrio, qué congelación te hacen aplazar la lectura de ese libro que nunca lees, la visita a esa recóndita plazoleta que ya no existirá cuando vayas, la fornicación con esa mujer con la que indefectiblemente acabarás fornicando a destiempo, una raquítica noche de domingo? Quizá pronto tengas ocasión de poner en hora tu existencia. No me extrañaría que estés a punto de ser abandonado por la infornicable ramera, a la que probablemente dedicas tu dinero y tus cuidados. Presiento que recurrirás desaladamente a tu esposa y, entre los múltiples desaguisados que temo has de cometer, auguro una efímera resolución de educar a tu hijo, de proteger aún más a tu hija, de amparar a tu criada, de intimar con tu incalificable huésped, de trabajar seriamente en la oficina. Muchos y funestos acontecimientos se agolpan en el horizonte de tu futuro, no como nubes cargadas de tormenta, sino simplemente como acontecimientos funestos, inesquivables. Tú verás, Georges… Aunque sé que para nada valdrá mi consejo, te aconsejo que no te fíes de las apariencias, que no te fíes del dinero, que no te fíes de las incitaciones que no sabrás rechazar, que, sobre todo, ¡condenación!, no te fíes de ti mismo. ¡Qué difícil te tiene que resultar vivir indisolublemente unido a un tipo como tú y que, encima, está casado con una dama como tu esposa…! No dudes que, mientras todo sucede, a través del cristal impenetrable no dejará de contemplar cómo te calcinas tu siempre fiel,

MAURICE L’ENCRE

En efecto, al terminar la carta de su amigo, Georges enloquece de furor. Castiga el material de oficina a su alcance, suda mientras el teléfono de Fleminga no contesta, intenta interpretar un balance, comienza a redactar una carta de desafío a primera sangre, pero sólo escupe injurias contra Maurice, recuerda que Duvet se encontrará prisionera, padece una incongruente excitación sexual, se golpea involuntariamente una rodilla contra una esquina de la mesa, gime, cocea, arde, ponzoñea y, cuando ya no ve ni la roja pantalla de la ira, el furor se le transforma en miedo. Georges es tan cobarde que a lo único a lo que no teme es a su propio miedo. Por lo tanto, va encontrándose poco a poco confortablemente protegido en los recovecos del temor, en las imprecisiones de la inquietud, acurrucado bajo su propia piel. Curiosamente orgulloso de que tal cantidad de miedo no lo mate, Georges recupera fuerza y

desenvoltura. Vuelve a tomar el auricular, marca y, casi antes de que pueda decir nada, oye con suma satisfacción la jadeante voz de Paulette, que jadea en los siguientes términos:

—Georges…, querido mío…, volvamos al amor…, recobremos nuestro talante perdido…, degradémonos… Te necesito, Georges.

La literatura en el boudoir

Lección 21

Aprovechando uno de los ratos durante los que Paulette y Georges no estaban retozando maritalmente por el boudoir, Venus Carolina Paula entró a limpiar. Sólo a una doncella abrumada por calamidades amorosas no podía abrumarle aquel rebosante desorden, que enmarañaba los aposentos privados de Madame. A pesar de sus pesares, Venus Carolina Paula, tomándoselo con calma, comenzó por un somero registro, frutos del cual fueron una extraña llave, un codicilo lacrado y algunas cartas íntimas. Sin ánimos para examinarlos sobre el terreno, escombrado de sedas, zapatos, pebeteros y botellas vacías de afrodisíacos, la muchacha decidió guardar en su mansarda privada aquel botín de su inapetente curiosidad.

Tras la puerta de la buhardilla de Duvet, Venus Carolina Paula escuchó el característico siseo del pensamiento literario en actividad. Dubitativa, se quedó apoyada en la puerta. El día había comenzado lo suficientemente dramático para que Venus Carolina Paula se debatiese ahora entre su natural libertario y una justificada repugnancia a la posibilidad de una conversación intelectual.

Encaramada en una escalera de mano, frotando vidrios con una especie de líquido seminal de venta en las mejores droguerías, Venus Carolina Paula había oído el discurso con el que Paulette endulzaba el cacao de su hija.

—Pero, mi adorada Duvet, si yo oponerme a que escribas no me opongo —había afirmado la señora, sin que la criada, desde lo alto, se lo pudiese creer—. Comprendo ese impulso tuyo, esas tendencias, que, si tu padre me dejase llevarte al psiquiatra, se vería que no son tan graves, que con unas corrientes se curan. No me horroriza tu vocación. Mi intolerancia admite que en toda familia, por sanos que sean sus miembros, aparezcan genes gangrenosos, ancestros virulentos, vergüenzas…

—Y venéreas irreductibles —se hubiese dicho que había apostillado Venus Carolina Paula, sobre todo por la sonrisa que insinuaron los labios de Duvet.

—Lo que me desenfrena, mi tesoro, porque no dejo de preocuparme por tu felicidad, es la clase de vida que llevarás, si te dedicas a escribir cosas literarias. Continuamente entre papeles, blancos o impresos, conferencias, firmas, congresos, seminarios, centenarios, festivales, tesis, entrevistas, traslados de restos, manifiestos, mesas redondas, como la pista del circo, presentaciones y recepciones, conversatorios. Permanentemente, rodeada de gente imposible. Sempiternamente, corregida, guillotinada y distribuida. Saldada. Y luego, lo que es peor, ya no te librarás jamás de pensar que tienes la obligación de pensar. Hazme caso, hija. Se empieza escribiendo, pero nunca se sabe dónde se termina.

—En la Academia —pareció decir Duvet.

—En el arroyo —pareció decir, más optimista, Venus Carolina Paula, quien había arrojado un gesto de ánimo a la Pequeña.

—El otro día —había proseguido Paulette, implacable como una madre e imparable como una madre a la hora del desayuno—, en una de esas fiestas a las que me veo obligada a acompañar a tu padre, conocí a un joven publicitario, que se había curado dedicándose precisamente a la publicidad. Algo así como desintoxicarse de la heroína tomando jugo de médula de mono, ¿me comprendes, querida? Se trataba de un joven encantador, con aspecto saludable, quizá excesivamente desinhibido, del que nadie hubiese podido sospechar que escribía. Y, entonces, se me ocurrió la idea de que podrías dedicarte a la literatura publicitaria, que no es tan dañina, ni envanecedora, como esa falsedad, tan poco imaginativa, de las novelas. ¿Qué te parece mi idea, hijita?

—Una mierda —esperó oír, desde el penúltimo escalón, Venus Carolina Paula.

—Yo, mamá, te odiaría, si no supiese lo tonta que eres —había oído, ya desde el antepenúltimo escalón, Venus Carolina Paula.

Pero no siguió bajando, porque, en su entusiasmo, Venus Carolina Paula se entretuvo en escribir, con el índice y sobre el vidrio encalado por el líquido limpiavidrios, la castiza interjección «¡olé!» Por añadidura, no le habría dado tiempo a llegar, ya que habían sonado simultáneos el alarido y el bofetón.

—¿Sucede algo? —se había oído preguntar a Georges, cuando ya Duvet se hallaba refugiada en el regazo de Venus Carolina Paula, que evaluaba con criterio profesional la consiguiente laguna de cacao en el mantel.

Recordando aquella temprana escaramuza, Venus Carolina Paula reprimió esa tendencia a la soledad que aqueja a las malqueridas y, provista de un escarbador de carbón, apalancó la puerta de la buhardilla. La prisionera hizo una salida en tromba.

—Me acababa de sumir en la depresión —explicó Duvet, sin dejar de prodigar caricias a su libertadora— y estaba segura de que hasta la noche iba a tener que estar imaginando.

—Pues has tenido suerte. Estamos solas y hoy no viene nadie a almorzar. O sea, que puedes escribir por toda la casa, mientras no se presente la señora.

—Y a la tarde nos vamos al parque, ¿eh, Venus Carolina Paula?

Se encontraban ya en la cocina y, por un instante, Duvet supuso que Venus Carolina Paula, con los ojos cerrados, se sostenía en el fregadero.

—No. Ya está bien de ir al parque, maldita sea… Anda, anda a la biblioteca con los del XIX, que son con los que más te entretienes, y déjame a mí que avíe ese laberinto de las habitaciones de tu madre. Luego, te hago tortilla a la española para el almuerzo.

Sonó el timbre, cuando se proveían de utensilios de limpieza en el cuarto de la plancha, y Duvet escapó a abrir. Una irregular sucesión de estampidos obligó a Venus Carolina Paula a asomarse a la ventana, lo que le permitió observar que por algunas de las lucernas enrejadas del sótano escapaban humaredas y haces de chispas. En el boudoir encontró a Duvet, sentada encima de una consola y analizando aplicadamente una suerte de corselete de tonos malvas y puntillas inguinales.

—Cuanto menos fisgonees aquí, más tardarás en perder la inocencia. Y no me ayudes, que yo sola termino antes. ¿Quién había llamado?

—Dos chicas modernas de ésas, amigas de La Foudre —informó Duvet, intentando enganchar adecuadamente los corchetes del corselete—. Ya les he dicho que estaba en el sótano.

—¿Cómo sabes tú que está en el sótano?

—Porque los oigo por la cañería de la buhardilla.

—No quiero ni pensar lo que oirás, santo ángel de la guarda. ¿Por qué ese hermano tuyo se empeñará en hacer la revolución, sabiendo lo mucho que suelen fracasar las revoluciones y lo que ocurre después, si no fracasan? Podía hacerle caso a don Teobaldo, que le tiene dicho, y a don Teobaldo y a mí nos sobran motivos para saberlo, que la única revolución que dura es la revolución pendiente. También es verdad que, a veces, a una no le importaría nada que todo saltase por los aires.

—Estás decaída, Venus Carolina Paula.

—Un poco asqueada sólo, bien mío.

—¿No te visita ya ese pariente tuyo?

—No, ya no me visita.

—Era muy apuesto tu pariente. Se parecía a una foto que tiene mamá guardada en el baúl de la buhardilla.

—Casualidades… Sí, era muy apuesto, aunque ejercía poco. Pero no quiero hablar de mi pariente. ¡Que lo zurzan, aunque tenga almorranas, a ver si así deja de poner el culo el bujarronazo de él, que sólo vale para calentar el horno, condenada madre la que lo fue a parir! Mejor que hablemos de otra cosa. ¿Sabes lo que me gustaría?

—¿Qué, Venus Carolina Paula?

—Salir todas las noches a bailes y festejos. Y beber en copas de tallo alto. Y ponerme vestidos como éstos, que te dejan las tetas fuera y apartadas. Y volver borracha de madrugada. En una palabra, golfear. Como tu madre.

—¿Sabes lo que me gustaría a mí?

—¿Qué, mi pequeña?

—Que viviésemos tú y yo en una posesión agrícola, dedicadas a las faenas agrícolas, al arte y a ayudar a nuestros semejantes. Lo pasaríamos provechosamente. Pero te comprendo cuando deseas llevar una vida proustiana, porque en la vida corriente hay que resignarse, Venus Carolina Paula, a ser Tolstoi o a ser Proust, con la particularidad de que Proust a veces quisiera ser Tolstoi y a Tolstoi jamás se le ocurre ser Proust.

—Y nosotras ¿qué somos, corazón?

—Proust, naturalmente. Aunque eso únicamente lo sabemos nosotras, ya que tenemos la apariencia tolstoiana y, como sabes, lo que cuenta para la vida corriente es la apariencia.

—Total —concluyó, abriendo el armario de los zapatos, Venus Carolina Paula—, que como si fuésemos Tolstoi…

—Pero somos Proust y ahí está la causa de tanto padecimiento. ¿Comprendes ahora, Venus Carolina Paula, por qué yo quiero ser Flaubert?

—Leñe, qué desdicha… Ya te digo, a una no le importaría nada, a veces, ser Kafka y que todo se lo llevase el diablo.

—Es que también somos Kafka. Todos los Proust que parecemos Tolstoi somos un poquitín Kafka. Muy en el fondo, claro está.

—Y ese Tolstoi ¿era tan bruto como dices?

—Más. Y, encima, era conde, o se lo creía. Y se creía regeneracionista, encima. Pero, en materia de regeneracionismo, no le llegaba ni a la suela de las zapatillas a don Joaquín Costa, que, mira tú por dónde, era aragonés, que, según parece, es como ser un poco caucasiano, ¿no?

—Lo que debía de ser es insoportable. Y creído. Y ucraniano y salvador de almas y más zafio que una simbiosis de don Teobaldo con tu hermano La Foudre.

—¿Quién, Venus Carolina Paula?

—Ese santurrón de Tolstoi. —Venus Carolina Paula se levantó de un salto, después de haber colocado el último par de zapatos—. Me voy a fumar un cigarrillo y descanso un ratito.

—Así era, no te quepa la menor duda. Igualito a mi madre. Lo que sucede es que mi mamá parece Proust.

—Figura tiene, eso hay que reconocérselo.

—Mujer, es que si, además del carácter que se gasta, llevase barbas, calzonazos, blusón de Crimea y unas botazas embarradas…

Y ambas rompieron a reír y estuvieron riendo, mientras persistió la imagen de Paulette empujando el arado por un sembrado de Iasnaïa Poliana.

—¡Qué cosas se os ocurren a los escritores, milagro bendito…! Pero, eso no se le puede negar, figura y estilo tiene. Yo ahora —Venus Carolina Paula levantó en el aire, como unas tripas fláccidas, unas medias rosadas de Paulette— es que ni me pruebo su ropa. Cuando, cada tres o cuatro meses, se levanta una mañana progresista, aparte de lo mucho que revuelve y estorba, no aguanto verla con una de mis batas, porque nada más ponérsela la transforma en una bata de alta costura.

—Por la cuestión del estilo. Ahora bien, no te dejes roer por la envidia, que, a cuerpo desnudo, ganas tú.

—Gracias, cordera. Pero no se vive a cuerpo desnudo. Ni quieta. Y en cuanto tu madre se pone uno de esos delantalones míos y hace que limpia el polvo, ya te digo, una servidora se siente un despojo.

—Es la típica inferioridad de la lozanía frente al refinamiento —dictaminó Duvet—, algo parecido a la típica humillación de la sensibilidad frente a la inteligencia. Alguna experiencia voy teniendo de esa sensación tan peculiarmente dolorosa, ya que el tipo lozano y el tipo sensible perciben la superioridad que el inteligente y el refinado ejercen con una espontaneidad inimitable, lo que resulta duplicadamente descorazonador.

—¿Quién te enseñará a ti esas sabidurías? —se preguntó Venus Carolina Paula—. Va a tener razón tu madre, que, a fuerza de vocación, te vas a convertir en una profesional del pensamiento.

—Ojalá… —suspiró Duvet—. Me siento tan aficionada…

—Fíjate, ¿cómo podría yo ponerme una camisa de noche como ésta? —La camisa de noche, engurruñada, acabó de pelota que, sin dejar de conversar, se lanzaban recíprocamente—. Cada vez que entro aquí, y me paso el día entrando y saliendo, entro a ordenar, a limpiar, a robar la llave de la buhardilla o a hurgar, pero ni siquiera se me ocurre echarme una gota de sus perfumes. —Venus Carolina Paula, después de verterse un chorretón por el escote, asperjó a Duvet, que se cubría de las aromáticas hisopadas, dando volteretas por la tumbona de terciopelo verde—. A una ya nadie tiene que darle ningún diploma en humillaciones, pero me joroba que, en cuanto una de estas esencias carísimas me toca la piel, se ponga a oler a colonia de garrafón. Huele, huele…

—Marea un poco, es cierto —confirmó Duvet, husmeando las clavículas de Venus Carolina Paula—. A mí me gusta mucho tu olor natural, porque hueles a una mezcla de sudor, yeso y jazmines, que es, precisamente, el olor de la lozanía. Según los tratados de retórica, así debe oler la poesía lírica.

—Pues tu madre debe de ser muy épica.

—Sobre todo, estos últimos días, que le ha dado por sacar a relucir su auténtico genio de Helena de Troya. ¡Pobre Menelao…!

—Mira, ahora no sé de quién me estás hablando. Lo que sí sé es que a tu padre lo tiene como alobado. Lo que son las cosas y los

misterios de la literatura… Tu papá, a quien me recuerda muchísimo, en cambio, es a don Ivan Turguenev.

—¿Tú crees? —se asombró, adormilada, Duvet.

—Es tan educado… Estás muy cansadita, ¿verdad, niña mía? Anda, túmbate aquí, que es como tumbarte en el útero donde te concebiste, y, mientras yo preparo la comida, te echas la siesta del carnero. Si es que desloma mucho pasarse el día de escritores…

—Siempre he supuesto que mi padre era la pura y simple reencarnación de Dante.

—Y tú eres su Beatrice. Déjame que te tape con esta túnica de corista florentina de tu madre.

—Gracias, Venus Carolina Paula. Y tú, su Virgilio.

—Quita, quita… —gorjeó, adulada, Venus Carolina Paula, que intentaba crear una penumbra infantil en aquel boudoir de luces depravadas—. Más quisiera yo…

—Claro que sí. Siempre está diciendo que, si no fuera por ti, no sabría por dónde andarse en este infierno de casa nuestra.

—Porque nunca sabe dónde deja las cosas… Sea Dante, Homero o Turguenev, con tu padre da gusto.

—De Homero sólo tiene la ceguera —dijo Duvet, ya con los ojos cerrados—. Qué perspicaz eres, Venus Carolina Paula… No lo había yo pensado… Todos estos Dantes que han salido buenas personas…

—Duerme, niña mía, duerme.

—… se parecen algo a Henry James. Por la manera de vestir, más que nada —añadió, pero ya en sueños, Duvet.

Venus Carolina Paula salió del boudoir sigilosamente y, palpitando con esa exaltación de la que, para engañar el hambre de vivir, se reviste a ratos la amargura, entró en el vestidor de Georges. Allí, en aquellos dominios de la virilidad —que tanto recordaban un probador de sastre—, Venus Carolina Paula gustaba refugiarse en sus crisis, porque allí, aspirando aromas de franela y de corbata, podía abrir las compuertas a sus fantasías secretas. Sin embargo, se quedó inmóvil, aún más inerme que en el boudoir de Paulette, sin deseo de acariciar siquiera un calcetín de hilo escocés. Luego, recordó que había prometido a Duvet tortilla a la española como plato principal, y sólo ella sabía la cantidad de tortilla a la española de que era capaz la pequeña literata.

Comieron, además, yogur de chocolate, medio plátano y dos

bombones por cabeza y un puñado de las semillas de girasol que Venus Carolina Paula recibía cada quincena, directamente exportadas desde la patria. Tras dejar limpia la vajilla, se trasladaron al cuarto de la plancha y Venus Carolina Paula leyó con voz entonada *Riquete, el del copete*, en versión íntegra, y *Pulgarcito*, hasta el abyecto abandono en el bosque, episodio en el que ambas cayeron simultáneamente dormidas.

La tarde se iba apagando, cuando Venus Carolina Paula despertó. Un dulce sabor en la boca le hizo creer por unos instantes que no había sido abandonada. Sentada a la mesa, Duvet trabajaba sosegadamente con su desmochada estilográfica. Desde hacía horas habían dejado de sonar en el patio las chisporroteantes humaredas y únicamente, en el alféizar de la ventana, iba creciendo esa luz declinante, que indica que ha pasado ya la hora de ir al parque, la hora de salir al estruendo de la calle, la hora de querer seguir viviendo. Con las primeras sombras, aquel sosiego resultaría intolerable, intolerable que llegase la noche, una mañana más y después, una tarde idéntica a la que ahora estaba a punto de acabar. Venus Carolina Paula se puso en pie, decidida a matarse. Antes de salir quedamente de la habitación, dio al interruptor, pero la luz de la bombilla no turbó la ensimismada aplicación de Duvet. Y Venus Carolina Paula se encaminó hacia la escalera de servicio, para subir a su mansarda, donde ahorcarse era la más incitante posibilidad que se le ofrecía.

Duvet percibió que estaba sola y con la bombilla encendida al terminar el capítulo, cuando ya Venus Carolina Paula había sujetado la cuerda en lo alto de una viga y procedía, llorando, a hacer el nudo.

Elipsis, anacolutos, solecismos y parónimos

Lección 22

Toda persona razonable desconfía de la fortuna, cuando ésta se pone redundante. Ignorantia Destra, que sería lerda, pero —por lo mismo— era una persona muy razonable, desconfió, al recibir, una hora después del primero, un segundo ramo de flores azules. No pudiendo recurrir a sus padres (a los que jamás habría recurrido), puesto que sus padres se habían ido a la nieve aprovechando el caluroso fin de semana, Ignorantia Destra decidió recurrir a sus instintos. Al quinto timbrazo Bonus Eventus descolgó y, una vez enterado del pleonasmo de la vincapervinca, ordenó a Ignorantia Destra que se trasladase, con somero equipaje y sin pérdida de tiempo, al confín más tupido del jardín de madame Touraine de la Voilissière. Haciendo de los dos ramos uno y sin olvidar el cepillo de dientes, Ignorantia Destra cogió el maletín de cosméticos de su madre y salió.

Ninguna tarjeta identificaba a los responsables de aquellos envíos, pero Ignorantia Destra no tuvo necesidad de pensar mucho (ni habría pensado, de tener necesidad), para olfatear el doble peligro que se cernía sobre su femineidad ya no en agraz. Así que se pegó a las fachadas, se guareció en las sombras del anochecer y consideró lo menos llamativo tomar el autobús. Pero, antes de llegar a la parada, un automóvil rechinó sus ruedas contra el bordillo de la acera, las puertas se abrieron y, con una celeridad más mareante que el pañuelo empapado en éter que Ignorantia Destra sintió en sus narices, Ignorantia Destra fue encerrada en el maletero del coche. Para cuando Ignorantia Destra despertaba en el sótano de los Dupont, madame Dupont había recibido la llamada del hospital y conducía ya su automóvil como quien, efectivamente, pretende ir al hospital. Gracias a uno de esos azares que sólo pueden darse en la gran ciudad (porque en una pequeña ciudad no es azar sortear al marido), Georges fue uno de los varios borrachos

a los que Paulette estuvo a punto de atropellar. Para entonces Georges seguía buscando a Fleminga, pero ya sin desesperación, con esa saludable diligencia que deviene de salir de un bar para entrar en el siguiente. Y, justamente a esa misma hora, Fleminga esperaba al volante de la limusina, uniformada de chófer por devoción a su dueño y señor.

Punzado y rasgado por el follaje arbustivo dentro del que esperaba a Ignorantia Destra, Bonus Eventus había sentido encabritarse su corazón, al ver a Motmot por un sendero, de gala y rastreando. Un ceñidísimo vestido largo, sin hombros ni espalda, de blanco tejido brillante, convertía a madame Marceline Messaline en una hipérbole de sí misma. Bonus Eventus vestía aquel día pantalones cortos, a causa de la contumaz disposición de su madre a aprovechar la ropa y a detener su crecimiento. El muchacho, resintiendo inmisericordemente la proximidad de la enorme hembra, intentó no sudar. No obstante, Motmot, que había ya olido a Bonus Eventus desde el salón en que esperaba a su prometido, apenas tardó en localizarlo y, desenzarzándolo del frútice, lo aprisionó entre sus brazos desnudos con tal ímpetu que Bonus Eventus olvidó el motivo de su espera y, enardecido de pasión, derribó a madame Touraine de la Voilissière sobre la cespedera.

—Me temo —estaba filosofando Fabulae Centum, cuando Ignorantia Destra comenzaba a verse libre de los narcotizantes vapores— que pertenecemos a una generación proclive al fracaso.

Spe Tantum Relicta, que, aprovechando los ronquidos de La Foudre, había aliviado las ligaduras y la mordaza de Ignorantia Destra, replicó:

—¿Por qué te lo temes? Alégrate.

—Porque nuestra sed de venganza es tan insaciable que, incluso cuando tengamos el poder, continuaremos vengándonos de nuestros enemigos, sin permitirnos disfrutar del ejercicio del poder.

—Pero ¿qué crees tú que es el ejercicio del poder, sino una insaciable actividad jodedora? ¿O piensas, como Bonus Eventus, que el poder va a consistir en fornicar con todo súbdito que te apetezca? Cada día te entiendo menos.

—También, me pasa a mí —confesó Fabulae Centum—. Pero no sé… Tendremos que ir al despacho…

—¿Qué despacho, gilí?

—A los despachos a los que hay que ir, cuando se detenta el poder. Habrá que pronunciar discursos, desorganizarlo todo para mantener el caos, asumir las responsabilidades de nuestra falta de principios…

—¿Responsabilidades a mí —exclamó Spe Tantum Relicta—, si ni siquiera soy responsable de haber nacido?

—Agua —suplicó Ignorantia Destra.

—Aire —imploraba por entonces Teobaldo García de García en flagrante contradicción, ya que el infarto le había mordido en el aireado ámbito de un jardín.

—Parece su voz —logró articular, entre resuello y resuello, Bonus Eventus, que por fin se había desprendido de los pantalones cortos.

—¿Nos habrán sorprendido? —logró preguntarse, a beneficio de inventario, la señora Marcelina Mesalina, galopando irrefrenablemente por las colinas de la concupiscencia.

—Piedad —pensó pedir Teobaldo, conforme se doblegaban los apoyos vegetales a los que se asía.

—¡Quietos! —gritó una voz desde las zonas tenebrosas del sótano de los Dupont.

Y todo sucedió a tal velocidad que, para cuando Fabulae Centum comprendió que se trataba de una emboscada, Ignorantia Destra se había desprendido de ligaduras y mordazas y había sido arrebatada bajo la capa de la apuesta figura brotada de las tinieblas, sin olvidar el maletín de los cosméticos, ni el ramo de vincapervinca. A pesar de la histeria de Spe Tantum Relicta, La Foudre continuaba roncando, ovillado en el confidente. Fabulae Centum temblaba.

Cuando La Foudre despertó, Ignorantia Destra dormía su segunda ración de éter en el maletero de la limusina, que se alejaba raudamente hacia uno de los más mercenarios bosques que rodean la ciudad de París, conducida por el Embajador con pulso firme, en cuyo asiento vecino el chófer iba desabrochándose el uniforme y ya había lanzado por la ventanilla la gorra.

La cólera de La Foudre resonó contra las bóvedas de la guarida y no se calmó ni aun después de haber abofeteado meticulosamente a Fabulae Centum, ni siquiera cuando Spe Tantum Relicta se ofreció a ser torturada en lugar de Ignorantia Destra. Aquellos alaridos de despecho, aquellas retumbantes maldiciones, al canalizarse por la

red de cañerías del edificio, llegaban a la buhardilla en formas de cascos de caballos hundiéndose en la tierra, por lo que resultaba congruente que Duvet, que cumplía su duodécima hora de encierro, supusiese en su somnolencia estar redactando el decisivo episodio del capítulo IX de la Segunda Parte, que cuenta cómo Rodolfo se las arregla para llevarse de cabalgada por los alrededores de Yonville a Emma Bovary.

La bóveda (pero la celeste, en este caso) retumbó también, al chocar contra ella el rugido con el que madame Touraine de la Voilissière anunciaba haber coronado la cúspide del gozo. Un silencio sobrecogido siguió a este fenómeno acústico y, a continuación, el residencial barrio fue recobrando los sonidos familiares de aquella hora, mientras Motmot caía desparramada y Bonus Eventus empleaba sus últimas energías en asombrarse de la cantidad de gusto que era posible generar en una señora. Fundidos, ambos amantes se dejaron arrastrar al desvanecimiento lógico, sin sospechar que, a pocos metros, Teobaldo se despeñaba de desmayo cardíaco en desmayo cardíaco hacia la aniquilación. De haberse tomado una panorámica de aquel confín del jardín (lo que habría exigido una costosa iluminación), se habría alcanzado a perpetuar aún los últimos giros sobre la hierba de los cuerpos desnudos antes de quedarse placenteramente inmóviles, unos pantalones de mozalbete colgando de un arbusto y a un caballero mortalmente despatarrado, conjunto como de cine e ilustrativo de lo próximos que se encuentran —a veces— el amor y la muerte.

En lo más frondoso del Bois de Boulogne y por no oír al desuniformado chófer, El Incógnito se resignó a aparcar y a que, en las tinieblas botánicas —perforadas por equívocas y mercenarias miradas—, se abusase de su paciencia y de su hombría. Unos estornudos de origen alérgico rompieron el encanto y Fleminga tuvo que volver a la limusina sin el rabo entre las piernas. Sonándose, El Incógnito comprobó que la secuestrada soñaba dentro del maletero. Fleminga se puso las polainas, se cubrió con una esterilla y en el asiento trasero se quedó dormida, antes de que siguiesen en ruta hacia el infierno que la aguardaba.

Con la complacencia que genera la interpretación de un papel que la vida no ha concedido la oportunidad de representar hasta la edad madura, Paulette penetró arrolladoramente patética en los

servicios de urgencia del hospital. La correspondiente recepcionista informó que monsieur García había sido destinado a la sección *ante mortem*, segundo pasillo a la derecha, donde a su nieta se le facilitaría hasta el último detalle macabro. También, en opinión de la recepcionista, obtendría autorización para visitar al abuelo, porque, en el estado en que se encontraba, prohibirle las visitas resultaría tan inútil como prohibirle a una embarazada de nueve meses parir. Con estas esperanzas, Paulette se dirigió, tambaleante y mordiendo los guantes, al meritorio, en cuya antesala unas enfermeras, vestidas de negro riguroso, la informaron de que su bisabuelo español había aparecido infartado en la consigna de equipajes de la estación de Austerlitz. Que entrase, por supuesto, ya que impedirle a su bisnieta que le recogiese el último aliento resultaría tan inhumano como impedirle parir a una embarazada de nueve meses. Una puerta se abrió a una habitación apenas iluminada por dos lamparillas de aceite y Paulette, presa de las turbaciones del dolor, creyó que entraba en un paritorio.

La ocurrencia de depositar a Teobaldo en la consigna de equipajes de la estación de Austerlitz la tuvo su novia, naturalmente. Cuando fueron retornando del deliquio, Motmot y Bonus Eventus recordaron haber escuchado, en medio de las músicas celestiales, una voz patentemente teobaldiana. En efecto, a escasos metros de donde habían yacido y gozado, los amantes tropezaron con el cuerpo inanimado del hidalgo. Como siempre resulta comprometedor para una dama que aparezca en el jardín de su propio palacete el cadáver de su propio prometido, la dama Touraine de la Voilissière, doblemente experta por su profesión de agente secreto y por su condición de mujer de mundo en sobornos ferroviarios, urdió la estratagema, ya descrita, del traslado del cadáver a la consigna, lugar en el que, por su naturaleza, está justificado el hallazgo de cualquier objeto. Mientras se vestían, Motmot cargaba con el novio y Bonus Eventus abría el automóvil, el muchacho confesó sus temores de que Ignorantia Destra estuviese a aquellas horas siendo torturada por La Foudre y los esbirros de la Horda. Movida por su instintiva bondad, Motmot se encargó de llevar al muerto a la estación y permitió a Bonus Eventus que se fuera a librar a Ignorantia Destra de las sevicias establecidas en la ordenanza para las traidoras. Se despidieron precipitando las

ternezas de rigor y con la promesa de repetir al día siguiente el deliquio, bajo el techo del dormitorio de amantes.

De camino, Bonus Eventus, que con pantalones cortos se sentía disminuido, apedreó un escaparate, se apropió de unos pantalones largos, de su talla, corrió apropiadamente delante de unos gendarmes y llegó a la cámara de las torturas a tiempo de recibir un par de bofetadas de La Foudre, por justificación inverosímil de su empleo del tiempo.

—Sí, amigo mío —se condolió Spe Tantum Relicta—, el jefe está imposible. Yo opino que ha sido una ventaja, porque ahora ha quedado plenamente demostrado que esa mala zorra está al servicio de la reacción.

—¿Qué zorra? —preguntó Bonus Eventus, obnubilado por las bofetadas y la noticia del segundo rapto de Ignorantia Destra.

—¿Cuándo aprenderemos a derrocar el sistema sin fiarnos del sistema? —se preguntó a su vez Fabulae Centum.

—Para poder matarla —masculló La Foudre—, hay que encontrarla viva.

—Hijo… —se escandalizó Spe Tantum Relicta, que había oído entrechocar las rodillas de Bonus Eventus—, ni que te estuviese poniendo cuernos…

Expedita como una viuda y gracias a una propina adecuada, la señora Marcelina Mesalina despachó prontamente el octogenario paquete y regresó a su automóvil con el juicioso propósito de, recogida en su dormitorio, darle descanso a las carnes. Conducía, algo distraída por la pena que siempre causa la pérdida de un novio, cuando, en el centro de una infame calleja, a la luz que escapaba de un cafetín canalla, descubrió a un tipo sentado a la morisca en la calzada y lamiendo una gorra de chófer. Motmot frenó dos segundos antes de laminar al borracho lamedor y, por no desaprovechar la parada, decidió tomar un refrigerio en el cafetín canalla. En materia de cafetines canallas, la señora Marcelina Mesalina, a pesar de su probado patriotismo, prefería los de Ámsterdam a los de París. Pero como no era cosa de ajetrear aún más la noche tomando un avión para Holanda, se conformó con lo que se le ofrecía, de cuya enrarecida atmósfera ascendían las canallescas notas de un acordeón. Sería superfluo detallar el asombro y el subsiguiente júbilo que provocaron las opulencias en

vestido descolado de madame de la Voilissière entre la hampona clientela del cafetín. Refrigerio tras refrigerio, Motmot descubrió, unas horas después, que bailaba tocada con una ensalivada gorra de chófer y, al filo de la madrugada, Georges, amnésico y estibado entre las maletas de la consigna de la estación de Austerlitz, sólo recordaba que se lo había pasado bien.

Passim y a esas horas de incierta luz, un consejo de doctores, con el impudor con el que la Ciencia admite sus limitaciones, daba de alta al Anciano y una sor comunicaba telefónicamente al Vaticano que el santo patrono del hospital acababa de obrar aquella noche uno más de sus prodigios. Aparte la influencia patronal, el corazón de Teobaldo volvió a latir como se debe, cuando madame Dupont, componiendo a la vacilante penumbra de las lamparillas la tradicional figura, aunque con abrigo de astracán, de la mujer piadosa, besó aquella gélida frente. Los ojos del descorazonado se abrieron, encontraron un rostro de belleza ultraterrena y cuatro manos se unieron lazarianamente.

En otro lugar, llamado plaza de la Concordia, y al atravesarlo zigzagueante, había recibido Georges en plena boca la gorra proveniente de una limusina bruñida. A partir de este gorrazo, conforme subía hacia el barrio de la golfería turística en busca de Fleminga, Georges, que no perdonaba bar, no se explicaba por qué el olor de aquella gorra, llovida del cielo, le humedecía los ojos y le resecaba el paladar. Acontecimientos éstos que, para mayor precisión, le habían sucedido a Georges algunas horas antes de que, con los primeros rayos del sol en la cara, abandonasen el hospital Paulette y Teobaldo, Paulette sostenida por Teobaldo y Teobaldo, en el estado de ruina de quien ha visto girar la barca cerca ya de la otra orilla de la Estigia.

A esa altura del astro, Duvet soñaba en la buhardilla el siguiente encadenamiento gramatical: … *et, défaillante, tout en pleurs, avec un long frémissement et se cachant la figure, elle s'abandonna*. También en la zona escrita de la madrugada, Maurice L'Encre, envuelto en su batón de solitario e intoxicado de café de puchero, llegaba, en la epístola burocrática que se traía entre manos, a esta reflexión: «Y te pregunto: ¿merece la pena ser más libre (si es que uno lo es, cuando está más liberado) a cambio de tener repletos, sin saber dónde vaciarlos, los cubos de la basura?»

Aunque despertó al tiempo que aquella imparable aurora, Ignorantia Destra se volvió a dormir, arrullada por la insistencia de los amortiguadores y, sobre todo, aliviada por la incognoscible identidad de su definitivo raptor. Asimilados los anestesiantes productos que, sin dejarle respiro, le habían obligado a inhalar, la muchacha dormía ya en el maletero su propio sueño y soñaba, con el incruento masoquismo de las pesadillas, las vejaciones infligidas por el refinamiento sádico del compañerismo hordero.

Los murmullos de un arroyo sonaron en el momento en que El Incógnito alzaba en sus brazos a Ignorantia Destra. Una cabaña de troncos, con trazas de la Bauhaus, en el lindero de un bosque como de cedros, sugería a la mente medio despierta de Ignorantia Destra que el paraje estaba próximo a las orillas del Rhin. No obstante, la atención de la muchacha se concentró en el rostro, tentadoramente cercano, del Embajador, cubierto por ronchas de maquillajes y afeites, con los que el desbocado apetito de Fleminga le había embadurnado en el equívoco Bois de Boulogne.

—Espero de ti, niña querida, docilidad y colaboración —salmodió El Incógnito, en el meloso tono del que se cree embrujador de niñas.

—Lo mismo espero yo —replicó Ignorantia Destra, pasando su bracito izquierdo tras la cuadrada nuca de su porteador—. Por lo pronto, este lugar idílico me gusta. Le advierto, Embajador, que, probablemente con el barullo del rapto, se le ha corrido el maquillaje.

Pero un bostezo, cuyo eco fue rebotando de montaña en montaña, obligó a Ignorantia Destra a desconcentrar su atención de las facciones incógnitas y a fijarla en aquel imprevisto chófer, que salía de la limusina, palmeándose los labios, pidiendo el desayuno y dejando ver, bajo el mal ajustado uniforme, dos hermosísimos pechos de tonalidades violeta. De un salto, Ignorantia Destra aterrizó y el Embajador quedó con los brazos extendidos, en la postura del pastor que conducía a la oveja hallada y vuelta a perder.

—Pues no parece tan niña… —opinó el chófer.

—Siempre tuve la sospecha, Incógnito, de que era usted un majadero. ¿Es que no sabe secuestrar sin ayuda? —Ignorantia Destra escupió hacia las polainas de Fleminga—. No cuenten con mi

docilidad, estaría bueno… Van ustedes como dos destrozonas de carnaval rural. ¿En qué escuela de espionaje aprendieron la dialéctica de la semejanza y sus tornasoles? Pero si ni siquiera saben mostrar la apariencia inversa de la apariencia, ¿cómo pretenden que sus apariencias engañen?

El Incógnito, herido por las palabras de Ignorantia Destra, abatió la cabeza. ¿Podía cualquier mocosa darle lecciones de espionaje? Sí. De la mano de Fleminga, la sutil muchachita corría hacia la cabaña a preparar un desayuno de venado a la brasa. Para aliviar la vergüenza de no saber ejecutar su propio plan, El Incógnito dio un giro copernicano a sus desvaríos. Paulette (que, a aquellas alturas del alba, remetía las mantas a su resucitado huésped) avanzaba hacia él, en un vuelo ralentizado y de gasas al viento. Lo que en realidad miraba El Incógnito —no hace falta decirlo— era la linde del bosque de variadas coníferas, en cuya espesura se levantaba, gótico y umbrío, el castillo de la Baronesa.

Contaminación del paradigma

Lección 23

A la hora de la primera clase comenzó a arder la Escuela de Doma y a media mañana del vetusto caserón sólo quedaban los muros, que en los últimos cuatro años venían resistiendo los incendios de los que regularmente era pasto el pedagógico establecimiento. Aprovechando las inesperadas vacaciones que el provocado siniestro les acababa de proporcionar, La Foudre comunicó a su madre que la Horda de Medio Grado emprendía un crucero instructivo por la red fluvial del departamento, lo que le impediría ser puntual a las horas de las comidas. Paulette, que ultimaba su atuendo presurosamente, suministró a su vástago fondos suficientes para una travesía transoceánica, le otorgó las licencias y, después de un beso ventosa, le dio a besar su mano.

La Foudre se limpió las babas cosméticas nada más salir del boudoir, atravesó el gabinete privado, que olía a esencias de cinamomo, y halló en la sala ovuliforme a Teobaldo, mirando los grabados de las paredes en tanto esperaba audiencia. La magnífica ocasión de apuñalarlo tentó a La Foudre, con aquella lozana irracionalidad de la que disfrutaba el joven en presencia de sus enemigos, cuando los encontraba de espaldas. Sobreponiéndose, a causa de la mucha destrucción que tenía que dirigir aquel día, La Foudre escapó de puntillas.

Mientras aguardaba ser introducido en el gabinete privado de Madame, Teobaldo, sin sospechar qué cerca había estado del degüello, hacía pruebas de monóculo. Confiaba en que aquella innovación óptica se entendería como signo de su integración en el nuevo régimen de la casa, impuesto con el fin de ahorrarle cualquier oportunidad de accidente cardíaco. Un monóculo, considerando que Teobaldo había adoptado la levita para las conversaciones de gabinete, no podía ser considerado una extravagancia. A pesar de su notoria incomodidad.

Duvet, que vagabundeaba estérilmente de habitación en habitación, vino a parar a los dominios maternos, donde la fascinación que le producía la levita del hidalgo la dejó convertida en estatua. Algunas mañanas, como aquélla, Paulette se sentía tan abrumada por las cargas que conlleva en el occidente europeo mantener ordenado y feliz un hogar, que retrasaba el encierro de Duvet en la mansarda. Aquellos retrasos dejaban a Duvet un poco desnortada, como habría quedado Edmundo Dantés si, de pronto, se hubiesen abierto al público las mazmorras del castillo de If. No es de extrañar, pues, que Duvet, en medio de tanta armonía como su madre imponía a diario, se quedase petrificada de fascinación nada más ver una levita.

—¡Ah, amigo mío —exclamó Paulette, abriendo de sopetón una de las puertas de la sala ovuliforme—, qué sorpresa más anhelada…!

Tanto el Anciano como la Pequeña sufrieron sendos sobresaltos, menos por lo súbito de la aparición como a consecuencia de la túnica de lino malva y de los coturnos plateados que lucía la aparecida, quien imantó al huésped al gabinete privado.

—Paulita adorada —se precipitó a preguntar Teobaldo, conforme era arrastrado al divancito de las confidencias—, ¿cómo ha sido su noche?

—Atroz —susurró Paulette, separando los pliegues de su túnica de los faldones de la levita.

—Nadie lo diría ante su radiante aspecto. ¿Adivinó que estuve a punto de recurrir a su compañía, cansado de los delirios de mi insomnio?

—Oh, Teobaldo… Y ¿por qué no recurrió?

—Señora, la idea de que estuviese usted cumpliéndole el débito a don Jorge frenó mi osadía.

—Pero ¡qué ocurrencia…! —Paulette aproximó los labios a la vetusta oreja—. Ya sabe usted, desmemoriado, que, después de una inexplicable recaída, me he liberado de tales inconveniencias. ¡Que le reclame el débito a esa furcia que le ha abandonado!

—Yo le recuerdo que, convaleciente como estoy, su hálito en mi oído puede encocorarme a límites mortales.

—No me coquetee, Thibaut, que bien sé lo poco que yo le encocoro. ¡Sí, sí, poquísimo…! Pero, dígame, ese insomnio de sus

delirios ¿seguía siendo provocado por la memoria de la nefanda Voilissière?

—En absoluto. Usted me arrancó de aquel averno. ¿Permite que le confiese la causa de mi desasosiego nocturno?

—Descríbame antes los síntomas del desasosiego.

—Los más vulgares, aunque he de reconocer que llevaba algunas décadas sin experimentarlos.

—¡Albricias! —gritó Paulette.

—Tampoco es para cantar victoria, querida, porque el asunto tuvo una duración de visto y no visto.

—Pero tuvo, ¿no? —insistió Paulette—. Luego, no fue una ilusión mía confiar en que una vida feliz y ordenada le restauraría a usted. Un futuro trepidante se abre a partir de este retardadísimo indicio. ¿Me permite que compruebe, sólo a título de ensayo? —Paulette condujo una mano de Teobaldo y la mano, controlada por la mano de Paulette, produjo unas vivaces presiones sobre el seno—. ¡Espléndido, Thibaut! De seguir así, en una semana no podré recibirle a solas. Por peligroso. Y ahora cuénteme el argumento del delirio que le desasosegó.

—Me intimida usted, madame.

—No me sea ridículo. ¿Acaso no soy su diosa?

—A la que nunca reverenciaré bastante —replicó Teobaldo, lanzándose de improviso a los pies de Paulette, por lo que Paulette hubo de levantarle hasta el diván, tarea que siempre requería mucho esfuerzo.

—Se lo tengo prohibido —recriminó Paulette al jadeante Teobaldo—. Estas etiquetas cortesanas apenas me halagan y, a cambio, le pueden dejar a usted tirado en la alfombra para la eternidad. Debe usted reconducir sus impulsos y no malgastarlos en proezas acrobáticas. ¡Ah, cuánto le ha dañado esa aborrecible Touraine…! Existe un proceso de transformación del arrechucho en caricia. Sea un poco más sibilino, querido, que lo verdaderamente agotador de la pasión es la campechanía. Ahora que le tengo repuesto, ¿quiere decirme de una vez con quién ha soñado la última noche?

—Con falsos fantasmas del pasado.

—O sea, con una antigua novia —tradujo Paulette, cuya curiosidad le ahorraba sutilezas.

—Puedo asegurarle, señora —pudo Teobaldo—, que en mi desastrada vida sentimental no me queda etapa que padecer. De las experiencias que usted, en su temprana edad, ha conocido ya, ¿para qué hablarle? De las que le esperan, que son casi todas, imagine lo que significa sentir amor por una, hoy olvidadísima, primera novia, horrenda como cualquier novia primera, gracias a su increíble parecido con una, entonces jovencísima, actriz, que, por lo mismo, o sea el absoluto parecido, durante sesenta y cinco años me resultó estomagante, hasta que anoche volví a enamorarme de ella, actualmente de una edad que calcule usted, lo que en lenguaje onírico podría indicar que he vuelto a enamorarme de mi novia primera, a causa del dichoso parecido. ¿Me sigue el delirio, querida?

—Con las dificultades propias de mi inexperiencia en materia de una primera novia dedicada a la escena —confesó Paulette.

—Ésa era la actriz —precisó Teobaldo—, quien, por su parecido asombroso, me permitió en mi juventud soportar el amor de una mujer horrenda. Dos mujeres horrendas, que además se parezcan, acaban con la resistencia de cualquiera. El hombre tiene una capacidad de horror limitada.

—El hombre tiene limitada cualquier capacidad —sentenció, pensando en los hombres, madame Dupont.

—Salvo que transfiera los fantasmas del pasado a las quimeras del presente. Mi venerada —y Paulette le sujetó, antes de que volviera a arrojarse a sus pies—, la novia soñada, bajo las apariencias de la soñada actriz, ¡asómbrese!, tenía una sospechosísima falta de parecido con usted.

—¿Qué insinúa, Thibaut?

—Lo que usted, idolatrada, finge no entender.

—Entiendo, aun a mi pesar, que, al final de su brevísimamente lúbrica pesadilla, yo no era. ¡Pues hasta ahí podíamos llegar! ¡Resulta inadmisible que me tome a mí como negativo de sus ardores, señor mío! Espero que, como toda persona civil, sepa usted calmarse con quien menos le convenga. Con las gentes que apreciamos no se hacen las cochinadas.

—Totalmente de acuerdo, querida.

Como solía ocurrir en el transcurso de sus íntimas conversaciones, a Paulette se le quedó dormido el interlocutor. Una

sonrisa, casi infantil, curvaba sus labios y Paulette esperó a la normalización respiratoria para tantear quedamente aquel enjuto cuerpo que, cubierto por el paño de la levita, la sumía en un marasmo de turbación. Confiada en la profundidad de las modorras matinales de su maniquí, Paulette reclinó el rostro sobre el pecho de Teobaldo. Sus manos temblaban, temerarias y ajenas, mientras bajo ellas iba surgiendo una inventada musculatura incógnita.

Precisamente El Incógnito, que aquella mañana había vuelto con un humor excelente del castillo, utilizaba su musculatura en perseguir por la pradera, que se extendía delante de la cabaña, a Ignorantia Destra, quien se le escapaba, grácil, reidora y con pamela. Embriagados de sol y de brisa resinosa, ambos olvidaban que Fleminga, encadenada a la chimenea y justamente hambrienta, caminaba por el rancho del mediodía, pero unos golpes de nudillos en la puerta del gabinete obligaron a Paulette, al separarse repentinamente del dormido cuerpo de Teobaldo, a interrumpir la ensoñación, también de pradera y de pamela, pero sin Ignorantia Destra.

—¿Da usted su permiso, señora? —preguntó Venus Carolina Paula.

El despertar del paradigma

Lección 24

—Entra —contestó Paulette, después de haberse trasladado a una butaca.

Venus Carolina Paula se encontraba lejos de tomar aquella grave decisión de confiarse a su señora, antes de que Duvet hubiese aparecido en su mansarda. Cuando su madre, sin percibir la presencia de la hija en la sala ovuliforme, introducía en el gabinete privado al caballero, Duvet, sintiendo la necesidad de relacionarse con un ser humano que le producía la vida en familia, había corrido por la casa vacía hacia la escalera de servicio.

—Pero ¿es que esta mañana no te ha encerrado? —masculló Venus Carolina Paula, desde la cama turca.

—Esta mañana anda disfrazada y sandunguera alrededor del señor García.

—Mejor para ella, leñe, que sabe sacarle el jugo a la vida. Aunque de ese sarmiento sacará poco y, encima, agriado. ¿Qué quieres tú?

Duvet se sentó en una esquina de la cama.

—Verte la cara, por lo menos.

—Demasiado vista me la tienes. Y ¿qué más?

—Pues… que charlemos un ratito. —Venus Carolina Paula mantenía sobre los ojos el antebrazo izquierdo—. ¿Te apetece darme clase de cartilla? O a lo mejor te apetece más que vayamos al cine… Si a ti te distrae, a mí no me importa.

—¿No dices que el cine te distorsiona las facultades cognoscitivas? Además, para películas estoy yo… Hala, vete por ahí a jugar con la condenada retórica y déjanos a las personas mayores en paz.

—¿Quieres que te cuente *Los caracteres*, de La Bruyère? ¿O *Grandeza y servidumbre militar,* de Vigny, que es un poco más movida, aunque ligeramente menos edificante que *Los caracteres?*

—Quiero leches. Y, además, conoces esos tratados porque yo te los he leído. Y, para más inri, no me apetece ni *Lo que el viento se llevó*. Para que te enteres… Lo único que quiero es estar sola, completamente sola, ¡más sola que Dios antes de hacer el mundo! Hasta que me muera.

Duvet se encogió para que su silencio sonase menos. Si tragaba saliva despacio, la angustia acababa por irse garganta abajo. Luego, Venus Carolina Paula dejó caer su brazo izquierdo y suspiró. Duvet fijó sus ojos en los ojos abiertos de Venus Carolina Paula, que no la veían. Con la punta de los dedos le acarició un tobillo y Venus Carolina Paula retiró la pierna, como si los dedos de Duvet fuesen los colmillos de *Kazan, perro lobo* (de James Oliver Curwood). A Duvet los recuerdos de mejores tiempos literarios le llegaban, desde la memoria automática, exangües. Poco a poco, pero como si la certidumbre viniese de una época lejana, Duvet comprendió que nunca sería escritora.

—Ya nunca escribiré nada —anunció en voz alta, tanto para afianzar su determinación como para oír una voz, aunque fuera la suya.

—Enhorabuena… Así llegarás a ser como tu madre, que es como terminamos todas en este puñetero país.

—¿A qué país puñetero te refieres?

—A Europa, África y Oceanía —recitó Venus Carolina Paula—. Anda, ve a encerrarte a la buhardilla, que ya iré yo a sacarte a la hora de la comida. No puede tener una tranquilidad ni para amargarse.

—Pero si me estoy quieta… Además, carece ya de sentido que me encierre en la buhardilla, porque ya no voy a ser Flaubert, ni Stendhal, ni siquiera Edmond y Jules Huot de Concourt. ¿Me permites que te dé un consejo, Venus Carolina Paula, ahora que soy una persona normal? Como estás tan triste… Jamás te había visto de un tristeza tan enorme.

—No me vengas con consolaciones librescas, que lo que yo necesito es no pensar.

—Te juro que no es de libro, que es un remedio sacado de la experiencia cotidiana. Nunca, pero nunca jamás —a Duvet, contra su voluntad, se le estranguló la voz— volveré a querer ser Flaubert. Mi consejo es que procures vivir los acontecimientos cuando hayan

pasado. Hay días que te das cuenta de lo triste que debiste haber estado la tarde anterior, que no estuviste triste. Entonces, al darte cuenta con retraso, no es que te libres de estar triste, pero tampoco te ahoga lo mismo, parece como más de teatro la tristeza. Con la alegría, pues parecido. Lo que ocurre es que los problemas de la alegría no suelen encapsularse y tienen menos efecto retardado.

—Pero ¿qué sabrás tú, que en vez de estar viva estás encuadernada, de lo que es la tristeza y, sobre todo, de lo que hay más allá de la tristeza? Déjame en paz, coñe, que yo no soy Escarlata O'Hara.

—¿Quién es Escarlata O'Hara? —pensó replicar Duvet, con el fin de demostrar su buen gusto, pero recordó que había abandonado las letras definitivamente y replicó:

—Tú me enseñaste aquel diagnóstico de tu casi paisano, el señor Pessoa, que en lengua portuguesa dice así: *O poeta é um fingidor / finge tão completamente / que chega a fingir que é dor / a dor que deveras sente* [29]. Hay que reconocer, incluso aunque una ya no sea del oficio, que los versos del señor Pessoa son preciosos… —y Duvet se quedó embelesada, con una expresión de fingido embelesamiento.

—Así que —concluyó Venus Carolina Paula, sentándose, de repente, en la cama— has abandonado definitivamente la literatura, ¿no?

—Sí —murmuró Duvet, ruborizándose—, pero ella a mí tardará en abandonarme, porque es de esas querencias que se llevan en la sangre. Aunque, por decencia, se diga que no.

—Como la leucemia, vamos.

—Bueno…, sí. Pero aún menos útil. Llega un momento en que ves claro que, con independencia de que a una la neurotice obsesivamente, a los demás no les sirve para nada.

—Igualito que la leucemia, ya te lo decía yo, mujer —Venus Carolina Paula se apretó el pañuelo, que llevaba anudado al cuello, y a Duvet le alegró aquel gesto de coquetería—, que a ratos puede que hasta distraiga, pero que a la mayoría de las personas les resulta contraproducente.

—¿Contraproducente? Sobre todo, tan inútil… Un escritor es la persona menos indicada para consultarle un caso humano, como el tuyo. ¿De qué me han servido contigo mis conocimientos literarios,

ahora que necesitas ayuda? ¿Qué solución pueden brindarte mis habilidades para un correcto empleo del pluscuamperfecto de indicativo en la flexión del tiempo narrativo? Y ¿de qué me sirven a mí, para conseguir respetar a mi padre, mis estudios de sociología literaria, que es disciplina más próxima a la verdad familiar que la literatura, o de historia literaria o de geología literaria o de contabilidad literaria, llamada también ciencia del cobro de los derechos de autor, en la cual son tan versados, para poco, la mayoría de los autores?

—Alto el carro y no te me pongas elitista.

—Tú no ignoras, Venus Carolina Paula, que nunca, cuando iba para escritora, me preocupó lo más mínimo la materia económica.

—Pues no olvides, hija mía, que nuestro primer poeta del que sabemos su nombre, nada más empezar la biografía del santo Domingo, a la altura de la segunda estrofa, si no recuerdo mal, tasa el copyright, entre modesto y borrachín, en un vaso de *bon* vino. O sea que, como ves, la cosa no es de hoy. —Venus Carolina Paula, girando las piernas, saltó al suelo—. Y menos humos, señorita.

—Yo no soy borracha, ni modesta —afirmó Duvet, poniéndose también en pie.

—Por ahora… —insinuó, como quien ve el futuro, Venus Carolina Paula.

La cual, con la cofia en la mano, salió, dejando a Duvet estupefacta e inquieta, un combinado del que no se libró ni olfateando los recios olores de la mansarda, ni examinando los dos collares de abalorios que pendían de una pared, ni tironeando de la cuerda que pendía del techo y que Venus Carolina Paula debía de utilizar para tender de viga a viga su colada. En estas distracciones, le invadió una tentación de inutilidad y aniquilamiento, algo que Duvet interpretó como una nostalgia de la escritura, y se dirigió hacia la buhardilla de sus prisiones, porque abajo todo el mundo le diría que estaba estorbando.

Fue entonces, más o menos, cuando la llamada de Venus Carolina Paula en la puerta del gabinete privado obligó a Paulette a, separándose repentinamente del dormido Teobaldo, mudarse del divancito de las confidencias a una butaca.

—Entra —oyó Venus Carolina Paula, y que aquella mujer de clase hubiera reconocido su forma de repiquetear fortaleció la grave

decisión, que había ido tomando mientras perdía el tiempo y la paciencia entre Pessoa y Berceo.

—Señora…

Paulette con un dedo en los labios le ordenó silencio, a la vez que con un inimitable arqueo de sus cejas (dibujadas) le indicaba a *monsieur* Thibaut, que dormía, quizá injustamente, un sueño de justo. Venus Carolina Paula se precipitó a caer de hinojos ante Paulette. Ambas se miraron y ambas vieron, en los ojos de la otra, las verdes llamas de una común ofensa.

Paulette cogió las manos de Venus Carolina Paula. Venus Carolina Paula descansó las nalgas sobre los talones y besó las manos de Paulette. Después de dejarse besar las manos durante un tiempo feudalmente prudencial, Paulette, con la experta delicadeza de una enfermera diplomada, fue desprendiendo del cuello de Venus Carolina Paula el pañuelo. Venus Carolina Paula cerró los ojos y se abandonó a la suavísima caricia de los dedos de Paulette en la cicatriz. Cuando Paulette acababa de anudarle de nuevo el pañuelo, a Venus Carolina Paula le pareció congruente que, a continuación, su señora le quitase la cofia.

—Pasemos a mi *boudoir*, querida muchacha —susurró Paulette.

—*Madame* —suplicó Venus Carolina Paula, nada más penetrar entre los rasos—, no necesito consejo, sino comprensión.

—La de una hermana encontrarás en mí.

—He sufrido, *madame*, la más degradante afrenta que una doncella puede recibir.

Paulette (a la que una mañana cargada de acontecimientos psicológicos potenciaba hasta la perfección su señorial comportamiento de a diario) despojó a Venus Carolina Paula del blanco delantal, mientras investigaba:

—Supongo que habrás tenido la prudencia, mi pobre amiga, de no limitarte a esas pruebas caseras del papelillo de tornasol o de la rana.

—Pero, señora, si precisamente no se trata de un embarazo, sino de todo lo contrario.

—Ah… Entonces, siéntate a mi lado.

Tras acomodarse juntas en una muelle liviandad, Paulette dejó de preguntarse qué podría ser todo lo contrario de un embarazo, valoró por vez primera en varios años los atributos de Venus

Carolina Paula y, reprimiendo una sorprendida admiración, formuló la pregunta de rigor:

—¿Quién es él?

—Un jardinero público.

Y Venus Carolina Paula comenzó el relato desde las primeras miradas en el parque, desde aquellas primeras palabras aprovechando que Duvet trazaba en la arena con una ramita la estructura de un soldado entre los tilos. Que el jardinero no era de fiar lo temió al poco de su conocimiento, cuando así, por las bravas, le había propuesto matrimonio. Ahora bien, ella le paró los pies y dejó, pero que muy claro, que no era ella mujer que consintiese proposiciones de esa índole. Podía jurarle a la señora que la Pequeña no percibió nunca ninguno de los besos y arrumacos que siempre habían tenido la precaución de propinarse a sus espaldas, cuando ya los rayos del sol escapaban por los senderos, en esa hora tan conmovedora que ni es de tarde ni es de noche. Ahora comprendía que aquélla había sido la única etapa dichosa de sus relaciones, pero, como una siempre va a más, y justificadamente, porque el jardinero, además de apuesto, era guapísimo de perderse, ella quemó la etapa invitándole a su mansarda. El jardinero, tras dilaciones, remilgos, dimes y diretes, nuevos amagos matrimoniales y una firme amenaza de abandono por parte de ella, accedió, en horas de asueto oficial de ambos, a subir a la mansarda. Y a quitarse el uniforme unas semanas después de su primera subida, que más que uniforme parecía una armadura de esas que sólo quedan en las reales armerías.

—Eso sí, mereció la pena tanta lucha. Con su permiso, señora, ¡qué cuerpo de hombre…!, ya que no sería acertado decir ¡qué hombre…!

A esta altura de la narración de Venus Carolina Paula, Paulette, cuyo instinto le había venido advirtiendo con paulatinas sospechas, recibió un trallazo de clarividencia.

—Aprovechando, mi fiel amiga, que estamos solas y entre mujeres, si no te resulta penoso y para que yo me haga una idea exacta del asunto, descríbeme con detalle a tu jardinero sin su uniforme.

Animada Venus Carolina Paula por la atención que a sus pesadumbres prestaba madame Dupont, se permitió el lujo de la

prolijidad, de tal manera que cayó en la obscenidad más estimulante, antes de caer sollozando entre los brazos de Paulette, quien acabó, a su vez, sin la menor duda de que el jardinero público, que había encandilado, sobado, refregado, frustrado y abandonado a Venus Carolina Paula, no podía ser otro que El Incógnito, porque ciertos modelos la Naturaleza ni los prodiga ni los repite.

—¿Se da cuenta, señora, se da usted cuenta de la situación en que me ha dejado?

—Sí, hija —asintió Paulette, olvidando su papel de hermana—. Te comprendo como nadie sabría comprenderte.

—Estoy tan amargada y tan comprimida, fíjese, que en una de éstas me despido y me pongo a servir en una casa de mala nota…

—¡Jamás!

—… o me estoy quieta, cuando don Teobaldo intente pellizcarme por los pasillos. ¿Qué puedo hacer, señora, si no sirvo ni para colgarme de una viga?

—Tú no te preocupes, que de esa amargura y de esa estrechez te saco yo —prometió Paulette, en principio por prometer y aterrorizada ante la posibilidad de quedarse sin criada.

—Cuanto antes, señora, que soy muy joven y el problema no es sólo del alma, ¿me entiende usted?

—Tanto, Venus Carolina Paula, que me comprometo a dejarte vengada y satisfecha.

Indudablemente quien habría podido cumplir de inmediato esa promesa, hubiese sido Bonus Eventus, pero Bonus Eventus tenía en aquellos momentos entre sus brazos una caja, tamaño súper, con la marca registrada de unos afamados bombones. Destinado a la patrulla mandada por Laetitia Rubicunda y de la que también formaban parte Virtus Deserta y Utrumque Tempus, al igual que las otras en que se había dividido la Horda después del incendio de la escuela, cumplían la doble misión de actuar como grupo aniquilador y de buscar a Ignorantia Destra viva o muerta, para poder matarla o enterrarla respectivamente. La ciudad, su periferia y los monumentos que la han hecho célebre en el orbe, comenzaban a resentir el paso de los cuatro jinetes del Apocalipsis, multiplicados por diez patrullas.

De vez en cuando, hasta las inmediaciones traseras del palacio

presidencial llegaba el estruendo del sabotaje generalizado. Bonus Eventus deambulaba detrás de Utrumque Tempus, quien, disfrazado de recadero de confitería lujosa gracias a un casquete redondo y con barboquejo, seguía a Laetitia Rubicunda y a Virtus Deserta, ambas, cogidas del brazo, con impecable aspecto de jovencitas integradas. La masa de secretarias, que salían con media hora para almorzar de las anglosajonas embajadas de la zona, provocaba en Bonus Eventus la lastimosa lujuria espoleada por el miedo imparable de la espera. Así que, al detenerse Utrumque Tempus porque las muchachas se habían detenido en la esquina de la rue du Faubourg Saint Honoré con la rue de L'Elysée, Bonus Eventus se adelantó a comunicar a Laetitia Rubicunda que se iba.

—¿Ahora, precisamente, cuando el palomo está a punto de aparecer? —preguntó Virtus Deserta.

—Es que ahora, precisamente, he recordado un lugar donde quizá se esconda Ignorantia Destra —recordó, sin convicción, Bonus Eventus.

—No seas bobito, que no te largas —razonó Laetitia Rubicunda.

—Acúerdate —insistió Bonus Eventus— de que La Foudre ha ordenado la retirada en cuanto oigamos a los bomberos. Además, hoy a lo mejor se queda a comer en el despacho y no va de inauguraciones, ni de tumbas anónimas. Digo yo —dijo Bonus Eventus, en el instante en que resonaron las trompetas.

—¡A vuestros puestos! —arengó Laetitia Rubicunda, ahuecándose el vestido de organdí—. Y que cada cual cumpla con su deber.

Utrumque Tempus arrebató la caja de bombones de los brazos de Bonus Eventus, que se quedó en el bordillo de la acera viendo a sus colegas de Terror abrirse paso, con graciosos y reposados ademanes, entre los caballos del escuadrón de la guardia, los automóviles de escolta, los racimos de guardaespaldas y los ujieres galoneados. Aprovechando esa agitación que se deriva de la salida a la calle de los que tienen siempre algo que temer, Virtus Deserta y Laetitia Rubicunda alcanzaron el descomunal vehículo unos segundos antes de que el personaje entrase en él. Un conato de alarma, que apenas descompuso el envaramiento ritual del tipo, fue sustituido, cuando ambas jovencitas ejecutaron una reverencia, por una parodia de acogedores brazos desplegados, que el fulano no

dejaba de prodigar, a veces sin venir a cuento, desde que lo había aprendido en su reciente visita oficial a los palacios vaticanos. Una pareja de agorilados guardaron los pistolones y Bonus Eventus, que estaba allí para cubrir una eventual retirada, se metió las manos en los bolsillos del pantalón e introdujo los correspondientes dedos en las anillas de las granadas rompedoras. A pesar de la distancia y de los clarinazos de los coraceros, Bonus Eventus creía oír decir a Laetitia Rubicunda que se le permitiese, en nombre de su tía, la legítima del primer ministro, y en atención a las incontables concesiones otorgadas a la familia, entregar —Utrumque Tempus, con el requerido aire hortera que le era natural, se adelantó tres pasos— un sencillo presente. La caja, tamaño súper, pasó de las manos de Utrumque Tempus a las de Virtus Deserta, quien se la entregó a Laetitia Rubicunda, que se la ofreció al supremo capitoste, con otra reverencia, y que el baranda mantuvo a medias con la rigidez que requería, para inmortalizar la escena, el fotógrafo de palacio. Tras lo cual, un gorilazo besó a las jóvenes sobrinas, el ujier principal le palmeó las nalgas al recadero y el personaje entró en el coche, sin soltar la caja de bombones, en los que se había inyectado una síntesis de mercurio, semillas de veratro, cebolla albarrana y alcaloide escorbútico, conseguida por Protoplastos Serpentino durante una aprovechada clase práctica de química inorgánica.

—Os habéis dejado fotografiar, insensatas —venía regañándolas Utrumque Tempus.

—Saldremos irreconocibles, porque hemos hecho muecas. La lástima es que habrá que quemar estos vestidos.

—Pues mira —coincidió Virtus Deserta—, son pijamente convencionales, pero nos sientan bien.

—Ahora, a dispersarse sin precipitaciones. Y tú, Bonus, no olvides telefonear a La Foudre para decirle que el atentado nos ha salido que ni pintado por Delacroix.

Bonus Eventus no tuvo que escuchar más para escapar, sorteando a las mesnadas del orden, que vomitaban las vecinas dependencias del Ministerio del Interior. Puesto que, a su edad, la carrera alocada es un sistema de traslación que no despierta recelos, nadie le detuvo. Cuando llegó a la verja, tuvo que dejarse estar colgado de los barrotes, viviendo un adelanto del asma senil de Teobaldo. Luego, Motmot, desde una ventana del piso superior y en

el salvaje estado de íntegra desnudez en que solía pasar sus horas solitarias, le instaba a entrar.

—¡Señora! —se pasmó Bonus Eventus, el encontrar el vestíbulo rebosante de carne—, ¿ni siquiera unos mitones?

Pero, de inmediato, advirtió que tampoco se había maquillado y, lo que era más insólito, le hizo seguirla a la biblioteca sin un beso de bienvenida.

—Lee esta carta, si te lo permite su estilo mitad gracianesco, mitad nacionalsindicalista.

Bonus Eventus fue desnudándose, por aliviarse de los ardores de la carrera, mientras leía la misiva en que su devoto García de García reclamaba a madame Touraine de la Voilissière, sin que la reclamación implicase desatar promesas de anudamiento, la devolución de arras, que habían sido adquiridas con créditos presupuestados y librados para la defensa de Occidente, cuando una casta pasión le había hecho suponer que su prometida era más partidaria de la defensa que aficionada a las corrupciones con las que el peligro amarillo mina, debilita y enferma nuestra civilización secular y sus logros.

—¿Qué significa «arras»? ¿Qué pretende con lo de amarillo? ¿Por qué amenaza a Occidente con no desatarse? —preguntó escalonadamente Bonus Eventus, aproximándose a una Motmot taciturna y sentada en el borde de un pupitre de lectura.

—Significa que le devuelva la diadema que me regaló.

—Pues devuélvasela usted —opinó Bonus Eventus, quien, encaramándose a una banqueta y asiéndose a un facistol, consiguió a la primera una prometedora posición.

—Jamás he devuelto unas arras. Lo que me inquieta es que ha dejado de correrle prisa nuestro matrimonio y vuestro millón. ¿Estás cómodo, cariñito? —Mediante un impulso de sus caderas, Motmot reveló a Bonus Eventus la succionante sensación que tuvo Jonás en la boca de la ballena—. Algún hechizo me lo está distrayendo. Y la traición de Ignorantia Destra no ofrece dudas, porque ese carcamal está a punto de saber dónde escondéis los ahorros.

(Ignorantia Destra, tendida en la litera de arriba, observaba a Fleminga devorar el guiso, que ella le había traído en un cuenco, dado que la cadena no le permitía a la encadenada llegarse hasta la

electrónica cocina de la cabaña.)

—¿Usted cree, tórtola mía?

—Hay que encontrar a esa criatura, probablemente ya degenerada —prosiguió, pensativa aunque oscilante, madame Messaline—, y por una vez darle la razón a La Foudre. De mi perverso prometido hemos de esperar lo más dañino. El momento es crítico. Pero no tiembles, mi hermoso Bonus. Por lo que he oído en la radio, hoy habéis emprendido una devastación de esas que tanto os gustan. Ay, ¿cuándo aprenderéis a destruir las instituciones en silencio? Por cierto, trotoncito, ¿dónde habéis establecido el cuartel general?

—En los fundamentos y alcantarillados de la ciudad, hasta los cuales hemos abierto un túnel desde el sótano de los Dupont —delató Bonus Eventus, quien en aquellos instantes consideraba una palabra como la peor traición.

—Va siendo hora de que yo intervenga. Lo más urgente es aplicar a Teobaldo un plan de brutal hormonamiento. ¿Estás de acuerdo?

—Señora, lo único que me parece urgente —opinó Bonus Eventus— es proclamar que resulta usted infinitamente más apetitosa a pelo que con afeites.

Madame de la Voilissière hundió a Bonus Eventus entre sus pechos y de los mismos nació un rugido, que fue a rebotar, a través de los ventanales de la biblioteca, contra el cielo de París.

Como un eco —imposible—, Paulette lanzó desde sus entrañas una carcajada histérica de apariencia inacabable, que interrumpió a Venus Carolina Paula el arreglo del boudoir. Después de haber tranquilizado a su doncella con persuasivos acentos y promesas, Paulette la había dejado frenética de actividad doméstica y había regresado al gabinete privado, donde Teobaldo continuaba sumido en el sueño. Sentada a su lado, Paulette recuperaba, con dificultades, las brumas de un ensueño particular, cuando súbitamente se había sentido asaltadísima.

Y, sin embargo, Teobaldo persistía en su modorra inmóvil.

—¿Qué va a hacer usted, señora? —preguntó desde el umbral del gabinete Venus Carolina Paula.

—Abofetearlo, por si acaso ha sido él —respondió, abatiendo su mano sobre la rugosa mejilla, Paulette, escocida aún por aquella

caricia, que nunca imaginó que pudiese una mujer recibir.

Sobre la buhardilla de Duvet se desplomaban los múltiples estruendos y bramidos que rasgaban a aquellas horas el aire de París. Duvet, aplicada en componer una renuncia a las artes literarias, escuchaba sólo el goteo de las palabras, los arañazos para arrancar de la nada una imagen. En el fondo, aunque se tratase de redactar el testamento de Flaubert, se encontraba feliz de volver a ser Flaubert.

La puerta se abrió de golpe.

—¡Qué buena y qué maravillosa es tu madre! —gritó Venus Carolina Paula.

A Duvet estuvo a punto de adelantársele diez años la menstruación. Por lo pronto, comprendió que la única realidad soportable es la que no existe.

Virtualidades

Ejercicio de adivinación

> … no consideres, pues, temeraria mi sospecha de que perteneces, inquietante amigo, a ese género de la especie de los que únicamente por sus sueños podrían alcanzar algún conocimiento de sí mismos. Pero ¿qué sueños recuerdas, si duermes tan descuidadamente que en los espejos de la mañana sólo escudriñas el mapa de tu barba y la sima de tus bostezos? ¿Esperas acaso encontrar los solapados rasgos de tu auténtico ser en ese espejo tornadizo que es tu esposa? Desconfía de la que, quizá por una afición desmedida a las antigüedades, ha entronizado a vuestro protohistórico huésped en el cénit del hogar. No leas en estas líneas reproche específico o malevolencia acerba respecto a madame Dupont, cuyas…

En este apacible atardecer, Georges interrumpe su paseo y la lectura de la carta de Maurice L'Encre, no a causa de la muchedumbre que a rudas maneras contienen los gendarmes ante el Hotel de los Inválidos, sino porque, sencillamente, ha chocado contra una farola. Pero, con independencia de la causa, Georges aprovecha para contemplar las furiosas columnas de humo, que ocultan la cúpula, y para enterarse por los comentarios de los mirones enterados que el séxtuplo sarcófago imperial ha quedado reducido a pavesas. Cuando Georges reanuda la caminata, siempre con la resma epistolar en una mano, ha de evitar, además de la farola, al gentío, lo que le permite descansar su espíritu en la dulzura de la tarde. Desde que Georges ha desesperado de encontrar a Fleminga en la vorágine callejera, apenas resiste la oficina. Por si fuera poco, el consejero delegado le incita a que abandone el despacho, porque el fario financiero de Georges es tal que el consejo de administración tiene comprobado que, cuando Georges no está en su despacho, suben en bolsa los valores de la empresa. Esta afortunada coincidencia de no aguantar la oficina y de que la dirección te anime a largarte, permite que Georges dedique mucha

jornada a pasear sus depresiones. Entre las cuales no es la menor que Paulette, habiendo decidido instaurar la felicidad y el orden en la mansión, hubiese decidido eclipsar la luna de miel en la que Georges había encontrado un sucedáneo —y más efectivo que el principal— de Fleminga. Al pasar por el puente de Solferino, Georges se detiene a intentar descubrir en las puercas aguas del río algún augurio. Ve sólo pasar un barco-mosca, con las luces recién encendidas, sobre cuya rutilante cubierta ni siquiera reconoce a Teobaldo en el Anciano que dialoga animadamente con un joven. Mecánicamente Georges retorna a la prosa mistagógica de Maurice, cogiéndola por donde la había dejado:

> … innegables virtudes están por demostrar, puesto que, desde siempre, te he advertido contra esa tendencia masculina a mirar el mundo por un agujero pubiano, sea el conyugal o el intermitente. Temo que, recreándote en los laberintos de tus sentimientos, estés a punto de coronar un día de éstos la cima de la insensibilidad, esa cumbre de las simulaciones acumuladas desde la que se divisan ya las llanuras de la autocompasión, la enervadora certidumbre de que el mundo está mal hecho y tú, bien. ¡Por los mil rabos de los cien diablos!, ¿no estás ya dispuesto, si tarda en volver, a sustituir a una amante (probablemente no poseída) por la primera incitación que te salga al paso, sin pensar que esa inminente incitación pueda resultar lo desconocido? Y para un sujeto como tú, estimado Georges, lo desconocido, así sea el amor, resultará siempre el espejo en el que, sin haberte visto nunca previamente en tus sueños, te reconocerás y sin remedio. Disculpa este exabrupto, producto de la enfermedad, que en las últimas semanas me tiene apartado de todo trato humano, excepto el de mi portera. Es tan monótona la rutina de mi existencia.

Nada más cruzar el puente de Solferino, Georges interrumpe la lectura para atravesar incruentamente el Quai des Tuileries. La paz de los jardines le hace pensar cómo un tipo que ve sólo a su portera puede suponer (acertadamente) que él aún no ha conseguido yacer con Fleminga. Tampoco se explica que Paulette, en la excelsitud de la pasión, hubiese exclamado:

—Se diría que te ha abandonado una amante… No obstante, Georges, atengámonos a los hechos y sigue, sigue, mi tesoro, no te

detengas ahora…

Sentado en una silla municipal, Georges deduce que un conjunto de aseveraciones, siempre que sean paradójicas y malévolas, forma el único sistema de pensamiento que domina el sistema de relaciones de las personas con las que convive. Naturalmente, tras descubrir que la sinceridad y la inocencia están de su parte, Georges se siente aislado y dispensado de cualquier solidaridad con sus semejantes, parientes o no, a excepción de Duvet, que es sangre de su sangre y, encima, no le plantea complicaciones. Así pues, reanuda la lectura, con la decisión de no dejarse convencer por lo que lea y a título de morbosa curiosidad:

> … que una enfermedad constituye una fiesta. He observado que la mínima fiesta (por ejemplo, una gripe o el inicio del Ramadán) me empuja al impudor descarnado, igual que a ti cualquier conmemoración (un reparto inesperado de beneficios o un día soleado) te empuja a la carnalidad impúdica. De tal manera que, mientras tú palpas en tu ceguera genesíaca, yo clarividentemente te veo abocado al error y a la estupidez. Ya que de las cenizas de tus equivocaciones siempre has renacido más inmune al conocimiento de ti mismo, queriéndote más y más insolidario, me encuentro precisado a aconsejarte con la máxima severidad que procures no conocerte. Si en alguna ocasión, incluso próxima, te he aconsejado exactamente lo contrario, considera que a gente como tú es difícil saber lo que os conviene. Con tal desenvoltura te liberas, te desinhibes, te contentas, te acaricias, que asusta imaginar en lo que te convertirías, si, por un golpe del azar, te liberases total y auténticamente. En esas limpiezas de alma a las que te dedicas cuando las circunstancias te son desfavorables, ¿dónde arrojas los desechos que sacas a la luz, la maraña de terrores que afloran, el nudo de debilidades que extraes, las alimañas que despiertas en los limos de tu conciencia? Y te pregunto: ¿merece la pena ser más libre (si es que uno lo es, cuando está más liberado) a cambio de tener repletos, sin saber dónde vaciarlos, los cubos de la basura? Dichoso el hombre que muere sin haberse amado, sin haber intentado abrazar una imagen mejor de sí mismo, que vive y muere en el estiércol. Dichoso tú, Georges, que, cuando te liberas, le pasas la porquería al que más cerca tienes. Sin embargo, conjeturo que los acontecimientos que se avecinan te van a impedir endosar el basurero.

Georges, que ha llegado ya a la plaza Vendôme, presiente, con la personalidad deshilachada que le queda, el riesgo en que le ha puesto esa carta de derivar hacia la iglesia de la Madeleine, entrar, postrarse y pedir destino. Como, para suerte suya, Georges entiende a tercias el estilo psicologista de Maurice L'Encre, se preocupa más de buscar una papelera municipal que de cambiar de vida, porque, realmente, no es fácil cambiar de vida mientras uno pasea por hermosas calles durante un tranquilo atardecer. Salvo las dos últimas páginas, la carta de L'Encre se queda en la papelera. Eludiendo la columna, su estatua y sus bajorrelieves, Georges decide apurar la hiel hasta las heces, por si la prosa de Maurice, que todo lo sabe y todo lo adivina, le proporciona alguna indicación sobre el paradero de Fleminga:

> ¿De qué te valdrá poseer ese cuerpo, que tú ves violeta porque lo es, si ella anhela un cuerpo opuesto, al que rechaza el cuerpo (espléndido), que tú economizas? No recrimines, por consiguiente, a tu esposa de poner orden y felicidad en un hogar corroído por la conspiración, alucinado por la literatura, huracanado por la lujuria de la emigración laboral y, por si no fuese bastante, hechizado por la senilidad. Recuerda, Georges, cómo calmabas tu conciencia con óbolos a las resistentes fuerzas de la reconciliación nacional pacífica y qué clase de sujeto ibero te ha correspondido, cuando, fenecida la opresión, pueden ya los iberos traspasar las fronteras. Y si de las kermeses humanitarias sólo has obtenido a Teobaldo García, ¿no te espanta intuir en qué aristocráticos brazos acabará por gozar tu (espléndida) esposa? No te lamentes luego, amigo mío, que avisado estabas. Tampoco te duelas de perder lo que crees desear y de desear a quien crees detestar. Sólo tu buen gusto, tu encomiable espíritu de clase, te librarán de encontrar en cama servil a la que te satisfaría. Pero la única que podría guiarte se encuentra extraviada en la dicha y en la conjura. Y la que podría equipararse a tu ignorancia se halla casi en agraz y falsamente secuestrada. Estás solo, Georges, absolutamente solo, y únicamente en tu soledad podrás aprender lo solo que te encontrarás cuando acaben tus solitarios paseos al anochecer. Por último (y ésta es la finalidad esencial de mi carta), te insto enérgicamente a que huyas de lo que, de un momento a otro, vas a encontrar. En el supuesto, muy improbable, de que te des cuenta.
>
> Tuyo,

Por si acaso, Georges aprovecha las primeras farolas encendidas para refugiarse en un bar, en cuya barra solicita con sonrisa adecuada un enorme trago. Él es el único cliente y la única barwoman declara llamarse Rosina. La muchacha, mientras le sirve, le sonríe con una espontaneidad tan asombrosa que Georges cree ser el que es ante los demás. Como eso siempre resulta agradable para quien pasea demasiado consigo mismo, Georges brinda en honor de Rosina, que empieza a manifestarse aceleradamente seducible o seductora. Aunque Georges, empachado de advertencias iniciáticas, no está para distingos, no duda que la camarera es la incitación prometida y planea ya una excusa verosímil, que le permita regresar a casa de madrugada.

—¡Ya está! —grita Rosina.

—¿Tan pronto? —se regocija Georges.

—A la hora que avisaron —constata la camarera, complacida por la puntualidad de la explosión.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser? Los que telefonearon que habían colocado una carga de trilita bajo el escenario de la Ópera.

—Ah… —admite Georges, encontrando ahora justificado que le zumben los oídos y que las estanterías estén vacías de botellas.

—Los de la España no pueden haber sido —deduce Rosina, que ha empezado a barrer los vidrios rotos, porque esta noche iban a cantar *Il barbieri*, de Rossini.

—Nunca se sabe —matiza Georges, dándoselas de hombre de mundo y sin huir, en el decisivo instante en que, asiéndose a los cortinajes de la entrada y en puntas, aparece una esbelta bailarina de turbadora belleza, con las mallas en jirones y las gasas del tutú ensangrentadas.

Nexos binarios en funciones terciarias

Lección 25

Al pasar bajo el puente de Solferino, Teobaldo dio por perdida la diadema.

—Pero, lo mismo que me ha encargado que le repita, cuantas veces sean necesarias hasta que usted lo comprenda, que ella no es mujer de devoluciones, también ha insistido en que le transmita endechas y reproches por la cuarentena en que la tiene usted. Que se está reblandeciendo por culpa de la castidad.

Aunque la tarde era calurosa, monsieur García había exigido ineludiblemente una manta a cuadros escocesa para instalarse en la cubierta superior del barco-mosca de largo recorrido, recreativo vehículo sobre el que había impuesto la cita. Y así, mientras navegaban apaciblemente, Teobaldo, con la manta sobre las rodillas, podía, quitándose y poniéndose el monóculo, creerse el virrey de la India en conversación Ganges abajo con el jefe de sus cipayos, fantasía esta que pocas veces le era posible escenificar a causa de la ramplonería ambiental de la vida conspirativa. Un pastis le daba, si no el lógico, un fuerte sabor a la aventura. Diversas turistas contribuían a dotar a la nave de algún parecido con un barco-harén, lo que afiebraba dichosamente al hidalgo, quien —por secretas motivaciones que no tardarán en saberse— en los últimos tiempos sufría una calentura casi permanente.

—Y si hay algo en que estará usted de acuerdo conmigo, don Teobaldo —concluyó Bonus Eventus—, es que no debemos permitir que la dama se nos afofe.

—Completamente de acuerdo, muchacho.

—O sea —dedujo, con temeridad, el muchacho—, que puedo asegurarla que, desde mañana mismo, reanudará usted sus fogosas visitas al palacete de la Voilissière.

—Aunque desconfío del uso de la sinceridad, seré sincero y te confesaré que esas visitas no me producían demasiadas

satisfacciones.

—¿Por qué?

—Quizá…, no sé… Quizá debido a la indeterminación de mis actuaciones, quizá por la posición escolar a que me veía reducido. ¡No, no, en modo alguno resultaban detestables aquellos ejercicios! ¡Por supuesto que no! Permíteme que me mande servir otro de estos tónicos y que pida para ti un nuevo batido de fresa y de caramelo, si es eso lo que estás ingiriendo, a fin de que podamos brindar por la dama.

—De fresa, caramelo y chocolate. Para corresponder a su sinceridad, no le comprendo, don Teobaldo. Tanto yo, en cuanto monitor, como la señora Marcelina, en cuanto inmensidad a ocupar, comprobábamos, sesión a sesión, sus adelantos.

—Estos días en que, por circunstancias milagrosas, vivo inmerso en la esencia de la femineidad, puedo juzgar ecuánimemente los sacrificios de mi prometida por hacerme feliz. Pondero también tu colaboración, mocito, si bien sospecho que en tus esfuerzos ponías algo de esa lascivia irreprimible que corroe a la juventud actual.

—Algo, don Teobaldo. Pero porque no había más remedio.

—En todo caso, le dirás a mi idolatrada Touraine que sigo estimando vigente nuestro compromiso matrimonial, aunque sólo sea en consideración a los imperativos del amor cortés. Añade que me aguarde con paciencia, que no tardaré en volver a su tálamo. Eso sí, retornaré para una boda inmediata, sin más dilaciones, ni aprendizajes, ni exámenes de mi innegable virilidad. Por eso, pretendo que me devuelva la diadema que le regalé. Para que un orífice la transforme en anillo de desposada. Y, ahora, brindemos. ¡Por mi dama!

—Por su dama, don Teobaldo. —Bonus Eventus, después de endulzarse la garganta, se mostró pesimista—. De la diadema, olvídese. Madame Touraine de la Voilissière será un compendio de perfecciones, como a usted y a mí nos consta, pero es terca como una urraca. En cuanto a su innegable virilidad, don Teobaldo, de ella se hace lenguas la señora.

—Lo celebro, aunque me parece una cochinada. Verás, Bonus, quiero hablarte muy crudamente, a pesar de tus pocos años y confiando sólo en tu corrompida precocidad. A mí madame Motmot me atrae como ninguna otra hembra, pero me plantea

problemas mecánicos, bien por su cantidad, bien por su sabiduría. A ningún varón nos gusta que ella sepa más, pero si, además, hay tanto ella, yo es que me aturullo. Y, en medio del puro extravío, al no saber por dónde me hallo, temo, y con fatales consecuencias, ultrajar a mi adorada tomando un camino no sólo equivocado, sino torpe. ¿Me entiendes, muchacho?

—No lo entiendo, don Teobaldo. Pero si la señora es de lo más comprensivamente transitable…

—Pero yo soy muy prejuicioso y no consentiría que mi novia me admitiese un tránsito desviado.

—Ahora lo que comprendo es que usted quiera casarse. No obstante, ya que no de su gazmoñería, permítame que dude de su pericia, ni siquiera para encontrar la senda clásica. Está usted aún muy verde, don Teobaldo, y no le vendría nada mal volver a las clases prácticas. Efectivamente, con doña Marcelina usted se aturulla mucho.

—Muchísimo. He llegado, besando su nariz, a asombrarme de que tuviera una nariz con uña. Como comprenderás, no es agradable encontrarte agarrado al dedo gordo de un pie, cuando creías estar en las alturas. Y, luego, que ella es muy emprendedora y lo mismo quiere que le sople una oreja o que le muerda el lóbulo, cuando uno le está trabajando a pellizcos la región umbilical. Te digo, joven, que las mujeres tienen un mapa erógeno enrevesadísimo. Y hay que reducírselo al croquis de toda la vida, so pena de ser abusado.

—Aunque me resisto a temerlo, temo, don Teobaldo, que sus ideas sobre la configuración y constitución del cuerpo femenino no sean todo lo precisas que de su edad cabría exigir. Dispense un minuto.

Bonus Eventus corrió a la borda, comprobó que se aproximaban al puente de Alejandro III y volvió a su silla de grumete, frente a la tumbona transatlántica sobre la que viajaba el caballero.

—Cuando dices configuración y constitución, ¿he de entender, ilustrado Eventus, orografía y arqueología aplicada, respectivamente?

—Ha.

—En ese caso, debes considerar que el hombre es un animal que sólo conoce correctamente lo que aprendió de niño. Gracias a una

educación impecable, hasta muy crecido no tuve yo ocasión experimental de conocer mujer. Y lo que de cachorro no se aprende, ya nunca se aprende bien, porque siempre coincidirá la realidad con la idea de la realidad que nos hicimos mientras vivíamos de imaginaciones.

—Dicho de otro modo, que usted, señor, conoce mal a las mujeres.

—Yo tampoco diría mal, sino dudoso y embarullado, como todo conocimiento previo que se resiste a desaparecer y se ve obligado a coexistir con la realidad puercamente estricta.

—Y eso ¿le pasa con otros muchos campos del conocimiento?

—Con casi todos, porque la niñez, y sobre todo la que yo tuve la suerte de pasar, suele ser demasiado corta para aprender lo que luego esta época enciclopedista nos exige.

—Como, por ejemplo, un reloj.

—De ninguna manera. Yo de un reloj tengo ideas muy claras, porque nunca he perdido el tiempo, ni lo perderé, en examinar el mecanismo de un reloj, ni en imaginármelo.

—Y ¿de la justicia distributiva?

—Bien elegido el ejemplo, muchacho. Yo de la justicia distributiva, como de las mujeres, ya te digo, o de esta ciudad luz o de la generosidad o de la Reina Gobernadora o de la ectosfera, tengo ideas confusas, porque todas esas entidades las imaginé siendo niño y sólo de mayor las conocí. Se trata de un nudo cognoscitivo, que no hay modo de desatar. Ahora, eso sí, la ventaja de esta doble simultaneidad es que te mueres sin saber lo que es la vida.

—Platónico le encuentro, don Teobaldo. Y así, me parece que no conseguirá usted montarse a madame de la Voilissière. Quien, por cierto, debió de aprender la arqueología aplicada y la orografía nada más saltar de la cuna.

—Es la única forma de llegar a ser un crápula. Si no lo mamas del ama seca, te puedes jubilar ignorando que las hembras hacen pis por delante.

—Compruebo que tampoco está usted tan falto de conocimientos reales, señor García… Y ¿un explosivo? ¿Tiene usted confusiones sobre los explosivos?

—Ninguna, gracias a que siempre fui un niño muy guerrero y

muy monje. Cuando crezcas, mi buen Bonus, y dejes de ver el mundo como una película, descubrirás qué desagradable resulta ver al mismo tiempo dos películas, únicamente iguales en apariencia.

Aprovechando que el anciano apuraba su pastis, Bonus Eventus corrió de nuevo a la banda de babor, desde donde distinguió, en motocicletas y por los muelles, a algunas figuras fácilmente identificables con compañeros de Horda. Más tranquilo y menos sosegado, según que trozo de espíritu, Bonus Eventus acercó su asiento y afablemente estiró la manta sobre las piernas del hidalgo. El hidalgo, que se había quitado el monóculo tras observar el puente (de l'Alma) cuyo nombre ignoraba, se inclinó también con gesto confidencial.

—¿Le molestaría contarme, don Teobaldo, cómo era en aquellos tiempos una mujer, según se la representaba usted antes de ver a la primera en cueros?

—Ah, trapalón…, tú lo que pretendes es sonsacarme la estructura erótica, para contársela luego a mi novia. Basta con que le asegures que nunca mujer alguna coincidió tanto como ella con mis ideas previas. ¿Por qué me preguntabas por los explosivos?

—Por encargo.

—Esta misma mañana he tenido la condescendencia, mientras aguardaba, y en levita, a que su madre me autorizase a presenciar su *levée*, de informar a tu jefe de que los explosivos, por los que os interesáis, son de mi exclusiva propiedad y de que es inútil, por tanto, que se vea mezclada en la transacción la fraternal gente de mi secta.

—¡Pero coño…! —hizo exclamar el asombro a Bonus Eventus.

—Por otra parte, le he comunicado que pienso contratar los servicios de madame Marceline Messaline, hasta que después de nuestro matrimonio la retire de su profesión de agente doble. Le he indicado también a ese bípedo sanguinario de La Foudre lo poco que me importa que os hayan robado el millón y quién os lo haya robado. Por supuesto que, sin millón, no habrá explosivos.

—Pero coño, don Teobaldo —repitió, con reiterado pasmo, Bonus Eventus—, ¿será posible que haya usted conseguido asistir a la *levée de madame Dupont*?

—Y tan posible, jovencito —aseguró Teobaldo, repantigándose en la transatlántica—. Es más, desayuno en su boudoir un

excelente soconusco con picatostes, mientras su doncella la peina y la avía. No exagero si te digo que se nos va media mañana en discreta charla, salpicada por el donaire de la doncella y sazonada con mil íntimas delicadezas. ¿Qué te habías creído?

—Supongo que preferirá usted que de esos tratos privilegiados no tenga noticia la señora de la Voilissière.

—Supones bien y agradeceré tu reserva, porque la pobre Motmot, por lo que observé en aquellas clases prácticas, es celosa y carece de benevolencia para las sutilezas que no comparte.

Poniéndose en pie sobre la silla, Bonus Eventus comprobó que el comando motorizado seguía al barco.

—Me pregunto, con su permiso, ¿qué puede importarle millón más, millón menos, si disfruta usted del privilegio de presenciar el abandono de las sábanas, los lavatorios y la vestimenta de madame Dupont, de cuyos atractivos tendría usted que rendirme detallada cuenta, aunque sólo fuese por las molestias pedagógicas que yo me he tomado con usted?

—Con sumo gusto, curioso Eventus —accedió Teobaldo, escupiendo ostensiblemente, al descubrir sobre el puente de Grenelle la estatua de la Libertad—. En efecto, el boudoir de madame Dupont resulta ser un aposento sagazmente acondicionado, perfumado e iluminado, para pasar sin transición del chichisbeo al éxtasis. Y no es por codicia, joven, que exijo ese millón, sino porque anhelo esos nobles y sublimes sentimientos que el dinero permite tener. Ahora, que mi venerada Paulette me ha otorgado el rango de caballero acompañante y que su doncella pone su lozanía a mis alcances, sería indigno que no ofreciese a tales…

Al llegar al lugar prefijado, Bonus Eventus saltó por la borda de estribor, lo que un cuarto de hora más tarde provocó que el virrey García se percatase súbitamente de que estaba hablando solo. Como le solía acontecer a la caída del sol, experimentó un complejo de uretritis y de prostatauxia adenomatosa, que le obligó a abandonar la cubierta, descender a la sentina y tropezarse, al salir de los aseos, con el sex-shop del barco-mosca.

Inmediatamente después de que sus pies hubiesen tocado tierra, Bonus Eventus se oyó llamar desde una frondosidad cercana. En el crepúsculo y ataviada con atuendo de corredor automovilístico, en destellante amarillo, excepto el casco fucsia, madame Touraine de

la Voilissière imponía. Para un recién desembarcado, como Bonus Eventus, aquel prodigio borraba la magnificencia cromática, que el ocaso despliega en las orillas del Sena, cuando la tarde no es lluviosa. Pero al maravillado muchacho apenas le fue permitido gozar de la galanura de la estampa.

—También yo he obtenido una información valiosísima —anunció Bonus Eventus, en tanto era arrastrado por Motmot hacia la carretera—. Ya le contaré, pero sepa, por lo pronto, que, además de haber sido encandilado por la zorra madre de La Foudre, persiste en la idea insensata de casarse con usted y, encima, quiere contratar sus servicios de espionaje.

—Pues me vendrá muy bien ese contrato, porque me estoy quedando sin trabajo. ¡Corre, querido mío, corre, que temo lo peor!

Motmot, en consonancia con su atavío, puso el coche a la máxima velocidad prohibida. Cuando Bonus Eventus se acostumbró al vértigo, detalló los datos obtenidos durante el crucero fluvial, que confirmaron las hipótesis de la conductora.

—Nunca he dudado que esos explosivos provienen de su última guerra patria, salvo que los tenga guardados desde la pérdida de la última colonia americana. ¡Valientes necios seréis, si no sabéis apoderaros de ellos, mediante mis artes amatorias…!

—Pero como don Teobaldo no sale del boudoir, continuar hormonándole despiadadamente no quiero pensar a qué puede conducir.

—A que esa grulla de Paulette Dupont acabe por horrorizarse y le expulse de su paraíso de polvos de talco. ¡Maldita Ignorantia Destra! —añadió, aullando, Motmot. No obstante las prisas, madame Touraine de la Voilissière creyó conveniente detenerse en un bosquecillo de magnolios y, junto a un escondido y susurrante arroyuelo, dejarse bajar la cremallera por Bonus Eventus, quien, enceguecido por tan diversos esplendores, aplazó gustosamente el presentimiento de la horripilante situación en que se encontraría la secuestrada.

Era noche espesa, cuando llegaron y adivinaron, nada más empujar la chirriante puerta de troncos, que, en las tinieblas, la cabaña estaba vacía.

La rama gótica

Lección 26

La cabaña estaba vacía, ciertamente, porque sus ocupantes la habían abandonado horas antes, quizá durante el tiempo que Motmot y Bonus Eventus habían dichosamente aprovechado bajo la blancura de las magnolias. Mientras Motmot, encendidas ya las lámparas, meditaba sobre cuán irreconciliables se muestran la dicha y el trabajo, Bonus Eventus comentó:

—Parece como si hubiesen tenido que salir precipitadamente.

Las dependencias de la cabaña mostraban los indicios de un hogar repentinamente abandonado. En silencio, observaron dos platos con restos de comida, las literas de sábanas revueltas, los ceniceros llenos, el frigorífico abierto y un cuenco, modelo mazmorra, junto a una cadena partida mediante el conocido sistema de limar uno de sus eslabones.

—Ignorantia Destra —dedujo, con patente perspicacia, Bonus Eventus, recogiendo del suelo la lima— ha conseguido escapar.

Visto el cariz de los acontecimientos, la pareja perseguidora decidió cenar y pasar la noche al fuego del amor. En parte a causa del asado de venado recalentado, en parte porque a cierta edad la intensidad amorosa más desvela que adormece, madame Touraine de la Voilissière permanecía despierta, con Bonus Eventus encajado entre los pechos. El muchacho dormía con esa dulzura seráfica, de la que se habla en los tratados de paradisología. Motmot le hundió aún más en sus carnosidades y lloró sin ruido y sin contención, con el único cuidado de no mojar a su tierno amante.

Como si sus pensamientos flotasen en los raudales de lágrimas que sus ojos vertían, Motmot se complacía en recuerdos de un pasado que nada le había negado, salvo la posibilidad de volver a vivirlo y, puesto que nunca había sido madre, los gozos de la maternidad. Precisamente ahora, en el umbral de su ubérrima

madurez, experimentaba las confusas delicias de amar su propia carne en la carne que acababa de amarla a ella y que ella, por edad, podría haber concebido. Sintiéndose rebosante, paridora, melancólica y retozona, Motmot penetraba en esa fase de la transustanciación, a la que sólo se accede desde las profundidades de una noche de amor, pasada en una cabaña de estilo Bauhaus y con una personalidad de la potencia de Bonus Eventus entre los pechos. Poco a poco, a medida que sus lágrimas fluían con la suavidad de la lluvia del arco iris, Motmot fue recuperando el sentido común y, con él, su olfato para las tragedias. Desde lo alto de la litera, los contornos de los muebles y de los muros de troncos surgían de la oscuridad y, a su vez, también imprecisos, con ese halo parpadeante de las adivinaciones, surgían espectralmente las figuras de los anteriores ocupantes de la cabaña.

Motmot, arrancándose el mejor trozo de sí misma, se separó de Bonus Eventus, que comenzaba a dar muestras de su lujuria insomne. Cubrió al muchacho, con mimoso celo, y a tientas fue a unirse a los espectros que su mente había conjurado. Deambulando por ella, Motmot iluminaba la cabaña con la fosforescente luminosidad de sus carnes ahítas, que, unida al halo de los espectros, transformaban la espesa noche en una noche blanca de región polar. Y así, de pronto, sumida en las luces del espíritu y de la carne, comprendió que no había sido Ignorantia Destra, sino Fleminga, la inmunda ramera recién incorporada a las centurias del Embajador, la encadenada.

Y ya no le quedó nada por adivinar. Volvían a estar allí los secuestradores y la raptada, aunque distorsionado el esquema habitual de un rapto. No en balde el Embajador padecía de un neurovegetativo propicio a dejar triscar por las praderas y el bajobosque a una adolescente que, como Ignorantia Destra, estaba floreciendo en el invernadero de la pureza. No en balde la enloquecida pasión de una joven que, como Fleminga, sólo había conocido el amor mercenario recomendaba tenerla sujeta. En consecuencia, cautivado por una inocencia ansiosa de pervertirse y aterrorizado por una perversión anhelante de monogamia, era lógico que el desdichado hubiese terminado por encadenar a una, ya que sólo disponía de una cadena, librando de la muerte a la otra, si ambas, mientras él permanecía fuera ocupado en gestiones

diplomáticas, decidían asesinarse.

Motmot, que, también no en balde, conocía el amor y, por motivos profesionales, la prostitución, estaba segura de que, durante algunos crepúsculos, ambas habrían entretenido las ausencias del Embajador con tupidas conversaciones. Fleminga habría suministrado a la niña esos tecnicismos, sórdidos pero imprescindibles, de la animalidad y la niña habría ilustrado a Fleminga con las delicadezas del ideal. Las dos habrían esperado, junto a la chimenea, a que regresase el macho, un poco cavernarias, un poco ancestrales. De aquellos diálogos femeninos todo podía imaginarse, incluso un aumento de las caderas de Ignorantia Destra o un destello de sensibilidad en Fleminga. Pero de lo que no podía caber duda es de que las dos, obligadas a odiarse día tras día, habrían enriquecido mutuamente sus escasas mentalidades. También parecía verosímil que, castigadas por la mansedumbre y por la soledad, habrían ido abandonando paulatinamente el aseo propio y el de la cabaña, porque dos mujeres insatisfechas limpian doblemente menos que una. ¿Cómo se había agenciado Fleminga la lima libertadora?

¿Cómo recibirían ambas al Embajador, cuando éste, bien entrada la noche, regresara derrengado, huraño, abrumado por las complicaciones de la jornada? Chispeantes e incitadoras, las primeras noches; dormidas, cuando se hubiesen convencido de que ni la emulación en los embelecos basta para animar a un hombre que ha cumplido con su obligación. Y por muy madrugadoras que se mostrasen, incluso aunque se mostrasen descocadamente madrugadoras, el Embajador no estaría para nada por las mañanas, con el panorama de día que tenía por delante. De tal manera, que se quedarían las dos con los ímpetus del alba intactos, la una para desfogarlos trotando por las alamedas o apedreando ardillas, la otra para rumiarlos encadenada. Pero ésta ¿cómo habría podido agenciarse la lima?

Motmot se concedió una pausa en sus excavaciones del pasado probable. Después de besuquear subrepticiamente a Bonus Eventus, en el armario oportuno eligió un uniforme de Obersturmbannführer de su talla. Estaba ya decidida, aunque todavía ignoraba cuánto valor le quedaría cuando llegase al castillo. Mientras se embutía los pantalones de montar y las botas, mientras

acomodaba los pechos en la camisa y los cruzaba con el correaje, madame Touraine de la Voilissière sintió la necesidad de una traición simple, definitiva, que arrasase la inacabable jungla de traiciones por la que ¿avanzaba o retrocedía? Se maquilló sañudamente, se encasquetó en los rizos la gorra y se sentó, hecha una valkiria, a pensar cómo la cautiva se habría agenciado la herramienta.

No era aquélla, por supuesto, ni la primera, ni la vigésima ocasión nocturna en que la señora de la Voilissière había templado su temperamento antes de la acción. De natural fogoso cuando conseguía reducir la vida a la vida, le costaba verdaderas enfermedades de la sensibilidad enfrentarse a los burócratas de la conspiración. En otra época, menos zafia que la que le había correspondido, Motmot habría sido una pacífica emperatriz estéril (de haber nacido en China), modelo de Rubens o diplodoco hembra al filo de la cuarta glaciación, personalidades todas ellas más compatibles con su natural que no la de doble agente (a doble sueldo y en jornada continua) de un mundo escindido. Pero, como no era ni la primera, ni la vigésima, ocasión en que se veía forzada, y en el sentido menos agradable de la expresión, Motmot se concentró, acalló sus apetitos, se fue politizando y, de repente, se encontró mentalizada. Asqueada, pero mentalizada.

Y así supo cómo el Embajador, fascinado por Ignorantia Destra, acosado por Fleminga y explotado por la Baronesa, había maquinado dar por finiquito aquel secuestro, mediante el recurso de levantarse a medianoche, dejar una lima entre las piernas de Fleminga —lugar donde ningún objeto resultaba inoportuno— y volverse a la litera de arriba. Un grito madrugador de Ignorantia Destra le habría despertado, confirmándole el buen resultado de su estratagema. Luego, en un vehículo proporcionado por el castillo, habrían partido el raptor y la raptada en persecución de la raptora fugitiva, poniendo término a una operación con cuyas redes el Embajador había estado a punto de confeccionarse una camisa de fuerza.

Motmot se puso en pie. Si no perecía en el intento, si lograba regresar del castillo, de la misma forma lastimosa que el Embajador con Ignorantia Destra huiría ella con Bonus Eventus. A veces —reflexionó amargamente madame Marceline Messaline— no

queda otro remedio que devolver los adolescentes a sus padres.

Antes de salir, se aseguró el pistolón en la pistolera, que colgaba de su flanco izquierdo como una aljaba llena de tranquilizantes posibilidades. Empujó la puerta. El negro bosque, en cuyas espesuras se erguía el castillo de la Baronesa, ululaba quejumbrosamente batido por el huracán. A los tres pasos, la uniformada Motmot volvió grupas a aquel encrespado horizonte de tinieblas y se encerró a cerrojazos en la cabaña.

La flexión radical

Recreo

Con el estruendo del tráfico, ni siquiera el sacristán campanero de Notre-Dame percibió que por cuarta vez había repicado la campana mayor. Gran ventaja de la civilización urbana, la del estruendo, porque, de haber oído los campanazos, el campanero se habría precipitado a subir al campanario y habría hallado espectáculo tal que ni Quasimodo. No obstante, a partir de aquel cuarto repique, ejecutado por Protoplastos Serpentino, que, después de averiar el sistema eléctrico de tañido, había sido izado a la cuerda del martillo, el templo fue llenándose de ancianísimas devotas, cuyos oídos sordos al estruendo automovilístico se mantenían despiertos a la música de aquel instrumento de tiempos más recoletos. Y nadie supo informar a las viejas de qué trisagio había.

—¡¿Hablarás de una vez, puerca?! —rugió Fabulae Centum.

Ignorantia Destra parpadeó y consiguió fijar las figuras que, allí abajo, en actitudes amenazantes, poblaban el campanario. Mediante una mueca, congruente con el balanceo que la había hecho sobrevolar la ciudad y la había regresado por el pleno firmamento, explicó la imposibilidad de hablar en que se encontraba mientras no vomitase sus vísceras.

—Es mula la tía —comentó Concordia et Salus.

—Tendríamos que haberla atado al badajo —repitió Rubicunda Laetitia, que soportaba mal que no se tomasen en cuenta sus sugerencias.

Despatarrada, con los brazos en cruz, ensogada a la panza de la campana, Ignorantia Destra se hallaba, entre el friso y la pata, en posición estable y relativamente cómoda, gracias al ingenio de Protoplastos Serpentino, que la había atado al bronce con su consabida pericia para dañar sin matar. Aprovechando que los presentes esperaban la siguiente orden de La Foudre, Ignorantia

Destra lanzó, en parábola, la anunciada vomitona. Algunos saltaron hacia atrás y algunos, entre los que saltaron atrás y los que no saltaron, fueron salpicados. La Foudre, erguido en un vano de un ajimez, dispuso que la prisionera fuese descampanada. El pavimento del campanario estaba ya sembrado de vómitos, puntas de cigarrillos, puntas de porros, chicles mascados, orines, esputos y esas materias indefinidas, con las que toda Horda siembra todo pavimento al poco de hollarlo. A Protoplastos Serpentino no le fue difícil desamarrar a Ignorantia Destra. Pero descenderla, con ja inoperante colaboración de los de abajo, suscitó riesgos y controversias interminables, agravadas al máximo por la contumacia de Dotes Animi, que, intentando trepar por la soga, incitaba a que la dejasen arriba y que él, a campana herida, conseguiría que Ignorantia Destra soltase sus traiciones al completo y hasta el hígado.

Tambaleante y resbalona, como patinadora novata, Ignorantia Destra se sintió, al pisar las losas, seccionada en ondas crecientemente cónicas, idéntica a la figura número 6 de su manual de física, lección propagación del sonido. Sujeta por las nalgas, entrepierna y pectorales, a medida que su cuerpo se unificaba, aspeó unos mamporros, que la libraron de los que la sujetaban.

—¡Cielos, no! Torturarme cuanto tengáis que torturarme, pero no sobarme, encima.

—¿No os da vergüenza? —preguntó, indignada pero sin esperanzas de adecentar la revolución, Spe Tantum Relicta.

—No —respondió fríamente La Foudre, saltando desde el ajimez a la bazofia interior—. Nadie debe reprimirse, porque ésta merece cualquier ultraje. Quizá te defenestremos, felona, pero no sería raro que antes te violásemos en doble dirección y con instrumentos artificiales, ya que ni uno sólo de los individuos de esta Horda está dispuesto a ensuciar su hombría contigo, barrilito de pus. Clávale unos cuantos alfileres —Fabulae Centum, a quien iba dirigido el mandato, cumplió, incluso achinando los ojos—. Y ahora, víbora, tú y yo vamos a tener una conversación, sin más trapacerías.

Un círculo expectante se formó en torno a Ignorantia Destra y a Fabulae Centum, impecable éste en su función de potro de tortura. La Foudre avanzó un paso dentro del círculo. Hasta las gárgolas del monumento parecían esperar y una bandada de murciélagos

despertó, creyendo venida la noche. En resumen, que todos los animales allí congregados se estremecieron, cuando Ignorantia Destra, con entonación retadora, replicó:

—De acuerdo, nenito. Hablemos sinceramente.

Merced a un hábil movimiento de la cabeza de la víctima, la bofetada a ella destinada fue recibida por el rostro de Fabulae Centum, rostro que se contrajo, enrojeció y recuperó la impasibilidad que de todo sicario se espera.

—Burguesa trotona —preguntó La Foudre—, ¿por qué te dejaste raptar por esos cruzados, cuando nosotros te teníamos raptada?

—Porque, de pronto, me di cuenta de que les prefiero a ellos.

—¿Qué te hemos hecho nosotros? —se condolió Miseria Honorata.

—¡Con lo bien que lo estábamos pasando…! —añoró Virtus Deserta.

—¿Cuánto te han pagado? —preguntó Spe Tantum Relicta.

—Yo, mona, por ahora no cobro.

—¿Puede alguien ayudarme a bajar? —solicitó, desde lo alto, Protoplastos Serpentino.

—¿Resulta el Embajador tan fascinante como raptor que como enemigo implacable? —cotorreó Rubicunda Laetitia.

—¡Silencio! —rugió La Foudre.

—Mira, jefe, ordena que me suelte esta fiera; yo misma me arranco los alfileres y, con calma y sin saña, os cuento mi vida. —Aceptada la persuasiva súplica, Ignorantia Destra se sentó en el suelo y, al instante, todos se sentaron, de tal manera que, vista la composición desde la campana, Protoplastos Serpentino creyó estar viendo a una tribu de apalaches, de tertulia—. Yo, ¿qué queréis que os diga?, llevaba ya una temporada muy harta de conspiraciones y agitaciones. Yo, como está a la vista, he empezado a florecer y no sé si la vida es corta o larga, pero he comprendido que mi florecimiento es una dedicación más apetecible que cambiar el mundo. O que destruirlo. O que conservarlo. Así que voy a dedicarme a florecer y que al mundo le den por el polo. Sur o norte, allá vosotros. Como sois tan bordes y tan sórdidos y tan egoístas, comprenderéis que no podía ir y comunicaros que ahí os quedáis. Jamás confié que tuvieseis una reacción razonable, y aún menos en estos días que vivís sedientos de pólvora y de escombros, pero he de

reconocer que tampoco esperé jamás que me fueseis a atar a la campana mayor de esta santa catedral y que nos volteaseis a la campana y a mí. Evidentemente no fuisteis abortados en los respectivos senos de las perras que os parieron y, por muy incomprensible que resulte, todavía no habéis sido guillotinados, quizá porque vuestros enemigos existen gracias a que vosotros existís. A una inocente muchacha, que está floreciendo, no le queda, por tanto, otra solución que amansar vuestra vesania mediante el más cruel de los remedios: convertirse en espejo.

—O sea, hacerte el Gandhi —concluyó La Foudre.

—No has entendido nada, como era de esperar.

—¿Y si nos dejásemos de filosofías? —sugirió Sine Vivere.

—Bien dicho —jaleó Armis et Litteris, con el gesto de quien toma el relevo en el interrogatorio—. ¿Por qué te dejaste raptar por el Embajador?

—Porque me gusta. Igual que a cualquiera de éstas. Y, encima, yo le gusto a él. Lo que a ninguna de éstas les sucede.

—Mi querido pendejo —pretendió aclarar Laetitia Rubicunda—, ¿eres tan lerda que ignorabas lo que realmente el Embajador intentaba conseguir de ti o tan lerdamente prostituta que no te importaba que él no intentase conseguirte?

Dos amargos rictus ahondaron las mejillas de Ignorantia Destra.

—Eso es asunto mío.

—¿Adónde te llevó? —preguntó Armis et Litteris, presionando una de sus herradas botas de media caña sobre una de las manos, que Ignorantia Destra mantenía abierta sobre las losas del pavimento.

—A una cabaña —respondió Ignorantia Destra, tragándose los rictus y un quejido.

—¿Te poseyó?

—No.

—¿Te torturó?

—No. No como vosotros, al menos.

—¿Te interrogó?

—No fue preciso, porque le conté todo lo que sé de esta porquería de Horda.

Merced a los hábiles movimientos de las cabezas más próximas, la bofetada lanzada por La Foudre se disolvió en el aire.

—¿Te tuvo encerrada?

—Ni hablar, tontito. No es hombre de esos que necesitan amarrar a las mujeres o con palabras o con hierros. Fui yo quien le persuadí para que encadenase a esa amante con la que no ha yacido.

—¿Por qué?

—Porque él no yace con meretrices, por muy amantes suyas que sean.

—Que por qué te empeñaste en que la encadenase.

—Por razones tácticas. ¿No podrías aflojar el pisotón, mi detestado Armis? Ingenuamente pensé que, encadenada Fleminga, tendría yo el terreno despejado para ser atacada.

—¿Y no?

—En verdad, se cuenta y no se cree. Yo, los primeros días, con todo el tiempo libre para triscar por las praderas, abrevar en las fuentes y los arroyos, languidecer en la frescura de los sotos y preparar la comida, es que no me lo creía. Las comidas para Fleminga y para mí, porque el Embajador salía temprano, con el café bebido, y volvía por las noches tan derrengado que ni para un huevo pasado por agua. Parece que yo, como el que no quiere la cosa, le había sugerido un plan astutísimo de actuación. Y el infatigable de él se pasaba la jornada en el castillo, sin parar de poner a punto la nueva programación. Bueno, como podéis comprender, una, que nunca ha sido exageradamente ecológica, y la mísera de Fleminga, que siempre ha llevado una vida sociable, terminamos por dirigirnos la palabra, cansadas de injuriarnos la una a la otra. Es buena chica, como todas estas malas mujeres, y extremadamente puta, porque eligió la profesión por vocación fisiológica, no como esas putas fraudulentas que se echan al barro por hambre. Gracias, Armis, por retirar el pie. Y prevengo al primero que intente golpearme que me callo y os quedáis sin saber el final. ¿Por dónde iba yo?

—Mujer —señalizó Miseria Honorata—, por el momento en que ella, la Fleminga, va y te adoctrina.

—Una vez que nos hicimos amigas, lo cierto es que la encerrona resultó más entretenida. Nos contábamos nuestras cosas. Yo le contaba lo bestias que son los profesores, lo bestias que son mis padres, lo bestias y lo criminales que sois vosotros. Y ella me

contaba lo bestia que suele ser el chorvo normal. Yo le expliqué cómo vive una hija de familia de esta generación en familia y, a cambio, Fleminga me contó cómo se comportan los padres de familia de aquella generación en su segundo hogar. En el apartamento de Fleminga, quiero decir. En resumidas cuentas, que tampoco debía yo, según ella, angustiarme por la demora de masculinidad del Embajador, porque los hombres guapos generalmente son lentos.

—Pues, hija, Bonus Eventus —contraargumentó Spe Tantum Relicta— es guapo y celéreo.

—Monina —rearguyó Ignorantia Destra—, Bonus no es un hombre, sino un chico urgido. Aunque valeroso y noble. Que si él estuviese aquí, no tendría que padecer yo los frutos de vuestros subconscientes.

—¡Calla, maldita! —rugió La Foudre—. Y sigue confesando.

—Pues eso… Tampoco os voy a circunstanciar ahora la cantidad de sabidurías que me enseñó Fleminga. Que vosotros, como todos los ineptos, estáis convencidos de que el amor es asunto natural, sencillo y espontáneo. Y así os va… Nunca acaba una de comprobar, me decía Fleminga, los destrozos que causa nuestra cultura, cuando se pone en plan simplón y silvestre. ¡Ay!, se lamentaba, qué pocos de mis clientes ignoran los conceptos y dominan la técnica… Pero, Flemi, dígame, le preguntaba yo, ¿qué debe hacer una para ignorar y, simultáneamente, dominar? Y ella, que como buena especialista nunca se cansa de hablar de su especialidad, me iluminaba: Mi querida Igno, te resultará fácil, siempre que no procures otro placer que el tuyo, porque hacer gozar a la pareja únicamente procura la grosera vanidad de las utopías; como si te quedases tan satisfecha, creyendo que digieres la comida que tu pareja se ha comido; y eso, créeme, son sueños de maricona. Da asco comprobar, le comentaba yo, cuánto altruismo nos han inoculado los estoicos desde la cuna hasta la cama. ¡Uy, muchísimo…! Si yo te contase, pimpollo… Cuente, cuente usted… Total, que amiguísimas, hasta el extremo de que una mañana la desencadené un ratito y, luego, ya la soltaba durante todo el día. Y las dos nos íbamos por aquellos bosques hercínicos y por aquellos negros campos, imaginándonos que los campos eran los Elíseos en sábado por la noche y, como los roperos de la cabaña los tienen

repletos, nos acicalábamos de tiros largos con pamelas y cayados y capisayos y faldellines y hasta con miriñaques. Por fin, resolvimos que, con hombres del cuajo del Embajador, conviene hacer como que una huye definitivamente. Dicho y hecho. Una madrugada, mientras se afeitaba, aprovechando que la cadena la teníamos ya limada, dejamos la lima a la vista, por parecer, y pusimos a cien la limusina. Eso sí, nos paramos a las mismas puertas de París y, efectivamente, el pobrecito mío no tardó en llegar, desalado y en un jeep, que le había prestado la gente del castillo. El Embajador se reconcilió con cada una de nosotras dos y cada una de nosotras dos le propusimos que nos llevase a cenar a un restaurante de ésos, donde él con las reverencias de los camareros disfruta más que un bebé fascista con un chupete judío. Durante la cena nos informaron de que alguien (o sea, vosotros) estaba sembrando el fuego y la destrucción, envenenando con bombones a la Más Alta Magistratura y de que, una tarde sí y otra también, el barrio de la Ópera se llenaba de sopranos y de bailarinas ensangrentadas. ¿Cómo es posible aborrecer tanto la Tetralogía del señor Wagner?, os pregunto. Hecho un cielo, que es lo que es ese retro por el que suspiro, el Embajador consideró la imposibilidad de ofrecerme asilo, porque, no encontrándome ya secuestrada por los suyos, que ahora son los míos, todavía no me encontraba yo resecuestrada por vosotros. Como tampoco era recomendable, por mi edad núbil y a pesar del generoso ofrecimiento de Fleminga, que me refugiase en casa de una cortesana, me tuve que ir a la mía a esperar vuestra brutalidad. Aunque, de habérseme ocurrido que se os podía ocurrir campanearme, me habría acogido a la Casa de Doncellas de la esquina. Y eso es todo, lindos. No diréis que no os he contado hasta el último detalle… Ahora me voy y me voy corriendo, no vaya a ser que a mis padres les dé por regresar esta noche. Ciao.

Cuando el círculo de indios reaccionó, Ignorantia Destra se despeñaba escalones abajo, a la velocidad con que un rayo luminoso cumple la ley del retorno inverso de la luz, a saber: El camino de vuelta es el mismo que el camino de ida. Nadie se percató de que Protoplastos Serpentino quedaba colgado y nadie en la ciudad, absorbidos por los problemas del tráfico, oiría durante los siguientes días que la campana mayor de Notre-Dame doblaba por el propio Protoplastos, descolgándose pulgada a pulgada y sin otra

ayuda que su pericia. Pero, al desembocar la Horda en el atrio, a Ignorantia Destra la tenían ya presa Utrumque Tempus y Arma Virumque, que la previsión de La Foudre había colocado allí de centinela y que la casualidad había mantenido despiertos. Así es que, de inmediato, se organizó una especie de edificante salida del templo en procesión, en cuyo cogollo Ignorantia Destra era bárbaramente conducida por los sayones.

Amarrada a una de las pilastras del sótano de los Dupont, la indefensa muchachita hubo de sufrir indecibles sevicias, más indecibles aún que las del campanario, en virtud de ese recrudecimiento torturador que los sótanos despiertan en los torturadores. A gritos y entre gemidos, Ignorantia Destra fue confesando que el millón, esforzadamente ahorrado para invertir en explosivos y confiado a su custodia, se lo había entregado a Bonus Eventus, quien, a su vez, se lo había dejado arrebatar por la señora de la Voilissière, la cual arpía tramaba abandonar al incauto Bonus en un canal, nada más fugarse con él a Venecia, ciudad en la que se reuniría con don Teobaldo, para nada, y, en góndola, se casaría con el Embajador a cambio del millón de la Horda. Para colmo, al acabar Ignorantia Destra su confesión, La Foudre convocó asamblea extraordinaria, en única convocatoria y a la luz de carburo, que afantasmaba el sótano.

—¡¡Ciudadanos!!

Un oportuno desmayo ahorró a Ignorantia Destra el prolegómeno doctrinario, mediante el que La Foudre justificó en las funestas intrigas que presagiaba los cambios radicales que proponía y de los que no era de menor entidad el cambio de denominación.

—A mí —opinó Spe Tantum Relicta, sin que nadie le hubiese pedido su opinión— tanto me da que la Horda pase a llamarse La Facción, La Facción Inmoderada o Los Serranos Boscosos, en memoria del difunto Robespierre. Eso y todo lo demás, son pamplinas reformistas. Lo decisivo en estos momentos cruciales es hacer prisionera a la Voilissière y que se explique. Después, recuperar el millón y, suprimiéndole el tratamiento hormonal, meterle quince lentos navajazos a ese eviterno canalla de monsieur García.

—Te equivocas como siempre, ciudadana —terció Concordia et Salus—, porque lo esencial en todo cambio es el nombre y, mientras

no tengamos nombre, no tendremos cambio.

—Te voy a dejar escarlatas las nalgas, como me vuelvas a llamar ciudadana —replicó, en jarras, Spe Tantum Relicta—, para que aprendas a distinguir el nombre de la cosa.

—O sea, Estilla, que tú eres de las que crees que, aunque no hubieran existido los vocablos *charles de gaulle*, habría existido el gaullismo. Pero yo sé lo que a ti te pasa y es que estás temblando, y con razón, por que aparezca Bonus Eventus y le cojamos prisionero.

—Oye, nominalista de mierda, si insinúas que entre Bonus y yo…

La Foudre impuso una vez más autoridad, ya que no sosiego, y prosiguió exponiendo el plan de implacable retirada que, a partir de aquella noche, con o sin explosivos, emprendería La Facción Boscosa, hasta que su emboscamiento, rompiéndole los nervios al enemigo, le forzase a sacar sus intrigas a la superficie.

—Y ¿adónde nos retiramos? —preguntó Orbem Terrarum.

—¡A las alcantarillas! —exclamó La Foudre—. ¿Para qué te crees que excavamos el túnel?

Un clamor, que La Foudre atribuyó con cierta lógica y sin ningún acierto al ancestro subterráneo de la condición humana, despertó de su desmayo a Ignorantia Destra, quien unió al clamor de la sorpresa el de su espanto, viendo aparecer a Bonus Eventus, que llegaba con esa desparpajada espontaneidad del que regresa de un viaje de infausto resultado.

—¡¡Huye!! —rugió Ignorantia Destra, al unísono con Spe Tantum Relicta, excepto que Spe Tantum Relicta, paralizada por contradictorias pasiones, rugió como rugía, hacia 1918, Mary Pickford.

Antes de que Bonus Eventus pudiese contar que había escapado de una muerte por deliquio a manos lésbicas, sintió en las costillas las puntas de los puñales. De nada le sirvió debatirse, asombrarse, hacer protestas de su inmensa inocencia, pues, brotando las primeras flores rojas de sus heridas, estaba ya amarrado a la misma pilastra que Ignorantia Destra, a su izquierda concretamente. Entonces, conoció los cargos, que se le imputaban como consecuencia de la confesión arrancada a su compañera de pilastra.

Bonus Eventus calló, se acorazó en el silencio (que es la elocuencia de la dignidad ultrajada), hasta pareció complacerle que

sus verdugos le supusieran millonario y presto a partir para Venecia. Sin embargo, sus ojos, antes de nublarse, buscaron la mirada que Spe Tantum Relicta les negaba.

Cuando despertó de la agonía, en el sótano desierto y tenebroso, Bonus Eventus sólo tuvo el consuelo de adivinar, y encima de soslayo, una burlona sonrisa en los labios de Ignorantia Destra.

—¿Por qué? ¿Por qué tú, precisamente tú?

La mano izquierda de Ignorantia Destra le trajo, a través de las tinieblas, una caricia parsimoniosa.

—Qué panoli eres, Bonus…

—¿Por celos de madame Marceline? Pero si ella…

—Y qué presuntuoso…

Ahora eran dos las manos en sus mejillas, escocidas por las lágrimas y, poco a poco, sobre sus labios, agrietados por la rabia y el dolor, sopló un fresco aliento, que le musitaba palabras sin sentido.

—Ella también me ha traicionado.

—Calla…, calla… No preguntes nada. Ni siquiera me digas dónde no escondes el millón, que yo no te di. Calla… Nos escuchan, ¿sabes? Nuestro libertador nos está escuchando. Y no llores más, amor, mi verdadero amor…

Un minúsculo resplandor rasgó las tinieblas. De ellas se desgajó una figura, rigurosamente de negro. Aunque sentía el rostro de Ignorantia Destra contra el suyo, Bonus Eventus pensó que también ella estaba viendo alzar un brazo a aquella aparición, porque los labios de Ignorantia Destra reían sordamente. La mano señaló persistentemente un lugar de las tinieblas, allí donde se hallaba la trampa que daba acceso a la galería subterránea. Luego, la figura enlutada se disolvió, con un rumor de suelas de goma.

Ignorantia Destra continuaba abrazándole y sus labios, como patas de mosca, le cubrían la piel de burbujas. Bonus Eventus tuvo miedo. De pronto se aflojó la cuerda y él se desplomó de rodillas. En el suelo, abrazado a sí mismo, fue regresando hacia sí mismo sobre una dulzura desconocida y que no era otra que esa complacencia por la muerte, que raramente la vida moderna permite sentir al derrotado.

—Ignorantia… Ignorantia Destra —murmuró, antes de sacar la cabeza de entre sus brazos—. ¿Por qué no me has abandonado?

—Ven, Bonus —le llamó Ignorantia Destra—, ven a mirar conmigo.

En el visor del periscopio, que arrancaba por el interior de la menos sospechosa pilastra del sótano de los Dupont, una niña, vestida de calle y con redondo sombrero de ala, llenaba agitadamente su cabás.

La rama gótica

Lección 26 (continuación)

Creyendo que se trataba de una ráfaga de metralleta —ráfaga que no habría de sonar hasta dos minutos después—, Bonus Eventus había despertado al ruido de los cerrojazos con los que Motmot clausuraba la única puerta de la cabaña. Pero, desde la litera, Bonus Eventus percibió la ausencia de Motmot y la presencia nauseabunda de un Obersturmbannführer, que a pistola desnuda se parapetaba bajo una ventana. Obedeciendo a su instinto de conservación, Bonus Eventus en el tiempo de un suspiro pasó de la litera a acurrucarse bajo la otra ventana. Aquel resguardo le envalentonó lo suficiente para echar una ojeada entre los visillos, minuto y medio antes de que sonase la ráfaga de metralleta.

El encrespado bosque, más cercano de lo deseable a causa de la nocturnidad, ululaba quejumbrosamente batido por el huracán. Resplandores aislados, que el viento hacía desaparecer y reaparecer, señalaban la localización de las hogueras y de las columnas de humo blanco, que escapaban de informes barracones. Si a la luz del sol el bosque no hubiese dejado de inquietar a Bonus Eventus, aquel horizonte llameante de tabla flamenca le revelaba cuánta vida bulle a nuestro alrededor mientras dormimos. Con la barbilla apoyada en el marco de la ventana, vio cómo el bosque avanzaba hacia la cabaña. Varios años después, cuando se lo contase a Duvet Dupont, Duvet supondría, a esta altura del relato, que los sicarios de la Baronesa habían organizado una representación de *Macbeth*, con arreglo a ese manejo de luz y sonido, y quizá fuera por entonces cuando a Duvet se le ocurriese escribir un libro (¿éste?) sobre los tiempos dorados de la Horda. Pero Bonus Eventus, por cuyas venas corría poca sangre shakespeariana, se esforzó en separar las tinieblas de las penumbras y, cuarenta segundos antes de que ladrase la metralleta, logró rechazar la visión de los árboles en movimiento y aceptó que, desde los árboles, bultos de tétrico

tamaño se movían hacia la cabaña.

Fue entonces cuando el cañón de la pistola del Obersturmbannführer, que acechaba por la ventana pareja y a quien Bonus Eventus dudaba si temer más o menos que a las fantasmas exteriores, rompió escandalosamente el vidrio y, por el agujero conseguido, el cañón envió una bala y el Obersturmbannführer la exclamación siguiente (que, en traducción libre, puede entenderse como «¡Hijos de puta!»):

—*Heimatlosen*!

Una voz femenina, considerablemente masculinizada, contestó:

—*Hurentochter*!

La expresada respuesta (que, en traducción literal, ha de entenderse como «¡Hija de puta!») fue seguida de una ráfaga de metralleta, que es lo único que Bonus Eventus, sin traductor disponible en aquel instante, entendió. Antes de que el silencio retornase y en plena crispación de vidrios rotos, Bonus Eventus se encontró detrás de la puerta de la cabaña y bajo el fornido Obersturmbannführer. Nunca jamás habría de olvidar el muchacho (aunque años después quizá silenciase esta peripecia a Duvet Dupont) aquella certidumbre de que el oficialote se proponía sodomizarlo allí mismo, junto al quicio. Con la falta de discernimiento erótico que le era congénita, Bonus había confundido una protección estrictamente maternal con una asechanza nefanda.

—Pero, mi pudibundo Adonis, ¿cómo pudiste confundir la carne que más amas —le reprocharía cariñosamente madame de la Voilissière a la madrugada, ya de regreso a París y solventados, en apariencia, los episodios de aquella noche atroz— con la carne que más desconoces?

Sin embargo, a Bonus Eventus la maciza carnalidad que se le vino encima, oliendo a caqui, sudor y correaje, le obnubiló lo bastante para, dispuesto a no dejarse arrebatar su incólume varonía, entregarse a una pataleta, que ni la del obstinado niño Tarsicio. Debatiéndose a lo loco, se le ocurrió, aplastado bajo aquella avalancha de vehemencia, que no le quedaba otra defensa, por mucha repulsión que le diese, que capar a mano al Obersturmbannführer. A la torrencial luminosidad que inundaba

la cabaña, Bonus Eventus localizó la entrepierna del que suponía vicioso milite y, al asir ferozmente el inexistente miembro, se encontró hundiendo la mano en la gruta de todas sus delicias. Lo cual provocó, mientras fuera los altavoces transmitían una histérica versión de *Ich hat' einen Kameraden*, que Bonus y el ex Obersturmbannführer se estuviesen besando con el frenesí que se deriva del esclarecimiento de un equívoco orgánico. No es de extrañar, pues, que la siguiente melopea que emprendió la megafonía exterior fuese *Ich hab' mem Herz in Heidelberg verloren* (o sea, yo perdí mi corazón en la famosa y universitaria ciudad de Heidelberg), instante en que Motmot recuperó la noción del peligro que les acechaba.

—Ni se te ocurra asomarte, que han encendido los focos.

—¿Son las huestes de la Baronesa? —preguntó Bonus Eventus, guareciéndose de lo irremediable bajo la sombrilla de la evidencia.

—Son —explicó Motmot, que se ajustaba el uniforme de espaldas a la puerta—, por lo que he podido vislumbrar, un conglomerado internacional de paladines. Y, si no me equivoco, vienen al mando de Bennittissimmo Spaccone, que es uno de los favoritos del castillo para esta clase de pantalonadas.

Como ya era habitual cada vez que abría aquella puerta, Motmot avanzó dos pasos y retrocedió seis, presa del pánico. Al acabar la cantata, sobrevino un silencio preñado. Motmot sobrepuso su desesperación a su pánico, enarboló el pistolón y salió.

Antes, Bonus Eventus la había oído mascullar:

—¡Condenada peste!, no es Bennittissimmo, sino La Parténope.

¿Quién no habría asomado la cabeza, como hizo Bonus Eventus, ante la mención de la más desconocida (por impresentable) lugartenienta de la Baronesa? Esta disculpable, aunque suicida, curiosidad permitió al indiscreto Eventus descubrir un panorama generalmente vedado a los de su edad. Y es que la llamada Parténope, cuyo verdadero nombre era Parthenope Hórrida, por su sola presencia panoramizaba en exclusiva cualquier entorno que la incluyese.

Apenas observó, por tanto, Bonus Eventus la disciplinada formación de los carros de guerra, que, ocupados por los feroces catos y flanqueados por las mercenarias falanges de Hibernia y de Hispania, se desplegaban en hileras dentro de los dos conos

luminosos de los focos. Debido a su paranoia escenográfica, a la que se prestaba obediente la luna, La Parténope permanecía en el vértice de la zona oscura y bañada por la luz del satélite, tan tópicamente lesbianaza que se hubiera dicho concebida por un productor de películas para públicos pornos de mentalidad aria. Al detenerse Motmot, La Parténope avanzó, sinuosa y lisa y refulgente, sin apenas mover el látigo, sin que sobre su cuerpo malignamente escuálido el negro cuero que la cubría formase una sola arruga. El maquillaje de La Parténope, que a primera vista parecía una celada de encaje, produjo en Bonus Eventus una fijación fetichista tal, que habría de llevarle veinte años después a invertir la herencia en la industria del cosmético.

—Ni un paso más, Touraine —amenazó con ronca voz aquella encarnación de Lucifer de cabaret.

—Ordena a tus partiquinas que se retiren al bosque y entra.

—¿Me juras que no hay nadie contigo en la cabaña?

—Te lo juro —respondió madame de la Voilissière, con la firmeza de quien está acostumbrada a jurar en vano.

Una crispación, que era la única manifestación de la sonrisa en La Parténope, consiguió envilecer aún más su rostro. Semejante estrago facial alarmó a Motmot, quien volvió la cabeza descuidadamente, para descubrir a Bonus Eventus alobado en el umbral de la cabaña. En ese instante restalló el látigo y la pistola de Motmot fue, por los aires, a caer entre las botas coturnadas de la dama vertical.

—¡Estólida de mí! —bramó la desarmada Marcelina.

Bonus Eventus se precipitó hacia fuera, nada más ver a La Parténope avanzar, altanera y proterva. Aquella afilada figura, según pensó Bonus, iba a partir en dos la masa carnal de Motmot. Pero la escueta se detuvo, cuando su estructura quedó fijada contra la de su oponente. Vistas ambas desde la perspectiva a la que a Bonus Eventus le condenaba su estatura, ambas se elevaban gigantescas y dispares, como una nube y un rayo. Uniendo el gusto al deber, La Parténope aproximó el rostro, única parte de su anatomía —patológica— que no se encontraba unida a la anatomía —exuberante— de madame Touraine. Madame Touraine de la Voilissière, cuya tolerancia siempre había sido amplia, avisó no obstante:

—Parténope, que te conozco…

Pero el vicio es el vicio y los buidos labios se adhirieron a los labios pulposos. Bonus Eventus, considerando la advertencia de Motmot, tuvo la precaución de retirarse, lo que evitó que La Parténope le cayese encima, al ser derribada sobre la hierba a consecuencia de un codazo en las costillas. Las yeguas percheronas que tiraban de los carros relincharon. Los focos fueron apagados, aunque tarde para ocultar el derribo de la jerarca. Sólo la luz de la luna, que restituyó a la noche su normal iluminación, permitió contemplar cómo Motmot, en impecable estilo rendición de Breda, tendía una mano a la derribada. Poco pudo gozar Bonus Eventus de la presencia de aquellas hembras con atuendos viriles, porque apenas tardaron en alcanzar un acuerdo protocolario, después de que Motmot tan contundentemente hubiera establecido las distancias debidas entre damas.

En consecuencia, ambas penetraron en la cabaña a parlamentar y Bonus Eventus quedó como rehén, entre las garras de unas brumosas paladinas de aquella cohorte de color predominantemente gótico.

—Si intentas escapar —le ofreció la más afable de las efebas—, podrás elegir el fuego, el gas o la cruz.

—O la cruz con fuego —se permitió, coqueto, añadir Bonus Eventus, que había observado las flamígeras cruces que tachonaban el bosque.

—De ese procedimiento está excluido el hombre blanco.

—¿Por qué? —preguntó Bonus Eventus a la insólita apariencia de mujer que le informaba.

—En razón a la debida jerarquización de las víctimas.

—Comprendo que la aversión por la libertad os haga ordenados y catalogadores, pero tostar blanco debe de resultar cromáticamente más subyugante que tostar negro. ¿O no?

—No, puesto que así no está mandado.

—Y a vosotras ¿os dejan salir con chicos? —preguntó, con dudosa congruencia formal, Bonus Eventus.

—¿Para qué?

—Siempre me he preguntado —confesó el rehén, soslayando la respuesta obvia— qué gusto le encontráis, el personal como tú, a la cerrilidad.

La paladina tuvo la gentileza de meditar reconcentradamente. A Bonus Eventus le sirvió la pausa para sentirse fascinado por su interlocutora. O por cualquiera de las que lo rodeaban, tan intercambiables en su uniformidad abismal. Y de un embrujo tan diferente al de las chicas de la Horda. La muchacha, que latía bajo el guerrero, halló, al fin, respuesta:

—Permite una comprensión unívoca del Universo.

—Cierto —admitió Bonus—, aunque por lo que he oído en la música del señor Ricardo Strauss, sobre letras del señor Nietzsche, a la larga vosotros, los cerriles, retrógados o retrasados, lleváis una vida enfurruñada.

Bonus Eventus recibió un directo en el mentón, que le hizo conocer cómo daña un guante negro, cuando bajo el guante hay anillos de acero. A riesgo de repetir el cobro y como quien se sirve después de haber pagado, le palmeó la nalga izquierda a la soldada, quien se quedó estupefacta. Bonus Eventus, que conocía menos de lo que él creía al enemigo, decidió tentar suerte con la nalga derecha y, de inmediato, se encontró atado a una rueda de un carro falcado, con la finalidad de que no se le doblasen las rodillas al recibir dos rodillazos en los testículos, que le arrancaron un único alarido.

Esta manifestación sonora acalló los ruidos de la noche, regocijó a las cruzadas e interrumpió el buen curso de las negociaciones que se celebraban en la cabaña. Ducha en distinguir un aullido convencional de un aullido testicular, Motmot, temiéndose lo irremediable, llegó rápidamente al golpeado, a quien pudo reanimar con la pericia de quien ha dedicado parte de su existencia a metamorfosear pingajos en machos. La devota y suctoria operación de Motmot impresionó vivamente a la tropa allí congregada, habituada a las rudezas y prontitudes a que están sujetas, por exceso de labor, las gentes empeñadas en salvar a la humanidad. Es más, volvieron a encender los focos. Como ni siquiera habían sospechado que fuese posible un uso tan generoso y, sobre todo, tan eficaz de la primera porción del tubo digestivo, aún recargadas de los símbolos de la muerte que ostentaban, las desenfrenadas se abalanzaron sobre Bonus Eventus con un alboroto genesíaco, que La Parténope disolvió a latigazos y en el que habría perecido el muchacho, incapaz de sustraerse a un homicidio por deliquio.

Calmado el gallinero sáfico, la lugartenienta propuso a Motmot concluir la negociación.

—Concreta, dragona —replicó madame Touraine de la Voilissière, harta de parafernalia absolutista—, y no olvides decirme qué voy a ganar yo.

—Lo que actualmente gana el Embajador. Más gastos.

—Y ¿por qué le pasaportáis a él, que es tan apuesto y atildado, y me designáis a mí Embajadora, que jamás os seré completamente fiel?

—Porque no tenemos mucho dónde elegir y el Embajador, reblandecido por la lealtad y por la molicie cosmopolita de la vida diplomática, ya no vale ni para chulo de amas de casa.

—Entendido, Parténope. Ahora detalla qué villanías se esperan de mis nuevos poderes.

—Ante todo, pagar a Ignorantia Destra sus estipendios de agente infiltrada. Conseguir el millón, que es mucho dinero para esos niños, y devolver a su patria a nuestro Teobaldo, porque esos visigodos sólo oprimen bien en su tierra. No importa que la Horda acabe por hacerse con los explosivos de Herr von García, ya que los explosivos a nosotros nos sobran y los suyos, si es que existen, estarán que ni para cohetes. En todo caso, antes de que ellos lo incendien, incendiaremos nosotros el Louvre, de forma tal que les achaquen a ellos el incendio.

—O sea, lo de siempre, más o menos.

—Más o menos. Y, como siempre, la última instrucción. Ultrasecreta.

Aun a riesgo de que La Parténope le introdujese la lengua en el pabellón auricular, Motmot puso la oreja y escuchó, inmutable, el decreto. Bonus Eventus experimentó un escalofrío, injustificado en aquel instante puesto que nada oía, pero implacablemente lógico desde una perspectiva metempsicótica.

—Mira, varona —se despidió madame Marceline, estrechándose las muñecas con La Parténope—, para semejante encargo tu Baronesa podía haberse ahorrado la cohorte, los disparos, las cruces llameantes y el encendido de esos crematorios, donde quemáis gatos previamente gasificados a la espera de que tiempos mejores os vuelvan a proporcionar el combustible tradicional.

—Celebro tu readmisión en el servicio activo, gordita preciosa.

—A más ver, flaca. Y mis saludos a Bennittissimmo Spaccone.

A la madrugada, en ruta hacia París, Bonus Eventus supo que la última orden, que La Parténope había susurrado y que Motmot había aceptado sin pestañear, consistía en que él debía ser abandonado.

—¿Como el niño Moisés dentro de la cesta? —preguntó Bonus, con la irreprimible simplicidad del enamorado correspondido.

—Pero no en el Nilo —le explicó Motmot, fingidamente atenta a la carretera.

—¿Podré telefonearla de vez en cuando? —logró preguntar Bonus Eventus, que prestaba una atención fingida al paisaje.

—Pronto olvidarás mi número. Tú, mi cachorrito, no te angusties, que ya encontrarás alguna hija de faraón. Seguro.

Bonus Eventus se consoló —apenas— de aquel infausto resultado, proyectando reunirse en el sótano con las amistades. Y mientras tanto, un dolor, nada testicular, le iba enseñando a ser hombre, oficio siempre espinoso y más para el que (como era el caso de Bonus) supone que ese oficio tiene mucha relación con las mujeres.

El arte de la fuga, I (Calabozos)

Lección 27

Cuando calculó que todos dormían ya y en realidad estaban vacíos los dormitorios, se vistió de calle, se encasquetó su sombrero de fieltro de ala redonda y, sin poder reprimir la desazón, llenó el cabás. Luego, después de apagar la luz, se puso el camisón sobre el vestido y, calzada, ensombrerada y con el cabás bajo la cama, se acostó, los ojos desmesuradamente abiertos, el alma en vilo. Apenas sentía fluir el tiempo, zarandeada por peligros imaginarios, que, si lograba hacer verosímiles, la espantaban. Quizá un sueño, repentino como una zambullida, impidió que se desnudase y renunciase a la fuga. Sin embargo, al borde de la madrugada despertó con la decisión intacta y liberada de terroríficas fantasías.

Revisó su equipaje predominantemente cultural, le puso el camisón a la almohada, para cumplir con todos los requisitos de un abandono de hogar, escrutó la oscuridad por la ventana y salió del dormitorio, empequeñecida por su propio sigilo. La casa olía más que nunca a casa, fangosamente acogedora y un poco nauseabunda. Lenta y precavida, sin que le abandonase la sensación de que estaba abandonando para siempre su infancia, fue tanteando por los espacios familiares y, sin chocar contra ningún obstáculo, se encontró en la escalera de servicio. Durante unos instantes, como quien bruscamente salta a un tren en la dirección contraria a la proyectada, estuvo tentada de subir la escalera, entrar en la mansarda de Venus Carolina Paula y destruir, con un gesto, su plan largamente elaborado. Como casi todos los suyos, fue aquél un impulso de naturaleza literaria, que venció con la fortaleza que se necesita para renunciar a un adjetivo deslumbrante pero incongruente. Y, de pronto, Duvet descubrió que caminaba por la calle.

Lóbrega y titubeante, la madrugada incitaba a correr, a escapar de un espacio sólo teóricamente abierto, oprimido por las fachadas

y los automóviles, por esas arcadas, o bascas, de luz lechosa mediante las que ciertos amaneceres consiguen superar la noche. No ya la ciudad, ni siquiera el barrio, tenían fin, un portillo por el que salir de aquel mundo de contornos convencionales, donde tan fácil sería caer en manos de los perseguidores. Una lucecilla roja avisaba de la frágil armazón de tubos en torno al acceso a una galería subterránea, cuya escala se hundía en la acera. Casi enfrente, al final de un amplio vestíbulo de mármoles prefabricados, brillaba una hilera de ascensores, repetitivamente bostezantes.

Mientras Duvet dudaba entre las profundidades o las alturas, en la casa que acababa de abandonar se producía un trasiego, con intervalos apuradamente suficientes para impedir encuentros de fatales consecuencias. Así, minuto y medio después de que Paulette y el chófer se despidieran en la mansarda contigua a la de Venus Carolina Paula, Venus Carolina Paula sorteaba por la escalera principal la furia lúbrica del hormonado Teobaldo, quien, pasando con acrobática facilidad de la furia al infarto embólico, lograba a duras penas alcanzar su lecho, bajo el cual La Foudre hallaba una más de las lentes periscópicas abundantemente distribuidas por la mansión Dupont, cuyo dueño y señor abría el portal con la torpeza de quien viene ebrio de bailarina, incapaz Georges, por tanto, de percibir a Bonus Eventus ayudando a penetrar a Ignorantia Destra por una de las lucernas del sótano, mientras una figura de negro riguroso trepaba por el tubo de la chimenea del boudoir de Paulette, a quien le faltaban cincuenta segundos para estrellarse en el saloncito ovuliforme contra una portentosa desconocida, de nombre Touraine de la Voilissière y de tan búdica actitud que habría resultado ineducado acusarla del grosero registro al que habían sido sometidos aquellos íntimos aposentos. Más o menos recogidos, por consiguiente, en sus respectivas alcobas los habitantes de la casa, el invitado en el trance de dar las últimas boqueadas, ¿quién hubiera podido descubrir la ausencia de Duvet?

Ya durante los últimos tiempos la presencia de Duvet era generalmente inadvertida. Sintiéndose a salvo, lo recordaba ahora con complacida amargura en la más alta azotea del rascacielos, desde el que movía sus tentáculos la primera firma mundial en fabricación de armas, un pulpo multinacional, naturalmente, de mercado muy diversificado y de beneficios oceánicos.

Efectivamente —pensaba Duvet viendo aparecer el sol, que en aquella cima aparecía con antelación—, durante las últimas semanas se había encontrado tan aislada como una niña invisible, tan olvidada de todos que hasta Venus Carolina Paula se olvidaba de sacarla de la buhardilla y hasta su propia madre se olvidaba de encerrarla en la buhardilla. Salvo algunas conversaciones a las que Venus Carolina Paula se prestaba a la hora de sacudir las alfombras o de limpiar la plata, había podido desplegar impunemente por todas las habitaciones su vocación. Poco a poco fue aprendiendo cuánto ayuda a quien quiere ser Flaubert la rotunda oposición familiar a que una sea Flaubert. Un día, el día en que empezó a pensar en fugarse, Duvet determinó que aquella casa suya se había transformado en el hogar más inadecuado para un escritor.

Hubo tardes en las que, a pesar de su civilizada aversión a la fotosíntesis, Duvet añoró el parque, los senderos, los bancos a la sombra, los caramelos de aquel jardinero que terminaría por agriarle el carácter a Venus Carolina Paula, las melancolías del regreso. La pala y el cubo se oxidaban. Envuelta en algún cortinón, Duvet desfallecía de hastío, adquiría esa lepra de la soledad que consiste en conversar en voz alta con interlocutores reales, pero ausentes. Con las primeras luces eléctricas, los salones eran ocupados por los mayores y a Duvet no le quedaba otra alternativa que el vagabundeo, un vaso de leche con galletas cocinado de pasada por Venus Carolina Paula y la espera del sueño, que llegaba puntualmente, no como Georges, cuyo beso nocturno parecía una costumbre del pasado.

—Eso sí, cuando ya sepas hacer lo más, te tentará hacer lo menos, ya que la nostalgia del barro y el aborrecimiento por el esfuerzo son inclinaciones de mucho arraigo en cualquier espíritu literario.

—Comprendo —había asentido Duvet, medio dormida y oyendo, además del concierto que su madre ejecutaba, lo que quería oír—. Sé muy bien que a cualquier escritor acaban por atenazarle el aburrimiento y la nostalgia del jardín de su niñez.

—Será difícil que no caigas en esa tentación —pronosticó Venus Carolina Paula, que había venido a sentarse en el borde de la cama de Duvet, huyendo del piano de Madame—, porque precisamente escribir una obra menor, cuando ya sepas escribir obras mayores, es

una tentación de caída segura. O sea, una tentación como debe ser —añadió Venus Carolina Paula, regodeándose en el privilegio, negado a los invitados, de escuchar la música en la lejanía—. Lo menos pernicioso que te puede ocurrir, después de haber escrito una obra menor, es que lo menor te resulte, simplemente, lo mayor disfrazado de menor. Pero tampoco sería raro que te saliese una obra menor, gracias a tu talento, perfecta, evidenciando lo bien dotada que estás para las obras menores, lo que inmediatamente levantará sospechas sobre tus obras mayores. Y si, por último, la obra menor te sale rematadamente mal, habrás perdido el tiempo, el pudor y la debida consideración a tus lectores.

—¿Qué es eso de la consideración a mis mentores? —preguntó el trozo de Duvet que, por efecto de los arpegios maternos, continuaba aún despierto.

—La consideración a tus lectores, corazón, es el sentimiento equivalente a la estima por la propia honra que toda mujer honrada está obligada a sentir —definió Venus Carolina Paula, a quien la noche y el piano romántico le reavivaban las brasas—. Dicho en tono imperativo kantiano, el asunto podría enunciarse así: Escribe de manera que la desconsideración hacia tus lectores resulte tan simulada como oculta debe estar la preñez de una soltera.

—Me gustaría saber —preguntó Duvet que, en lucha con las maternas escalas diatónicas, ascendía por la escala de Jacob hacia Morfeo— cómo sabe un escritor quiénes son sus lectores, para poderles guardar consideración.

—Por las encuestas, por las listas de los más vendidos y, fundamentalmente, por la escala de valores imperante en la sociedad que el escritor aborrece. Ya que una cosa es guasearse de los valores y otra muy distinta escribir ora una autobiografía, ora un vodevil, ora una crónica taurina. Eso lo olvidan con frecuencia los más vendidos, emperrados por vender en todos los tenderetes. Tú, como escritora, tienes la obligación con tus lectores, con tus críticos y con el público en general de escribir siempre, pero siempre siempre, la *Divina Comedia* o, como poco, *El paraíso perdido*. Y si te fastidia, porque no poder ser tonto de vez en cuando es de lo más fastidioso, pues a jorobarse y haber escogido un trabajo no tan rentable, que a nadie le mandan ser literato.

—Sí, mamá —había asentido Duvet, por lo que Venus Carolina

Paula dedujo que estaba completamente dormida, a pesar de lo cual Venus Carolina Paula retrasó su reincorporación al concierto y se quedó un ratito más, meditando qué fácil es predicar y qué difícil dar trigo, cuando una es joven, de tierra extraña y está de doncella para todo en la inmensa ciudad de París, y encima una tiene menos estima por su honra que Chopin por su tisis.

Pero charlas instructivas, como aquélla de la noche de los nocturnos polonesos, se habían ido haciendo cada vez más raras o más escuetas y acres (—Duvet, deja ya de hacer que lees, que te vas a quedar ciega antes de saber juntar tres sílabas seguidas; «¡Baja de esa consola, Duvet, y basta de imitar a monsieur de Saint-Exupéry!»; «Pero y esta niña ¿por qué se ha disfrazado ahora de Educación Sentimental?»), hasta el punto de que Duvet, en la azotea del rascacielos, dudaba de la realidad de algunas de aquellas charlas, excepto la de las escalas, por ejemplo, de la que recordaba con toda claridad la expresión de rencor y de asco por la honra, que había aparecido en el rostro de Venus Carolina Paula, nada más quedarse ella —Duvet— dormida.

Como la vida suele ser más cambiante de lo previsible e, incluso, de lo conveniente, ahora se encontraba Duvet con la ciudad a sus pies y en los vértigos del séptimo cielo a cambio de un silencio sólo contrapunteado por el zumbido del viento. Nubes, que parecían volar al alcance de las manos, mostraban jirones de cielo azul que de nada le servían a Duvet para medir el paso del tiempo. El reloj de su estómago la llevó a abrir el cabás y a comerse una de las dos magdalenas, que como intendencia había añadido al equipaje. Una somnolencia paulatina la fue sumiendo en playas ducales, en contrapuestos campanarios, en el trenecito de la costa, mientras llovía mar adentro y la lluvia distante precipitaba a los camareros a plegar los parasoles y a las amigas de La Foudre a abrir sus sombrillas, saltando descalzas sobre una arena de la que brotaban, con las fauces ávidas, tulipanes.

La imagen de un pararrayos chisporroteante despertó a Duvet y, en efecto, la azotea estaba sumergida en el vapor amoratado de nubes enfrentadas. Aunque como experiencia a transformar en escenario narrativo el espectáculo resultaba impagable, Duvet prefirió correr hacia la puerta por donde había penetrado en aquel firmamento. Y la encontró cerrada.

(Habiéndose recibido noticias de una inminente ofensiva de espionaje industrial, el ordenador que hacía de portero del edificio, mientras Duvet navegaba por sus sueños en flor, había clausurado mediante control remoto todos los huecos por donde pudiesen entrar los japoneses. Ahora bien, nadie ignora que, por muy superior que sea al cerebro de un hombre el cerebro de un ordenador, un ordenador no deja de ser una maldita máquina y las malditas máquinas o se mantiene un servicio de mantenimiento y reparación carísimo o terminan por desatornillarse en el momento más inoportuno. Como la multinacional aquella tendía a economizar en mantenimiento del ordenador lo que ganaba en napalm, el servicio de mantenimiento y reparación del ordenador llevaba meses sin cobrar la factura y, en consecuencia, haciéndose los distraídos en materia de cables rotos y de fusibles fundidos. Este cúmulo de chapucerías empresariales dio como resultado que el bit que ordenaba la apertura y el cierre de la puerta, que Duvet aporreaba, estuviese que ni para bit de segunda mano.)

De aquí que Duvet, enfebrecida de pánico, tratase de abrir una puerta que estaba abierta. Y que, de repente, fue arrancada de sus goznes y lanzada a los aires por el primer rayo que cayó en la azotea. Duvet, asiendo instintivamente el cabás que el meteoro había chamuscado, escapó por el hueco, sin preguntarse cómo es posible que en un rascacielos de reciente construcción los rayos abran las puertas (fenómeno cuya explicación radicaba en que el servicio de mantenimiento de los pararrayos estaba harto de demoras e impagos).

La tormenta había dejado vacías las calles y Duvet encontró una ciudad semejante a la del amanecer, que la hizo sentirse muchacha con quinqué pintada por Magritte. Poco acostumbrada a caminar por calles inundadas, Duvet fue abriendo las cortinas de la lluvia, vadeando los torrentes que a duras penas tragaban las alcantarillas, satisfecha en parte de encontrarse en la zona exterior del mundo. No tanto por ella, sino por su sombrero, buscó refugio bajo un toldo, combado por el agua que almacenaba. Desde allí, observó apiñados en los portales a indistintos y húmedos ciudadanos, que le recordaron su condición de fugitiva. Habría vuelto a encerrarse entre las tenaces y flexibles rejas de la lluvia, de no haber divisado un instante antes de reanudar la huida a la señora del paraguas.

Se trataba del paraguas más acampanado —también más negro — y de la señora más digna que Duvet había imaginado nunca. Calzada con botinas de cuero amarillo y paño rosa, que dejaba al descubierto la falda ligeramente recogida, del atuendo de la señora fue distinguiendo Duvet una media casaca de terciopelo gris perla, una blusa que llenaba de espuma el triángulo del escote y unos guantes también grises, aunque estos últimos sólo pudo vislumbrarlos cuando la señora llegó junto a ella y ella se encontró debajo de la negra cúpula sobre la que percutía la lluvia. A partir de ese instante, Duvet únicamente tuvo ojos para los de la señora, inmensos y redondos, dos satinadas lagunas en un rostro de boca demasiado larga, de óvalo tosco, y que era el rostro más fascinante que Duvet hubiese podido desear para sí misma. Apenas una sonrisa de la señora y Duvet tendió su mano al guante que se le ofrecía (y que preservaba de la gelidez).

Hasta que la señora no la hubo alzado al taburete, Duvet no se atrevió a mirar de nuevo aquella cara, cuyos labios parecían más flojos. Sobre el mostrador había dos tazas de chocolate humeante, un cestillo con bollos y un libro de hojas abarquilladas, escrito en una lengua que a Duvet, de haber sabido leer, le habría resultado incomprensible.

—A la hora de la merienda conviene dejar de escribir un rato —susurró la señora, con aquella voz de una dulzura inusitada.

—Me he escapado de casa —confesó Duvet.

—Yo nunca me escapé. Debes merendar —repitió la señora.

Le recordaba a Venus Carolina Paula, aun siendo radicalmente distintas, gracias a un aire lugareño, que la señora parecía empeñada en conservar y que Venus Carolina Paula no lograba desterrar. Duvet, por cortesía y por hambre, introdujo un trozo de mojicón en el chocolate, convencida de que aquel su primer día de libertad había dejado de ser literariamente neutro. La señora, que miraba hacia la calle, donde la lluvia se amansaba, murmuró como quien sólo respira:

—Oh, mi amigo el invierno…

Venus Carolina Paula le había enseñado a Duvet que hay días —los días neutros—, en que lo más sorprendente del arte literario se reduce a recordar que Theodor Wiesegrund-Adorno y Walter Benjamin eran primos (de parentesco), el lujoso tendero de la

esquina, sobrino nieto de Kafka, y Alejandro Dumas (padre), padre de Alejandro Dumas (hijo). Ciertamente ya no era aquél uno de esos días, aunque la señora hubiera desaparecido antes de que Duvet hubiese mordido el trozo de mojicón empapado en chocolate. Algo había cambiado. Una avalancha de pensamientos se ordenaba en la pequeña cabeza de Duvet con esa facilidad que para nada sirve y que denota la recuperación del deseo de escribir. Duvet saltó del taburete y corrió en busca de la señora del enorme paraguas negro.

No llovía y, sin embargo, Duvet tuvo la necesidad de cobijarse, de apartarse de aquella ciudad que era de nuevo la de siempre, un lugar en el que no resultaba insólito que una niña, con sombrero y cabás, caminase por la acera sintiéndose de nuevo la que siempre quiso ser. Había demasiada realidad y demasiado próxima para que una persona, encima analfabeta, pudiese conservar durante mucho tiempo la energía y la lucidez, que hacen, aun sin verla, accesible la belleza.

Duvet repasó y rechazó los hipotéticos refugios en que resguardar su frágil tesoro, que la ciudad le ofrecía. ¿Cómo no distraerse, a pesar de su notoria aptitud para provocar la desatención y el tedio, en un cinematógrafo, en un museo, en una iglesia rusa, en una capilla expiatoria, en un orfeón, en un matadero general, en una escuela de artes y oficios, en un helipuerto? A punto de encontrar tan inhabitable el mundo como su casa, Duvet decidió penetrar, tras la pareja de viejos a los que venía siguiendo distraídamente, en un edificio de ladrillos carcomidos, que hedía y por cuyos pasillos alicatados se llegaba, incluso a la velocidad de los viejos, a una sala de espera con bancas corridas. Sumando las edades de los allí presentes se obtenía, en siglos, un cómputo de tiempo igual al transcurrido desde el nacimiento de Meleagro hasta la muerte de lord Byron, calculando a la griega por aproximación; y en achaques, los causados por la batalla de las Termópilas no los superaban. Nada más conseguir asiento en una de las bancas, Duvet, inmune a los efluvios del éter, de los esputos y de las llagas, que orean esos embarcaderos del Aqueronte, le preguntaba ya a Venus Carolina Paula el nombre de la señora del paraguas.

—Niña, ¿te sobraría algo de ungüento para una apostema que me ha salido en la laringe?

—No, señor, no uso —se disculpó Duvet.

A causa de una de esas premoniciones de la nostalgia, como la que a don Antonio Machado le hacía suponer que ya habría cigüeñas al sol mirando la tarde roja, Duvet se dijo que ya habría ido a limpiar Venus Carolina Paula la buhardilla. En los últimos y difíciles tiempos, Venus Carolina Paula pasaba el trapo del polvo por el arpa sin cuerdas musitando rimas, como si sufriese esa urgencia de romanticismo de los que han renunciado al ejercicio de los propios sentimientos y que son los mejores clientes de la poesía amorosa. Ahora, evocándola, Duvet descubría que, de todos los que la habían ignorado, había sido Venus Carolina Paula (y no sólo durante aquellas becquerianas limpiezas de buhardilla) quien más había contribuido a transformarla en una niña invisible. En ocasiones, cuando Venus Carolina Paula jugaba con monsieur Thibaut, en medio de un jolgorio de risas sofocadas, a correteos de habitación en habitación y tropezaba con ella e, incluso, la regañaba por interrumpir como un fantasma los juegos de los mayores, se le revelaba a Duvet cuánto asombro provocaba en Venus Carolina Paula su presencia.

Dada la espectacularidad del incidente, Duvet no tuvo más remedio que dedicar su atención al vejarrón que, a rugidos, se arrancaba las ropas en el centro de la sala de espera. Una camilla y una camisa de fuerza devolvieron a la estancia la paz de los lamentos y de los gargajeos.

—Ha sido por culpa de su nieta. Que no la quitaba ojo, el desgraciado.

—Tú no hagas caso, hija. Ha sido porque tiene un exhibicionismo crónico. Si lo sabré yo, que soy su nuera…

Y es que, sin que Duvet entendiese por qué, Venus Carolina Paula la había ido transformando en menos que una insignificancia, en un cuerpo invisible. Entre aquellos cuerpos decrépitos de tan inminente desaparición, Duvet analizaba el artificio de la invisibilidad, esa pavorosa impunidad con la que el invisible ve, a quien no le ve, comer, mentir, mirarse al espejo, estornudar. Y entonces fue comprendiendo, con la parsimonia usual en esta clase de meditaciones, que, fugada y con el gusto por la literatura recuperado, ya no escaparía nunca más de la transparencia, del incitante infierno de ver sin ser vista. Fuerzas no le faltaban para encarar tamaño futuro. Ni orgullo para asumir esa condición, ya

que ahora entendía por qué, tanto entre los vivos como entre los muertos, era tan escaso el número de los invisibles.

Febril y conmocionada al saberse elegida para una tarea para la que la humanidad no había sido concebida, Duvet abandonó la sala de espera un minuto antes de que le llegase el turno de ser recibida por el gerontólogo. La calle, *mentras cerraba a noite silenciosa*, estaba desierta y sin viento.

Corrió pegada a las fachadas, hasta que pensó que, para ir a donde no sabía, iba demasiado deprisa. Abrumada por una iluminación que juzgaba excesiva no habiendo otros ciudadanos que la disfrutasen, derivó por un callejón penumbroso, a cuya mitad fue asaltada por una mujer de mediana edad y mediana vestimenta, que le ofreció, a cambio de que se constituyese en hija suya, una devoción absoluta. Cuando, después de un porfiado acoso, pudo librarse de aquella aspirante a Paulette, Duvet decidió no apartarse de las grandes avenidas.

Pero antes de llegar a un bulevar de renombradas connotaciones artísticas, la visión de un vagabundo le sugirió la posibilidad de pasar la noche bajo los puentes del Sena, si no encontraba entre sus colegas la camaradería que suple la incomodidad de carecer de cuarto de trabajo. Por si acaso, hurtó de una tienda, que ostentaba las mercancías hasta en la acera, una botella de vino, que quizá le sirviera como billete de ingreso en el submundo. Pronto fue recompensada. Habiéndose parado a escuchar, entre las mesas de un célebre café, a un desconocido famoso, que a Duvet le recordó a Malraux porque hablaba esculpiendo, un muchacho solitario, que desde la mesa vecina también escuchaba pontificar al lapidario, le puso en la mano unas monedas.

—Procura olvidar, criatura, lo que has oído —le aconsejó el solitario, en colombiano—. Y si algún día, como leo en tu cara, te dedicas a las letras, no olvides que esa teoría, que está exponiendo monsieur Gaston y según la cual el tiempo libre y el dinero esterilizan al escritor, tiene un mercantil fundamento venenoso.

Duvet se alejó, con el sonrojo que producen los primeros réditos de la cultura, y, antes de que pudiese guardarlos en el cabás, una señora de mediana edad y elegante vestimenta le ofreció una infancia regalada a cambio de que se dejase adoptar. Duvet alegó que madre no le faltaba. La señora le incitó a que la sustituyese por

ella. Duvet pretendió hacerle entender a la señora que ella, a todas las madres que hasta entonces había tenido, las abandonaba. La señora, ayudada por un barrendero oficioso, la aprisionó entre sus brazos y Duvet se vio obligada a recurrir a un lenguaje celineano para poder escapar al fondo de la noche.

Aunque el ambiente del distrito le había interesado, prefirió trasladarse a otro, donde quizá a aquella hora no se lanzasen a la calle todas las madres frustradas de la ciudad. Mientras sin saberlo caminaba hacia el río, mientras cruzaba un puente sin percatarse, mientras paso tras paso avanzaba por una extensión hostil o indiferente, Duvet continuaba reflexionando, aunque ya somnolienta, forzada por esa tenacidad de la mente con sueño pasado de rosca. Cerca de una plaza y de una pomposidad ruidosamente iluminada (era la Ópera), Duvet se sentó en el bordillo de la acera, aprovechando una pacífica encrucijada con la rue de la Paix. Guardó las monedas, puso orden en el cabás y se comió la segunda magdalena. De la lámpara de Aladino Proust surgió Venus Carolina Paula, brotando una noche no muy lejana de los apartamentos privados de Paulette, sofocada, llenándose las manos de risa, y la risa de Paulette cascabeleando en el boudoir.

—¿Qué haces tú aquí, a estas horas, que pareces la Sanseverina al pie de la Tour Farnèse?

Hasta que en la cocina Venus Carolina Paula no hubo ahogado las carcajadas con dos vasos de agua, Duvet no había considerado útil contestar:

—Que me he despertado.

—Con qué estarías soñando…

—Contigo.

—Bueno, anda, pobrecita mía, ya ha pasado. —Venus Carolina Paula fue durante un instante la que ya no era—. Hale, te llevo a la cama y mañana me lo cuentas.

—Sólo recuerdo que cantabas en un escenario y los espectadores, que te contemplaban sentados en los bancos de una iglesia, estaban desnudos.

—Pero oye, mocosa, tú es que me has perdido el respeto…

—Al contrario, Venus Carolina Paula. Eres tú quien, por ansiedad quizá, ya no te respetas como antes, espontáneamente. Yo, si sueño contigo, es porque estoy deseando que recuperes el control

de tus instintos.

—Cuídate de no soñar impertinencias y déjame a mí las ansias y las glándulas en paz, que *Dieu donne le froid selon la robe, et me donne les passions selon le moien que j'ay de les soutenir*.

—¿Coloma, S.I.? —había inquirido Duvet, que tendía a suponer localista la cultura de sus interlocutores.

—No. Montaigne —había precisado Venus Carolina Paula, amontonando por tamaño las sartenes—, ese señor que, además, llegó a ser alcalde.

—No me gustan los burócratas que escriben. Es una gente que lo quiere todo sin arriesgar nada, demasiado capacitados para nadar en la humillación y guardar la tranquilidad.

—Pues es una gente sumamente lastimosa y, por tanto, digna de lástima. Si no me crees, acuérdate de mi don Manuel Azaña, que a más no se puede llegar en el escalafón y que, según él mismo confesaba, de todos los suplicios que había conocido pocos le dolieron más que el suplicio de tener escindidos el trabajo y el cuidado.

—Aparte del cinismo de la seguridad del sueldito, la realidad que manejan en las oficinas los escritores que burocratean entontecería a las musas.

—Una realidad de lo más seria, hija, y de lo más palpitante.

—Algo monótono y rústico ese vicio de los expedientes, ¿no te parece, Venus Carolina Paula?

—A lo mejor prefieres la rusticidad inversa de dedicarte, en jornada completa, a la esencialidad de la lingüisticidad.

—¡Todavía me quieres, Venus Carolina Paula! —gritó Duvet, porque todavía parecía posible conversar, con independencia de que no se creyese en la tesis que se defendía.

Pero aquella noche no muy lejana volvió sola al dormitorio, ya que Venus Carolina Paula, mientras dejaba como espejos las sartenes, había preferido un programa radiofónico a llegar a la conclusión de que el ideal consistía en escribir a temporadas y, a temporadas, ser quiromántica, o guapa, o bombera, o vendedora de barquillos en una playa, o librera, y, de vez en cuando, nada, que es como ser inmortal.

Sentada en el bordillo de la acera, se sacudió las migas magdalenienses, descubrió una mancha en su falda y apareció el

gato. Duvet, que aborrecía a la especie entera, consintió en mantenerle la mirada, en que una pata de la bestia se colocase sobre uno de sus zapatos de charol, incluso le habría ofrecido un trago de la botella, si el animal no se hubiera alejado hacia la boca de una alcantarilla, donde brillaban dos ojos. Duvet se echó atrás, guareciéndose con un brazo. El gato, imitando a un perro de circo, se sostuvo sobre sus patas delanteras, mientras alzaba la cola y las traseras. De la alcantarilla surgió una mano, que entregó al felino una alimaña, y el felino salió de estampida a banquetearse. Sobreponiendo a su terror su curiosidad, que era virtud que Duvet estimaba imprescindible para el ejercicio de las letras, se fue acercando, agachada, a la boca de la alcantarilla.

—Hola —saludó una voz, que correspondía a los dos ojos, que, a su vez, correspondían a Laetitia Rubicunda.

—Hola —contestó Duvet.

—¿Tienes mierda?

—Sólo una mancha en la falda. ¿Qué haces ahí?

—Respirando aire limpio. Durante el día esto se llena de turistas, que dejan una atmósfera irrespirable.

—Debe de ser inquietante vivir ahí abajo.

—Sólo durante el día —informó Laetitia Rubicunda—. ¿Te obliga tu madre a llevar sombrero?

—No. Bueno, pues… hasta otra.

—Hasta otra, tía.

Duvet, invulnerable a los escaparates de más alto precio del continente, llegó hasta la plaza aún con tiempo para asistir a la salida de *Boris Godunov*. Disimulando las consecuencias de la paliza a que habían sido sometidos a lo largo de un prólogo y cuatro actos y de cuya postración algo se habían recuperado aplaudiendo rabiosamente al final del cuarto, formaban bulliciosos grupos a la espera de los carruajes que los llevarían al resopón. A Duvet le distrajo la excentricidad de los atuendos, la distinción de las actitudes, el marcial hieratismo de la guardia republicana, que formaba calle de honor y que le recordó que era una fugitiva.

No advirtió, sin embargo, a la hechizante mujer de escote hasta el ombligo, que no dejaba de observarla, en medio de aquella multitud ciega a una colegiala con cabás. Cuando la última carroza motorizada desapareció y los republicanos rompieron filas, Duvet

prosiguió su camino, en dirección nornordeste, por unos parajes de sinagogas y de soledades. Entonces sí tuvo una rara sensación, que no logró discernir y que atribuyó a la fatiga que termina por causar la invisibilidad. El gato, relamiéndose los bigotes, la vio pasar. Y ella, de pronto, oyó a sus espaldas un vivaracho taconeo. Como no podía tratarse sino de una estéril en busca de fruto, Duvet ni volvió la cabeza.

—Espera, niña, espera.

Duvet se detuvo, resignada a defender su orfandad. Se sorprendió, ciertamente, del hechizo que expelía aquella mujer, alta y mórbida, dispuesta a adoptarla. Con una gracilidad en el paroxismo de la delicadeza, la dama flexionó sus piernas y puso su rostro a la altura del de Duvet. Unos ojos verdes, atemperados por la maestría del maquillaje, dejaban traslucir la avidez, una especie de ambición trastornada, y al tiempo trataban de sonreír, quizá para retener unas lágrimas hiperestésicas.

—Escuche, señora —planteó Duvet—, si lo que busca es vampirizarme, mediante una adopción legal, le prevengo que, precisamente, es del matriarcado de lo que huyo.

—Pero ¿acaso crees que todas las madres somos iguales?

—¿Usted ha parido?

Las dos primeras lágrimas, de un grosor sorprendente, resbalaron cada una por su correspondiente mejilla. Las manos de Duvet se encontraron aprisionadas entre las manos, pastosísimas, de la seductora.

—No, evidentemente no. Pero lo necesito. ¡Necesito alumbrar!

—Me temo, entonces, que se está usted haciendo ilusiones vanas sobre las posibilidades reales del embarazo. Yo no puedo ya volver a ser un óvulo en ninguna placenta. Lo comprende, ¿verdad?

—No lo comprendo, ni quiero. Atiéndeme, entrañas mías, atiéndeme y no rehúses una niñez fastuosa. ¿Qué es lo que más te gusta?

—Creerme que escribo lo que imagino.

—Lo tendrás. Y ¿qué más?

—El *Littré* completo, porque tengo sólo una edición resumida.

—No sé lo que es, pero te lo compraré. Y ¿qué más?

—Pues… pues… una bicicleta de colores.

—Nada más fácil —exclamó la suplicante, lanzando ojeadas en

busca de un bazar y estrechando contra su pecho casi desnudo a Duvet—. Viajaremos incesantemente, viviremos en los hoteles más sofisticados, en las calas más edénicas, en las más cálidas estaciones de esquí, juntas, siempre juntas tú y yo, yo siempre pendiente de mantenerte en la cresta de la moda.

—Mire, buena señora —explicó Duvet, aplastada contra unos torneados y empolvados hombros—, no dudo de la rectitud de sus intenciones, pero a mí no me van la alta costura, ni el turismo, ni la nieve. Yo, sinceramente, de la realidad sólo necesito unos retales. Para los sueños.

—Bendita criatura, te prometo que soñaremos indecibles sueños, químicos, místicos y mecánicos. No existe hembra en el universo que te pueda servir tan de madre como yo.

—Aunque no creo haber nacido para escritora invitada, el mecenazgo que usted me plantea es para pensárselo. ¿Me llevaría a visitar Croisset?

—¡Oh, mi cielo! —la despechugada ingrávida se buscaba, paroxísticamente, un pecho, que tardaba en aparecer más tiempo del previsible—, ¿tienes hambre?

—No, señora —mintió Duvet.

Las lágrimas caían ya torrencialmente de aquellos ojos verdes, inundaban las mejillas, abrían cauces en la costra de maquillaje, que se disolvía al entrar en reacción con el cloruro de sodio de los lagrimones, confluían hacia los enfebrecidos labios rojos, que las tragaban, y el aluvión dejaba al descubierto en el rostro transfigurado una barba de un día. Duvet pensó que, para madre que se afeita a diario, ya tenía a Georges, por lo que, renunciando a una existencia a lo Scott Fitzgerald, le propinó un empujón a la loca, la dejó sentada en la acera y emprendió una carrera oportuna.

En efecto, al tiempo que Duvet huía, acudían en bandada, chillonas y desmadradas, los travestís del distrito.

—Duvet, Duvet… —creyó oír Duvet, mientras atravesaba a contracorriente la avalancha de perfumadísima impostura y elegía la callejuela más angosta.

Como las noticias vuelan, pero vuelan para todos, a los travestís del distrito, que no eran pocos, ni recatados, se les unieron los de las zonas fronterizas de los distritos limítrofes, gente algo más burda. Pronto fueron iluminándose y llenándose las ventanas, como

al impulso de un vendaval, que despertaba a los vecinos y que a Duvet le hacía correr como alma que lleva demasiadas madres. El tumulto terminó por hacer volar las noticias hasta la comisaría competente. El movimiento centrípeto, al mezclarse la algarabía de las sirenas policiales al vital bullicio, centrifugó las bandadas travestidas de los diversos distritos con tal presteza que a la llegada de la autoridad sus agentes no tuvieron otra tarea que, mediante el envío de algunos botes de humo a las fachadas, convencer a la vecindad de que debía volver a la cama. La operación de restablecimiento del orden no se saldó, a pesar de todo, sin detenciones. Así, al menos y con cierta hipérbole, constaba en el informe, que, junto con la detenida, fue remitido desde la comisaría competente al Quai des Orfèvres.

Hasta que no llegó a la Isla de la Ciudad, Duvet no tuvo conciencia plena de la situación. Antes de estrellarse contra aquella máquina de guerra, que cerraba la callejuela, Duvet había corrido sus últimos metros de libertad, asfixiada, tambaleante y con la idea de desprenderse incluso del cabás. No recordaba cómo había llegado a la comisaría y, aunque allí creyó entender que había un mandamiento de busca y captura de su persona, bastante tenía con recuperar el aliento y la compostura. Fue, al bajar del coche celular, cuando oyó el redoble, lejano y solemne, de la campana mayor de Notre-Dame. Alzó los ojos y vislumbró, clavándose en la noche, la aguja de la Sainte-Chapelle. Y entonces sintió miedo, ese miedo no a las catástrofes, sino a la rudeza chabacana que en los locales a los que se la trasladaba suele utilizarse como escenografía.

Una pareja de gendarmes inescrutables escuchó las exigencias de Duvet, que podían resumirse en una alegación de sus derechos constitucionales y en la petición de ser interrogada por el comisario Simenon. La puerta del despacho se cerró y el siniestro cubículo quedó a disposición de la prisionera, que tecleó sobre una vetusta máquina algunas líneas del *J'accuse*, leyó las inscripciones incisas en las paredes, sin leerlas afortunadamente, y, en una silla, se adormiló. Al instante, apareció una matrona feroz, que, en vez de intentar adoptarla, la registró hasta la muela del juicio y le confiscó, a cambio del reglamentario recibo, el cabás, el sombrero y los zapatos de charol. A cabeza descubierta y descalza, Duvet experimentó un arrebato de furia, que se transformó, sin solución

de continuidad, en abatimiento.

—A mí la gente que presume de su mucho esfuerzo me parece tonta —había dicho Venus Carolina Paula una noche perdida en los tiempos, en tanto Duvet, de pie en la bañera, se dejaba enjabonar—. Nunca jamás se me ha ocurrido presumir ante tu madre de lo que me cuesta hacer las camas. Que me cuestan lo que nadie sabe. Por eso, mi niña, te recomiendo que no vuelvas a contarme el penoso día que has llevado, para hacer bonita y verosímil esa peripecia del soldado eludiendo entre los tilos un cañonazo.

—Pues he sudado tinta.

—A mí me lo vas a decir —argumentó Venus Carolina Paula, estrujando la esponja—, que sé cómo va a quedar el baño. Pues menos tinta y más ligereza mental.

—Me temo, Venus Carolina Paula, que he escogido por algo la senda flaubertiana.

—¿Por qué? Levanta los brazos.

—Porque, convencida de que, según el maestro, se debe meditar mucho y escribir poco, no sólo soy incapaz de escribir sin esfuerzo, sino que, encima, sólo valoro las páginas conseguidas a costa de esfuerzo.

—Ya sé adónde vas a parar tú… Esta mañana no te has lavado las orejas, ¿eh? Tú terminas de estilista preciosista y amando a las de relativo más que a tus hijos. Y no, corazón, no, que el arte no es cantería.

—¿Y si únicamente puedo hacerlo a lo cantero?

—Pues a la cantera.

—¿Insinúas que debo dejar de escribir?

—En cuanto sepas, desde luego.

—¡No! Prefiero padecer las tribulaciones del limitado a mecerme en el orgullo de la inteligencia que renuncia.

—Pero, oye, ¿quién te ha leído a ti el teatro benaventino? Abre un poco las piernas, que te voy a dejar el culito para comer sopas. Y ahora mismo, en poniéndote el camisón, a dormir. Que yo esta noche salgo de acompañante de tu mamá —y Venus Carolina Paula, sintiendo que sus últimas palabras habían dejado mustia a Duvet, la levantó del agua y la volvió a sumergir—. Anímate, anda, que es tanta la elasticidad de tu arte que admite cualquier variedad de artista. Incluso, el esforzado.

—Me gustaría tener un sistema nervioso de grafómano y un desinterés absoluto por mi propia mente —había mascullado Duvet, dejándose secar.

—Entiendo, pequeña, lo difícil que le tiene que resultar la literatura a quien la suerte del género humano le importa menos que la perifrástica acertada. Pero aprenderás a disimularlo. En realidad, si persistes en tu vocación, ya sólo aprenderás disimulos.

—Hablas como tu señora, Venus Carolina Paula. Por cierto, ahora que me fijo en esos rulos que te hacen una cabeza de gorgona, ¿adónde te lleva?

—De parrandeo y para que le dé mi opinión.

Evidentemente, ¿qué provecho había obtenido de sus esfuerzos? Sin duda, no sería aquél, en el que se encontraba, el peor de los calabozos que la esperaban, ni su perdida buhardilla había sido, a fin de cuentas, una celda tan mala. Lo cierto era que, en adelante, estaría condenada a preocuparse únicamente de las condiciones de la mazmorra, perteneciese ésta a La Conciergerie, a La Santé, a las costas del Ponto Euxino o a la casa paterna. Tan despiadada certidumbre le prestó a su abatimiento la energía del desconsuelo y la desesperanza del encarcelado, por lo que el esbirro que se presentó, con la cartulina en la mano, encontró una gallardía prevista por el manual de interrogatorios.

—Según consta aquí, y aquí consta todo, no lo olvides, pervertida, ya has estado procesada.

—Nunca.

—Más te valdrá no negar lo que yo digo, enana. ¿Desde cuándo te llevas mal con tu madre?

—Eso es asunto personal.

—¿Quieres ganarte una bofetada personalísima? Vamos, pichona, que te conviene largar.

—¿No dice usted que ahí consta todo? Pues apréndaselo y no pregunte.

—Ah, ¿con que la tipa se pone cabroncita? Se te ha caído el pelo. Además de la orden de busca y captura que hay contra ti, se te acusa de opiómana, obscena, poeta y reincidente.

—Un momento, sagaz Holmes, ¿de quién es esa ficha?

—¿No eres tú la individua que quiere ser Flaubert? Bien claro está aquí que… —el sabueso leyó y releyó trabajosamente.

—Que yo no soy —completó Duvet— la individua que quiere ser Baudelaire. Busque en la F, si es que usan ustedes ordenación alfabética decimal por materias delictuales y si es que hay alguien en esta torturadoría que sabe el abecedario.

Aquel triunfo fue efímero, porque el polizonte regresó con la ficha adecuada y Duvet fue transferida a los calabozos subterráneos, donde debía esperar a que se dignase interrogarla la comisaria Agatha, ya que su caso estaba bajo las atribuciones de la policía paralela a la Policía Judicial.

—¿Cómo es la comisaria Agatha? —preguntó Duvet, nada más cerrarse estruendosamente la reja.

—La peor —contestó un joven, que sobresalía de la miseria de todos sus compañeros de presidio por su miserable aspecto alucinado.

—¿Se apellida usted, por casualidad, Raskolnikov?

Pero los galeotes, que querían seguir durmiendo, la mandaron callar y Duvet, súbitamente tranquila tras una somera inspección de la reja, pensó que también a ella le convendría un sueñecito. Los ojos del joven brillaban como ascuas, con la luminosidad fosforescente de un par de relojes despertadores. Segura de despertar, por tanto, antes de que llegasen a reclamarla sus parientes o a conducirla el alcaide al tercer grado, Duvet cerró los ojos y, aspirando el hedor de la hez, cayó en la inconsciencia.

El primero en llegar al empedrado patio de la policía paralela a la Policía Judicial fue el automóvil en que viajaba Paulette, quien no esperó a que le abriese la portezuela el chófer, al servicio reciente de la casa Dupont. Los otros automóviles llegaron al instante, pero Paulette ya había irrumpido, desmelenadamente maternal, en las dependencias paralelas, cuando empezaron a salir de los vehículos Georges, Venus Carolina Paula, la nueva institutriz de Duvet (que, contratada la misma noche de la fuga, acababa aquella noche de regresar de la Ópera, más descotada, desgreñada y guiñapo de lo lógico), Teobaldo García (que había salido creyendo, precisamente, que se trataba de ir a la ópera), madame Touraine de la Voilissière (que se encontraba de invitada a la cena, al recibirse la llamada del Quai) y, del maletero de uno de los automóviles, Ignorantia Destra (que había elegido como vivienda permanente, mientras las múltiples persecuciones de que era objeto

la obligasen a la clandestinidad, la buhardilla de Duvet). Bonus Eventus llegó el último y en ciclomotor robado, casi al final de las desoladas disculpas del comisario paralelo.

En efecto, dado que la separación de los barrotes no había sido calculada para escritoras de su tamaño, Duvet no tuvo dificultad alguna para llegar, después de haberse despedido del insomne Raskolnikov, al almacén de pertenencias requisadas, donde recuperó las de su propiedad y depositó el recibo en las manos del almacenero borracho. Fuera estaba de nuevo la noche, hendida por los cada vez más espaciados redobles de campana.

Dual y plural

Lección 28

Si algo podía sorprender a una mujer, segura de sí misma y de su mundo, nada más inesperado que aquella mirada, bajo el casco, de Egisto, conde de Túrbida. En algunas ocasiones, Paulette prefería, por no hacer cola, ser peinada en el salón de caballeros. Entre otros, el mayor inconveniente sobre el salón de damas radicaba en que, en el masculino, Paulette no encontraba a nadie digno de sus miradas y, a cambio, ella era mirada, o bien con esa chapucería de la mirada viril, o bien con ese exceso de análisis de los caballeros que miran para imitar lo inimitable. Por supuesto que a ninguna de estas dos especies de la varonía pertenecía la mirada de Egisto, cuya fijeza se sustentaba en pureza tal que Paulette no se azoró, ni se encandiló, ni siquiera se envaneció. Sencillamente, se transformó en un ser inédito. Privada su alma de las tres potencias, la nueva Paulette reconoció en aquellos ojos —los del conde— los ojos que la venían mirando desde el principio de los tiempos y presintió que ya no la abandonarían en el transcurso de la eternidad.

Cuando, abrasada bajo su secador, descubrió que en el del joven mirón ya no se secaba nadie, Paulette, naturalmente, supuso haber sido favorecida por una de esas alucinaciones que, de repetirse, conducen al alucinado al aquelarre y, de seguido, al nosocomio mental. Le irritó que esa clase de visiones afectase también a una mujer, que, como ella, había instaurado el orden y la felicidad en su hogar, había puesto coto a la salacidad (por procuración) de su marido y, en las últimas semanas, había alcanzado la dicha recóndita con un cuerpo dormido y capaz de unas caricias, que habría sido inútil pedir al más hominizado muñeco de sex-shop. ¿Por qué, entonces, a ella tenía que salirle al encuentro, durante una rutinaria sesión de peluquería, lo inefable? Recogiendo su bolso y los restos de su memoria, de su entendimiento y de su voluntad,

Paulette, enajenada y dolorida, llegó a su automóvil. Junto al que se encontraba (y sólo podía ser esperándola) Egisto, conde de Túrbida.

Nada más presentarse el conde y antes de que confesase carecer de coche, Paulette ya se había ofrecido a conducirlo donde quisiera. Luego, resultó que Paulette había aparcado frente a su propia casa, que se había despedido de Egisto sin concertar cita y que, a continuación, se había encerrado en el cuarto de baño, donde se quedó bajo la ducha, sin recuperar su personalidad y con la consiguiente pérdida de sus recientes rizos. Al anochecer, vio desde un balcón que Egisto continuaba apoyado en el automóvil, se despeñó escaleras abajo y, en albornoz, estuvo más de una hora en el quicio de la entrada, con las manos del de Túrbida entre las suyas y los ojos en los ojos. Desde entonces, no habían dejado de mirarse todos los días.

A pesar de las escépticas reservas de Venus Carolina Paula, que mantuvo una cazurrería aborigen hasta que conoció a Egisto, prácticamente Paulette y Egisto consumían las horas de sus encuentros en miradas. Solían, a causa de la crónica escasez de medios económicos del joven conde, frecuentar los bancos públicos, las aceras públicas y las tabernas modestísimas. Con una delicadeza que a ella misma asombraba (como le asombraban todas y cada una de las virtudes de su flamante temperamento virtuoso), a Paulette ni se le ocurría pagar. Poseída enteramente por la vegetativa inactividad de su estado contemplativo, tampoco se le ocurría preguntar, opinar, exigir, tocar, oler o gustar. No tenía nada que oír, ya que Egisto se expresaba mediante la elocuencia del silencio. Semejante beatitud persistía —salvo que Paulette pagaba la habitación—, cuando alguna tarde se encerraban en una habitación de cualquier hotel de paso. Ni retiraban la colcha, ni abrían los grifos. Apenas una turbación, un conato de asfixia, un roce, constituían la excepción a la regla de la quietud, encendían en Paulette y en Egisto la mecha, que no llegaba encendida al polvorín de los instintos.

Ya que no se desnudaban ni los guantes en aquellos efímeros hogares, Egisto, entre deliquio y deliquio visuales, narraba algún fragmento de su vida. Por culpa de la dulzura de su voz, Paulette le oía sin enterarse hasta la cuarta o quinta repetición. De esta manera, al progresar lentamente el mutuo conocimiento, se

preservaba más el mutuo encanto. Sin embargo, el pasado se diluía al entrar en contacto con el presente simple de una felicidad incondicional. Paulette no se cansaba de decirse que aquello era el amor. Aquello, no obstante, no había cristalizado a la stendhaliana, en contra de lo que habría apostado Duvet, sino que la congeló. Desafecta por naturaleza, nunca sujeta a los sentimientos que creía tener, Paulette se hallaba en condiciones inmejorables para ser monopolizada por una pasión de sosiegos e impasibilidades, y, confundiendo la altura con lo sublime, sometió su carne a las temperaturas de las cumbres.

Estaba enamorada, indudablemente, ya que no faltaban síntomas reveladores. Así, por ejemplo, pronto tuvo necesidad de hablar con alguien de Egisto. Estuvo tentada de confiarse a Georges, en parte porque muchos años de convivencia la habían acostumbrado a monologar con Georges, en parte porque estaba segura de que a Georges le afectaría más que a nadie la noticia. Pero Georges (y con motivo…) apenas estaba en casa y, cuando estaba, su rostro mantenía una hierática mansedumbre, que invitaba a dejarle papando moscas. Se lo contó sin perdonar detalle al Teobaldo dormido, que casi todas las mañanas abrazaba en el divancito del gabinete privado. Sin embargo, recelando por experiencia de sus reacciones sonámbulas, Paulette temió que las confidencias penetrasen más de lo debido en la conciencia subliminal de Teobaldo. Necesitaba, sobre todo, un interlocutor despierto, alguien que al enterarse redondeara los ojos y lanzase una exclamación de asombro, tal como Venus Carolina Paula redondeó, con el aditamiento de palmadas en los muslos:

—¡Válgame la puta!, que ni olérmelo. Y yo, intrigada por tanta melosidad, convencida de que iba usted a pedir el divorcio para entrar en un convento… ¿Será posible, señora? Ahora va usted a saber lo que es bueno, pobrecilla. Y, encima, conde.

—De Túrbida. No utiliza el título. Es más, sólo porque a mí me gusta sentirme condesa, no se lo ha cedido a su jovencísimo hermano.

—¿Y las tierras?

—Ésas sí. Unos días antes de que nos conociésemos en la peluquería.

—Carajo, por poco… ¿Y le aguanta a usted don Egisto los rasgos

de su femineidad?

—Si nos vieses juntos, comprobarías que somos dos personas sin rasgos.

—¿Y la lleva a usted a bailar?

—Nunca. Pero tenemos nuestra canción y cada vez que la escuchamos nos tiemblan los labios.

Éste era otro síntoma revelador. Maullada por su propia autora, una efébica de lacia melena, la canción se había popularizado en media semana, gracias quizá a una letra plagada de adjetivos con cópula, como opinaba Duvet, que a lo largo de la jornada se la oía cantar, sin tregua, a Venus Carolina Paula. ¿Qué entusiasmo no habrían experimentado Paulette y Egisto, de haber conocido el origen de la canción? A la chica lacia le vino la inspiración del lied una noche en que, habiendo salido a la calle a la caza de argumentos (como el que más y el que menos…), tropezó con una pareja que en el quicio de un portal se mantenían cogidos las miradas, los alientos, las manos y los pulsos. Obviamente, la canción omitía que él era conde, aunque hacía constar su delicada belleza, y que ella estaba en albornoz. Lo sintomático era que, oyéndola donde la oyesen, Paulette posaba sus labios en los temblorosos de Egisto y ambos trepidaban, como aquejados de palúdicas, hasta que bebían una copita de licor quinado.

—Pues si se entera el señor, le va a gustar pero que muy poco. Y no digamos a don Teobaldo, que, aparte de lo que se le escapa la mano en cuanto se duerme y usted se descuida, está convencidísimo de que tiene con usted relaciones divinas. Don Teobaldo es que se suicidaba.

El suicidio, recíproco y simultáneo, era otra de las soluciones que consideraban Egisto y Paulette. La imposibilidad de aquel amor, de la que a Egisto no le quedaban dudas y que Paulette intuía, les abrumaba a veces, en esas pausas de realismo que todos los enamorados se conceden. A tan fatal resolución era Egisto, no obstante, quien más se oponía, resuelto, contra toda lógica, a convivir estrechamente con Paulette. En cambio, a Paulette una hecatombe voluntaria le parecía mejor que una separación, que no concebía. Es decir, que la solución matrimonial, en una isla antillana, tampoco había sido descartada.

—Si el juez le da a usted la custodia de La Foudre, yo me puedo

hacer cargo del señor y de la niña, esté usted tranquila. A don Teobaldo ya le buscaremos una buena residencia.

—Pero tú, que hablas con él cuando está despierto, ¿no le has oído nada de volver a su patria?

—Quiá…, no se asuste usted. Si no aborreciese tanto hacerse republicano, me parece que ya habría pedido la nacionalidad de aquí.

—No quiero pensar qué locuras haría yo si se me marchase ahora, privándome de los únicos ratos impuros de que dispongo…

—Que don Teobaldo no se marcha, se lo digo yo —se lo decía y reiteraba a Paulette en aquel tiempo Venus Carolina Paula—. Es muy tozudo don Teobaldo y hasta que no se case con esa señora Mesalina no se mueve de París. Después, ya no le aseguro yo que no.

—Calla, calla… Ahora que he conocido el auténtico amor, es que ni aguanto oír el nombre de esa depravada. Afortunadamente, parece que apenas se ven.

—Porque le tiene usted encandilado, señora. Pero, en fin, ya veremos, que cosas no han de faltarnos…

No faltaba mucho, efectivamente, para que una noche infausta, la que precedió a la mañana en que fue descubierta la fuga de Duvet, hallase Paulette su salón ovuliforme rebosante de madame Touraine de la Voilissière. Aquella mole, que la esperaba búdicamente, habría de constituirse en la segunda confidente de sus amores con Egisto y, confirmando la supersticiosa creencia de que hay temporadas en las que todo sale bien, en la amiga íntima —y de su clase—, que desde el colegio y hasta Venus Carolina Paula no había tenido Paulette. El más rápido y aparentemente beneficiado por esta amistad fue, por supuesto, el huésped Teobaldo, que imaginó, por el hecho de tenerlas a las dos en casa, haber logrado la bigamia, ese sueño de la masculinidad sana, cuanto más sobrecargada de hormonas andrógenas.

Para aquella infausta mañana, Egisto había entrado ya a servir de chófer en casa de los Dupont. Paulette convenció fácilmente a Georges de la necesidad de adquirir un nuevo automóvil y, siguiendo el silogismo, de contratar chófer. A Georges el aumento de personal le sugirió la idea de contratar una institutriz para Duvet, propuesta que fue aceptada por Paulette como una más de

las constantes pruebas de afecto que Georges (para compensar a saber qué…) prodigaba a su hija. De tal forma que se pintaron y decoraron la mansarda de Venus Carolina Paula y la adyacente, que había servido de trastero hasta entonces, y Venus Carolina Paula trasladó su dormitorio privado al cuarto de la plancha. El más beneficiado, en principio, fue Teobaldo, a quien las aglomeraciones le distraían de sus graves problemas de toda índole.

Precisamente la noche en que la institutriz comenzó a prestar sus servicios, Duvet había huido. Pero esta fuga no fue descubierta hasta bien entrado el día siguiente, cuando Venus Carolina Paula, de repente, percibió un insólito silencio literario. En medio de la desesperación estruendosa de Georges y de la angustia de Paulette, la institutriz constituyó una ayuda eficaz, al revelarse como expertísima conocedora de los vericuetos policíacos, hospitalarios y hampones, por los que es preciso transitar en los casos de desaparición.

—Nunca le agradeceré bastante, Isadora, lo que está usted haciendo por esta familia —le agradeció Paulette a la institutriz en funciones de telefonista.

—La encontraremos, señora, seguro que la encontraremos —salmodiaba Venus Carolina Paula, que deambulaba, con un plumero bajo el brazo y un rosario en la otra mano, desquiciada.

—¿Ha llamado usted, miss Isadora, a las academias y ateneos artísticos y científicos? —apuntó Teobaldo.

—He llamado. Hay cientos de agentes en estos instantes rastreando los medios literarios. No tardarán mucho en dar con ella. Incluso su hermano y los amigos de su hermano, renunciando a sus juegos, se han desplegado por todos los distritos y sus alcantarillas. Tómese otra tila, monsieur Dupont, que, a gritos, no la hemos de encontrar.

—Pero la encontraremos. Sería el primer escritor que prefiriese pasar inadvertido. ¿No es cierto, señorita Isadora? —preguntaba Venus Carolina Paula, interrumpiendo el decimoquinto misterio y con una fe en la institutriz que, dadas las circunstancias, era incapaz de analizar.

Como preceptora particular, Isadora Tebana había insistido en conservar este su nombre, bajo el que era conocida en el mundo del ballet como prometedora bailarina. Sólo por los inefables

sentimientos que la unían a Georges, Isadora había accedido a simular las dotes pedagógicas y la calaña británica. Por el contrario no había encubierto, ni Georges se lo habría permitido, su aspecto de grácil y mórbida danzarina. Antes de verla disfrazada, Georges habría elegido matarla y matarse, recíproca y simultáneamente. Porque ni al inexorable paso del tiempo estaba Georges dispuesto a permitirle que modificase la belleza de Isadora. Cuando los ajetreos rítmicos y los lustros ajaran a aquella beldad, él continuaría viendo la primera imagen que de Isadora tuvo un atardecer de bombas de trilita en la Ópera, al aparecer, asiéndose a los cortinajes y en puntas, con las mallas en jirones y las gasas del tutú enrojecidas (ensangrentadas, según Georges), en la puerta de un bar, a cuya camarera el Georges de entonces —el abandonado por Fleminga— maquinaba seducir por pura exigencia de su despecho.

Un nuevo Georges nació a partir de aquel paso-a-dos. Georges, que siempre había tenido dispuesto el sentimiento y cuya estructura afectiva le había permitido siempre enamorarse seria y súbitamente de conocidas o de desconocidas, reconoció la novedosa naturaleza del impulso que le abocaba a Isadora. Aquello era amor, incluso quizá porque el que ha amado mucho no puede equivocarse al evaluar las calidades de la pasión. Y Georges, contradiciendo la teoría cristalizadora, se congeló en su propio fuego.

Pero el prodigio, como es habitual, había sucedido al otro lado de las apariencias. Fruto la Tebana de incógnitas conspiraciones y nacida con la incognoscible finalidad de obtener fotografías comprometedoras, Isadora, dando al traste con su propia conspiración, se había enamorado. La llama del amor, devastadora de por sí, había resultado aún más avasalladora y admirable al prender en quien, por su condición diplomática y conspirativa, se encontraba por encima de toda sospecha. Ahora bien, como lo que sucede sucede, he aquí que a la Tebana, cayendo en desgracia por haber descubierto, al fingirlas, tendencias que cualquier Embajador mantiene ocultas, no le quedaba otra posibilidad de recobrar el favor oficial que el éxito de la otra mitad de la maquinación epicena.

Vana esperanza, como ya se sabe, porque, nacida la figura de Egisto con la infame finalidad de destruir una familia mediante la obtención de fotografías comprometedoras y el subsiguiente

chantaje, Egisto se había enamorado con la pureza y el vigor que de una ramera cabía temer. Así, por consiguiente, era la Tebana quien más amaba, puesto que, de las dos parejas, era quien más había perdido, por haber sacrificado a la pasión la tarea de chantajista y de fotógrafo oculto. Con arreglo a esta dudosa, pero universalmente aceptada, valoración de que más ama quien más pierde, el conde de Túrbida y Paulette, a cambio respectivamente de un empleo subalterno y de la tranquilidad, habían ganado, como de regalo, ese conocimiento del amor que ambos amantes, dadas sus características, estaban supuestos de morir sin experimentar. Una vez más, Georges, recibiendo el milagro del amor y librándose de la ruina y de la infamia por culpa de comprometedoras fotografías de sí mismo y de su esposa, era el que auténticamente ganaba, puesto que nada perdía. Y, encima, al igual que Paulette, ignoraba la amenaza que sobre su hogar se había cernido, que es la forma más cómoda de contrarrestar las amenazas. Nadie, en consecuencia, podía desempeñar mejor que Georges los fervores y devociones del enamorado.

A la salida de artistas, allí estaba Georges. Isadora y él paseaban en silencio por las calles de la noche, se detenían, se miraban, apenas se rozaban sus manos, si entraban a seguir mirándose en la habitación de un hotel de paso. Rehusaban plantearse la imposibilidad de aquel amor, cierta para Isadora, brumosa para Georges, y sólo deseaban preservar sus relaciones, perpetuarlas, maravillarlas. Desde la penumbra del antepalco, al que se había abonado, Georges temblaba a partir de la entrada en escena de Isadora y seguía estremeciéndose, a pesar de que las intervenciones de la Tebana no sobrepasaban nunca los dos minutos, hasta que, manos en manos, ojos en ojos, la exquisita mujer posaba sus labios en los labios de Georges.

Un dato revelador de las llamas —congeladas— que devoraban el espíritu de Georges era que Isadora recibía, noche sí noche no, un ramo de flores y una joya. La suspensión beatífica de Georges provocaba, curiosamente, un alza escandalosa en los beneficios empresariales, de forma tal que el consejo de administración, las noches que Georges no, se encargaba de que la Tebana recibiese también las rosas y el broche. Otro síntoma revelador era que Georges, no contento con habérselo contado a los consejeros,

necesitara contárselo a alguien ajeno al mundo de las finanzas. Escribió a Maurice L'Encre una carta indiscreta, que Maurice tuvo la generosidad de quemar, después de haberla copiado, para su archivo, sustituyendo los patronímicos por iniciales. Como Maurice tampoco descolgaba el teléfono, Georges, dominado por la locuacidad del enamorado, abrió su corazón al primer desconocido que se mostró dispuesto a escucharle y que, por casualidad, resultó ser un individuo experimentado en asuntos sentimentales.

—Dado el impudor de sus confidencias, monsieur Dupont, es indudable que está usted enamorado, como nunca antes y como jamás volverá a estarlo. Sobre esto no hay duda. Sin embargo —objetaba Bonus Eventus, degustando el habano con el que Georges le regalaba a cada entrevista—, en sus impecables relaciones con mademoiselle Isadora encuentro un sustrato desconsideradamente casto. ¿Ni siquiera durante esos instantes en que uno no sabe qué hacer con el ser amado para fundirse en él, no han pensado ustedes en desnudarse? ¿Teme usted acaso, monsieur Dupont, que su desnudo decepcionaría a mademoiselle Isadora? O, lo que sería alarmante, ¿acaso teme usted que el desnudo de mademoiselle Isadora le muestre, con subyugante novedad, qué poco le gustaba a usted lo que más creía gustarle? Me parece, mi generoso anfitrión, que se halla usted en la conocida circunstancia excepcional de poder conocerse a sí mismo, que el hombre siempre, a lo largo de su existencia, termina por desaprovechar, en aras del miedo, la pereza, la sensatez o el que dirán —y Bonus Eventus paladeaba un sorbo de excelente licor.

Por lo general era en los apartamentos privados de Georges donde Bonus Eventus destilaba tan penetrantes observaciones y casi siempre durante las horas de la madrugada, tiempo propicio a dar por buena cualquier necedad. No obstante, la sagacidad de Bonus aprovechaba más a las estrellas, que a aquellas horas iban apagándose, que a Georges, que lo único que pedía era ser escuchado.

—Como soy hombre práctico, pensé que la misma excusa que debía urdir para pasar la noche con aquella camarera, llamada Rosina, podría servirme, cuando la urdiese, para pasar la noche con aquella bailarina cubierta de sangre. Ciego de mí, no supe ver, viendo sólo en aquella bailarina a una mujer más, que las excusas

carecían ya de sentido. ¿Cómo puede cambiar tanto una vida en cuestión de segundos?

—Usted, monsieur Dupont, no se fíe de la transformación, mientras no le quite uno de esos vestidos escotados hasta el ombligo que usa su amada. Que una cosa es ver no lo que miramos sino lo que deseamos y otra, muy distinta, es mirar, sin verlo, lo que ni sospechábamos desear.

—¡Qué feliz me hace esta mujer…! —suspiraba Georges.

Tanto, que ni se percataba de que Bonus Eventus se había despedido. Tampoco percibía Georges la incongruencia de encontrar al muchacho jamás en compañía de La Foudre. A veces, el muchacho formaba trío con la bondadosa señora de la Voilissière y con Teobaldo junto a la mesa del té; a veces, salía de los apartamentos privados de Paulette o reía en la cocina con Venus Carolina Paula. En cierto sentido, la presencia de Bonus Eventus resultaba natural y algunas noches, imprescindible, como oyente. La desaparición de Duvet aumentó, si aún era posible, la incapacidad de Georges para distinguir, en el piélago de las presencias ajenas, más allá de la institutriz y de la fotografía de su hija.

Cuando Bonus Eventus se hartaba de aquella pasión congelada, solía, antes de abandonar la casa, subir a la buhardilla a dar los buenos días a Ignorantia Destra, a quien a tan temprana hora no despertaban ni los hondos besos que recibía. El riesgo de consecuencias irreparables había sido tropezarse con La Foudre, que aparecía inopinadamente a robar comida del frigorífico, a verter grajeas solubles de testosterona en el vaso de agua del señor García y a buscar enloquecidamente los explosivos. Pero, desde la fuga de Duvet, para Bonus Eventus se acabaron los riesgos.

La Foudre, convencido de que su hermana había sido raptada por Ignorantia Destra y por el Embajador, no salía de las alcantarillas, a pesar de que nadie en la Horda ignoraba la destitución de El Incógnito. Incluso Protoplastos Serpentino, cuya sordera no disminuía, creía saber que la pequeña Duvet había sido secuestrada por la Embajadora Touraine de la Voilissière. En tanto, Ignorantia Destra ocupaba su forzosa ociosidad en leer la correspondencia que contenía el baúl mundo, lectura insuperablemente provechosa para una jovencita a punto de matrimonio.

Instalada Isadora Tebana en la antigua mansarda de Venus Carolina Paula y visitada noche a noche por Georges; instalado en la mansarda adyacente Egisto, conde de Túrbida, a quien Paulette acudía a visitar con las primeras sombras nocturnas; definitivamente instalado en la antigua prisión de Duvet, y por consejo de Motmot, Bonus Eventus; los altos de la mansión Dupont hervían nada más ponerse el sol. Habiendo tomado la costumbre Venus Carolina Paula de acompañar a madame Touraine en la búsqueda nocturna de Duvet, Teobaldo se bajaba al sótano, con el último bocado de la cena, puesto que allí creía estar citado con alguna de las damas que, durante el día, le huían, si le hallaban despierto. En el constante trasiego de gente de la Horda a que estaba sometido el sótano, el hidalgo reposaba hasta cuando dejaban caer la trampa del túnel o —adrede— le pisaban.

Esta distribución nocturna permitía, pues, a Maurice L'Encre prescindir de periscopios y de otras tecnologías. Al sonar la media noche, L'Encre se deslizaba chimenea abajo y se encontraba con la casa a su completa disposición. Como nada le quedaba por investigar, ni nada de lo que estaba sucediendo le era desconocido, Maurice se encontraba sin nada que hacer y, poco a poco, se hundía en un nirvana similar a la modorra teobaldesca. Algo, no obstante, turbaba la bienaventurada suspensión de Maurice, algo que, en las silenciosas tinieblas de la casa vacía, perturbaba el orden y la armonía del caos establecido. Maurice L'Encre abría los ojos, pero sólo sentía serpentear, instantánea y disforme, la amenaza, como un soplo de aire o un destello en un espejo oscurecido. De su suspensión, al regresar con Venus Carolina Paula, le bajaba Motmot, quien le pedía noticias de Duvet (para seguir tranquilizando a los padres), le instaba a salir por la puerta (que era más limpio que por la chimenea) y le prometía (tan falsamente como año tras año le había prometido) que iría a visitarle a su humilde morada.

A esas horas, Venus Carolina Paula, haciendo de liebre mecánica, ya había logrado que Teobaldo se trasladase del sótano al dormitorio de huéspedes y, en el cuarto de la plancha, daba fin al último rosario de la jornada. También dormían ya Ignorantia Destra, Georges y Paulette; aún no, Egisto y la Tebana, todavía estremecidos de imposibilidades, la Tebana, mordiendo la almohada con esa histeria que produce haber alcanzado la felicidad como

consecuencia de haber caído en el más absoluto fracaso.

Y entonces, madame Touraine de la Voilissière se retiraba satisfecha a su palacete. Hasta que en una de aquellas ajetreadas madrugadas algo le salió al paso en el vestíbulo, algo monstruoso y solapado, que la venía acechando noche tras noche.

—Pero, Bonus, ¿es que no te satisface tu maravillosa vida maritalmente clandestina con Ignorantia Destra?

Mientras la Embajadora huía de lo que más había gozado, con el alma lacerada por el ronco bramido de Bonus Eventus, intuyó que pronto acabarían los días del amor inefable, porque la lascivia ya perturbaba, cautelosa, revulsiva y modélica, aquel templo de la continencia.

—Y es que era demasiado inefable… —sollozaría Paulette, precisamente el día en que Duvet regresó a casa.

El arte de la fuga, II (Calles y plazas)

Lección 29

La luz del sol inundaba el angosto escaparate de la Cartografía General de Geografía Literaria. Duvet, de puntillas, después de una ansiosa ojeada, había ido examinando con detenimiento los mapas de Santa María, Yoknapatawpha, Macondo, Región, Balbec y una vista aérea de la fortaleza Bastiani. Se había reservado como delicia final un plano, trazado por el propio Flaubert, de Yonville L'Abbaye, a pesar de tratarse de un simple croquis no mucho menos infantil de los que ella misma confeccionaba para no olvidar en qué tilo de la avenida el soldado se lanzaba a tierra o en qué dirección estaba el puerto. Apenas había comenzado a descifrar las rayas, cuando, a través del terciopelo de su nuevo abrigo, le llegó el contacto de una mano desconocida. Fastidiada y remolona, se volvió. Con sólo percibir las bondadosas facciones que le sonreían, adivinó que el tipo era un exhibicionista y de la más baja ralea.

—Ahórrese convencerme. De acuerdo. Veinte francos, si se baja los pantalones, y cuarenta, si, además, quiere usted manipularse. Por adelantado.

Las bondadosas facciones se inmovilizaron, el ciudadano quedó como si llorase y, con una maliciosa presteza, le pasó a Duvet cuatro billetes de diez francos, que Duvet guardó calmosamente en el cabás.

—Espero que encontremos un bar apropiado en este barrio disoluto.

—No espere usted, exquisito cerdo, que vaya yo a consentirle utilizar los retretes del Select, el Dôme, Closerie de Lilas o La Coupole, así me lo pidiese Henry Miller, a quien usted seguramente le haría gracia, o el mismísimo Hemingway, de quien usted recibiría un buen directo.

—¿Esos desconocidos yanquis tienen acaso el monopolio de esos afamados cafés?

—Andando. Y sígame a dos metros de distancia.

Bulevar arriba, Duvet y el exhibicionista llegaron a los jardines del Luxemburgo, donde no les fue difícil en una alameda al tresbolillo cobijarse bajo unos castaños apropiadamente disolutos. Duvet dejó el cabás entre sus pies, cruzó las manos sobre el vientre y, abriendo al máximo los ojos, se dispuso a cumplir con su trabajo. Mientras el tipo desenganchaba los tirantes de los pantalones, Duvet, que cada día perfeccionaba el arte de hacer dos cosas a la vez, evocó los tiempos de sus comienzos literarios y, al instante, en su cavidad craneana resonó una advertencia de Venus Carolina Paula:

—Aprovéchate de que aún no sabes leer, ni escribir, para escribir libros perfectos, porque, cuando sepas, se te habrá acabado el desparpajo de la abstracción, que es pura molicie.

—Lo he estado pensando —había confesado Duvet, convencida de que ayudaba a doblar un mantel a Venus Carolina Paula— y el problema, a mi juicio, se reduce a saber qué decir y a saber cómo decirlo.

—Ni más, ni menos —había asentido Venus Carolina Paula, que se ensalivaba el índice para medir la temperatura de la plancha.

—Exacto. No decir más, ni decir menos, lo cual exige utilizar las palabras precisas y no otras.

—Asunto resuelto.

—De donde se deduce, que basta con armonizar el pensamiento con la lengua.

—Siempre que no falten ideas y palabras.

—Pero si hay de sobra… —se había escandalizado Duvet, nada más colocar la servilleta recién planchada por Venus Carolina Paula en el montón de las servilletas—. Tus presupuestos estéticos a veces me desconciertan. Los encuentro, y perdona, desproporcionadamente cazurros.

—¡Justamente cazurros, querida mía! —había replicado, herida en su identidad, Venus Carolina Paula, pero sin dejar de planchar—. Ya me dirás qué leche de estilística he mamado yo, sino la que chupé de las disputas con el cura de mi pueblo, cuando me le acercaba a lo de escríbame una carta, señor cura. Entérate de que cada cual ha aprendido las primeras letras en donde se las han enseñado, leñe, y la dispersión semántica en la vida. Que a esa

perra nunca se le olvida el rectificarnos la cartilla.

—Bueno, bueno, no te enfades. Ya te he pedido disculpas previamente.

—No tengo nada que disculpar. Pero que quede claro —Venus Carolina Paula había vuelto a ensalivarse el índice— que una epistemología extremeña puede ser tan verdadera como la del segundo Wittgenstein. Y, encima, seguro que más decente.

El cliente, en efecto, parecía dispersarse en refitolerías, según no tuvo otro remedio que observar Duvet.

—¿Cuándo piensa usted dejar de menear las caderas, en plan bayadera de la diosa Rabba, y empezar a comportarse como un frustrado con cabeza?

Lógicamente, al exhibicionista se le enredaron los pies en los pantalones, perdió el ritmo, estuvo a punto de perder la estabilidad y, en tono severo, recordó a la impaciente niña que él había pagado y por adelantado. Duvet, suspirando, parpadeó y el parpadeo le permitió regresar al cuarto de la plancha, estancia en la que, a aquella hora precisa, Venus Carolina Paula soportaba las disquisiciones estetizantes de Teobaldo García, mientras arreglaba los seis altares, erigidos a las seis Vírgenes más eficaces de la cristiandad en impetración de que la fugada fuese protegida de los infinitos peligros callejeros.

—Lo he estado pensando —confesó el hidalgo— y la única solución del problema es encontrar una mujer sintetizadora.

—Ahora, don Teobaldo, no me venga usted con la caballerosidad de decirme que esa síntesis de mujer soy yo.

—Pues casi, hermosa, si no fuera porque miss Isadora, en cuanto engorde una arroba o arroba y media, habrá alcanzado la equivalencia entre cómo se mueve y lo que se mueve de la mujer perfecta, capaz de generar la equipolencia masculina.

—De la equipolencia esa, mejor no hablar, si usted no se ofende —propuso Venus Carolina Paula, encendiendo las velas—. Y respecto a la equivalencia, lo que a usted le pasa, don Teobaldo, es que le gustaría que doña Marcelina se moviese como doña Paulette.

—O que, sin dejar de moverse como se mueve, doña Paulette tuviera la cantidad que doña Marcelina mueve. Pero, ya te digo, es un ideal poco frecuente. ¡Ay, si tú reprimieses en un ápice el vaivén de la gloria de tus caderas o si la institutriz aumentase lo que

mueve…! Pero un hombre no debe nunca desesperar de topar con la mujer ideal, aunque a uno le desespere a veces toparse con una mujer como miss Isadora, que se queda al borde del ideal por unos miserables kilos de menos.

—Si a usted no le importa, don Teobaldo —Venus Carolina Paula se arrodilló en una silla con almohadón que le servía de reclinatorio—, ahora se está usted un ratito callado, calculando los pesos y ondulaciones de la equivalencia perfecta, mientras yo le hago la novena a san Cristóbal, para que a mi Pequeña no me la atropelle un coche.

—Mientras tú cumples con tus devociones, me acercaré a los apartamentos de madame Dupont, a ver si aún no ha llegado madame de la Voilissière y soy recibido.

—A ver, don Teobaldo, si puede ser recibido y así se echa usted su sueñecito de media mañana. Y, luego, a la noche, acérquese un ratito por aquí, a nuestra tertulia, cuando ya no aguante el *Gran vals brillante en la menor*.

—Gracias, hija. Confiemos en que no haya vals esta noche.

—Confiemos —coincidió Venus Carolina Paula, abriendo el devocionario—. En todo caso, ya sabe que en la tertulia es siempre bien acogido.

El cuarto de la plancha al que regresaba Duvet desde los jardines del Luxemburgo carecía de liturgias, era el cuarto de la plancha de una tarde cualquiera y pretérita, con montañas de ropa por planchar. Duvet, de soslayo, comprobó que el cliente, abandonando las volutas de lo accidental, se asía a la columna de lo esencial.

—O, por lo menos, tan decente como el segundo Wittgenstein —había concedido Venus Carolina Paula, que sabía calibrar las depresiones de Duvet—. A lo mejor, vete tú a saber, cuando aprendas a escribir, resulta que no es tanto el barullo.

—Sí, sí que lo es —había mascullado Duvet, que se había sentado en el suelo sin duda para buscar su propio ánimo—. Habrá días en que no tendré nada que decir.

—Eso, mi niña —Venus Carolina Paula, como de costumbre, se afanaba con los dobladillos, como si se tratase de miniar un códice —, dalo por descontado. Un escritor que se precie, la mayoría de los días no tiene absolutamente nada que decir. Pero, y ahí está el meollo del enredo, un escritor que se precie no se queda callado por

eso. Faltaría más…

—Lo que me asusta son esos días en que, teniendo todo que decir, no sabré ni expresar la suavidad de una brisa.

—Déjate de ventoleras… Tú, nada más sentir que puedes decirlo todo, vas y armonizas el pensamiento con la lengua. No te olvides de añadir una dosis de mito, que es la sal de la literatura. Y, luego, que digan lo que quieran.

—Que digan ¿quiénes? —había preguntado Duvet, que solía olvidarse de la crítica especializada.

Cuando el cliente se acercaba al éxtasis y, por tanto, cerró los ojos, Duvet escapó corriendo entre los castaños y no dejó de correr hasta la puerta de los jardines, a pesar de las dos madres frustradas que la persiguieron patéticamente. Una vez en la calle, Duvet se compró un helado, para quitarse el mal sabor de boca, y emprendió el regreso hacia la Cartografía General de Geografía Literaria. Pero su regreso se vio interrumpido en la aparición de Adélaïde Delarue, la secretaria para todo del renombrado hombre de foro monsieur Balthasar Cacus, por encargo del cual Duvet estaba siendo buscada perentoriamente. Así es que Duvet y Adélaïde subieron a un taxi, llegaron a la clínica ilegal, donde la cabeza de Duvet quedó enturbantada por un vendaje al que no le faltaba ni una mancha sanguinolenta, volvieron al taxi y, jugándose el ingreso en una clínica legal, entraron en la sala de audiencias a tiempo de que Duvet prestase, entre gimoteos y desmayos, el testimonio del que había sido instruida por Adélaïde Delarue durante el trayecto. Como a juicio del sagaz hombre de foro Balthasar Cacus, Duvet había testificado como un ángel, Balthasar, su secretaria y la testigo lo celebraron con un aperitivo analcohólico en el bar del Palacio de Justicia. Luego, Duvet tuvo que regresar a la clínica, para ser desvendada, no sin antes percibir sus honorarios de manos de monsieur Cacus, quien, entre proceso y proceso, se llevó a su secretaria Adélaïde a la cama ilícita en la que, siempre que les era factible, se reponían del manejo de la ley.

Con la cabeza despejada ya, Duvet decidió, puesto que sólo representaría un pequeño desvío en su camino hacia la Cartografía General de Geografía Literaria, pasarse por la Imprenta Jiménez Fils. Después de rechazar a un pedófilo, Duvet fue informada en la imprenta de que hasta el anochecer no habría recortes de papel que

barrer. Todavía embriagada por el olor de la tinta, resolvió aprovechar un declive con hierba junto al Sena para almorzar, hacer arqueo y utilizar lo que ya no quedaba de mañana en tareas literarias. Nada más asentarse en la hierba, que olía a petróleo y estaba cálida, Duvet se quedó dormida, abrazada al cabás.

—Los eruditos y los tesinandos de tesis y tesinas —soñó Duvet que contestaba Venus Carolina Paula—. Tú, niña mía, aprende a tomarte la escritura como uno de esos supositorios que yo te pongo cuando tienes anginas y que tanto consuelo te producen.

No era consuelo precisamente lo que experimentaba Venus Carolina Paula, arrodillada ante los seis altares mientras Duvet hacía su siesta del fauno a la orilla del río, sino un desconsuelo ilimitado. Con frecuencia, a mitad de sus oraciones, el santo se le volvía al cielo y Venus Carolina Paula se quedaba sola con sus recuerdos, que era una soledad contra la que no tenía defensas. En parte indefensa, en parte regodeándose en la pena, Venus Carolina Paula se repetía machaconamente que, además de haber perdido para siempre a su jardinero, nunca encontraría ni sustituto, ni venganza, que la librasen de la memoria de un cuerpo perfecto y únicamente acariciado. ¿Cómo era posible que, incluso, a ratos amase la vida, sabiendo simultáneamente que la vida no le ofrecería ningún ser a quien amar? Quizá, como en remotas conversaciones ella misma había advertido a Duvet, no le quedase otra salida que desarmonizar sus deseos de sus circunstancias y, a semejanza de madame Dupont, sacarle a cada circunstancia su jugo de falso deseo.

Para cuando Teobaldo volvió a entrar en el cuarto de la plancha, Venus Carolina Paula fumaba junto a la ventana y el cuarto de la plancha tenía ese olor desfalleciente que dejan el humo de los cirios y las lágrimas resecas. El hidalgo, que venía reanimado, le comunicó a Venus Carolina Paula que, recién llegada madame de la Voilissière, entre ella y madame Dupont habían tramado recibir aquella noche a la mitad del todo París, con el fin de interesar a los más influyentes corifeos en un pronto hallazgo de la niña rebelde.

—Que santa María Goretti ilumine a las autoridades y guíe a mi Pequeña —imploró Venus Carolina Paula—. O sea, que vamos a tener concierto.

—Dalo por ejecutado.

—Bueno, puesto que no podemos nada contra el Destino, voy a que me dicte el menú y a sacarle brillo a las teclas. Usted, don Teobaldo, ya sabe, si el vals brillante, en vez de amansarle la fiera, se la encalabrina, véngase aquí, que se oye menos y algo le aplacará los ánimos la tertulia del servicio.

—Gracias, garrida. Por ahora, ando como menos exacerbado.

—Ya se lo he percibido. Que en toda la mañana no he tenido que salirle corriendo ni una sola vez.

—Es que además, muchacha, últimamente gastas tú unas maneras marchitas.

Algo se fortaleció Venus Carolina Paula en el boudoir de Paulette, recibiendo las pertinentes instrucciones para la próxima mojiganga y, sobre todo, las nigrománticas noticias de madame Touraine de la Voilissière, que aseguraba saber fidedignamente que Duvet dormía en aquel instante una plácida siesta sobre un ameno prado.

—Evidentemente, querida Marceline, tienes razón. No hay como hacerles creer a esos intelectuales del tipo de mi hija que pueden hacer lo que quieran, para que se comporten como es debido.

—Pero claro, querida Paulette… Bueno, entonces, cuando tú le propusiste desidealizar un mínimo vuestras relaciones, Egisto ¿qué te contestó?

—Nada. Colocó sus labios sobre los míos, asió mis manos y ahí terminó la desidealización. ¡Qué hombre maravilloso, Marceline, qué hombre…!

En ruta hacia la cocina, Venus Carolina Paula encontró al mentado conde de Túrbida frente a un espejo del salón principal, curvándose las pestañas, y le entregó la lista de las flores y alimentos que debía ir a buscar con el coche.

—No paran de hablar de ti —le confidenció Venus Carolina Paula, que gozaba con el trato de un aristócrata disfrazado de chófer por amor.

—Ay… —contestó Egisto—. Cuántas fuerzas me das, generosa amiga. A tu entender, ¿me ama verdaderamente?

En ese momento irrumpieron La Foudre y una mesnada de secuaces, que dispersaron a Egisto y a la doncella a sus ocupaciones. Venus Carolina Paula la emprendió con los hornos y fogones

cantando, con la súbita felicidad de saber plácidamente viva a su Duvet, cánticos que en modo alguno —de tal entidad era el sentimiento que les unía— interrumpieron la mirada que se mantenían Isadora y Georges sobre la mesa de picar carne, con las manos estrechamente enlazadas. En el otro extremo de la casa resonaron unas vociferaciones, que no indicaban probablemente el descubrimiento de unos explosivos, sino de su dueño.

A Duvet la despertó la persistente mirada de un individuo enlutado, cuya específica depravación no le resultó sencillo adivinar, quizá porque el enlutado individuo ejercía depravaciones diversas. Al primer gesto de Duvet, el enlutado se alejó por los muelles, con esa apariencia de humilde funcionario en meditación burocrática que acostumbraban a fingir los depravados de aquella zona fluvial. Duvet bostezó y buscó un bocadillo de salchichón en el cabás, además del termo, que siempre cuidaba de mantener lleno de refresco burbujeante. Aún le quedaba más de una hora, para preparar los dos capítulos de *Oliver Twist*.

Después de comer y sin ganas de hacer el balance de ingresos y gastos, Duvet emprendió uno más de los erráticos paseos que, entre trabajo y trabajo, le devolvían el sabor de la libertad. Lejos de la Cartografía General de Geografía Literaria y por los alrededores de la residencia de madame Blanche Fleur, se abandonó a la pereza de sus pasos, a las paradas caprichosas, a los descubrimientos repentinos de un balcón de hierro o de una perspectiva provinciana. El pensamiento de Duvet, con las riendas flojas, trotaba a su antojo, con esa ductilidad ensoñadora que la ciudad facilita mediante un variado despliegue de artificios y a pesar de las reminiscencias vegetales de una existencia primitiva y adocenada. Eludiendo, por tanto, los espacios verdes, Duvet callejeaba y escribía fragmentos de una ciudad imaginaria sobre los renglones de aquel barrio, suficientemente desconocido para inventarlo y lo bastante familiar para no extraviarse. Al mismo tiempo, se preparaba, con minuciosa precaución, para poder leer, sin leerlas, unas cuantas páginas de Dickens, de tal forma que madame Fleur las diera por auténticas y el propio Dickens, en su gloria, no las repudiase categóricamente. Aquel ejercicio de invención, dentro de unos moldes prefijados, advertía a Duvet del peligro de conseguir algún día un estilo tan personal que permitiese, sin más, el plagio.

Aunque cualquier experiencia de Duvet se hipostasiaba, tarde o temprano, en sustancia literaria, Duvet prefería las ocupaciones paraliterarias (como barrer la Imprenta Jiménez Fils, leer *Oliver Twist* a madame Blanche Fleur, repartir paquetes de libros o dictar por teléfono informes de lectura a asesores de editoriales abrumados de manuscritos) a las ocupaciones estrictamente alienantes. Testificar con arreglo a las directrices de monsieur Cacus, recuperar objetos bajo los automóviles, alquilarse de hija, de mirona, de modelo fotográfico, de acompañante de oligofrénicos o de novicias, de portadora de cola de novia, de vigilante de atracos bancarios, o dejarse poner unas medias de malla, constituían profesiones de absoluta esterilidad, si se exceptúa que le permitían vivir con el desahogo preciso y cumplirlas con un mínimo de profesionalidad. La más provechosa consecuencia, que Duvet sacaba de sus oficios de subsistencia, era el cálculo exacto de la cantidad de tedio y de humillación que un escritor puede soportar a cambio de seguir siéndolo sin morir de hambre.

Un oportuno reloj público le hizo acelerar el paso a Duvet, suspender sus reflexiones y entrar puntualmente en la biblioteca de madame Blanche Fleur. Durante su histórica juventud, un adorador, cuyo nombre había olvidado, le demostró a la entonces señorita Fleur que, con ese apellido, indudablemente descendía de Flandina de Flanflan (alias, Blancaflor), la mecenas, trovadora y contemporánea de la Laura de Petrarca, señora de Sade (Hugo), nacida Noves. Tan ilustre familia impulsó a Blanche Fleur a dedicar su vida a la lectura, cargante empresa para la que carecía totalmente de dotes. Compaginando una vocación impuesta por su (dudosa) sangre provenzal con una irrefrenable aversión por la letra impresa, la descendiente (supuesta) de la contemporánea de la musa petrarquesca se había hecho leer a lo largo de su dilatada existencia durante dos horas diarias, con lo que había adquirido una sólida y desbarrada cultura, en parte porque la entonación de algunos de sus muchos lectores la distraía, en parte porque no había sido Duvet su primer lector analfabeto. Precisamente había elegido *Oliver Twist*, ya que dudaba (y con razón) de la versión, que de esa inmortal novela le había transmitido luengos años ha, en el curso de un viaje por Las Alpujarras, un cortejador ibérico, llamado Teobaldo García de García. La niña, cuyo nombre madame

Blanche Fleur no lograba retener, le daba a la prosa de Dickens una velocidad verosímil y un acento, por lo general, convincente. En gracia a estos méritos, Duvet recibía, al cabo de las dos horas de improvisación, sus emolumentos y una copiosa merienda, con la que solía darse por cenada, lo que le representaba un ahorro, aunque la obligase a permanecer más tiempo del contratado entre las polvorientas vitrinas de la biblioteca, ocupadas en su totalidad por los retratos de los admiradores de madame Fleur, que incluían la irreconocible imagen de un Teobaldo mocito.

De nuevo la noche estaba allí, como esperándola, cuando Duvet salió a la calle, y una noche más había llegado sin que Duvet hubiese avanzado ni una línea. Contando con un camino despejado de clientes, el camino hasta la imprenta se presentaba demasiado corto, excesivamente banal, para lograr la imprescindible embriaguez que el acto creativo exige. Si consideraba, aun en contra de su voluntad, la totalidad de las obras que le quedaban por escribir, Duvet sentía la brevedad de la vida en forma de aguijonazo y, entonces ya, pasiva, descoyuntada, se rendía al dogma (que necesita siete palabras para ser expresado) de que Una Imagen Vale Más Que Mil Palabras.

A pesar de que atravesaba las plazas en diagonal y de que andaba de alcorque en alcorque por las calles arboladas, lejos de fachadas, pórticos, portales, columnatas y esquinas, percibía los rumores, las sombras, a veces los sollozos, a veces los estertores, que acompañan la marcha de los solitarios. Había aprendido a no alterar el ritmo de sus pasos, a no desviarse, salvo para eludir pájaros muertos, cuerpos yacientes, cagadas de perro o paquetes de explosivos, según las características del barrio. En ocasiones le era imposible sustraerse a la parálisis y Duvet se quedaba rígida ante un charco de vómitos o pisando una peluca humeante, una sotana apolillada, una brújula. En ocasiones, una ronda armada a la caza de ciudadanos cimarrones la empujaba a una carrera sin meta o a agazaparse entre los cubos de la basura.

Así pues, alerta, acosada, deprimida y rota, Duvet llegó a Jiménez Fils, sin más interrupciones que guiar hasta una parada de taxis a un astrofísico brasileño desorientado, lo que le valió un ingreso en cruzeiros, y admirar la cadencia de un flautista negro, lo que le costó dos francos. Barrer durante el día el establecimiento

tipográfico tenía la ventaja del infernal estrépito de las diversas máquinas y del vertiginoso deslizamiento de las bandas de papel en la rotativa. Pero a aquellas horas la maquinaria inerte intimidaba a Duvet tanto como el roce de la escoba y el susurro de los papeles que iba amontonando. Dobló en cuatro un mandil, se lo sujetó a la cintura, cogió casi por el extremo inferior el palo del escobón y, sin querer calcular cuánto vacío tenebroso había desde su cabeza hasta la cubierta de vidrio de la nave, Duvet la emprendió a escobazos frenéticos, con el designio de terminar pronto y regresar al escaparate de la Cartografía General de Geografía Literaria, único lugar, aunque estuviese también en tinieblas, donde podría vislumbrar algún destello de su verdadero ser.

Harta de esperar la aparición del rostro de Duvet en la bola de vidrio negro, propiedad de madame de la Voilissière, que madame Dupont había entronizado sobre un velador en el gabinete privado, Venus Carolina Paula había recurrido, con renovada fe, a su rosario. De pronto, Venus Carolina Paula no supo si el rumor de hojas arrastradas por el viento provenía de la bola, de su propia garganta o del deslizamiento de las cuentas del rosario entre sus dedos. Pero aquellos rumores se convertían en crujidos y, antes de que el velador se moviese o de que la bola se llenase de espectros, Venus Carolina Paula prefirió huir del gabinete.

Duvet, inmóvil, abrazada a la escoba, no oía el repiqueteo de la lluvia sobre la cubierta de la nave, porque, de repente, había olvidado dónde tenía proyectado ir, cuando terminase con aquella inmensidad de papel acuchillado. Respirando con forzada calma, Duvet trataba de no violentar su memoria, como quien, nadando bajo el agua, teme lo que, al emerger, vaya a encontrar.

Tampoco Venus Carolina Paula, parapetada tras una cortina del salón, oía el tamborileo de los primeros goterones de la tormenta, por culpa de las brillantes notas que Paulette extraía del piano, para solaz de la distinguida concurrencia. Al rato, abusada por la extremada música de su señora, Venus Carolina Paula decidió serenar su alma en el antiguo cuarto de la plancha, donde el servicio estaría celebrando la cotidiana tertulia. En uno de los pasillos fue casi arrollada por don Teobaldo y por La Foudre, que le perseguía, enarbolando un cuchillo (de juguete, según prefirió pensar Venus Carolina Paula). La esperada amenidad del tinelo se

esfumó nada más abrir la puerta, frente a la desgarradora estampa que componían la institutriz y el chófer, unidos en un llanto inconsolable.

—Egisto…, miss Isadora…, ¿es que os han despedido o es sólo el amor inefable que, respectivamente, sentís por la señora y el señor?

Hacía tiempo que Duvet había dejado caer la escoba y que había renunciado a desenterrar de su memoria un escaparate de planos y mapas, apenas iluminado por la luz de un farol. Aunque ya, medio hundida en un montón de recortes de papel, con la cabeza entre las manos, sudaba. Acababa de olvidar quién era, quién pretendía ser y el nombre que la designaba en aquel incongruente mundo de máquinas inmóviles, pero estruendosamente mudas. (Quizá por eso, el enlutado, que sigilosamente se infiltraba en el gabinete privado de madame Dupont, encontró opaca, sorda y yerta, la superficie de la sapiente bola.)

El arte de la fuga, III (Ríos, cementerios, efigies)

Lección 30

El dato, gracias al cual Duvet, al cabo del tiempo, volvió a saber que aquella ciudad por la que vagabundeaba se llamaba París, fue que por todas partes oía hablar en argentino. Incluso, olfateaba la lengua de Macedonio Fernández. Una tarde, mientras, sentada en el pretil de un muelle del Sena, observaba cómo sobre el agua espesa, irisada y emporcada, los reflejos formaban un puzzle, que ella misma había encajado en su primera infancia, olió a escritor rioplatense. Así había comenzado la aventura, que estuvo a punto de dar con ella nuevamente entre rejas, y así, cuando al atardecer se encontraron en una pizzería del Boul'Mich, se lo contó a Spe Tantum Relicta.

—Aunque no me sirven para nada, el olor a escritor y el olor a polizonte son dos de las escasas reminiscencias que he conservado del pretérito. Ni durante los días más blancos dejé de oler literato o gendarme. De ninguno de los dos puede decirse que sea un aroma embriagador, desde luego, pero, ¿qué quieres?, son olores inolvidables, hasta para una amnésica como yo.

—Te prohíbo —estableció Spe Tantum Relicta, mordiendo una pizza de anchoas tunecinas— que te sigas considerando una amnésica. No me seas morbosa, Duvet. Vamos a ver, ¿cómo te llamas?

—¿Qué más da? No me obligues a buscar unos sonidos mayúsculos, que a nada me suenan.

—Pues no te dejaré contarme la aventura, si antes no dices tu nombre y apellido. Basta de leyendas anónimas.

Duvet mordió la pizza de ajo, que le había pedido Spe Tantum Relicta, cuya confianza en las virtudes mnemotécnicas del ajo era ilimitada, y decidió que una narración bien valía un esfuerzo.

—Yo me llamo Gustava Dupont.

—Algo es algo —mascculló Spe Tantum Relicta—. Bueno,

empieza y no inventes lo que no recuerdes.

—Esa parte de los muelles me distrae, sobre todo a media tarde, que se llena de escritores que matan el tiempo con esparcimientos y gansadas. Vienen, o van, de hojear libros en los *bouquinistes* y se reúnen allí a tocar el violín de Ingres o la gaita asturiana, a pintar batallas navales o marinas catalanas o retratos de Mallarmé, a contarse sus obras o, simplemente, a jugar al ajedrez, al guá o a burro va. A mí, la verdad, no me extraña que con cualquier fruslería se entretengan y distraigan de las penalidades creativas. Y no te puedes imaginar lo eufóricos que se ponen, si alguna vez alguien les pide un autógrafo. Estaba ya atardeciendo y no faltaba mucho para que sobre el río cayesen los malevos escupitajos de la luz de las farolas. De pronto, le olí y, simultáneamente, olí a gendarme. En efecto, el compadre venía descuidado, haciendo equilibrios sobre el pretil, sin percatarse de que le seguían. Empecé a hacerle señas, pero no me vio y continuó funambuleando, con los brazos extendidos y silbando milonga. Quien se percató de que yo avisaba del peligro al equilibrista fue, naturalmente, el sabueso. Y en ese instante, después de una duda, cambió de presa, sin darme tiempo a mandarme mudar. De modo que ahí me tienes entre las garras del esbirro y bajo la asombrada mirada del taita, el único de los allí reunidos a quien el asombro dejó poste. Yo me debatí y alegué, como es de uso, mis derechos constitucionales. Pero piensa con qué ensañamiento celebra un cuadrillero la captura de una escritora joven. Los colegas de los alrededores se reagruparon y, mientras a mí me arrastraba la ley, se pusieron a redactar un documento de protesta. Yo sabía que, de haberse encontrado por allá Talita, Polanco o, incluso, su paredro, al patrullero no le habría resultado tan chévere moverle el piso a la piba. Y como, por otra parte, conozco las consecuencias retardadas de esa clase de documentos, recurrí al gastado e inefable sistema de vociferar que la autoridad pretendía violarme. Y aquí me tienes.

—Por lo menos —dedujo Spe Tantum Relicta, apurando las migajas de la pizza—, vas recordando ya algunos nombres de la plantilla literaria.

—Por el olor.

—Sin embargo, mi olor a alcantarilla y a catacumba no te recuerda tu hogar.

—Los fenómenos de la memoria, Spe Tantum Relicta, son inescrutables. Tú, por favor, no te inquietes, porque he comprobado que la memoria es una de esas facultades de las que el escritor puede cómodamente prescindir. Es más, creo que escribiría mejor, si escribiese, desde que una noche de tormenta y de vendavales de papel, que me asfixiaban, caí en el olvido.

—Evidentemente, para lo que una tiene que recordar… Termínate la pizza, que estás muy delgada. Lo que me inquieta es que circules con sombrero, porque llamas la atención de las autoridades, que llevan unos años acostumbradas a que las mujeres circulemos a cabeza descubierta.

—No me interesan nada los criterios sobre la moda de la autoridad. Sobre todo estos últimos días, que estoy tan contenta y tan recuperada y sin ningún proyecto. Este bienestar es fruto de tu inestimable ayuda, Spe Tantum Relicta. ¡Sí, sí! Conozco tu adusto carácter de mujer de acción, tan refractario a los halagos. Pero a partir de nuestro encuentro he ido superando aquellos espantosos agujeros de amnesia total, de los que no quiero volver a acordarme. ¿Te tienes que ir ya? —preguntó Duvet, cuando Spe Tantum Relicta indicó al camarero que les trajese la nota—. ¿No te apetece un helado gigante?

—Me tengo que ir, porque hay reunión y, por fin, parece que la rama femenina de La Facción Boscosa decide separarse de la rama escindida de los Treinta Tiranos, que maneja despóticamente Fabulae Centum. Ese hermano tuyo, al que has olvidado por completo, es capaz de reunificar las diversas disidencias masculinas y, valiéndose de que Protoplastos Serpentino va recuperando el oído, urdir cualquier invento para que la Horda vuelva a ser lo que era. Mientras sigamos sin encontrar el millón, que Ignorantia Destra nos robó, aún habrá posibilidades de mantener el mosaico proselitista, pero si recuperásemos ese millón me temo la unidad, porque el dinero tiene mucha fuerza cohesionadora. ¿Tú qué piensas hacer?

El camarero dejó la nota sobre la mesa, que, después de arrebatársela a Duvet, fue examinada por Spe Tantum Relicta.

—Quizá me acerque a las termas municipales. Entre tu olor a sumidero y mi olor a ajo, me siento apestosa. Me gustaría convidarte, Spe Tantum Relicta.

—Muy bien —aprobó Spe Tantum Relicta, que había cogido el cabás de Duvet y contabilizaba su numerario—, tú vas a bañarte y mañana, o pasado, nos volvemos a encontrar a la hora convenida y junto al habitual ábside de san Julián el Pobre.

Spe Tantum Relicta dejó sobre la nota un billete, sacado de su monedero, y metió las monedas de la propina en el cabás de Duvet. Luego, se puso en pie, intentó no mirar a su amiga, que la miraba ansiosamente y que sintió en la mejilla una torpe caricia.

—Si puedes mañana, mejor que pasado.

—Bueno, pues mañana. Y cuídate —aconsejó Spe Tantum Relicta, encaminándose hacia la salida de la pizzería.

Pero al otro día y durante los siguientes Duvet esperó en vano junto al ábside. Generalmente Duvet olvidaba la hora convenida para la cita con Spe Tantum Relicta o le sorprendía lejos de la orilla izquierda, paseando por las distantes márgenes de algunos afluentes del Sena, que no eran sino torrenciales cloacas o desaguaderos industriales. Por parajes de tal naturaleza, Duvet anduvo en aquellos tiempos a la busca de un recuerdo que había aflorado su memoria, cuando la mano de Spe Tantum Relicta rozó su mejilla. Se trataba, más bien, de fijar el contacto de unos dedos agrietados. Le bastaba con desgajar de la bruma aquella sensación táctil para sentirse dichosa y, simultáneamente, para saberse muy por encima de la comprensión lógica. Las horas se le iban, prodigiosamente fugaces, y en ocasiones se quedaba a dormir bajo las estrellas de la periferia. Al amanecer, la algarabía de los pájaros la despertaba y permanecía acurrucada en una somnolencia de vértigos repentinos y relampagueantes visiones. El curso de las aguas, hasta de las fecales, la hipnotizaba, le permitía intuir los ritmos de los sonidos, de los colores, de las palabras, y sobre la superficie siempre cambiante encontraba un museo de formas, que ella leía como estructuras de relatos sin argumento. Era muy feliz, sin causa conocida, y la melancolía, que inevitablemente seguía a la dicha, le proporcionaba una desfalleciente conformidad. Había olvidado los rudimentos de lectura y de escritura, que sospechaba haber poseído, y, a cambio, había adquirido la habilidad de volar por el vacío con las alas de la ingravidez. Si llovía sobre las aguas del río o de sus afluentes, Duvet creía estar tecleando una incesante página de conceptos puros, de la que, de improviso, brotaba una palabra sin

significado alguno, inútil y perfecta.

No todas las horas las consumía en la beatífica inactividad de la fonética, de la semántica o de la sinestesia. Cuando la lluvia la empapaba o la abrasaba el sol, Duvet, sin elegir una orientación determinada, terminaba por entrar en la ciudad. Lo normal era que, fuera la hora que fuese, en el ábside de san Julián el Pobre esperara a Spe Tantum Relicta, a veces sin recordar siquiera el nombre de su amiga, a veces incluso olvidando que esperaba a alguien. Las incitaciones de las calles la impulsaban a luchar, aun declarándose vencida de antemano, como si la presencia de sus semejantes la empujase hacia unas puertas iluminadas, que se cerraban conforme se aproximaba, dejándola en la oscuridad.

Si Spe Tantum Relicta aparecía, Duvet instintivamente, como quien compone el gesto al entrar bajo la sombra del patíbulo, se comportaba con una naturalidad agotadora y escuchaba, atenta sólo al entramado metálico que corregía los dientes de su interlocutora. De Spe Tantum Relicta lo que más agradecía, además del espectáculo de su dentadura, era que, sin cesar de hablar, le alisaba la falda, le limpiaba con saliva las manchas del sombrero, le cambiaba los calcetines, le llenaba el cabás de manzanas y de monedas. Por el contrario, Duvet no soportaba que pretendiese hacerla recordar.

—Déjame, déjame… ¿Es que no lo entiendes? Yo no soy como tú. Yo no puedo resucitar cada cinco minutos. Acepta la apariencia que finjo y no me fuerces a ser la que tú dices que fui. Bastante tengo aún que olvidar…

En uno de aquellos encuentros, tras unas semanas sin verse, Spe Tantum Relicta, que llegó oliendo a perfume tanto como había hedido a alcantarilla, percibió nuevos síntomas en la dismnesia de Duvet. Según le confesó la propia Duvet, paseando sin rumbo una mañana cualquiera, había entrado por azar en el más celebérrimo cementerio de la ciudad y, desde entonces, no dejaba de frecuentarlo y de frecuentar otros, hasta el punto de que prácticamente vivía en aquellos acotados reductos de la muerte.

—Son confortabilísimos, muy aireados, espaciosos y normalmente tranquilos.

Spe Tantum Relicta tenía también novedades domiciliarias que contar.

—Como todo el mundo sabe, es hombre con hombría suficiente para hacer felices a dos mujeres. Así que, fíjate lo que son las cosas del corazón, ahora resulta que estoy viviendo en tu propia casa y, más concretamente, en tu buhardilla. En la buhardilla —insistió Spe Tantum Relicta— en que tu madre te encerraba y de la que te fugaste. ¿Te acuerdas de tu buhardilla?

—Algo —mintió Duvet.

—Entre Ignorantia Destra y yo la hemos dejado que no la reconocerías, ni aunque de verdad te acordases de ella. ¿Prefieres que vayamos hacia Beaubourg, que aquello siempre está animado, o prefieres que bajemos hacia la zona de las editoriales?

—Prefiero hacia Beaubourg —eligió Duvet, por motivos de proximidad a la necrópolis donde pensaba pernoctar—. Y, si te cansas, nos sentamos y te convido a un refresco.

—Soy yo la que quiere convidarte a cenar. Hoy puedo volver tarde, porque duermo en la antigua mansarda de tu institutriz. No te rompas la cabeza contra el muro, que a miss Isadora no llegaste a conocerla. Eso sí, como los tres odiamos la promiscuidad, se acordó establecer un turno rotatorio. Y esta noche le toca a Ignorantia Destra dormir en la buhardilla.

—Y vuestro marido —preguntó Duvet, que, además de sonarle todo a música malaya, no había entendido casi nada— ¿no entra en el turno rotatorio?

—Por supuesto que no. Bonus Eventus duerme siempre en la buhardilla y de lo único que ha de preocuparse la agraciada es de no dormirse antes que él, a fin de que Bonus no se baje a rondar la alcoba de Venus Carolina Paula, a quien últimamente yo creo que ronda más que a madame de la Voilissière o que a tu madre.

—¿Qué madre, de todas ellas?

—¿Tampoco te acuerdas de Venus Carolina Paula? Anda, bonita, haz un esfuercito, arrugando la frente, y desentierra a Venus Carolina Paula. —Después de unos instantes, Spe Tantum Relicta besó aquellas arrugas cubiertas de sudor y Duvet abrió los ojos, como quien surge de una sima submarina llena de pulpos—. Bueno, no te angusties, ¿qué se le va a hacer?

—¿Se llama así mi pretendida madre? Pues suena a parienta de Juan Sebastián Bach esa Venus Magdalena…, ¿qué? En fin, ésa de la que hablas, que supongo que será griega, como deben ser las

venus auténticas.

—No es tu madre, ni es griega —aclaró con paciencia franciscana Spe Tantum Relicta—. Pero como si lo fuera. Debemos resignarnos a que para Bonus Eventus no haya barreras, ni mujeres feas. Y no puede decirse que Venus Carolina Paula esté en su mejor momento esta temporada. A la pena infinita que tu desaparición le causa, hay que añadir el ambiente de tu hogar, diariamente sacudido por los acontecimientos y las mudanzas. Ayer mismo regresó del hospital don Teobaldo, pasita pero rijoso. Tu madre no abandona su boudoir afortunadamente y sólo recibe a madame de la Voilissière, que es la única persona capaz de entenderla que quiera matarse.

—¿Por qué quiere matarse esa madre mía? —preguntó Duvet y una lucecita parpadeó en sus pupilas.

—Porque sería lo natural, después de haberse quedado sin chófer. La señora de la Voilissière, que ahora ostenta la representación diplomática de la Baronesa del Rhin, como ya te he contado, intentó un acuerdo de consuelo mutuo entre tus padres, aprovechando que el mismo día que desapareció el chófer desapareció, y también sin despedirse, tu institutriz. Pero, claro, era demasiado el dolor para lograr, después de tantos años de matrimonio, un entendimiento como el que pretendía la Embajadora. Tu padre, aparte de que cada día gana más dinero, se encuentra al borde del delirio. Se le ha ocurrido ofrecer recompensas por ti y por miss Isadora a troche y moche en los periódicos. No pasa hora sin que suene el timbre y le presenten una niña y una bailarina.

—Pobre hombre… Esa madame Marceline Messaline Touraine de la Voilissière, de la que tanto hablas, ¿quién es?

—La Embajadora de la Baronesa —suspiró Spe Tantum Relicta—, una agente al servicio de la Horda, la prometida de monsieur García y la íntima amiga y primera confidente de tu madre. Pero, oye, ¿cómo sabes tú el nombre completo de Motmot? Eso indica que estás recuperando alguna sombra del pasado, quizá porque, sin darte cuenta, has vuelto a escribir.

—No, no escribo —murmuró Duvet—. Ni creo que nunca, después de haber conocido la irrealidad, me atreva a fingirla. Pero, dime tú, ¿quién es Motmot?

—La misma madame Marceline Messaline Touraine de la Voilissière, cuyo nombre acaba de sugerirte tu memoria automática.

—Ojalá tuviese yo sugerencias automáticas. Mira, no hace mucho y justo en la entrada del Panteón, entre santa Genoveva y Atila, un hombre enlutado, que es el más tenaz de los depravados que me persiguen, me entregó un sobre y me aseguró que el sobre me lo enviaba madame Marceline Messaline Touraine de la Voilissière, una dama que trabaja para él. Para el depravado, ¿comprendes?

—No. ¿Y qué contenía el sobre?

Duvet se sentó sobre un ornamento de la Fuente de los Inocentes, sacó un sobre del cabás y se lo entregó a Spe Tantum Relicta, quien, después de rasgarlo, extrajo de él un billete suculento y una reproducción coloreada, en tamaño postal, de *La Libertad invita a los Artistas a participar en el XXII Salón de los Independientes*. El billete volvió al cabás y *La Libertad* terminó en el arroyo. Cuando de nuevo se pusieron en camino, Spe Tantum Relicta se propuso dejar pagar la cena a Duvet.

Nada más quemarse el paladar con la primera cucharada de sopa de ajo, Duvet fue invitada a regresar a los orígenes.

—Aunque la buhardilla no es el salón de la Academia bajo la cúpula, sitio para una más siempre habrá, con tal de que Ignorantia Destra saque su cajón-tocador al pasillo.

—Agradezco tu invitación, Spe Tantum Relicta, para volver a un lugar que, por las confusas noticias que tú misma me has proporcionado, determinó durante mis primeros cuatro años de vida la claustrofobia, que me produjo la agorafobia que ahora padezco. Pero si me refugiase en esa buhardilla y entre esos desconocidos, de los que continuamente me hablas, presiento que sería como salir del desierto para entrar en un laberinto. Puede que sea el mío uno de esos temperamentos que necesitan fortalecerse en el egoísmo para comprender los desaciertos de su sensiblera solidaridad. No puedo permitirme el lujo de desperdiciar en la convivencia los ochenta años de los que, como mucho, dispongo para habituarme a la idea de que no existiré en los próximos ochenta siglos. Nada me apetece menos, créeme, que buscar la inmortalidad en compañía tan aburrida como la mía y, si he elegido tan escabroso sendero, es

porque no me atrevo a llegar muerta al día de mi muerte, sino olvidada de mi nacimiento y lo más engañada que me sea posible. Se me acabaron los años del despilfarro y de la verdad.

—Y si sigues hablando en esos términos, se te acabarán hasta las ganas de oírte a ti misma y acabarás omnisciente y trabajando para los editores, que es como termináis los que renunciáis al adjetivo por el concepto. Hazme caso, Duvet, y vuelve a lo que has olvidado, que, además, sin el peso de la memoria, la vida en tu buhardilla te resultará tan saludable como una función de circo. Al menos —Spe Tantum Relicta batió su ensalada de anchoas y le pasó los ajos a la ensalada de ajos de Duvet—, cómprate unos pantalones restregados, una camiseta sucia, y renuncia a ese sombrero, por favor. Ni don Teobaldo aprobaría tu impecable atuendo de poetisa chilena finisecular.

—¿Por qué?

—Porque don Teobaldo, sobre todo desde que ha vuelto a la vida por intercesión ante el cuadro médico de tu madre, está adquiriendo velozmente mentalidad moderna. Ha desistido de practicar la bigamia, tal como la practica Bonus Eventus, y se conforma con practicar una galantería desprovista de salacidad. Mantiene, por supuesto, sus propósitos matrimoniales. A pesar de estas convicciones, a ratos las pierde y se arrebata, poseído por las bestiales dosis de virilizantes que le suministra a diario La Foudre. Como, encima, es un viejo exageradamente repugnante, hay que temer que perciba la situación anímica de tu madre, tan propicia a dejarse yacer a lo bobo. Para mayor complicación, según madame Marceline, la situación anímica de tu padre es la perfecta para alentar a un galanteador, con los escrúpulos anulados por un tratamiento hormonal, a que abuse de la anfitriona. Encontrándose, pues, en estas pésimas condiciones anímicas los dueños de la casa desde la desaparición del chófer y de la institutriz, la casa se ha convertido en un paraíso para quienes aún no hemos tenido tiempo, ni oportunidad, de complicarnos el alma. Estamos proyectando deshacernos de madame Marceline, que es la única que ejerce autoridad, y de Venus Carolina Paula, que es la única que limpia, y formar una comuna ideal. Habitaciones no nos faltarían.

—Perdona, Spe Tantum Relicta, pero yo no te preguntaba por qué viven en la vorágine de sus opuestas pasiones ese feroz

hermano, ese esposo tuyo y esa otra esposa de tu esposo, esos padres desalmados, la dama de nombre griego, el cardíaco galán que corteja a la anfitriona y a madame de la Voilissière, madame de la Voilissière, la institutriz amancebada con el chófer, la rama femenina de La Facción Boscosa, La Facción propiamente dicha, un jardinero, del que nunca me hablaste, y los Treinta Tiranos. Yo, Spe Tantum Relicta, te preguntaba por qué encuentras chileno mi atuendo de poetisa finisecular.

—Olvídalo —gimió Spe Tantum Relicta, sintiéndose repentinamente incapaz de curar a Duvet.

—Con mucho gusto —aceptó Duvet.

Luego, después de que Duvet hubiera pedido la cuenta y no la hubiese pagado, ambas salieron con esa naturalidad del cliente amnésico, que constituye la ruina de los restaurantes.

—Gracias por tu compañía, Spe Tantum Relicta. Entonces, mañana a la hora convenida, ¿no?

—En el ábside de san Julián el Pobre. Y gracias a ti por la cena, Duvet.

Spe Tantum Relicta anduvo unos pasos y se volvió a contemplar a Duvet, que en el centro de la calzada se orientaba por las constelaciones.

—La parte oriental sigue por allí, ¿verdad?

—Sí, por allí sigue el oriente. ¿Quieres que te acompañe? Se ha hecho de noche.

—No merece la pena, Spe Tantum Relicta. Está cerca y el camino es conocido.

Duvet apenas tuvo que caminar un par de horas, a través de plazas y bulevares que la soledad desmesuraba, a lo largo de callejuelas retorcidas, entre fachadas que todavía canalizaban las manifestaciones y contra las que habían rebotado un siglo antes las balas versallescas y los gritos de los fusilados. Llegó en el instante en que la luna iluminó unos fantasmagóricos vericuetos, que la condujeron a un mausoleo adecuado para pasar la noche.

Se despertó en las tinieblas, empapada por la lluvia, que caía sesgada sobre el estrecho pórtico del monumento funerario. Hacía poco que la lluvia había sido una compañera animosa, incluso instructiva, cuando caía sobre el Leteo y sus afluentes, y Duvet la oía teclear sus pensamientos, como si la dictase. Pero ahora

detestaba que lloviese, porque, en cuestión de segundos, los cementerios hervían de gusanos. Efectivamente, a sus pies ya la tierra estaba horadada por miles de agujeros por los que brotaba, en tropel, blanquecina y grumosa, la gusanera. Duvet escapó cuesta arriba y, antes de llegar al ciprés, creyó reconocer, entre las agazapadas sombras que huían del aguacero, la capa de Saint-Saëns y el frac de Maupassant. Cuando ya estuvo acomodada sobre una rama de aquel verde paraguas, cuyo aroma incitaba a dormir, Duvet se desveló, tratando de recordar si el músico y el narrador habían sido contemporáneos.

Al despertar y reconocer entre la niebla de la mañana el recinto, Duvet comprendió que la noche anterior había confundido a Bizet y a Daudet con Maupassant y Saint-Saëns, ya que estos dos últimos reposaban (salvo las noches de plenilunio, naturalmente) en otro cementerio. Mientras desayunaba dentro del ciprés, trató de analizar las enrevesadas causas de aquellos equívocos, que la trastornaban por su frecuencia y por su imprevisibilidad. Duvet se resistía a achacar a su caótica memoria el privilegio exclusivo de los errores, incongruencias y anacronismos, que inesperadamente florecían en los jardines de la muerte. Por mucho que le costase renunciar al monopolio del desvarío, tenía que admitir que quizá otras leyes regían allí los desplazamientos, encuentros, costumbres y caprichos de sus ocupantes. Dos tardes antes, por ejemplo, sentada sobre la losa de Jacques Brel había oído cantar y, como indudablemente era la voz de Brassens, no había tenido más remedio que aceptar que Brassens algunas tardes bajaba a cantar a la fosa de Brel. Tampoco le había resultado fácil reconocer que el incesante rumor bajo la piedra, como de pluma de Balzac sobre el papel, era en realidad un suspiro unánime, constituido por los respectivos hálitos de Bernardin de Saint-Pierre y de la condesa Hanska, que aprovechaban una ausencia del novelista.

También en los cementerios, siendo esencialmente iguales todos ellos, descubría la diversidad de ambientes dentro de cada uno, sus zonas, sus barrios, la judería, bajo una aparente uniformidad que engañaba sólo al visitante ocasional o al erudito obsesionado por una única tumba. Cuando el desconcierto o la incomprensión le causaban una intolerable sensación de extrañamiento, para recuperar su puesto en aquellos espacios del silencio acudía a

alguna sepultura de probada sensatez. La tumba de Honegger, la de Musset bajo el sauce, la de Verlaine, alguna de lápida ilegible o sin inscripción, eran sus preferidas. En la casi decena de cementerios a los que Duvet había reducido sus estancias, también existían rincones particularmente irritantes, como la pomposidad floreada de algún enterramiento de filósofo espiritista. Nunca visitaba los cementerios militares, porque en ellos le hastiaba la vileza del anonimato junto a la monotonía del heroísmo, ni los cementerios de animales, porque le dejaba indiferente aquel culto, generalmente remilgado y baboso, a una vida tan incomprensible como la vida de perro. De hecho, apenas salía de una necrópolis si no era para establecerse en otra, en la que se hallaba sin saber por qué, ni por dónde había llegado, pero como en país propio.

Seguía lloviendo y cada vez que, con ambas manos, Duvet abría una saetera en el ciprés, continuaba viendo blanquear la hierba entre los charcos. Con aquel tiempo, ni siquiera la sombra de Alphonsine Plessis corretearía por Montmartre y, cuando la Dama de las Camelias no salía —ella, que salía hasta en las noches de nieve—, podía asegurarse que todos los cementerios de París estaban despoblados. Aunque a Duvet le era posible adoptar cuatro posturas sobre las ramas del ciprés, sentía entumecidos las piernas y los brazos cada vez que despertaba de una somnolencia. Le habría gustado acercarse a las cercanías del columbario, más que por olfatear los vahos emolientes de eucaliptus que solían emanar del último dormitorio de Proust, por observar los goterones de rocío, transparentes y diamantinos, que permanecían en los surcos del nombre de Oscar Wilde y que Duvet, tras minuciosas observaciones, supuso que eran lágrimas.

Conforme la luz se disolvía en brumas y cortinas de lluvia, Duvet veía a ramalazos lugares alucinados, que se negaba a precisar, escuchaba voces que, como ecos, resonaban dentro de su cabeza. No obstante, sabía que era allí donde deseaba permanecer, que la complacencia enervante que allí experimentaba le compensaba de existir. Y seguía guarecida en la entraña del ciprés, a pesar de una inexplicable nostalgia, de la curiosidad, del entumecimiento, aun a riesgo de que pasase por allí Italo Calvino —porque del azar cabe temerlo todo— y creyese que le estaba plagiando. ¿Qué le esperaba al otro lado de los muros de los

cementerios, sino cárceles, madres, nombres desafectados, libros, que ella jamás sabría leer, o mapas de países inalcanzables? Sobre la tierra horadada por los gusanos y por las tumbas, incluso la sordidez se impregnaba de pasividad y la incesante actividad, que a veces rezumaba hasta la superficie, no exigía sino inmovilidad para percibirla, comprenderla y beneficiarse de ella. Aquélla no era una realidad inventada con esfuerzo para hacer soportable la realidad, sino la única guarida desde donde, en las noches despejadas, mirarse en el espejo del vacío.

A pesar del barro y de los gusanos, Duvet descendió resbalando por el tronco del ciprés y, de puntillas, fue buscando un nicho desocupado, en el que tenderse y entregarse a uno de esos sueños de los que despertaba sonriente y macilenta. La experiencia le había enseñado a dormir en los nichos dejando los pies fuera, ya que en una ocasión, a no ser por una disputa de sepultureros, había estado en trance de ser emparedada junto a un valeroso aviador, cuyo ataúd se trasladaba por razones de familia. Pero aquella inmensa huesera estaba repleta y Duvet comprendió que tardaría muchos años (y siempre que los dedicase a alcanzar la fama) en conseguir un nicho de su exclusiva propiedad. Y, de repente, chapoteando entre las fosas, comprendió que la única ventaja de habitar en un cementerio era poder contar la experiencia.

Se apoyó en una voluta de la tumba de Colette y vomitó. Más tarde, acabó de recuperar un sabor olvidado, lamiendo una acacia. Ya no dudaba que las fugitivas sombras, que noche tras noche ella había reconocido en medio de equivocaciones y engaños, se dedicaban a escribir sin pausa el libro que en vida habían escrito. No sabía nada más, incluso su amnesia parecía haber aumentado, pero echó a correr, porque tenía un cuerpo que la llevaba y ella confiaba su ignorancia a los músculos de sus piernas. En el mundo de fuera también llovía.

Quizá el agotamiento de caminar durante horas equivocó el sentido de orientación del cuerpo de Duvet, porque, cuando el crepúsculo, que la lluvia tamizaba, permitía apenas distinguir la calle, sus ojos comprobaron que no se encontraba frente a la Cartografía General de Geografía Literaria. La fachada, incluido el angosto escaparate, era semejante, pero la escasa lámpara que iluminaba el interior impedía vislumbrar los retratos, emblemas,

caricaturas, bustos, mascarillas, efigies, veras efigies, fotografías, láminas, siluetas y bronces de escritores célebres y de personajes inmortales. Por lo que a una desmemoriada analfabeta le resultaba absolutamente imposible saber que aquella tienda era una Iconografía General de Figuras Literarias. Duvet, alzándose sobre la punta de los pies, trató de averiguar qué mercancía se vendía allí. En ese instante, un raro fenómeno óptico reflejó en el cristal del escaparate el rostro de una niña, con sombrero redondo de ala y expresión sorprendida.

—Duvet Dupont —murmuró, reconociéndose, Duvet.

Dos segundos después, recobró la memoria y, en consecuencia, su decisión de ser Gustave Flaubert. Como todo escritor que ya sabe cómo se llama, Duvet sufrió de inmediato la necesidad de enterrarse en una habitación y, durante los próximos siglos, dedicarse a escribir un libro. Saltando de júbilo, se encaminó hacia una parada de autobús, temerosa de que en un taxi se percibiesen más los olores que traía del país de los muertos. A cambio, ¿qué podía importarle a ella, que recordaba ya hasta dónde había escondido su estilográfica, que a esa hora estuviesen cerrando las papelerías y expendedurías similares de material de escritorio?

Explosión e implosión o etruscos y latinos

Lección 31

Puesto que Venus Carolina Paula no había encontrado mejor remedio contra la ansiedad que el trabajo, las huellas de la batalla desaparecieron en unos días. Incluso la buhardilla, que había sido el campo donde se iniciaron las hostilidades, quedó manifiestamente mejorada después de la reconstrucción. Vuelto a clavar el cajón-tocador de Ignorantia Destra y sustituida por una pila de revistas la pata quebrada de la cama nupcial, Duvet se encontró con un escritorio, de espejo rajado, y con un lecho, donde meditar tendida, lujos ambos con los que ni había soñado antes y que no influyeron poco en su determinación de dedicación total al arte. Si bien era cierto que transcurrían largas horas, precisamente aquellas en que hubiera agradecido un poco de conversación, sin que nadie turbase su soledad, tampoco faltaban las interrupciones, precisamente en esos instantes en que está a punto de estallar la palabra buscada durante largas horas. En consecuencia y con arreglo a un personalísimo código, mitad ideográfico, mitad criptográfico, Duvet anotaba en lenguaje jeroglífico cualquier ocurrencia, en previsión de que la puerta se abriese imprevistamente.

—Ay, mi cerezo florido, no me gusta nada encontrarte tomando notas —decía Venus Carolina Paula, que entraba con (por ejemplo) el aspirador entre los brazos—. A mí las notas que tomáis algunos literatos y que, al final, os cuestan más sudores que el propio libro, siempre me han parecido mariposas clavadas en cartones. Un frigorífico que, en vez de conservar, reseca. ¿Cómo te lo explicaría yo? Una ocupación de…

—¿Resulta imprescindible, Venus Carolina Paula, que pases la aspiradora en este momento?

—… perezosos indecisos. A los tres meses no te valen, porque ni tú misma las entiendes. Lánzate a escribir espontáneamente, alegría de esta casa. La literatura es un soplo —Venus Carolina Paula,

pasando del 1 al 3, huracanaba el motor y, simultáneamente, elevaba en veinte decibelios la intensidad de sus consejos— y no admite cálculos previsores, ni enjaular el presente. Para lo único que te valdrá esa memoria de plástico será para percatarte de cuánto has cambiado en el último trimestre. Y a nadie le gusta que le recuerden…

—¿Por qué has de pasar la aspiradora sobre un suelo que durante años apenas fue acariciado por la escoba?

—… lo tonto que era la primavera pasada. Quizá sea una deformación profesional de asidua a los mercados, pero prefiero las boberías frescas a las genialidades en conserva. Y perdona, si te he interrumpido, pero, ya que vives encerrada en este cuchitril, por lo menos que vivas aseadamente.

—Las ideas nacen del polvo al que reducimos nuestras ideas previas.

—Allá tú, tesoro. ¿No piensas bajar ni a merendar? Y conste que no te lo digo por encargo de tu madre. Buena está la pobre hoy…

Mientras la buhardilla iba ganando categoría de estudio de consagrado, las habitaciones de monsieur García y el sótano padecían una restauración más lenta. No todas las jornadas disponía Venus Carolina Paula de tiempo extra y de arrestos para terminar de deshuesar los apartamentos del huésped, ni para, a cabeza cubierta y provista de brocha, llana y cubo de lechada, enlucir las ahumadas paredes subterráneas. Al quedarse dolorosamente desocupadas las mansardas contiguas a la buhardilla de Duvet, Venus Carolina Paula había emprendido una implacable desinfección, en virtud de una ancestral desconfianza hacia las alcobas de institutrices y chóferes. Para colmo, había vaciado el baúl mundo y su nuevo dormitorio rebosaba de cartas, que, cuando acabara de clasificar por fechas, se proponía leer, por admiración a Paulette y en aras a su propio aprendizaje. Con todo, Venus Carolina Paula se encontraba, por días, más ansiosa.

—Celebro que estés documentándote —anunciaba, irrumpiendo en la buhardilla con (por ejemplo) una bandeja—. Y conste que te traigo un piscolabis de media mañana no por encargo de tu madre. La pobre está hoy peor que ayer.

—Acababa de coger el sueño. —Duvet se sentaba en la cama y Venus Carolina Paula, de improviso, soltaba la bandeja y escapaba a

sacar tibias y peronés del dormitorio del hidalgo.

Otra de las ventajas, desde el punto de vista de la creación literaria, que había ganado la buhardilla después de haber sido habitación nupcial, era que, a instancias de Bonus Eventus, Protoplastos Serpentino había invertido la cerradura y el cerrojo. Así, durante los febriles raptos en que Duvet redactaba a un ritmo de doscientas treinta alucinaciones por minuto, tanto Venus Carolina Paula como Paulette podían llegar a la histeria antes de que la puerta les fuese abierta. A las súplicas seguían las amenazas y a las amenazas, los regalos, de tal forma que permitirles la entrada solía valerle a Duvet una edición de bolsillo y un ejemplar en papel verjurado, si consentía una cena en familia. Pero ni las incitaciones maternas a seguir la carrera literaria en sociedad, ni las solapadas tretas de Venus Carolina Paula para llevarla al parque, apartaban a Duvet de la constante recuperación de un mundo que la memoria le devolvía ajado. Se encontraba, pues, en esa envidiable posición del escritor que, indiferente a la vida, lucha denodadamente por conseguir contarla sin permitir que la vida le contamine. Y Duvet, sobre todo en las ocasiones en que no podía eludir la contaminación, sospechaba que de esa indiferencia están hechas las obras maestras.

—Una no puede trabajar con el material en ebullición —le confesó a Venus Carolina Paula, cuando comprendió que Venus Carolina Paula, que había forzado la cerradura bajo el pretexto de prevenirla acerca de una conferencia de paz en el sótano, no se movería mientras no fuese escuchada—. Ni un libelo te sale bien, si algún interés ajeno a la morfología y a la sintaxis conduce tu pluma.

—Se me llena la boca de arena lacaniana, oyéndote hablar así. En la cama, te obligaría yo a escribir.

—Precisamente es donde más escribo —puntualizó Duvet, cuyo desinterés por la existencia en crudo le privaba de los contextos lúbricos del discurso de Venus Carolina Paula—. Tranquiliza a mi madre y agradécele en mi nombre su excesiva comprensión.

—Así lo haré, coñe. Que nunca aprenderá una a ayudar a quien más quiere.

—No te encolerices y comunícame, *sin esperanza y con convencimiento*, qué impulsa a esas huestes a terminar una guerra, que yo ignoraba que había estallado.

—Porque no escuchas nunca, cuando se te habla, pedacito de mármol. Y luego todo lo embarullas y lo hermafroditizas en esa cabecita, donde sabe Dios cuántas atrocidades cueces. He venido a comunicarte que tanto tu madre como yo, que he sido la que he informado a la señora, te prohibimos que salgas esta tarde de aquí.

—No pensaba salir.

—A don Teobaldo ya le tenemos a resguardo y también hemos advertido a tu padre. Aunque tu padre, que por algo se parece a ti, continúa ido. Encima, una servidora ha descubierto hoy que estaba llenando una maleta. Madame Touraine de la Voilissière opina que se fuga. Y madame Touraine no se equivoca jamás. A pesar de todo, le hemos advertido.

—¿Qué paz es ésa, Venus Carolina Paula, de cuyas consecuencias hay que precaverse? —preguntó Duvet, como quien demuestra atención por lo que no le importa.

—Una paz precaria. Tenías que haber oído a tu hermano por teléfono para darte cuenta del mortífero tono de sus palabras de reconciliación.

—Aparte de La Foudre, ese efecto sólo puede transmitirlo el género dramático, porque la prosa escrita únicamente dispone del signo de admiración, que es un recurso cutre. Perdona esta disquisición hermenéutica, Venus Carolina Paula, e ilústrame cuanto quieras sin temor a repetirte, porque lo cierto es que no hay nada que no sepa de los amores bígamos de Spe Tantum Relicta.

—Que fue la culpable de que en esta casa, además de las llamas, brotase la sangre. Hazme un sitio, corazón. —Venus Carolina Paula, instalada a la morisca sobre el colchón, tomó entre las suyas las manos de Duvet—. Al amanecer de aquel aciago día, se descubrió la huida del chófer y de la institutriz. Cuando seas mayor, te contaré quién era el chófer, que te adelanto que era conde, y, gracias al epistolario secreto de tu madre, quién me temo que era la institutriz. Pero ya que todavía eres muy niña, no creo aconsejable describirte la desesperación en que cayeron tus padres, por lo que prescindiré de mesadas de cabellos y de desgarramientos de batines y saltos de cama. Concretamente, el de tul rojo. En fin, madame Touraine acudió nada más telefonearla yo y don Teobaldo, aterrorizado, se comportó sensatamente. A media mañana había pasado lo peor y la situación de tus padres se había reducido a los

límites de una tragedia irreparable.

—Por cierto, Venus Carolina Paula, esos aullidos de lobo parkinsoniano, que últimamente me despiertan en lo más profundo de la noche, ¿provienen de un lobo, propiedad de La Foudre, o de la garganta licantrópica de don Teobaldo?

—De la garganta —precisó, con una apesadumbrada caída de párpados, Venus Carolina Paula—. Pero no adelantemos el curso de las catástrofes. Al cuadro esbozado añade tu prolongada ausencia, calamitoso crimen, que me niego a comentar para no provocarte un trauma de culpabilidad que ni *Don Álvaro o la fuerza del sino*.

—Excelente parangón, Venus Carolina Paula —apostilló Duvet.

—De modo y manera que una servidora se fue a rezar un rosario, por tu intención, y, terminando el segundo misterio, oigo el estruendo. Digo yo que a causa de los celos consustanciales a la naturaleza humana, aunque se trate de naturalezas modernas, o por efecto de cualquier banalidad casera, de las que surgen en todo matrimonio de tres que habita un espacio tan pequeño como éste, el hecho fue que Spe Tantum Relicta se le tiró a las trenzas a Ignorantia Destra. Ambas se arañaron más de lo necesario por culpa de Bonus Eventus, que trató de separarlas y no tuvo la madurez suficiente para dejarlas zurrarse. No se sabe por qué, pero indudablemente porque a don Teobaldo los tríos le encandilan, don Teobaldo subió y a través de la puerta abierta se encontró con Bonus Eventus y las dos muchachitas reconciliándose sobre esta misma cama en la que tú y yo actualmente estamos sentadas. Cuando yo llegué, con el segundo misterio sin terminar, don Teobaldo tenía los pantalones caídos y con el cinto estaba moliendo a zurriagazos a las tres criaturas. Tuve que aplacarle mediante patadas en las corvas de las rodillas y, aplacada la furia senil, le saqué a rastras, le encerré en la despensa, despedí a la ambulancia que habíamos llamado madame Marceline y yo en el punto crítico de la vesania de tus padres, les subí a los bígamos vendajes y coagulantes, pero no me enteré de que Spe Tantum Relicta había bajado al sótano, donde participó a La Foudre, que venía de las cloacas, la sarta de rebencazos que el viejo les había propinado en pro de la decencia. Tardaron, pero le encontraron en la despensa, mientras yo le arrancaba a tu padre un revólver de la sien y mientras madame Marceline metía sus dedos en la boca de tu

madre, que luego tardé dos horas en limpiar el boudoir de veneno vomitado. Aprovechándose, por tanto, de que los mayores estábamos ocupados, la cáfila de tu hermano se bajó al sótano el desmedulado cuerpo del anciano, en torno al cual prendieron una hoguera y, muy probablemente, porque conociéndolos es inevitable imaginarlo, danzaron en corro. Alguno, que con toda certeza no había leído a Orwell, propuso, en vez de incinerarlo, cubrir el rostro de don Teobaldo con esos bichos —Venus Carolina Paula se estremeció— que pululan por las alcantarillas. Renunciaron al fuego, aunque no lo apagaron, siguieron descendiendo y don Teobaldo sufrió varias inmersiones en la corriente de la estricta podredumbre humana. Entre suplicio y suplicio, sin percatarse, desembocaron, siempre por los túneles que ellos mismos habían excavado, entre una caravana de pioneros en dirección a las catacumbas. La más avispada de aquel hatajo turístico entendió que se les mostraba una rara momia y a la Horda le llovieron piezas de un cuarto de dólar. Ya que habían descubierto que la piltrafa servía como fuente de ingresos, se apropiaron de los restos de don Teobaldo y, previo rebozo en las cloacas para darle el aspecto requerido, los días de visita al osario le exhibían, con pingües ganancias. Hasta que una noche don Teobaldo se les fue de las manos y anduvo una semana perdido. Tú debiste de cruzártelo, cuando andabas también extraviada, porque a los orates os chiflan los mismos lugares.

—Ahora que lo dices —dijo Duvet, frunciendo la frente—, no me extrañaría que hubiese sido monsieur Thibaut, con hábito color capuchina, la sombra que se me dirigió una noche, que estaba yo en el cementerio de Picpus viendo pasar una procesión de sombras de carmelitas, encabezadas por la sombra de Bernanos.

—¡Vade retro! A mí no me cuentes chismes de apariciones y difuntos, que yo duermo sola. ¿Y para irte de camposantos, te escapaste de casa? Ánimas benditas… Bueno y ¿qué te dijo?

—¿Quién?

—Don Teobaldo, disfrazado de sombra encapuchada.

—Que mis padres me buscaban. Yo ni recordaba que había nacido…

—Seguro que fue él. Aunque la verdad es que lo trajeron del asilo de mendigos extranjeros y de las antiguas colonias, donde lo

tenían recogido. Vino muy repuesto y con una bolsa y dos capazos llenos de calaveras y de huesos históricos. Yo voy sacándoselos de su alcoba poquito a poco, hoy un fémur, mañana un esternón, pero sin que se dé cuenta, porque, desde que le utilizaron de momia merovingia, don Teobaldo únicamente se fía de tu madre y de los esqueletos, a los que considera el mejor exorcismo. A mi parecer, por eso aúlla a medianoche, sin causa justificada ya que él también duerme solo. Y menos mal que el desdichado señor García ignora aún que La Foudre le encontró los explosivos en la cisterna del váter y que se los ha sustituido por alevines de piraña. Ya te digo, no es el mismo. Nadie en esta casa somos los que éramos. Con lo a gusto que vivíamos cuando tu madre te tenía prisionera y yo, por lo menos, intentaba matarme… Bueno, pues La Foudre, que dejará antes el pellejo que la jefatura de la Horda, les ha convocado y ya estarán llegando al sótano. Voy un momentito a comprobar que don Teobaldo sigue a resguardo. Y tú, ingrata, mientras se firma la paz, echa el cerrojo y no abras a nadie.

—¿Por qué temes que la paz sea precaria?

—Porque me consta que a la reunión asistirá Ignorantia Destra, a quien tu hermano sigue buscando, para matarla. Ya te contaré, cuando te suba la cena, cómo termina todo.

—Nunca termina nada, Venus Carolina Paula —sentenció Duvet, mientras se cerraba la puerta y, al fin, podía ella dedicarse a considerar qué beneficiosa resultaba la agitación fenoménica a los espíritus que, como el de Venus Carolina Paula, reposan sobre los abrojos de un amor incumplido, y qué perjudicial para un espíritu que no lograba romper a leer y a escribir.

El hidalgo descabezaba un anticipo del sueño eterno sobre el diván de las confidencias en el gabinete privado y, en el boudoir, Paulette y Motmot dejaron de hablar, cuando entró Venus Carolina Paula. Quien informó que, efectivamente, el señor Dupont había abandonado la casa, pero sin equipaje, y que ella corría al sótano, donde correría el riesgo de ser sorprendida, pero había de enterarse de todo. Madame Touraine de la Voilissière, al quedarse nuevamente a solas con Paulette, reanudó la exposición del sibilino plan que había concebido, durante una reciente entrevista oficial, en cuyo transcurso El Incógnito había sido expulsado sin indemnización, sin reconocimiento de los servicios prestados, en

nombre de la Baronesa y para siempre.

—Se me ocurrió —precisó Motmot—, cuando, arrodillándose, se deshizo en lágrimas. Me sentí tan desquitada, personalmente, que de inmediato pensé en todas las ultrajadas que siguen clamando revancha. Yo es que no puedo disfrutar a solas, ya me conoces.

—Tu maquinación me parece perfecta, querida —aprobaron los labios amargamente fruncidos de Paulette—, no tanto por su exquisita simplicidad como por su crueldad refinada.

—Más cruel y, encima, más grosera fue la tramoya que por amor emprendió él para desposeerte de tu estado y condición de esposa, legítima y natural. Bien estaba que, frustrado por tu castidad, El Incógnito intentase dejarte sin criada —prosiguió madame Touraine, cuando ya Venus Carolina Paula escuchaba tras la puerta del sótano—, pero lo inadmisible es que, renunciando a un chapucero chantaje fotográfico, se enamorara y pretendiese que, a cambio, te quedases tú con un chófer, que conducía como una ramera y al que nunca podrás olvidar.

—Nunca jamás —afirmó Paulette en medio de un sollozo estrangulado, que, sin embargo, la asfixiaba a ella.

—No te deprimas, querida. La situación comienza a sernos favorable, siempre que recobremos la iniciativa que no debiste permitir que te fuese arrebatada. Por consiguiente, si, una vez hundido en la miseria El Incógnito, tu marido consigue traicionarte con la mujer que tú, con la ayuda de tu propio amante incógnito, le buscaste, indefectiblemente la amante de tu marido conseguirá traicionar a tu marido con tu propio amante, que, al encontrarse hundido en la miseria, la decepcionará a la primera. Asegurados ya la insatisfacción y el despecho de esos dos varones, la amante de tu marido y de tu amante se encontrará tan asqueada de los hombres que hasta se hallará dispuesta a sufragarse, con su propio peculio de prostituta, un quirúrgico cambio de sexo. Entonces, tanto tu amante como tu esposo decidirán, lógicamente, que deben renunciar a contraer matrimonio contra natura, porque, para esa especie de matrimonio, los hombres prefieren a un operado, en virtud de la ley biológica que determina que el que tuvo retuvo. Ahora bien, por muy mentecata que sea una prostituta, que acaba de pagarse un sexo masculino por asco de los hombres, no es previsible que caiga en las redes de El Incógnito o de Georges. En ese instante,

dispondremos, pues, de dos hombres, prácticamente inservibles, ofuscados por la necesidad y al pairo, y de un hombre reciente, del que, confiando en los milagros de la moderna cirugía, cabe esperar que no habrá perdido en la mesa de operaciones el atractivo que tenía cuando no tenía miembro. Tú, entonces, eliges la ofensa que desees vengar y yo te proporcionaré el arma. En mi boyante posición de doble agente, dispongo de un arsenal sobrado para que una casada infeliz recobre la ecuanimidad.

—Marceline, aunque muero por averiguar qué motivos tuvo Egisto para abandonarme, resucitó oyéndote. Pero te pregunto —preguntó Paulette, cuando ya Venus Carolina Paula, con la finalidad de escuchar lo que se decía, había abierto la puerta del sótano—: ¿Sabrá Venus Carolina Paula, que al fin y al cabo no es más que una criada incapaz de reconocer a un jardinero público en una institutriz, desempeñar adecuadamente su parte?

—Le he reservado una actuación de antídoto, de lo más fácil que hay. Confío plenamente en sus cualidades miméticas. Tampoco la chica está tan desprovista de doblez, como ha demostrado encandilando a mi prometido y, al mismo tiempo, manteniéndole en la raya de su senilidad. Por cierto, ¿seguirá transpuesto?

Paulette corrió a la puerta de comunicación con el gabinete privado, que entornó despacio.

—Como un leño. Nuestro dócil viejito se encuentra leñosamente dispuesto.

—Nunca te pagaré bastante con mis maquinaciones —afirmó Motmot, siguiendo a Paulette al diván y después de haber tenido la precaución de cerrar el tiro de la chimenea del boudoir— que me hayas descubierto la osada pericia que despliega mi Thibaut cuando está mortalmente dormido.

Mientras madame Dupont y madame Touraine flanqueaban estratégicamente al inerte caballero, Venus Carolina Paula se decidía a bajar el último tramo de la escalera del sótano. A través de la puerta había confundido la mesurada voz, que trituraba palabras ininteligibles, con la voz de La Foudre. Luego, había llegado, injustificadamente retrasada, Rubicunda Laetitia y, al entrar, Venus Carolina Paula vislumbró que era Bonus Eventus el orador. Abrió la puerta y consiguió oír que

—… ninguna creencia, según he comprobado, mejora a un ser

humano, salvo que la seguridad que proporciona la obcecación pueda ser considerada preferible a la inseguridad que proporciona el escepticismo —y Bonus Eventus añadía—: Pero tampoco estoy seguro de que sea así. Porque la independencia de criterio, que tiendo a confundir con la libertad, divide equitativamente mi desprecio entre vosotros y yo mismo. En los momentos decisivos, a imagen y semejanza vuestra, me perdono. Y esa absolución a la que me condenáis duplica mi aborrecimiento y basta para que me sea imposible colaborar en el incendio del Louvre, por ejemplo, y mucho menos en la concordia que La Foudre nos propone, cuando ya no sabe qué proponer para conservar el mando y recurre a la carnaza del pacifismo, que arroja a vuestro cansancio, a vuestra codicia, a vuestros…

Un rumor creciente, que aglutinaba el desacuerdo de los asistentes, impidió escuchar la continuación a Venus Carolina Paula, por lo que se animó a cruzar la zona oscura y situarse en las proximidades de los dos hemiciclos, el de las niñas y el de los niños, en que se enfrentaba la asamblea. Orbem Terrarum le pidió, en un susurro, la contraseña, como si le pidiese la localidad, y Venus Carolina Paula le conformó con un cachete en la mejilla. Tras unos segundos de incertidumbre, eligió sentarse en el hemiciclo femenino. En el centro de la banda longitudinal, que separaba a la Horda, Bonus Eventus, con una estudiada quietud, acallaba los rumores de protesta. Y aunque después continuó hablando, Venus Carolina Paula perdió el hilo del ya de por sí enmarañado discurso, porque, frente a ella y a espaldas del semicírculo masculino, distinguió, de pie y con una caja en las manos, la inconfundible silueta de Ignorantia Destra. Aquel cuerpo florecido, que no hacía mucho había estado en agraz, denotaba ya señales de madurez; apenas unas semanas de convivencia matrimonial habían esponjado las carnes de Ignorantia Destra y la cremosidad de los brazos se correspondía con un vidrioso engolosinamiento de la mirada. Venus Carolina Paula experimentó la aberrante sensación de haber retrocedido a la edad de Miseria Honorata, quien acababa de ver a Ignorantia Destra y se lo comunicaba a codazos a Omnia Quibus, en tanto Bonus Eventus continuaba fatigando a la concurrencia con sus razonamientos:

—… y, en consecuencia, ni fue incendiado por vosotros, que os

retirasteis a las alcantarillas, ni por ellos, que se quedaron sin chivos expiatorios. Indudablemente, gracias a coincidencias de esta clase, gracias a los azares contradictorios que rigen vuestra confusión y la confusión de vuestros enemigos, además del Louvre, sigue todavía existiendo el mundo. ¿Qué razón me ofrecéis, pues, para adherirme a un proyecto de destrucción que se destruye a sí mismo? ¿A qué fin destináis esos explosivos, que en manos de ese longevo partidario de la Baronesa no tenían otra finalidad que la de ser robados por vosotros? ¿Habéis pensado acaso que, sólo si os inmolaseis, esa dinamita justificaría vuestro deseo de una vida mejor? No. Vuestra mejor vida consiste en agitaros, en perpetuaros, en justificar vuestro lugar en la tierra haciendo hoyos, humaredas, distingos y oficinas. Algunos ya pertenecéis a la tribu nostálgica de los que, si les dejasen, harían de las calles bosques. Los más inútiles conseguiréis reunificar la Horda y, en el colmo de la insensatez, Protoplastos Serpentino, que tras la experiencia de la campana de Notre-Dame no sólo ha recuperado el oído, sino que ha adquirido un oído finísimo, planea echarse a la calle de clarinetista, acompañado de Arma Virumque, que había mantenido secreta en lo más profundo de su rebeldía la afición a la viella. Y Fabulae Centum, sin entender que la metáfora no se explica, os explicará, y convencerá, que a la libertad puede renunciarse a cambio del bienestar de treinta tiranos.

—Ni una palabra más —dijo La Foudre, apareciendo junto a Bonus Eventus y aproximándole al cuello un cordón de seda, tenso, como el silencio sobrecogido de los asistentes—. Tu verborrea de garañón nos aburre y tu proclama ya conmovía a las piedras cuando tú naciste, engendrado por una mujer y concebido por un eunuco.

Venus Carolina Paula, al ver a Bonus Eventus avanzar hacia La Foudre, se dispuso a intervenir antes de que se consumase el estrangulamiento. Pero La Foudre, entre las carcajadas de La Facción y de sus sectas, esperó a que Bonus Eventus iniciase el último paso y le zancadilleó. En ese instante, Ignorantia Destra se mostró a la luz y varias navajas se abrieron inmediatamente. El brillo de las hojas se congeló, cuando Ignorantia Destra, con afectuosos ademanes, besó los glaciales labios de La Foudre y le entregó la caja, que portaba como un ostensorio y que La Foudre recibió con un rictus de victoria.

—Además del millón, cuya custodia me encargasteis, os entrego mi estipendio de agente de la Baronesa, puesto que fui sólo una espía infiltrada por razones de crecimiento.

—Pero esos estipendios te corresponden a ti, ahora que ya has crecido —sentenció, con inesperada magnanimidad, La Foudre.

—Sólo me corresponderían como precio de unas dulzuras que nunca gané —precisó Ignorantia Destra sin rencor.

Venus Carolina Paula, aturdida por tan imprevistos y súbitos acontecimientos, no había observado a Bonus Eventus levantarse penosamente del suelo, estorbado por los escuetos puntapiés que La Foudre y Fabulae Centum le propinaban. Cuando el bullicio estalló y el sótano retembló bajo las ondas del desenfreno que, por encima de diferencias doctrinarias, auguraba francachelas y lupercales, Venus Carolina Paula escapó escaleras arriba. Tras recorrer unos pasillos interiores, el portal, las caballerizas convertidas en garaje y la garita del portero, encontró al repudiado Bonus en el patio empedrado de guijos.

Arriba, lindando con el rectángulo de la noche estrellada, lucía la bombilla de Duvet. De las oscuras fachadas se desprendía la posibilidad del peligro y la incitación a desafiarlo. Venus Carolina Paula se dejó abrazar y, antes de que sucediese lo que tuviese que suceder, se asombró de la alegría que la inundaba. No contuvo la risa, aunque olfateaba ya el miedo en la suave piel del muchacho. Bonus Eventus no tuvo inconveniente en confesarlo:

—¿Qué harías conmigo, que te necesito tanto como tú a mí no, después, cuando te hartaras de mi pureza?

—Espera, tonto —susurró Venus Carolina Paula, besándole como si fuera un hombre y provocándole un gemido, al separarse las bocas y quedarse sola.

Apoyada contra una de las paredes, Venus Carolina Paula fue sosegando su pecho, dejando que el aire húmedo del patio, que tan familiar le era, secase sus labios, que entibiase sus mejillas un rubor que la hacía dichosa. Y, de repente, primero una y luego en una sucesión contagiosa todas las del piso de los Dupont, se encendieron las ventanas. Al poco, Venus Carolina Paula oyó en las alturas la voz de monsieur Dupont cantando y, con esa clarividencia de quien ha aprendido a no analizar el mundo en una noche de inusitada hermosura, Venus Carolina Paula, desde el fondo del

patio, adivinó que Georges había conseguido, por fin, yacer con la remisa Fleminga.

—Les prepararé un postre llameante —murmuró Venus Carolina Paula.

Bonus Eventus regresó al patio, dispuesto, sin más, a disfrutar el presente, cuando el montacargas de servicio subía ya por el cuarto piso.

La venganza de Venus

Lección 32

—Por favor, Cecilia, ¿puede ponerme con el señor Dupont, si en este momento no está cantando?

—Desde hace un rato no le oigo… Un momento, señora Dupont…

Georges había dejado de cantar, cuando el nuevo ayudante del secretario auxiliar de relaciones públicas, tras una respetuosa petición de audiencia, solicitó, de pie al otro lado de la mesa, licencia para ausentarse y prometió, sin que Georges se lo pidiese, recuperar en jornada nocturna el tiempo perdido. La disponibilidad servil de aquel sujeto, su flexibilidad de criterio y su patente incapacidad para situarse en la perspectiva moral, habían sido factores decisivos a la hora de admitirle como empleado y continuaban siéndolo a efectos del permiso que solicitaba. Pero si este aspecto favorable del ayudante del secretario auxiliar de relaciones públicas permitía a Georges despreocuparse totalmente de semejante subordinado, en las raras ocasiones en que le veía, la innegable apostura del individuo le provocaba una molesta incertidumbre, esa desazonante sensación de lo ya vivido y, en el colmo de la incongruencia, el absurdo recuerdo de la Tebana. Acostumbrado Georges, por culpa de las misivas de Maurice L'Encre, a expulsar de su mente lo incierto, lo absurdo, lo complejo y todo lo escasamente gratificador, cuando no tenía más remedio que ver al ayudante pensaba automáticamente en promocionarle a jefe de alguna delegación sudamericana y, probando de rebote que en toda empresa, pública o privada, el nombramiento más arbitrario suele ser el más acertado, librarse para siempre de aquellos infundados recuerdos.

—Señor Dupont… —anunció la voz interfónica de Cecilia—. La señora Dupont desea hablar con usted…

—Pásemela, por favor… ¿Querida…?

—¿Georges…? Advertirte únicamente que no vengas a comer… Una limpieza general inacabable… Espero que no te trastorne demasiado, querido…

—No me trastorna, querida… Lo lamento, porque no te veré hasta la noche…

—También en casa echaremos de menos tu arrolladora euforia, Georges… Hasta la cena…

—Hasta la cena, Paulette…

Las vértebras de El Incógnito, mientras escuchaba hablar a su superior por teléfono, habían recibido las consabidas descargas refocilantes que las vértebras de todo amante reciben, oyendo aceptar al marido comer fuera, en el instante en que el marido superior acaba de concederle el permiso que el amante inferior necesita para almorzar con la infiel.

—Si no desea ordenar algo, señor Dupont, me retiro y le reitero mi agradecimiento.

Con el acostumbrado y mínimamente perceptible gesto del jerarca sumido en graves problemas, el ayudante del secretario auxiliar fue dispensado de seguir allí de pie. Tras la puerta, el ayudante, que en su nuevo estado de miseria había perdido también las maneras glaciales del poderoso, se secó el sudor, con similar alivio al que experimentaba el jefe, al otro lado de la puerta, secándose el sudor, antes de pedirle a Paulette II por teléfono que preparase el almuerzo en su nidito de recién amancebados. El sudor impropio de su glacial poder había brotado de la frente de Georges, cuando el ayudante, abandonando de espaldas el despacho, se había transformado en Isadora Tebana abandonando el escenario mediante un salto y encaje.

Quizá Georges habría desvelado el misterio, que con intermitentes chispazos espoleaba su memoria, de haber contemplado al ayudante del secretario auxiliar de relaciones públicas bajar las escaleras con aquella grácil elasticidad que la desaparecida Isadora imprimía a sus pasos, contrapasos y mudanzas. Aunque muy probablemente no, porque Georges, después de haber telefoneado a Paulette II, había coronado esa cima de la suma complacencia desde la que ya se adivina, pero aún no se distingue, la pendiente en descenso hacia las rutinas de la pasión. Sin olvidar que, por mucho que se negase a leerla, Georges

mantenía bajo su mano derecha, como a un escorpión, la última Idea Burocrática.

En tanto El Incógnito se despeñaba hacia una cita milagrosa que había fulgurado en las tinieblas de su derrota y en tanto Georges presagiaba la posibilidad de adocenarse hasta de un milagro como el de poseer a la bellísimamente violeta Paulette II, madame Touraine de la Voilissière, en calidad de experta, y Paulette, en calidad de modelo, remataban la creación de Paulette III, quien, crispada por la emoción, rígida y dócil, se dejaba hacer.

—Yo, señora —afirmó Paulette III—, estoy segura de que, si me miro al espejo, me desmayo.

—Lo que constituiría una calamidad, ahora que Georges ha consentido en comer con su ramera y que ese incógnito depredador vuela hacia esta casa con el ímpetu con que un depresivo vuela, en la fase maníaca, hacia su condenación —diagnosticó, con la boca llena de alfileres, Motmot.

—He de confesar —confesó Paulette, sin romper la inmovilidad requerida para ser copiada— que, de no haber prescindido gracias a mi amor por Egisto de halagos epidérmicos, me sentiría halagada por la prontitud y el gozo con que ese canalla, inconmensurablemente incognoscible, ha aceptado que comiésemos en la intimidad de mi gabinete.

—Es fácil de imaginar lo que tu proposición ha desencadenado en el cerebro de lechera de El Incógnito —madame Marceline, con una diestra pincelada acabó de convertir los labios de Venus Carolina Paula en los labios de Paulette—. Seguro de reconciliarse contigo, calculará conseguir de ti, a los postres, lo que siempre le has rehusado. Una vez amante con título, invertirá el capital de tu sumisión en trepar vertiginosamente por el organigrama de la empresa de tu marido. El sueldo de presidente-consejero-director lo utilizará para dejar a tu marido sin mujer, sin criada, sin amante, sin mí y en la categoría de ayudante del secretario auxiliar de relaciones públicas. Cuanto más mísera es la posición de un hombre, más sublimes son sus sueños. Un cadereo ligeramente menos procaz, mi estimada Venus Carolina Paula, y tus nalgas, bajo el vestido de tu señora, tendrán esa palpitación orbital con la que tu señora desorbita las miradas de quienes la ven pasar.

—Sí, madame Touraine —obedeció Venus Carolina Paula,

moviéndose por una imaginaria pasarela.

—¡Perfecto! —gritó Paulette—. Soy yo quien debería desmayarse viéndome en ti, Venus Carolina Paula. Ay…, excepcionalmente mi corazón se regocija de la ausencia de Egisto, porque si el conde de Túrbida se encontrase aquí, mi apreciada doncella, caería, confundido, a tus pies.

—Usted descuide, señora, que, en cuanto demos cumplimiento a esta venganza, yo vuelvo a mis delantales y a mi cofia.

—Quién sabe cuántas posibilidades se nos abren para burlar adoradores, después de que nuestra sibila Marceline ha demostrado su maestría en la técnica de la mimesis. Quién sabe… Pero no, ¡no! —y Paulette se entregó al llanto de la desesperación—, Egisto nunca volverá, jamás veré a mi Egisto…

—Calma, querida, calma —recomendó madame de la Voilissière, quien, interrumpiendo el modelado de Paulette III, acudió a rodear con un brazo mastodóntico los abatidos hombros de Paulette—. Nada me agradaría más que poder añadir al consuelo de la revancha la recompensa del contubernio.

Pero me temo que ese delicadísimo conde por el que sollozas no se encuentre, hoy por hoy, disponible, ni todavía maduro para la mesa de operaciones.

—Deje de llorar, señora —pidió Venus Carolina Paula, renunciando caritativamente a su talante señorial—, que se le caen las pestañas y me recuerda usted a mí misma, cuando echo la tarde a llantos.

—¿Por qué?, decidme, mis buenas amigas, ¿por qué me abandonó Egisto? —preguntaba Paulette, entregada ya a los impudores de la sinceridad—. Si nunca mujer alguna se entregó tan absolutamente como yo…, si parecía adorarme como ninguna mujer ha sido adorada…, si nada se interponía, ni nadie nos importunaba…, si… ¿Por qué, por qué…?

—Debido a los vaivenes del azar —explicó Motmot, sin dejar de abrazar los convulsivos hombros de Paulette y ajustando con la mano libre el vestido a la cintura de Venus Carolina Paula.

—No era un amor sujeto a los vaivenes de la caprichosa fortuna —replicó Paulette—. Era un amor inmóvil e inconmovible, como un cadáver. ¿Por qué, entonces…? ¿Qué hice yo, que nada hacía, para que me abandonase? Como si a mí me importase su alcurnia…

Como si a mí me hubiera importado su inepcia, su desvalimiento, su indignidad… Como si a mí me importara que, en vez de barba, tuviese dos bellísimos pechos de color violeta… ¡Ah, cielos…!

—Anímese, señora, que usted, respecto al conde, como yo respecto al jardinero, podemos tener tranquila la conciencia femenina de haber hecho todo, lo decente y lo imposible, para retenerlos.

—Basta, Paulette —ordenó madame de la Voilissière—. Aunque tu desgracia te conceda siempre el privilegio de lamentarte, concédete a ti misma la oportunidad de gustar los escasos momentos de desquite que la existencia nos ofrece. Adelante, hermosas e idénticas Erinias, que nuestra aborrecida presa no tardará en llamar al timbre y todavía tenemos que efectuar algunos ensayos y pasar una prueba decisiva. Preparadas, mientras compruebo si mi prometido duerme.

Quien se amodorró en un sofá de raso plastificado, mientras Fleminga se desgreñaba asando un pollo congelado en la cocina del nido, fue Georges. Si cualquier lectura, a poco de iniciada, proporcionaba a Georges una seráfica somnolencia, no es difícil imaginar en qué catalepsia le había fijado la última misiva de Maurice L'Encre, misiva que acababa de desprenderse de la mano del aletargado y había caído, como una hoja otoñal, sobre la alfombra. Una observadora, que en aquellos instantes no se hubiese encontrado peleando contra un horno y un recetario de cocina, habría podido leer, con un fondo de suaves ronquidos y sin necesidad de agacharse el fragmento siguiente:

> … aunque indudablemente, felicísimo Georges, no eres la persona más adecuada en estos días para comprender un elogio de la soledad. Si, como te decía antes, la soledad constituye la condición más idónea para cultivar el miserabilismo, no parece sensato esperar de ti, hombre de riquezas incalculables, que partas en busca de los yacimientos de tu pobreza, tu tacañería y tu resignación. Y, sin embargo, Georges, todavía estás a tiempo de elegir la soledad que no supiste soportar cuando te abandonó aquella excelsitud que era la Tebana (quien por ti renunció a destruirte mediante unas fotos comprometedoras). Esa elección de la soledad te redimiría de una parodia, con apartamento y manceba, que te ha de proporcionar los sinsabores y las insatisfacciones de

toda simulación. Por si fuese poco, tu facilidad para la facilonería ha privado a tu auténtica Paulette de la rara ocasión de ser mujer que se le presentó. Actualmente más extraviada de lo normal por efectos del dolor, es de temer que tu esposa se aboque también a la parodia. Conduciéndola hacia tal posibilidad y ofuscándole con la esperanza de un hombre nuevo (en el sentido quirúrgico del término), una malvada consejera trama y conspira, una mujer de cuyas voluminosas malicias yo (en mi lecho de muerte te lo detallaré) aún no me he repuesto, a pesar de que elegí hace veinticinco años la radical soledad en la que vivo. ¿Cómo, por tanto, puedo abdicar de la misión redentora, no obstante la suciedad que conlleva, de deslizarme algunas noches por las chimeneas de tu hogar y, hollinado hasta las cejas…

Mientras Fleminga no habría podido continuar leyendo, sin desdoblarlo, el pliego que no leía, madame Marceline Messaline, al entrar en el gabinete privado de Paulette, no encontraba a Teobaldo dormido en el diván de las confidencias, sino entretenido en apagar y encender las velas que, sobre una mesa refinadamente preparada para un almuerzo íntimo, estaban destinadas a penumbrear los rasgos de Paulette III. Motmot arrebató la caja de cerillas de las manos de Teobaldo y, con la finalidad de lograr el máximo de persuasión, se hundió una de aquellas hidalgas manos en estratégica concavidad. Teobaldo, atónito, supuso que, de repente, volvían los tiempos, felizmente idos, de la iniciación sexual, pero ahora sin Bonus Eventus de mentor.

—Touraine de mi alma, ¿a qué viene este dirigido ataque a tu honestidad? ¿Acaso te han trastornado los celos, hasta el punto de forzar mi casta mano? Explícate, te lo ruego, y prometo cederte la diadema que usurpas y desengañar fehacientemente a madame Dupont. Todo, antes que volver a empezar con esas lúbricas prácticas, impropias de personas comprometidas en matrimonio.

—Tú, por lo pronto, antes de casarte, vas a quedarte aquí, quieto y sin apestar la atmósfera con el humo de las velas. Después, te reunirás con La Foudre y los secuaces que le van quedando.

—¡No!, me matarían.

—No te matarán, novio mío. Sonará el timbre. La Foudre, movido por esa misteriosa fuerza que el timbre de la puerta despierta en todos los muchachitos, saldrá corriendo a abrir y se

encontrará con el ex Embajador de la Baronesa, a quien cree muerto. Suficientemente conmocionado, La Foudre se prestará a seguir mis sugerencias, que en la nueva etapa doctrinarista de la Horda le serán de mucha utilidad. De paso, discutimos nuevamente el asunto de la diadema, perdonas el robo de tus explosivos y, a cambio, la gente menuda se compromete a respetar tu integridad corporal.

—Amada, la sagacidad de tus decisiones es indiscutible. Pero —el caballero Teobaldo logró desprender su cautiva mano de la amplia cueva en la que había sido aprisionada y, pálido, preguntó—: ¿es cierto que sigue vivo ese apuesto Embajador de la Baronesa del Rhin?

—Pues claro que sí, ignorante. La única que está muerta, y desde 1945, es la Baronesa. Cuánta historia secreta tenéis que aprender tú y tus enemigos… Cierra los ojos.

Teobaldo cerró los ojos. Al cabo de unos segundos, temió quedarse dormido de pie, fenómeno que, cuando le ocurría, le llevaba indefectiblemente al suelo. No obstante, enseguida sintió en una oreja el aliento de Motmot, susurrándole unas palabras incomprensibles.

—¡Que abras los ojos! —repitió Motmot.

Teobaldo abrió los ojos y se encontró ante Paulette. Ya que madame Dupont se presentaba extremadamente elegante, en las pupilas del caballero se encendieron los más extremados brillos de que dispuso su galantería. Avanzó unos pasos, besó las uñas que se le ofrecían y dijo:

—¿Estaré soñando tamaña belleza? Mientras madame Marceline concierta una tregua en el cuarto de los niños, pasemos a su boudoir, magnífica señora, y en tan recatado aposento, entrando yo en una instantánea dormición, seamos satisfechísimos una vez más.

—Ah, mi audaz Thibaut… —canturreó Venus Carolina Paula, que había recibido instrucciones de oponer escuetos maullidos a los florilegios teobaldescos.

—Andando, mi venerada Paulette.

—¡Alto, García! —ordenó severamente Motmot—. Cierra los ojos.

Cuando le fue permitido abrirlos de nuevo, Teobaldo consideró

que, en aquel breve tiempo, madame Dupont, probablemente decepcionada por la intromisión de la Touraine, había envejecido algunos años. Se diría que no era la misma Paulette de un minuto antes. Pero la inimitable curvatura de aquellos labios y de aquellas cejas (que denotaban muchas horas de estudio frente al taimado retrato de Monna Lisa) le confirmaron que Paulette no se había movido de allí, en tanto él se sometía al juego de la gallina ciega, que tan incomprensiblemente regocijaba a Motmot.

—Repito, Paulette divina, mi propuesta de…

—Oh, Thibaut, cuánta impaciencia galante… —dengueó Paulette, provocativa y sinuosa—. Quizá una siesta esta tarde…

Y Teobaldo se encontró siendo conducido por Motmot hacia la boscosa alcoba de La Foudre, privado, gracias a su sordera, de la doble carcajada con la que en el boudoir se celebraba el éxito de aquella decisiva prueba. Tampoco oyó el timbre, que con arreglo al reloj de Motmot sonó puntualmente, y casi fue arrollado por la infame tromba que corría a abrir la puerta.

El Incógnito, al retirar el monumental ramo de petunias en el que había agotado sus únicos ahorros, se asombró de que el comandante de la Horda estuviese tan cerca del desmayo al enfrentarse a un enemigo derrotado. Proclive a transformar en melosidad su altanería desde que se había visto constreñido a un empleo de ayudante de secretario auxiliar, El Incógnito sonrió delicadamente y preguntó:

—¿Está tu mamá?

La Foudre le abandonó en el vano de la puerta y El Incógnito, que había violado osadamente no pocas mansiones, apenas si adelantó un paso dentro del vestíbulo. El corazón le latía inmisericorde y sus rodillas experimentaban esa flojera característica del humanitarismo, contra el que siempre había combatido. Guiado por un resto de su antigua perspicacia, fue siguiendo la ruta que le marcaban las puertas abiertas a través de salones penumbrosos, de pasillos espectrales, hasta un cuarto de baño, donde le desconcertó la bañera llena de fragante espuma, la lencería, por lo general negra, que colgaba de las paredes, un látigo en el bidet y una fotografía de Paulette de anonadante obscenidad, cuya dedicatoria le incitaba a desnudarse.

El Incógnito, una vez que se hubo perfumado hasta la náusea,

tuvo la tentación de aliviar su desnudo encabritado con algunas de aquellas prendas que parecían ofrecérsele y resucitar, tras una breve sesión de maquillaje, a la difunta Isadora, institutriz que fue en aquel hogar. Liándose una toalla a la cintura, venció la morbosa tentación de reproducir el pasado y salió del cuarto de baño. Se orientó y, cuando llegó a la sala ovuliforme, respiró con la lógica tranquilidad del que acaba de atravesar en cueros una casa ajena. La puerta del gabinete privado se fue abriendo lentamente. Luego, El Incógnito, sin conciencia de sus movimientos, se encontró abrazado, y sin toalla, a Paulette, que, en contradicción con la prometedora fotografía, había aparecido vestida.

De inmediato, Venus Carolina Paula reconoció en aquellos voraces labios el sabor, tan obsesivamente fantaseado durante los últimos tiempos, de lejanas tardes en su mansarda. Sintió desfallecer, un golpe de vida en el vientre y la ferocidad de su propia boca. Venus Carolina Paula olvidó el papel, las candilejas y a su propia persona. Pero El Incógnito, para su perdición inmediata, acababa de susurrar:

—Paulette…, mi amada Paulette…, mi Paulette…

—Y sin más, dejé de devorarle y volví a ser usted, señora —describiría horas después Venus Carolina Paula a una Paulette y a una Motmot que la instaban insaciables a repetir hasta la mínima peripecia psicológica—. A partir de ese momento fue como si me hiciese de hielo. Vaya cambio…, ¿verdad? Al rato, me daba asco el besuqueo y el manoseo. Me parecía imposible que yo, Venus Carolina Paula, no sólo le hubiera amado tanto como para llegar a colgarme de una cuerda, sino que hubiese ardido con que uno de sus dedos me recorriese la nuca. ¡Qué bien, pero qué requetebién, que la comprendo ahora, madame Dupont! Y qué previsión más acertada la suya, madame Touraine de la Voilissière… Es eso que usted me explicaba, señora, que una pone su mejor voluntad y él se percata demasiado, abusa de su apostura y una se distrae, como si el asunto le sucediese a otra. Total, que una se da cuenta de que ya no hay modo de que a una se le nuble la mirada, ni de que pierda la cabeza encima de la cama. ¿Quién habría de decirlo? Me encuentro tan curada, que me da risa. Ya sabe, señora, si alguna vez quiere vestirse de mí, para quitarse la manía de don Teobaldo, no tiene más que decirlo y la señora Mesalina la convierte en una

doncella para todo, de Extremadura. ¡Ay, madre, y qué bestia le puse…! Menos mal que logré que se sentase a la mesa, antes de que me rasgase su bonito vestido de usted.

Durante un rato El Incógnito creyó haber calmado unos apetitos que suponía extinguidos, comiendo con buen diente y vaciando media botella de un helado vino, que atemperaba su fiebre. Pero la pausa gastronómica produjo bruscamente un recrudecimiento de su lascivia, la cual, unida a una tonificante embriaguez, le abalanzó por encima de la mesa hacia su amada Dupont. En medio del estropicio que produce una mesa, con candelabros, derribada al segundo plato, Venus Carolina Paula intentó refugiarse en el boudoir, tañendo nerviosamente una campanita de plata y enarbolando un tenedor, únicos utensilios que tenía en las manos cuando El Incógnito ocupó el lugar del lenguado.

—¿Recuerdas, Venus Carolina Paula, qué expresión demencial adquirió su cara, al verme surgir del boudoir y colocarme junto a ti formando parangón?

—Desde el cuarto de los niños oímos una especie de rugido como de leona preñada, que se tiende a parir sobre un cepo —describió Motmot—. Teobaldo se empeñó en que convocaban a una tercera cruzada mundial.

—Y ¿te acuerdas, Venus Carolina Paula, cuando le besé y gritaba frenéticamente que yo era yo, y tú le besabas y gritaba que tú eras yo, y luego ya mordía la toalla y vociferaba que yo éramos las dos?

—Señora, ¿cómo no voy a recordarlo, si fue uno de esos desdoblamientos que el amor nos concede una sola vez en la vida? Ahora bien, señora, y perdóneme, pero yo creo que usted, cuando le habíamos ido acosando hasta el cuarto de baño, cogió muy pronto el látigo. Se nos desvaneció enseguida y, si no hubiese sido por sus prisas, señora, podíamos haber continuado un ratito vengándonos con él despierto, que resultaba más espeluznante.

Cuando ya anochecía, Venus Carolina Paula, que recobraba y perdía con inusitada intermitencia los usos de su identidad, pensó por vez primera durante aquella venturosa jornada en Duvet. De inmediato, abandonó la cháchara de las señoras Dupont y Touraine, cubrió con una manta al anciano que se había dormido debajo de la mesa de la cocina y subió presurosa a la buhardilla. Duvet levantó el rostro del silabario, que parecía lamer, y a Venus Carolina Paula

se le contrajo el placer de la venganza ante aquellas facciones demacradas por la fatiga y el hambre.

—¿Por qué llevas un vestido de mi madre, salpicado de sangre, Venus Carolina Paula? Estás hecha un adefesio. Otros días te ha salido mejor el disfraz.

—Es la hora de cenar y de irse a dormir, mi niña.

A aquella hora, ya ni crepuscular, Georges y Fleminga, cogidos del brazo y mascando bostezos, salían del cine donde habían asesinado la tarde. Los Campos Elíseos rutilaban y eso animó a la pareja, que de pronto amaron mucho su ciudad.

Algo después, a la hora del camión de la basura, los basureros correspondientes encontraron en un contenedor de inmundicias, a dos esquinas de la mansión Dupont, a un individuo pateado y latigado, apenas cubierto por el coqueto quimono que vestía. La noche se presentaba larga y trabajosa, por lo que los basureros pensaron vaciar al individuo, como una escoria más, dentro del camión triturador. Pero como hasta en los oficios más menesterosos florece una brizna de compasión, los basureros pararon el motor y telefonearon a la brigada encargada de velar por las buenas costumbres.

—Se trata de un guapo mozo, al que seguramente han marcado una de esas pandillas de degenerados, que en cuanto nos descuidamos se nos comen la mercancía —informó cívicamente el chófer del camión de la basura al telefonista de guardia.

El Incógnito despertó, a causa de los bramidos de la brigada, y perdió poco tiempo en no reconocer a los honrados basureros, que le observaban con una atención museística. Aprovechando este interés que provocaba, El Incógnito saltó fuera del contenedor, se ajustó el quimono y emprendió, con la agilidad de una bailarina y con la velocidad del que ha sido espía antes que Embajador, una loca carrera por las calles menos rutilantes del distrito, escuchando una noche más ulular a sus espaldas la sirena de las buenas costumbres.

El viaje intransitivo

Última lección

Luego, compró una maleta.

Antes había comprado, en un establecimiento especializado de la rue Charlus, un sujetador de muselina violeta. A la rue Charlus llegó durante uno de sus paseos de media tarde. Con frecuencia experimentaba una irresistible necesidad de salir, de callejear al azar, aunque Teobaldo siempre se proponía, por respeto a la lógica formal, llegar hasta el palacete de madame Touraine, incluso aunque la misma madame Touraine le hubiese despedido en el vestíbulo de los Dupont. Solía regresar obnubilado, con las energías suficientes para consentir que Venus Carolina Paula le pusiese el pijama. Algunas tardes buscaba, sin encontrarla, la rue Dunkerke o se presentaba en oficinas municipales, que ya habían cerrado. Temía que la casualidad le condujese hacia las catacumbas y ese temor podía dejarle anclado durante horas en un café del barrio. Como comprobó que paulatinamente comprendía más la lengua que se hablaba en aquella ciudad, durante imprecisos intervalos olvidaba su propia lengua y, también paulatinamente, gozaba de reparadoras lagunas mentales. De una de estas lagunas emergió en el centro de la rue Charlus, donde después de fomentar una serie de sonrisas equívocas en el establecimiento especializado, se encontró con el paquete del sujetador y, obedeciendo a un impulso misteriosamente congruente, unas calles más allá compró la maleta.

Mientras se aproximaba a la Gare d'Austerlitz (estación que desconocía, ya que sólo había pasado una noche, olvidada, en su consigna), todavía ignoraba que iba a emprender viaje. Lo supo después de adquirir un billete de coche cama, cuando los síntomas —maleta, estación, billete de ida— eran concluyentes. Pero entonces, encaminándose hacia el andén oportuno, presintió la inminencia del ataque y, apenas se sentó en un banco, las dentelladas comenzaron a desgarrarle el pecho. Boqueante y

sudoroso, desde los primeros ahogos Teobaldo tuvo la seguridad de que se trataba de una agresión cardíaca de mediana potencia, por lo que debía limitarse a sufrirla con paciencia y sin ayuda.

No obstante, le preocupaba, con la maleta entre las piernas y el billete en una mano, que partiese de repente el tren ante el que estaba sentado. Si así sucedía, tendría que regresar al vaso de leche de todas las noches y decidir con parsimonia a quién regalarle el sujetador, dada su talla y su confección esencialmente picara. A su vez, Paulette Dupont no tendría que recurrir a las agencias de detectives. Si subía al tren, tanto Paulette como determinadas agencias de espionaje se dedicarían a buscarle infructuosamente (¿por qué infructuosamente?, se preguntó Teobaldo) y, al menos, su recuerdo perduraría durante meses. Intuía, a pesar de la benignidad del infarto, que algo decisivo iba a depender de que aquel tren partiera con o sin él. Sus condiciones moderadamente preagónicas le impedían delimitar con nitidez los efectos, favorables o nefastos, de la presencia o de la ausencia. Por otra parte, había anochecido y no se le ocurría, estando ya en la estación, ninguna otra alternativa a la que asirse en plena noche. ¿El viaje o un vaso de leche? ¿Continuar soltero o el matrimonio? Quizá era otra la alternativa que habían de dirimir su corazón y el horario del ferrocarril, no él, desde luego.

Con toda certeza, hubo de ponerse en pie, cruzar el andén, entregar a alguien su maleta, su billete, subir al vagón, entrar en el compartimiento, dar a ese alguien, o a otro alguien, una propina. Pero supuso que habría realizado todas esas operaciones insoslayables, cuando ya estaba tendido en la litera y, de soslayo, podía ver la maleta en la red. Indudablemente había superado el ataque. Pronto comenzarían a buscarle, a perderse en pesquisas, a procurarse otro huésped con el que llenar las habitaciones de invitados, puesto que en toda familia resulta conveniente disponer de una persona a quien acariciar mientras duerme o a quien torturar mientras está despierta. Teobaldo se quedaba frío en el tren inmóvil. Bruscamente quiso saber cuál sería su destino y, aunque de inmediato las brumas se disolvieron y un sol inmenso derramó su esplendor, no tuvo tiempo de averiguar a qué estación se proponían conducirle, dónde estaría el final del trayecto.

Diez, doce, veinte pesadillas clásicas, alguna hasta castiza,

animaron embrolladamente su sueño y todas, con recurrente monotonía, guardaban relación con su país. No fue extraño, por tanto, que, al despertar y antes de ser consciente de la velocidad del tren, se percatase de que regresaba a casa. No recordaba lo que había hecho en las últimas horas y, si bien seguía vislumbrando la maleta en la red, se abandonó a una sensación muelle y viscosa, como si viviese un tiempo en el que aún le fuesen permitidas las comodidades intrauterinas.

El dolor, cuya naturaleza desconocida fue el único lenitivo de su intensidad, le devolvió destempladamente a su cuerpo de octogenario. Trató de aguantar, luego de gritar y, más tarde, revolcándose en la litera, suplicó que aquellas punzadas en el estómago le fueran sustituidas por los conocidos mordiscos de los ataques cardíacos. Su pulso indicaba una tensión normal de la sangre. Y sin embargo su sangre fluía alocadamente, con un pavor que él nunca había experimentado, demasiado impetuosa para llevar la vida. Sin conseguir la verticalidad, asiéndose a los bordes y a los salientes de las cosas, consiguió doblarse sobre el lavabo y arrojar espasmódicamente el negro vómito de la fiebre amarilla.

Tendido de nuevo, supo que había pasado lo peor, pero que volvería, porque ahora, por mucho que todavía se resistiese a admitirlo, resultaba evidente que iba a morir. Desde una época incierta se había imbuido de la convicción de que él, Teobaldo García de García, no era igual al resto de los hombres. No le cabía reprocharse engaño alguno, porque ciertamente desde un pasado remotísimo el sentimiento de su inmortalidad fue siendo absorbido por su piel, por sus líquidos, por los tejidos de sus vísceras, hasta hacerse carne propia. Sus vísceras, sus humores, sus tejidos y sus órganos se habían trastornado y embestido, y la certidumbre de su singularidad había reventado como una pústula henchida. Ahora se percataba de que siempre había conocido la fecha de su muerte, ya que, inmutable, inalterable a los ácidos del olvido, áurea, la fecha de su muerte era, año más año menos, la fecha de su nacimiento.

La aversión a permanecer allí tumbado, a merced de pensamientos difíciles de controlar, le dio fuerzas para levantarse y salir al pasillo. Acodado en la barra, pegó el rostro al vidrio y observó volar un caos de luces y sombras, apenas la estribación del terraplén de la vía. Pero temió marearse y provocarse otro vómito,

por lo que de espaldas a la ventanilla esperó la aparición de algún viajero o de algún empleado por uno u otro extremo del pasillo, flanqueado a un lado por la noche fugitiva y al otro, por la hilera de puertas cerradas. En aquel angosto espacio soportaba mejor la inquietud, era menos desesperante la urgencia de hacer algo. Si miraba en la dirección de la marcha, le atraía una benéfica fuerza, a la que debía abandonarse sin pretender conocerla. Teobaldo sabía, no obstante, que aquel imán era la patria y, a su pesar, se recriminaba por qué a su patria, que contaba siglos de edad, le había entregado él los pocos años que le habían sido concedidos.

Un calambre le obligó a entrar, quizá a vomitar otra vez, a derrumbarse sobre la litera. Al primer síntoma de alivio, huyendo de sus ideas y de la lobreguez de la cabina, volvió al pasillo. Estaba tan seguro de que moriría, que se le ocurrió no esperar a que el tren se detuviera, arrojarse a la oscuridad vertiginosa y que su cuerpo, al quedar fuera, quedase libre. Con la sinceridad a que le forzaba la falta de tiempo, admitió que no tenía valor para matarse y enseguida discurrió que, habiéndose engañado tanto en los últimos ochenta años, también podría suceder ahora que estuviese exagerando las consecuencias de una mala digestión.

Salvo algunos desmayos de los que retornaba con las nociones de espacio y de tiempo perdidas, Teobaldo dividía la noche entre la cabina, donde se debatía contra los dolores, y el pasillo del vagón, al que salía en cuanto recobraba energías para levantarse de la litera. Poco a poco, sin embargo, conforme disminuía la frecuencia del dolor y aumentaba a límites insufribles su intensidad, fue resignándose a permanecer tumbado y aplazaba minuto a minuto salir al pasillo, igual que en su juventud había aplazado mes a mes una visita, de la que ahora sólo recordaba que habría sido decisiva. Evidentemente, aunque trataba de conservar aquella inédita sinceridad, tampoco estaba dispuesto a dejarse dominar por el miedo cuando el dolor no le dominaba. Interrumpía, pues, el tambaleante curso de los pensamientos y se acurrucaba bajo imágenes estáticas, que a su vez se diluían en nuevos pensamientos, temibles, nauseabundos.

No era cierto que hubiese entregado nada a su patria nunca, sino vanidad y ambición. Por lo que, huérfano de bandera, cansado de haber medrado tanto, huía hacia antiguos veranos, hacia los

indiferenciados e interminables veranos de las lentas décadas del tercer interregno borbónico. Había perdido el poder y la sensación de poder, pero se aferraba a los recuerdos de un poder ilimitado, ante el que retrocedía el otoño. El sabor de una felicidad perezosa, a la que no afectaba el calendario, del ritual, de las ceremonias y aniversarios, le refrescaba el paladar. Intentaba persuadirse de que viajaba no hacia el sur, sino por la costa del norte, en la comitiva de traslado de la corte casi celestial de una ciudad marítima a otra ciudad marítima. Se repetía que había vivido una historia reservada a pocas generaciones, tan confiadamente dilatada y tan empecinadamente nacional, que ni siquiera la victoria universal de sus enemigos prevaleció contra ella. Y ahora únicamente le quedaban estampas de lánguidos veranos, risas bajo los tamarindos, el esplendor de las guerreras blancas, una insensata esperanza de ver esa tierra, que ya no era su patria, ni siquiera una patria reconquistable, sino exclusivamente el cuartel general de la trama en la que él se había enredado. Sus labios tarareaban, mudos, en tiempo de adagio, un himno que se le descascarillaba en la cabeza.

Imaginó que ya amanecía en el pasillo y aceptó que la oscuridad persistiera en su compartimiento. A continuación, confundió nuevos calambres en el estómago con una oleada de furia, que le produjo la idea de que viajaba solo en aquel tren imparable. Manoteando, palpando las paredes metálicas buscó un timbre, la argolla del aparato de alarma. Cuando llegase el penúltimo instante, haría detener el tren y, al menos (aunque ignoraba para qué), coincidiría su estertor final con el avasallante chirrido de los frenos.

Más tarde, estaba en el pasillo y la noche seguía fuera. Teobaldo había prescindido ya de toda esperanza. La cercanía de la muerte no le presentaba, como a Sócrates, un futuro rebosante de profecías, sino que le retorcía el cuello para que otease el pasado y el pasado, como una nube de polvo rodando a merced del viento por una llanura, desprendía un vaho mucilaginoso, carraspeante, el olor de la inutilidad.

Luego, estaba otra vez tendido en las tinieblas, recriminándose con renovado encono haber desatendido lo principal, ocupado en hacerse creer (y hacer creer a los demás) que atendía a la salvación de su alma. Aquel abominable cuerpo se vengaba, en la traca final del sufrimiento, de la falta de perspicacia de su espíritu. No sólo se

había ocultado a sí mismo la fecha de su muerte, sino que ni siquiera había averiguado, dejándolo de un día para otro, qué número exacto le correspondía en el censo total de la humanidad, y ahora se veía obligado a morir un poco como si no hubiera vivido, inclasificadamente anónimo.

—Cuánto descuido… —gimió.

Entonces, sin tiempo para accionar el aparato de alarma, Teobaldo se desplomó muerto. Para entonces, una luz gris se levantaba ya sobre las arboledas y las ciénagas entre las que el tren corría. Sosegadamente, la luz, filtrada por el amarillo y por los marrones de las ramas de hojas caducas, ponía de manifiesto la conocida realidad, siempre algo ramplona, de un compartimiento de coche cama, daba forma a las cosas y, entre las cosas, renacidas del marasmo, enceraba el rostro del difunto.

En menos de dos horas se hizo inminente la cercanía del mar y de las montañas. Las lívidas gamas de la primera luz se habían transformado en las sucias tonalidades de una mañana de lluvia. Nadie, naturalmente, respondió al aviso del mozo de tren al repiquetear sus nudillos en la puerta del compartimiento de Teobaldo, ni, por supuesto, el ocupante de ese compartimiento se preocupó de disponer su maleta, su billete y su pasaporte. Que ya habían sido robados. No obstante, paralelamente al crecimiento de la luz, sobre las mejillas de Teobaldo habían ido apareciendo tintes resáceos, una agresiva tersura y una juvenil tensión de la mandíbula inferior, indicios aún insuficientes, desde luego, para cambiar los planes del mozo de tren, que al filo de la madrugada, extrañado de que el viajero no jadease, le había encontrado muerto.

A pesar de que la maleta ya no estaba en la red, lo primero que vieron los ojos de Teobaldo, al abrirse, fue la maleta. Calculó que, si la frontera estaba próxima, le entregaría personalmente el prometido sujetador a aquella marica de aduanero, que Teobaldo nunca podría olvidar, porque había sido el primer aduanero de su vida. Por el contrario, de encontrarse lejos todavía de la frontera, si moría otra vez, a Teobaldo sólo le quedaba confiar en una nueva resurrección, dado que nadie parecía dispuesto a enterrarle. Una fe inconmovible en la perpetuación de ciertas gentes (precisamente, las suyas) le sosegó y, como si madame Dupont acabase de darle el pecho, se adormiló.

Si bien el mozo de tren obraba fundamentalmente en interés del ferrocarril y, secundariamente, por ahorrarse el engorro de declarar un finado en la aduana, la brevedad de la parada del convoy y la disposición de la alberca bajo la ventanilla no le permitieron delicadezas. A causa quizá de la precipitada violencia con la que fue alzado de la litera, Teobaldo creyó que la nodriza le sacaba de la cuna. Incluso, mientras se hundía en el agua y durante ese inerte segundo, que es el postrero, esperó Teobaldo encontrar las suavidades de la espuma, de las pomadas, de los polvos de talco, de las manos de Venus Carolina Paula.

El mozo, nada más cerrar la ventanilla y al tiempo que la locomotora reanudaba la marcha, se precipitó a hacer la cama, a desatascar el lavabo y, en general, a desemporcar el cubículo de las suciedades del molesto pasajero, que por algo pertenecía a la raza hispana. Su conciencia europea no le remordía por el exceso en el cumplimiento de sus obligaciones, ya que no era aquél el primer ibero que dejaba la piel en la zona, ni había por qué esperar que fuese el último. A pesar de su probado cosmopolitismo, el mozo de tren no fue capaz de sospechar que, en aquella ocasión, había tirado por la ventanilla a un hidalgo. Y absolutamente incapaz de adivinar que, mediante un codicilo custodiado en una chambra de servicio, por acto de última voluntad el caballero disponía de su indigna fortuna a favor de quien le diese sepultura bajo las losas de una catedral imperial.

Necesidad de esta asignatura

Apéndice

Por balcones y miradores, ventanas y ventanales, terrazas y galerías, abiertos de par en par, penetra y circula una de esas mañanas fecundas tan infrecuentes no sólo en la ciudad de París, sino incluso en parajes más meridionales de renombre ubérrimo. Falta le hacía a la mansión Dupont. Falta les hacía en particular a las habitaciones polvorientas que en esta dichosa mansión están destinadas a los huéspedes. Los blancos visillos golpean los techos, baten las persianas, gualdrapean los henchidos cortinones, navega la casa arrastrada por las canalizadas corrientes de una verdadera limpieza general.

—Señora —no puede por menos que preguntar Venus Carolina Paula—, ¿qué nos pasa hoy que somos tan felices?

—Eso —le explica, riendo, Paulette—. Que somos.

Van desapareciendo los desarreglos de la última velada y, simultáneamente, se prepara el decorado de la próxima fiesta. Anegadas en las fragancias naturales y en las de las ceras, las lejías y los hipocloritos de la química hogareña, Paulette y Venus Carolina Paula se deslizan de habitación en habitación, bailan al compás de la música transistorizada, se perfuman con las lociones de Georges, acarician el vidrio que preserva la fotografía del conde de Túrbida, se detienen ante los teléfonos como conjurando una llamada, miman las flores en los jarrones, revuelven los armarios, corren y, cuando llegan, olvidan a lo que habían ido. De repente, Venus Carolina Paula, poseída por una embriaguez cuyo origen ignora (y que es el recuerdo solapado de unas horas de su infancia), se lo ha propuesto:

—¿Le parecería mal, señora, que me quitase la bata y me dejase, eso sí, la cofia, que no me hace sudar?

Aceptada la propuesta por madame Dupont, al instante es compartida y, en esta mañana de excepción, la desnudez les permite

disfrutar de una inocencia arcádica, como un adolescente con un juguete perdido en la niñez. Ambas tienen la justificada sensación de que sus cuerpos refulgen, lustrosos y exultantes, y se paran ante los espejos, que les devuelven, con réditos, la belleza. Hablan a la vez y se entienden sin escucharse, por lo que no es raro que tarden en oír el timbre, ni tampoco (la felicidad equivoca mucho) que, cuando lo oyen, crean que es madame Marceline quien llega. Corren hacia el vestíbulo, monumentales y pizpiretas, como alígeras, gustando por adelantado la sorpresa que van a causar en madame de la Voilissière, quien quizá también acceda a desataviarse y a pasmarlas con la siempre increíble apoteosis de sus carnes en libertad.

Quizá porque la razón primaria de su oficio sea vestir al desnudo, quien no se turba (y doble motivo tendría) es el modisto. Pero, de inmediato, desembarca del ascensor la anhelada Marceline Messaline, que se hace cargo del incidente y del modisto, mientras las sílfides huyen.

—¿Has visto qué impasibilidad más ofensiva la de ese hombrecito? Yo es que ni acordarme de que iba a venir.

—Ni yo, señora. Subo a buscarla ahora mismo —promete Venus Carolina Paula, anudándose aturulladamente el delantal sobre una túnica de Paulette.

—Pero ¿no se marchó con su hermano y esa amiguita de su hermano?

—Ni al dentista, ni a la Exposición Canina, donde la quería llevar su padre. ¡Qué mal la conocen ustedes…! Soy yo y no logro sacarla al parque más de una tarde a la semana…

En efecto, nada más beber el cacao del desayuno, Duvet ha renunciado sucesivamente a echar la mañana a perros y a acompañar a Spe Tantum Relicta, que va a ser desherrada. En compensación, La Foudre, que urde traer al redil la rama femenina de La Facción Boscosa, ha prestado su compañía a la segunda ex de Bonus Eventus. A causa de tan afortunadas circunstancias, a la buhardilla llega también el esplendor de la mañana, desprovisto de fulgores, fragancias y armonías, y transformado en silencio y soledad.

Inesperadamente, con esa espontaneidad que los años se encargan de borrar de la memoria, Duvet ha sentido como si los

ojos se le subiesen a la frente y rompe a leer. Son sólo dos líneas de su manoseada y deshojada enciclopedia (Grado Primitivo), suficientes para que Duvet no se lo crea. Luego, finge no creérselo. Pero enseguida reconoce que ha sabido leer de corrido la definición de gramática. La piel se le llena de letras, tartamudea y, rascándose el alfabético sarpullido, busca su desmochada estilográfica, que rasgará el papel, pero que dejará sobre el papel unas incisiones ordenadas, codificadas, legibles, perdurables lo que la eternidad consienta.

Como despedida de su infancia analfabeta, Duvet, antes de ponerse a la tarea, se besa las manos, las sosiega. Con más precaución que parsimonia, mordiéndose ya la lengua, moja la pluma en el tintero y, a punto de pasarla en la página impoluta, descubre, sobrecogida, que no se le ocurre nada. Se recoge durante unos instantes, acuclillada en el ojo del ciclón de sus ideas blancas y, penosamente, bajo la influencia obvia de sus recientes lecturas enciclopédicas, va escribiendo las primeras líneas de su primera obra maestra, quizá —pero aún faltan muchos años para estar seguro de ello— de su única obra maestra.

«Funestos acontecimientos no le habían permitido hacer los deberes. Y ahora temía que la maestra la mandase subir a la tarima. Sentada en su pupitre, por la ventana del aula miraba, sin verlo, a un soldado entre los tilos de la avenida del puerto. Emma, con un incesante movimiento de labios, se repetía la definición de gramática:

»—Gramática es el arte de convertir correctamente el ir muriendo en un ir viviendo, con arreglo a las normas dictadas por la experiencia de la falsedad y en concordancia con los recuerdos de lo inexistente. Gramática es el arte…

»Cuando Emma oyó que era llamada, tembló. Como un torbellino de ideas blancas…»

A diferencia de Emma, Duvet no ha oído los pasos de Venus Carolina Paula, ni que se abría la puerta de la buhardilla. La sombra, que cubre la página, le informa que abajo está esperándola el modisto para la primera prueba del uniforme del internado. Y Duvet, nada más empezar, tiene ya que dejarlo.



JUAN GARCÍA HORTELANO nació en Madrid en 1928. Durante la infancia le tocó padecer los estragos de la Guerra Civil y ya en su adolescencia acudía a las tertulias del café Gijón. En 1950 se licenció en Derecho por la Universidad de Madrid y años después empezó a trabajar como funcionario. Durante ese tiempo, siguió escribiendo y presentando sus escritos a varios premios literarios pero sin obtener resultado satisfactorio alguno. Sin embargo, en 1959, bajo los cánones del llamado realismo social, consiguió publicar su primera novela, *Nuevas amistades*, obra que obtuvo el Premio Biblioteca Breve. Dos años más tarde, García Hortelano recibió el Premio Formentor por *Tormenta de verano*. Admirador de Sartre, Proust o Cervantes, el escritor madrileño publicó durante la década de los setenta títulos como *El gran momento de Mary Tribune*, *Apólogos y Milesios* o *Los vaqueros en el pozo*. Del siguiente decenio son las novelas *Gramática parda* o *Preparativos de boda*, entre otras. Aunque es un perfil más desconocido, también trató con la poesía y dejó obras como *Echarse las pecas a la espalda* o *La incomprensión del comercio*. Además, García Hortelano fue miembro habitual del jurado del premio La Sonrisa Vertical y publicó varios libros de cuentos y algún ensayo. El escritor falleció en su ciudad natal en 1992.

Notas

[1] *Advertencia preliminar*: Que nadie se alarme si ya desde la primera lección (que suele ser prescindible y picajosa) se ve obligado a traducir lo que no tiene por qué. Se le ha servido al lector una traducción cumplida, pensando no en ahorrarle esfuerzos (para lo que no están las Gramáticas), sino en esos franceses, francesas y demás ciudadanos que hablan y escriben correctamente el francés, y que tendrían dificultades insuperables para entender el francés que el sujeto utiliza. < <

[2] —He aquí mi pasaporte, joven chupatintas. < <

[3] —¡Pero si sabe usted leer…! < <

[4] —Desde el año mil novecientos diez y ocho. < <

[5] —Sí, fastidioso funcionario estatal; es cuestión de saber precaverse. ¿Cree usted de verdad que el papel es falso? < <

[6] —¿Cómo se llama este río? < <

[7] —¿Cómo, maldito empleado, tiene usted el tupé de pedirme el documento de identidad del conocidísimo Bidasoa? < <

[8] —Aquuí tiene la mamarrachada de documento de identidad democrático, pedazo de aduanero. < <

[9] —¿Tiene por costumbre hablar en verso? < <

[10] —¡Dios mío, qué planeta el nuestro! ¿Le gusta también la pintura, mi querido Rousseau? < <

[11] —Y ¿las mujeres? < <

[12] —Conteste, garzón; ¿le gustan a usted las mujeres? < <

[13] —A pesar de todo, imbécil… < <

[14] —Aquí tiene, castrado, mi permiso familiar para viajar. <<

[15] —A la intemperie. < <

[16] —El tiempo que me salga del culo. < <

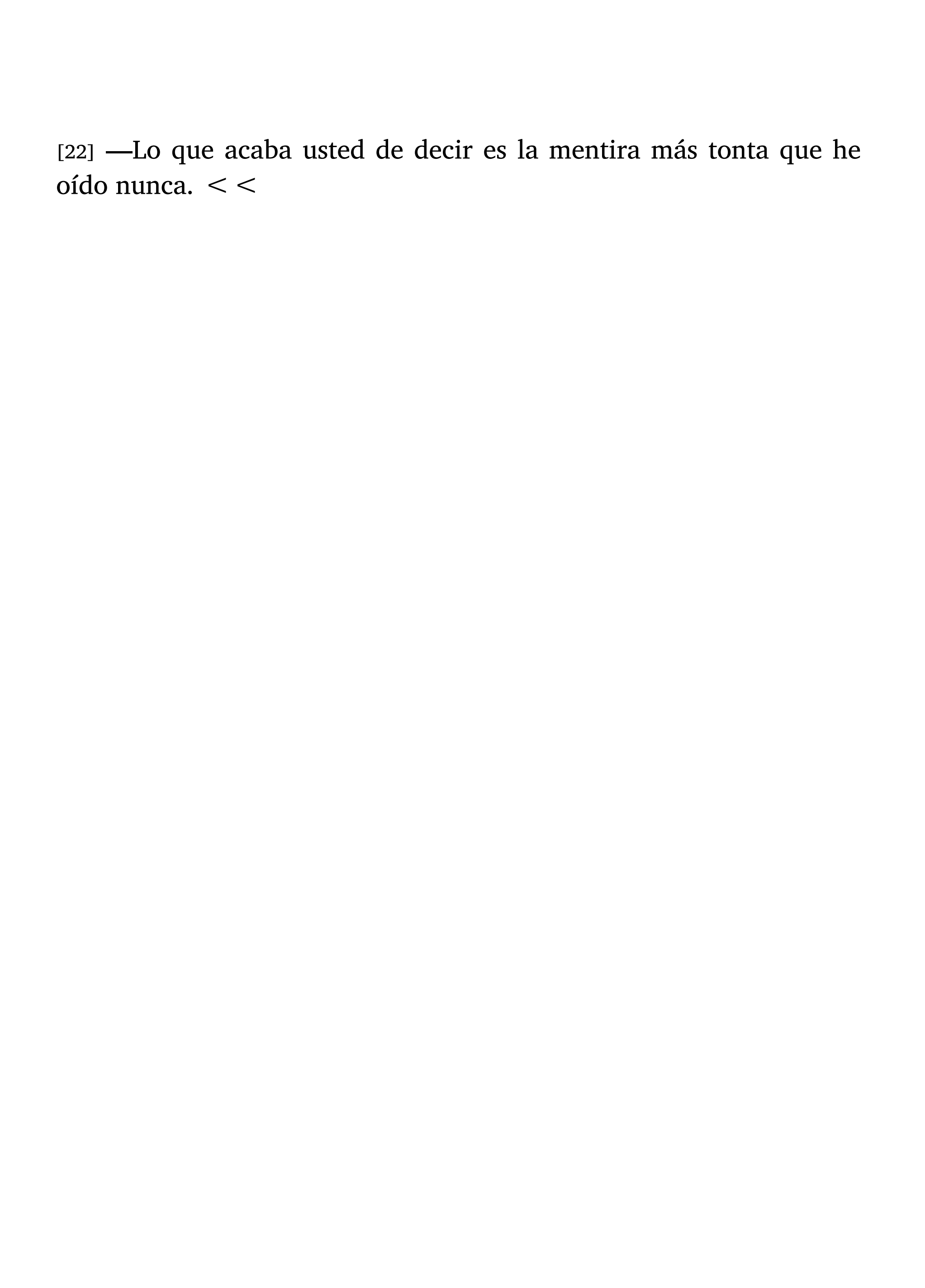
[17] —Me niego a tocar esas dos maletas. < <

[18] —Me niego a tocar maletas que no sean mías. < <

[19] —Con gusto, loquita. < <

[20] —Claro que sí. < <

[21] —Porque el tío de mi suegra ha abierto el paraguas del primo hermano de mi sobrina segunda. Y a mayor abundamiento, porque sería yo el cretino que es usted, hijo mío, si trajese llenas mis maletas, visto lo fácil que a mi vuelta resultará matutearle sedosidades, chinoserías, cabronerías y demás porquerías de la Industria local. < <



[22] —Lo que acaba usted de decir es la mentira más tonta que he oído nunca. < <

[23] —Gustosamente, locaza. < <

[24] —A mi regreso también, efebo de mierda, prometo regalarle un sujetador de muselina violeta, comprado en la calle Charlus. < <

[25] Mozo, tenga cuidado. Que no sabe usted con quién está hablando. < <

[26] Era Borges. (Nota del Enterrador). < <

[27] —Un anisete para la señora y para el señor, su cuarto anisete.

—¿El cuarto, ladronzuelo?

—Sí, gorrino ibérico.

—Creía que iba sólo por mi tercer anisado.

—Nada tiene que ver el asunto de sus creencias con el asunto de su moña.

—Habla usted un francés pintoresco, mi querido hijo de puta.

—Porque soy camarero y, además, de Zaragoza.

—A la próxima, entonces, iré por el quinto anisado.

—Atestiguo gustosamente su conocimiento de los adjetivos numerales ordinales. < <

[28] —Hay que tener mundo, estimado esclavo. Oxte, oxte…, a sus quehaceres. < <

[29] *El poeta es un fingidor / finge tan completamente / que hasta finge que es dolor / el dolor que en verdad siente.* < <